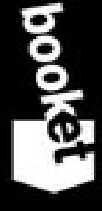
Por el autor de TERMÓPILAS

PAUL CARTLEDGE

ALEJANDRO MAGNO

La búsqueda de un pasado desconocido

BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS



Índice

Para Judith Portrait
(otra vez)

Prefacio

No habrá necesidad de justificar –y mucho menos disculparotra biografía más de Alejandro Magno, una de las poquísimas figuras verdaderamente emblemáticas que, amén de reelaborar el mundo que conocieron, nos han inspirado para hacer otro tanto con los nuestros propios, entendidos tanto en el ámbito personal como en el universal. Lo que, en consecuencia, se hacía necesario –y he tratado de proporcionar– es un libro que haga verdadera justicia a los logros extraordinarios de Alejandro al tiempo que respeta los límites de los testimonios disponibles y del oficio del historiador. He intentado abordar aquéllos tanto por sí mismos –y en este sentido se incluye algún intento de análisis en lo referente a la honda psique del personajecomo a través de su influencia, observable aun en días como los que corren, en los que los pescadores griegos siguen encomendándose a él, los iraníes siguen tildándolo de ladrón, y los fieles de la Iglesia copta de Egipto siguen rindiéndole culto propio de santo.

También debe poseer el presente volumen un enfoque interpretativo propio, y es el que viene indicado ya en el subtítulo: La búsqueda de un pasado desconocido. *Existen, claro está, diversas claves que hacen posible resolver el enigma que fue Alejandro. Algunos historiadores de nuestros días, por ejemplo, se han centrado en lo que los griegos llamaban* pothos, *«anhelo vehemente», y que las fuentes asocian con sus proyectos de más envergadura. Otros han concedido una mayor importancia a la relación que mantuvo con su padre, Filipo. Cierto historiador moderno ha tratado de explicar distintos rasgos fundamentales de su trayectoria vital en fuerza de una supuesta dependencia alcohólica. Mi libro no pretende menospreciar la influencia que tuvieron factores tales en la actitud, la personalidad y los objetivos de Alejandro. Sin embargo, hará un hincapié aún mayor en su predilección –o gran pasión, por mejor decir– por la caza, tanto la de*

hombres como la de animales, y mayor mientras más grandes, numerosos y peligrosos fueran éstos. Porque dicha actividad le ofrecía más oportunidades de aumentar su posición y su fama.

Una de las imágenes más antiguas de cuantas lo representan posiblemente (figura 1) es la que aparece en el fresco que corona la entrada de lo que los más conocemos, por convención, como la tumba de Filipo –con independencia de que creamos o no que lo sea de verdad, cosa que quien esto escribe da por cierto en general–. Este edificio monumental se erigió en la antigua capital ceremonial macedonia de Egas (la moderna Vergina), en algún momento del último tercio, más o menos, del siglo IV a. C. La pintura muestra una serie de escenas venatorias; de tal modo que, si de verdad es Alejandro quien la protagoniza, se presenta entregado al que, según sabemos, fue uno de sus pasatiempos favoritos. Ahora bien, tal «pasatiempo» puede producir una impresión engañosa, por cuanto en Macedonia –como en otras sociedades de la Antigüedad, como la espartana– la cinegética constituía un indicador cultural de condición y prestigio sociales y políticos. En dicho reino, nadie podía considerarse un hombre con plenitud hasta haber pasado la prueba de virilidad consistente en rastrear y matar sin red uno de los feroces jabalíes que vagaban por las cimas de la Alta Macedonia –es decir, la región occidental del estado–. Sólo entonces tenía potestad para reclinarse –no sentarse– mientras participaba en el ritual diario del simposio: el banquete en el que bebía la minoría selecta macedonia para celebrar y confirmar su elevada posición social y política. El otro género de caza –el que consistía en matar a un enemigo en el campo de batalla– daba derecho a quien lo consumaba a ceñir un cinturón especial, a modo de signo visual y recordatorio de su conquista y prestigio.

Después de dos capítulos de introducción, he pretendido combinar una narración secuencial cronológica con análisis sistemáticos en profundidad de una serie de asuntos fundamentales de la trayectoria vital de Alejandro. En estas páginas prologales se recoge una tabla cronológica destinada a ayudar al lector a seguir el flujo de los acontecimientos. Todas las fechas son, si no se especifica lo contrario, anteriores a Jesucristo. El capítulo final explora los numerosos legados de Alejandro, desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por el Medievo.

Por su parte, el Apéndice explora los límites que imponen las fuentes disponibles de material a cualquier intento de reconstrucción de la vida en tiempos de Alejandro. Las conclusiones que allí se recogen condicionan e informan todo lo que se expresa en el cuerpo principal del libro, y lo ideal sería que éste se leyera a la luz de aquéllas. El Apéndice explora también con mayor detalle de lo acostumbrado dos cuestiones de gran importancia: en primer lugar, la de cómo murió, en 327, Calístenes, el historiador oficial de Alejandro, y en segundo lugar, qué sucedió en realidad en el oráculo de Sīwa *en 332 o 331. Como de costumbre, las fuentes narrativas contemporáneas no han llegado hasta nosotros como tales, y la noticia que dan de los hechos los diferentes autores diverge siempre de uno a otro. Esta circunstancia no importa en realidad, puesto que el propio Alejandro se aseguró de regular el flujo de información existente acerca de estos asuntos, y una de las muchas paradojas de su vida es que, pese a tal preocupación –o quizá debido a ella–, los sucesos se hallan a menudo sumidos en las tinieblas y la controversia. Por las razones que aquí se ofrecen, en la médula misma de esta empresa histórica subyacen diversos géneros de objetos materiales. Las ilustraciones que los representan no constituyen, por ende, un elemento extraordinario opcional, sino un componente esencial de la historia –de cualquier historia– de Alejandro. Su selección responde al deseo de combinar lo conocido con lo desconocido, lo espectacular con lo ordinario, lo decorativo con lo documental.*

El libro concluye con una serie de apoyaturas técnicas: una tabla de reyes aqueménidas, un cuadro de los personajes más eminentes, un glosario y una relación bibliográfica. Los autores y obras que se mencionan en el texto pueden hallarse, en general, mencionados en la Bibliografía, en donde se ofrecen sugerencias que pueden ayudar a ampliar las lecturas relativas a cada capítulo. Algunas de aquéllas están dirigidas más al estudioso que al lector general, si bien éste también encontrará en ellas material suficiente para estimularlo y atraer su interés en mayor grado.

TERMINOLOGÍA

*Empleo el nombre de Macedón a modo de denominación política con la que designar el estado o el reino que heredó Alejandro y que constituyó el fundamento último de su posición y su poder. Para quien esto escribe, Macedonia representa, por otro lado, un término geográfico correspondiente al territorio que conformaba el núcleo del estado o reino de Macedón. En ocasiones, las dos ideas coinciden de manera parcial. Cuando hablamos de la Macedonia imperial, nos referimos al territorio mayor que conquistó y consolidó en calidad de estado Filipo, y cuya frontera septentrional trató de extender Alejandro nada menos que hasta el Danubio. En buena parte de la bibliografía occidental se han empleado de forma indistinta Persia e Irán, si bien, en rigor, la primera (*Persis* en griego) constituye el núcleo central del pueblo persa, una región montañosa situada al noreste del golfo Pérsico, en tanto que Irán incluye también la Media antigua, al norte, y algunas áreas más. En este volumen, Irán se identifica con el Irán de nuestros días, y Persia, con el estado o Imperio de los persas aqueménidas*.

EQUIVALENCIAS MONETARIAS

No he tratado de convertir las cifras relativas a las monedas a equivalentes modernos. Un talento (palabra de origen babilonio) de plata griego contenía 100 minas o 6.000 dracmas, y dos o tres de estos últimos al día era lo que cobraba un trabajador cualificado en tiempos de Alejandro. Para ser rico de verdad –algo semejante a un millonario en los países que tienen por moneda oficial la libra esterlina o el dólar–, una persona debía tener tres talentos o más, posiblemente. En consecuencia, cuando Hárpalo se fugó con 5.000 de éstos en 324, o cuando Alejandro accedió, en 330, al tesoro persa, valorado quizás en 180.000 talentos, hablamos de cifras por demás elevadas.

TRADUCCIONES

Todas las versiones de fuentes griegas o latinas son propias. En ocasiones, me he desviado ligeramente de la literal estricta a fin de facilitar el flujo y la cadencia de la narración.

Agradecimientos

El presente volumen se funda, de forma somera, en los cursos que he ofrecido en Cambridge durante el último cuarto de siglo, dirigidos sobre todo a estudiantes universitarios que se preparaban para licenciarse en Cultura Clásica o Historia. A las clases acudía, de ordinario, una serie de licenciados y colegas de dentro y fuera de la Facultad de Estudios Clásicos, así como, en ocasiones, algún que otro visitante más singular, como, por ejemplo, Bob Strassler, editor de *The Landmark Thucydides* y benefactor de la erudición clásica, o Jerry Ostriker, colega del Clare College y profesor titular de la Cátedra Plumiana de Astronomía. A todos debo agradecer el estímulo de tener que expresar de un modo sucinto, inteligible y ameno parte de la emoción que comporta la búsqueda de un Alejandro inédito.

Mientras investigaba y escribía acerca de Alejandro y, en general, la historia y la arqueología griegas, he contraído otras muchas deudas, en especial con mis muchos amigos griegos. Aunque sería injusto destacar a alguno de manera individual, he de mencionar, cuando menos, a los siguientes, en orden más o menos alfabético: Nikos Birgalias y Nastassia Florou; Kostas Buraselis; Tassos Christidis –que me guió por la Vergina y la Pella de Alejandro–; Soteroula Constantinidou y Costas Constantinides; Eleni Cubitt –eminencia del British Committee for the Reuniting of the Parthenon Marbles–; Angelos Delivorrias; Katie Demakopoulou; Matti y Nicholas Egon –griego honorario por asociación–; Vincent Gabrielsen; Ariadni Gartziou-Tatti; Costas Grammenos; su ilustrísima Grigorios, obispo de Thyateira y el Reino Unido; Vassilis Karasmanis; Paschalis Kitromilidis; Nota Kourou y Thanasis Kouros –mis primeros amigos griegos–; Dimitris Kyrtatas; Vassilis Lambropoulos y Artemis Leontis; Edmee, Louisa y Tassos Leventis, así como el difunto Dino Leventis, cuya muerte tanto lamentamos; Anna Missiou; Isidora y Manolis Papadrakakis; Zenon Papakonstantinou; Spyros

Rangos; el antiguo embajador Alexandros Sandis –nativo de la Alejandría egipcia de Alejandro–, la consejera de Cultura Victoria Solomonidis y el consejero de Prensa Nicos Papadakis, pertenecientes todos ellos a la Embajada de Grecia en Londres; Giorgos Steinhauer –sin el cual no habría podido dar principio a mi investigación arqueológica en calidad de estudiante de posgrado del profesor sir John Boardman–; Antonis Tsakmakis; Evi Touloupa; Kostas Valakas; Kostas Vlassopoulos; Sofía Voutsaki, y Mary Yossi, cuya importancia no es menor, en absoluto, por más que aparezca en último lugar.

También debo más de lo que pueda expresar a los siguientes: el doctor Jan Parker, de la Open University –quien leyó todo el original, si bien no es, ni mucho menos, responsable de los errores de la versión publicada–; el profesor Graham Shipley, quien leyó, con gran generosidad y agudeza, las pruebas de edición pese al poco tiempo de que dispuso para ello; Julian Alexander, agente comprensivo e infatigable; y mis editores de Macmillan Georgina Morley, Natasha Martin y Josine Meijer –al cargo de las ilustraciones–, gentes tan pacientes como expertas.

Mi hija me ha brindado un apoyo impagable, a pesar de hallarse, la mayor parte del tiempo, en el lado opuesto del planeta –en un lugar con el que ni siquiera llegó a soñar Alejandro–. Mi mayor agradecimiento, sin embargo, debe ir, como siempre, a la destinataria de la dedicatoria –si bien he de admitir que me he sentido tentado de seguir el ejemplo de Ernst Badian, gran historiador moderno de Alejandro, quien dedicó sus *Studies in Greek and Roman History* a su esposa.

PERMISOS

El mapa n.º 3 está basado en «Battle of Issus 333 BC», de J. B. Bury y Russell Meiggs, *A History of Greece*, 1975, por gentileza de Palgrave Macmillan. El resto toma como referencia John Warry, *Alexander 334-323 BC*, Osprey Publishing, Oxford, 1991.

Relación cronológica

h. 498-450 Reinado de Alejandro I de Macedón

h. 450-414 Reinado de Perdicas

414-399 Reinado de Arquelao I

393-369 Reinado de Amintas II

359-336 Reinado de Filipo II (hijo)

359-338 Reinado de Artajerjes III de Persia

357 Matrimonio de Filipo II y Olimpia de Molosia

356 Filipo funda Filipos; victoria en los Juegos Olímpicos

h. 20 *julio*: Nacimiento de Alejandro

356-346 Tercera Guerra Sagrada

352 Filipo domina Tesalia

348 Filipo saquea Olinto

346 Paz de Filócrates; Filipo organiza los Juegos Pitios

344/343 Persia reconquista Egipto (sublevada desde 404); Alejandro domestica a Bucéfalo

343 Aristóteles educa a Alejandro en Mieza

342-339 Filipo domina Tracia

340/339 Regencia de Alejandro estando ausente Filipo, consagrado al sitio de Bizancio; Alejandro funda la ciudad tracia de Alejandrópolis

338 *otoño*: Filipo derrota a la coalición griega encabezada por Atenas y Tebas en Queronea; funda la Liga de Corinto, cuyo consejo lo elige para que acaudille la expedición panhelénica contra el Imperio persa

336 Ascenso al trono de Darío III de Persia; la avanzada greco-macedonia, capitaneada por Parmenión, establece una cabeza de puente en la región del noroeste de Asia Menor

336 Asesinato de Filipo en Egas

336-323 Reinado de Alejandro III el Magno

336 *finales de verano*: Reconocimiento de Alejandro en cuanto sucesor de Filipo, presidente de la Liga de Corinto y caudillo de la expedición persa

h. 2 *octubre*: Comienza el primer año del reinado de Alejandro

335 *primavera-junio*: Alejandro combate en Tracia, contra los tribalios, y en la región del Danubio

junio-agosto: Campañas contra los ilirios

principios octubre: Destrucción de Tebas

334 *primavera*: Alejandro asume el mando de la expedición persa y pasa a Asia

mayo: Batalla del río Gránico

mayo-agosto: Campañas en el oeste de Asia Menor; disolución de la mayor parte de la flota aliada

agosto-septiembre: Sitio de Halicarnaso

otoño/invierno: Campañas en Caria, Licia y Panfilia

333 *primavera*: Llegada a la gran Frigia (episodio del nudo gordiano)

verano: Llegada a Ancira a través de las Puertas Cilicias, a Tarso y a Solos

noviembre: Batalla de Iso (Cilicia) *diciembre*: Parmenión toma Damasco

332 *enero-julio/agosto*: Sitio de Tiro (Fenicia)

septiembre-noviembre: Sitio de Gaza

noviembre: Alejandro, faraón de Egipto (coronado [?] en Menfis)

331 *enero-marzo*: Fundación de Alejandría de Egipto (7 abril, fecha oficial); visita al oráculo de Amón en el oasis de Sīwa

primavera: De Menfis a Tiro; reorganización del sistema financiero

julio-agosto: A Tapsaco

otoño: «Batalla de ratones» (el regente Antípatro aplasta, en Megalópolis, la rebelión espartana encabezada por Agis III)

20 *septiembre*: Eclipse lunar nocturno

1 *octubre*: Batalla de Gaugamela

octubre-diciembre: Marcha a través de Babilonia y la Sitacena (revista y nombramientos) a Irán (a Susa y, tras atravesar el territorio de los uxios y las Puertas Persas, Persépolis)

330 *primavera*: Campaña en el interior de Irán

abril/mayo: Regreso a Persépolis, quema del palacio y salida hacia Media

principios de junio: Alejandro licencia en Ecbatana a las huestes griegas aliadas

junio: A Rages (cerca de Teherán) y las Puertas del Caspio

julio: Captura del cadáver de Darío III, avance a la frontera hircana, recepción de Nabazarnes y Fratafernes y supuesto coqueteo con la reina de las amazonas; avance a Zadracarta; Alejandro comienza a actuar en calidad de gran rey y adopta vestimenta con elementos orientales

agosto: Marcha a Bactriana y desvío a Artacoana (hoy Herāt); rebelión de Satibarzanes

septiembre: Proceso y ejecución de Filotas, seguido del asesinato de Parmenión; juicio de Amintas y sus hermanos

invierno: Tras atravesar tierras de drangianos y arimaspos, llega a Aracosia, y a través de Paropamiso, a la falda del Hindūkūš

330/329 *invierno*: Fundación de Alejandría del Cáucaso (cerca de Bagrām y Charikar)

329 *primavera*: Paso del Hindūkūš y marcha a Drapsaka (Qundūz) y Bactra; se licencia a los ancianos y los voluntarios tesalios; paso del río Oxo

verano: Captura de Beso (pretendiente al trono persa) por Tolomeo; ajusticiamiento de Beso; marcha a Maracanda (Samarcanda), capital estival de Sogdiana, y al río Iaxarte- s; fundación de Alejandría Escate (hoy Jodzhent); rebelión de las tribus locales escitas y de los sogdianos; campaña contra el traidor Espitamenes

329/328 *invierno*: En Bactra, Alejandro recibe embajadas de escitas y corasmios

328 *primavera*: Comienzo de la pacificación sistemática de Sogdiana; campaña de guerrillas contra los masagetas de las estepas del Turquestán y contra Espitamenes

finales de verano: Regreso a Maracanda

noviembre: Alejandro mata a Clito en Maracanda; Espitamenes muere en manos de los masagetas

328/327 *invierno*: Alejandro se acuartela en Nautaca

327 *primavera*: Toma de la Roca Sogdiana (BaisunTau [?]) y la Roca de Corienes (Kohi-Nor); Alejandro contrae matrimonio con Roxana, hija de Oxiartes; avance hacia Bactriana y derrota de los últimos focos de resistencia; episodio de la *proskýnēsis*, conspiración de los pajes reales; arresto y ejecución de Calístenes

finales de primavera: Salida de Bactriana y segundo paso del Hindūkūš en dirección a Alejandría del Cáucaso

finales de año: Comienzo de la invasión de la India

327/326 *invierno*: Alejandro se acuartela en Asacene (en la región de Swāt y Būnīr); toma de Masaga y el peñasco de Aornis (Barsar ib Pīrsar); marcha hacia el río Indo

326 Avance hacia Taxila

mayo: Batalla del Hidaspes (Jhelum), emprendida contra Poro (rajá de Paura)

mayo-junio: Estancia en el reino de Poro

finales de junio: Avance hacia los ríos Acesino e Hipasis (Beas); tras amotinarse la hueste de Alejandro, retirada del Hipasis y regreso al Hidaspes; muerte de Ceno; fuerzas navales en franquía

noviembre: Comienza la travesía del Hidaspes

325 Reducción de la tribu de los malos; herida casi mortal de Alejandro; llegada al océano Índico

julio: Llegada a Pattala (Hyderābāt [?])

agosto: Comienza el descenso desde Pattala

agosto-noviembre: Marcha a través del desierto de Gedrosia (Makrān)

septiembre: Alejandro llega a la tierra de los oritas

septiembre/octubre: Nearco zarpa con la flota; Alejandro atraviesa el desierto de Gedrosia y llega a Pura

mediados de diciembre: Nearco arriba a Hormozeia (Ormuz)

finales de diciembre: Alejandro y Nearco se reúnen en Carmania

325/324 *invierno*: Ejecuciones de sátrapas y generales; huida de Hárpalo

324 *enero-marzo*: Nearco parte de Hormozeia con rumbo al golfo Arábigo

enero (?): Alejandro llega a Pasargadas

marzo: Alejandro y Nearco se reúnen en Susa

abril: Casamientos de Susa; liquidación de las deudas de la tropa; remontamiento del Tigris

junio: Motín de Opis (Bagdad); banquete de reconciliación

julio: Hárpalo llega a Atenas y entrega a las autoridades setecientos talentos

agosto: Promulgación, por parte de Nicanor, del decreto de los exiliados de Alejandro en los Juegos Olímpicos

octubre: Muerte de Efestión en Ecbatana

324/323 *invierno*: Campaña contra los nómadas casitas

323 *principios*: Alejandro en Babilonia; preparativos de la expedición árabe; visita de enviados griegos a fin de reconocer el carácter divino del macedonio

10 *junio*: (Noche del día 28 del mes macedonio de *Daisios*): Alejandro muere en Babilonia (poco antes de cumplir los treinta y tres años, y tras poco más de doce y medio de reinado)

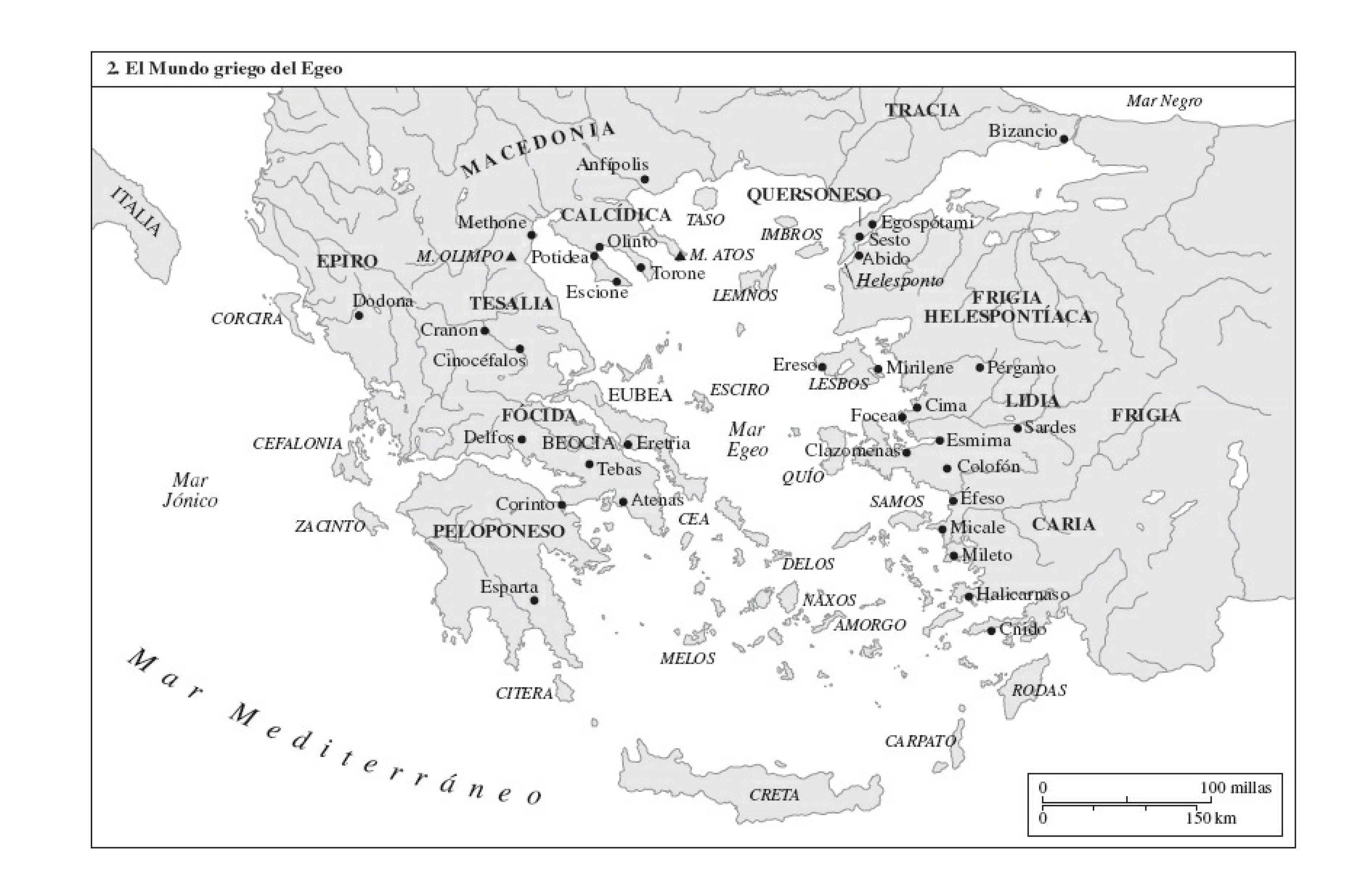
Mapas y planos



1. El mundo griego en la época del nacimiento de Alejandro Magno


ESCITAS
Tanais
SAURÓMATAS
Olbia
Panticapaeum
Tiras
Teodosia
Istro
Calatis
Mar Negro
Fasis
Odesa
Mesembria
Sinope
Apolonia
Amiso
Trebisonda
TRACIA
Heraclea
Bizancio
Calcedonia
Brentesion
(Brindisi)
MACEDONIA
Abdera
Tasos
CALCÍDICA
Abido
Tarento
Corcisa
Mar
Egeo
Sigeo
IMPERIO PERSA
Metaponto
Focea
Crotona
Megara
Calcis
Eretria
Acaya
Atenas
Corinto
Mileto
Locri
Mar
Jónico
Esparta
Paros
Fosélida
Regio
Tera
Naxos
Cicio
Catania
CHIPRE
Biblos
Sidón
Mar Mediterráneo
Tiro
Cirene
Evespérides

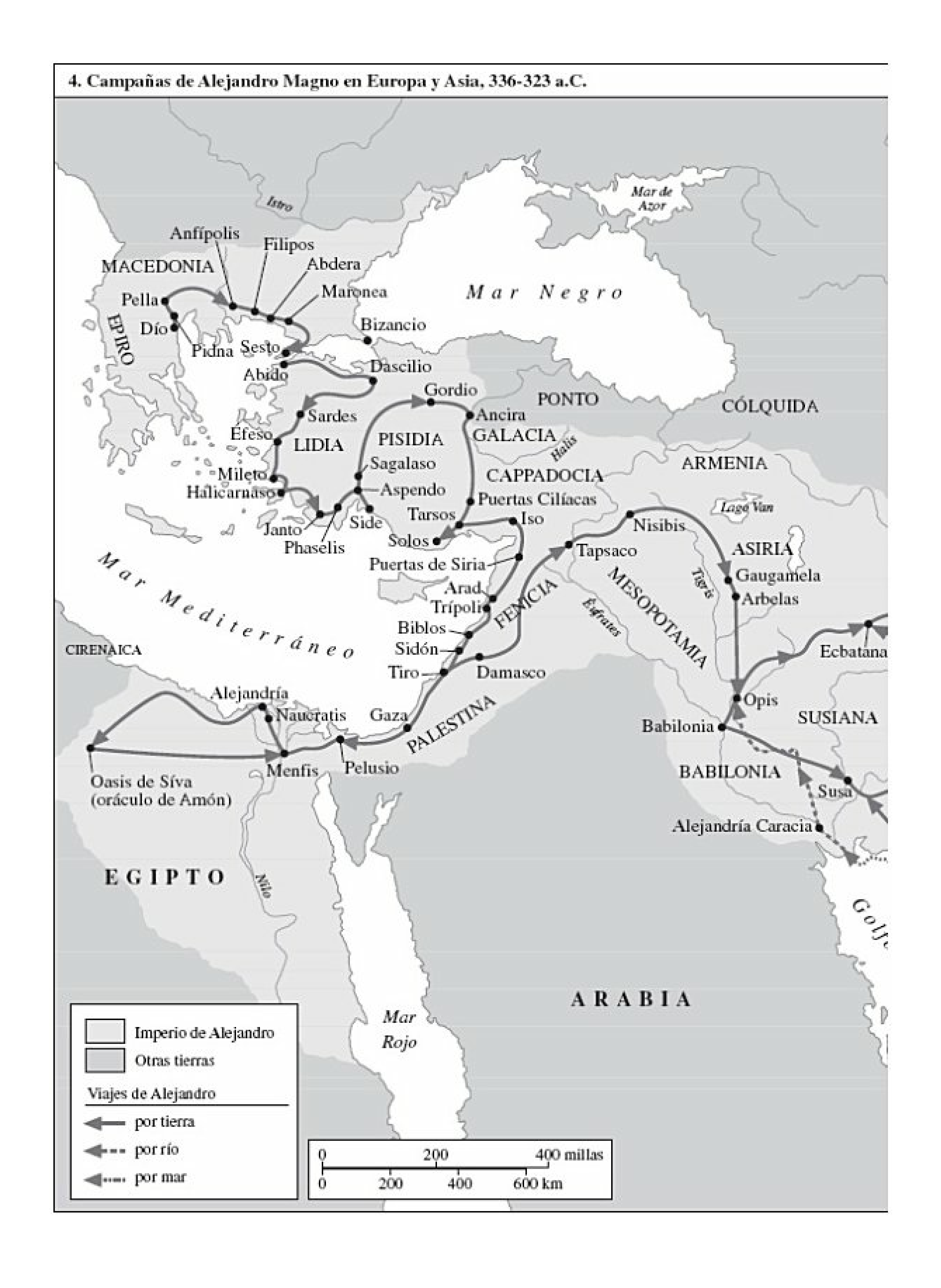
2. El Mundo griego del Egeo

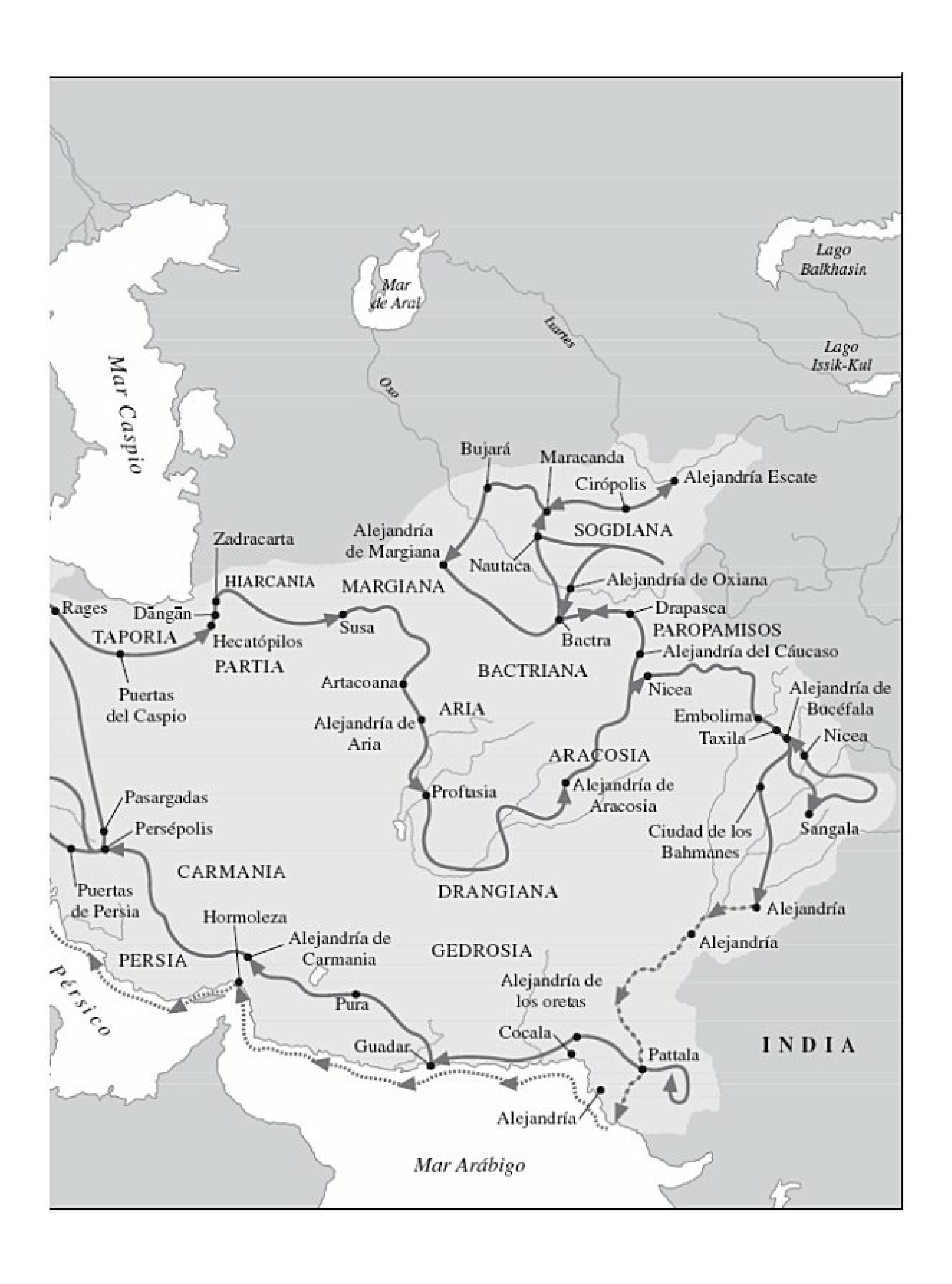


3. Macedonia y sus «cantones»



4. Campañas de Alejandro Magno en Europa y Asia, 336-323 a.C.



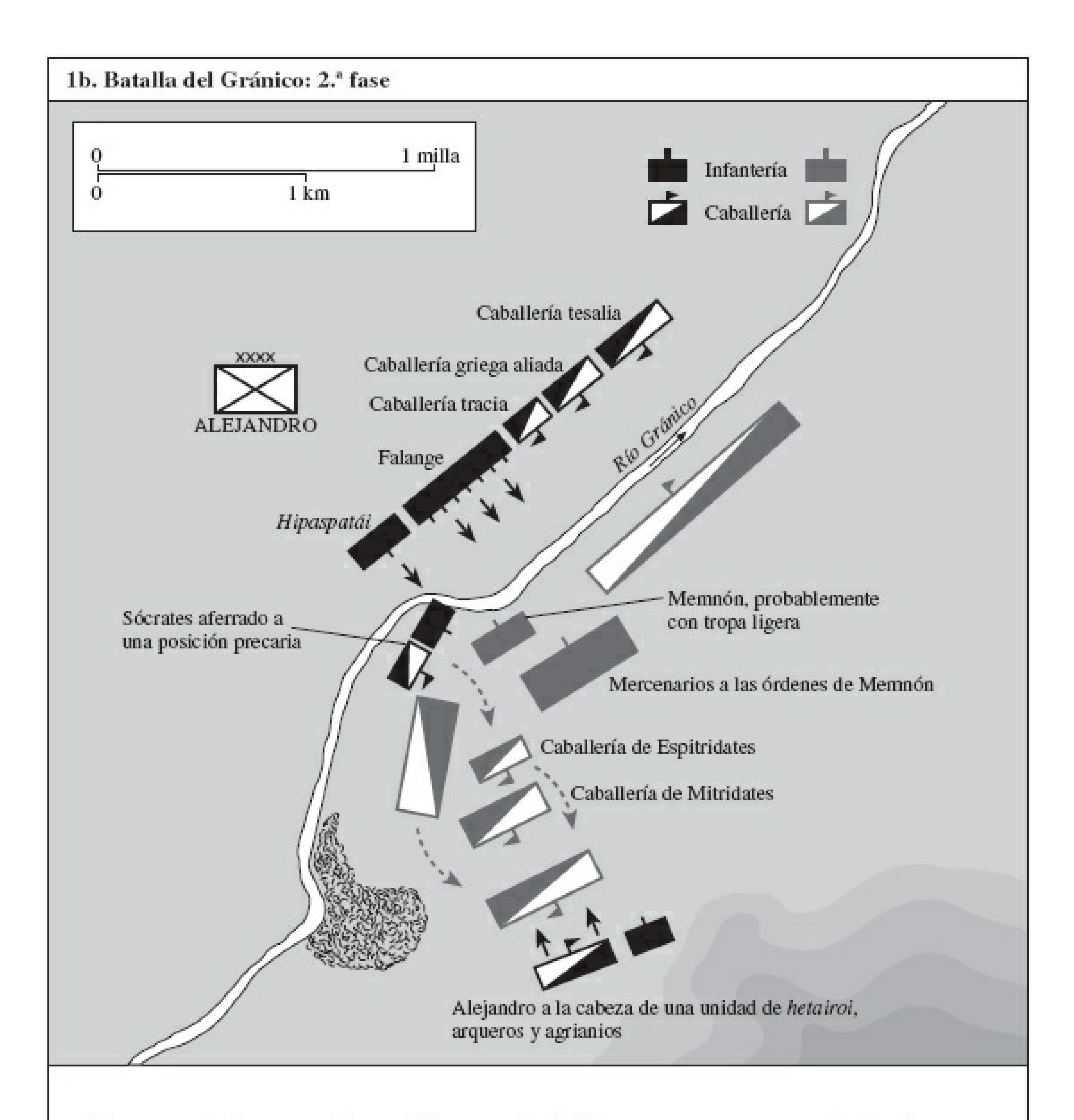


Mar de Aral
Lago Balkhasin
Lago Issik-Kul
Mar Caspio
Iaxartes
Oxo
Bujará
Maracanda
Cirópolis
Alejandría Escate
SOGDIANA
Alejandría de Margiana
Nautaca
Zadracarta
HIARCANIA
MARGIANA
Alejandría de Oxiana
Rages
Dangan
Drapasca
TAPORIA
Susa
Hecatópilos
Bactra
PAROPAMISOS
PARTIA
Alejandría del Cáucaso
Artacoana
BACTRIANA
Puertas del Caspio
Nicea
Alejandría de Bucéfala
ARIA
Embolima
Alejandría de Aria
Taxila
Nicea
ARACOSIA
Alejandría de Aracosia
Proftasia
Pasargadas
Persépolis
Ciudad de los Bahmanes
Sangala
CARMANIA
Puertas de Persia
DRANGIANA
Alejandría
Hormoleza
Alejandría de Carmania
Alejandría
PERSIA
GEDROSIA
Pérsico
Alejandría de los oretas
Pura
Cocala
INDIA
Guadar
Pattala
Alejandría
Mar Arábigo

1a. Batalla del Gránico: 1.ª fase



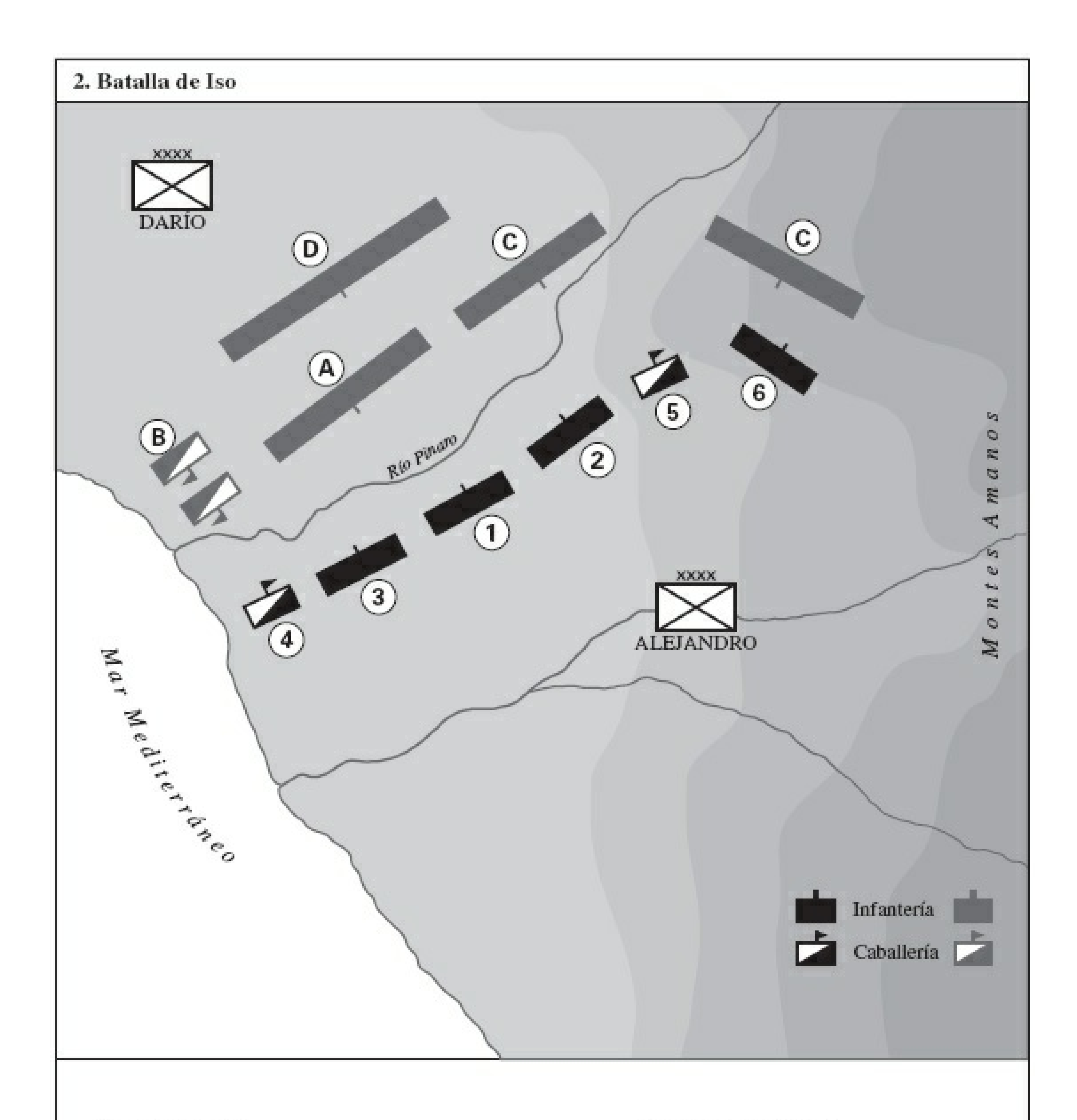
A diferencia de lo que ocurrió en los otros dos grandes enfrentamientos por tierra, durante el que empeñó en el río Gránico, las huestes de Alejandro Magno superaban en número a las de sus oponentes, mandadas, al parecer, por Arsites, sátrapa de Frigia Helespontíaca (véase el Índice de personajes).



1b. Batalla del Gránico: 2.ª fase

Al cruzar el río a una distancia inesperada del lugar en que se concentraba el mayor número de las fuerzas de Persia, Alejandro obligó al enemigo a desplazar las unidades apostadas en el centro a fin de defender el ala izquierda. Dispersas y desprotegidas, las huestes del persa no tardaron en perder la batalla. (En el capítulo 7 se expone con más detalle el desarrollo del combate.)

2. Batalla de Iso

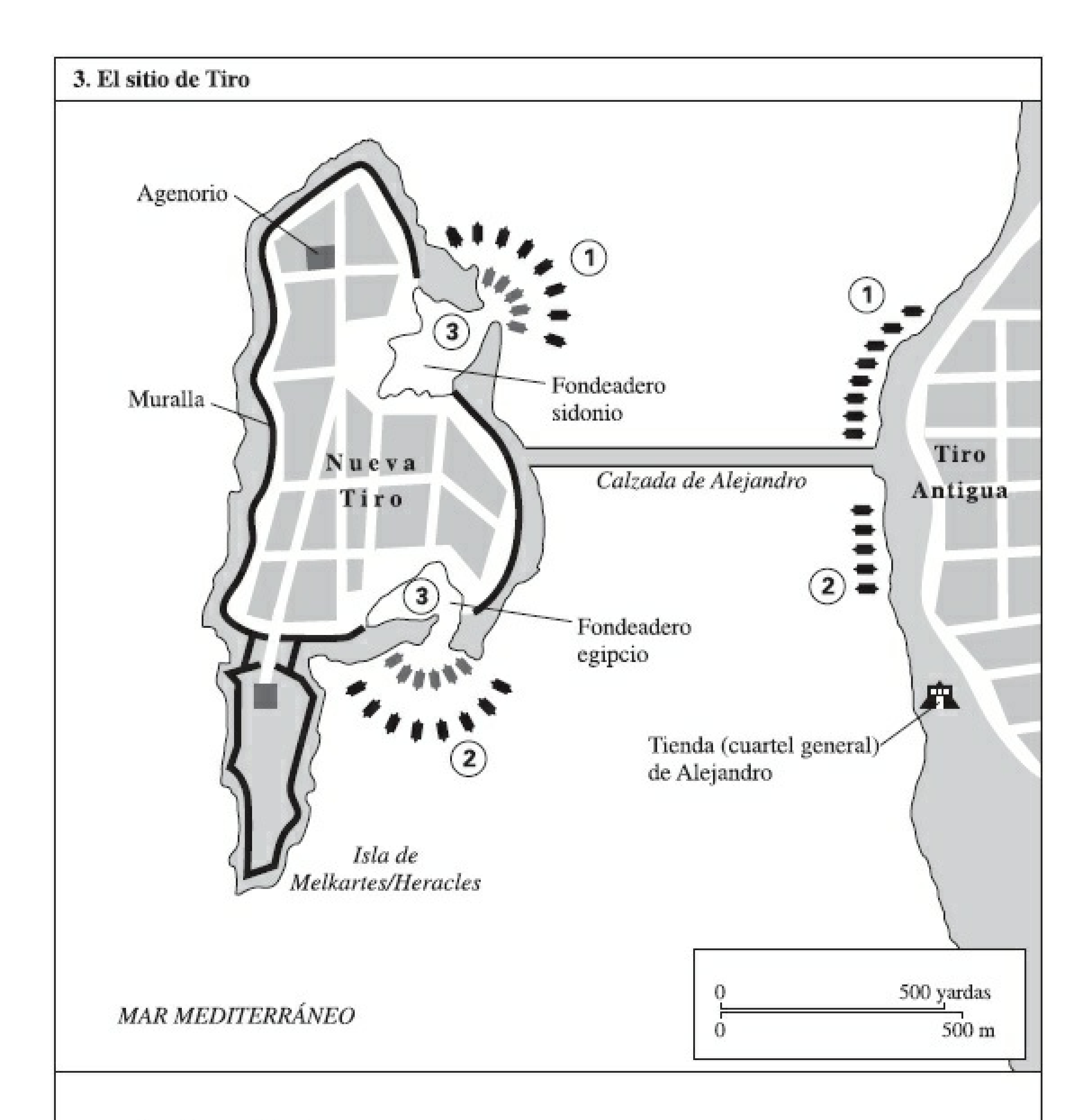


Ejército persa
A Hoplitas griegos
B Caballería
C *Kardakes* (infantería ligera persa)
D Otra tropa ligera de Asia

Ejército macedonio
1 Falange
2 *Hypaspistái*
3 Hoplitas griegos
4 Caballería griega
5 Caballería macedonia
6 Tropa ligera

Como en la batalla del Gránico, los ejércitos rivales estaban separados por un río; pero en esta ocasión fueron los persas, encabezados por vez primera por Darío III, quienes lo cruzaron antes.

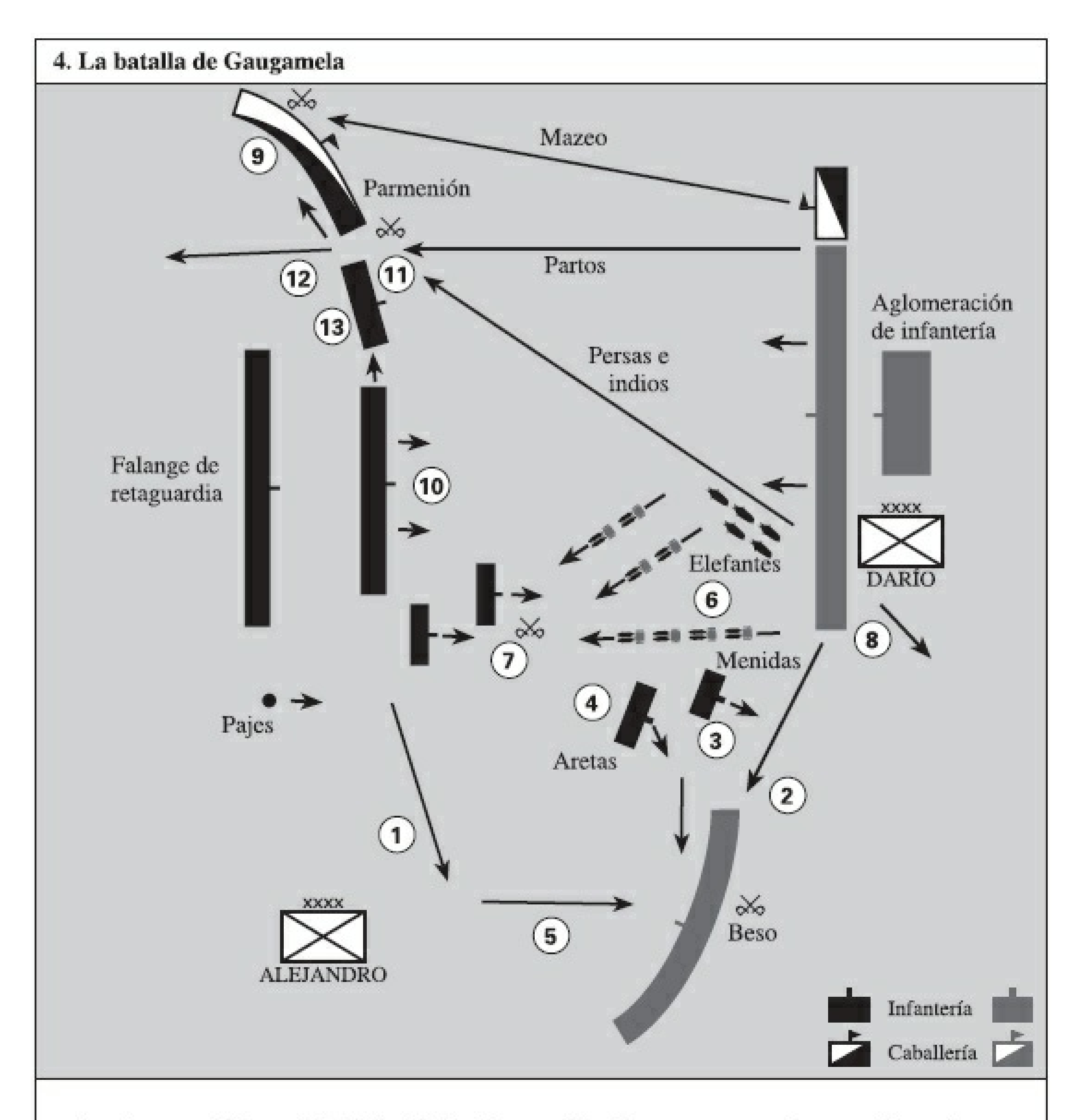
3. El sitio de Tiro



1 Naves chipriotas
2 Otras embarcaciones, fenicias sobre todo
3 Naves tirias

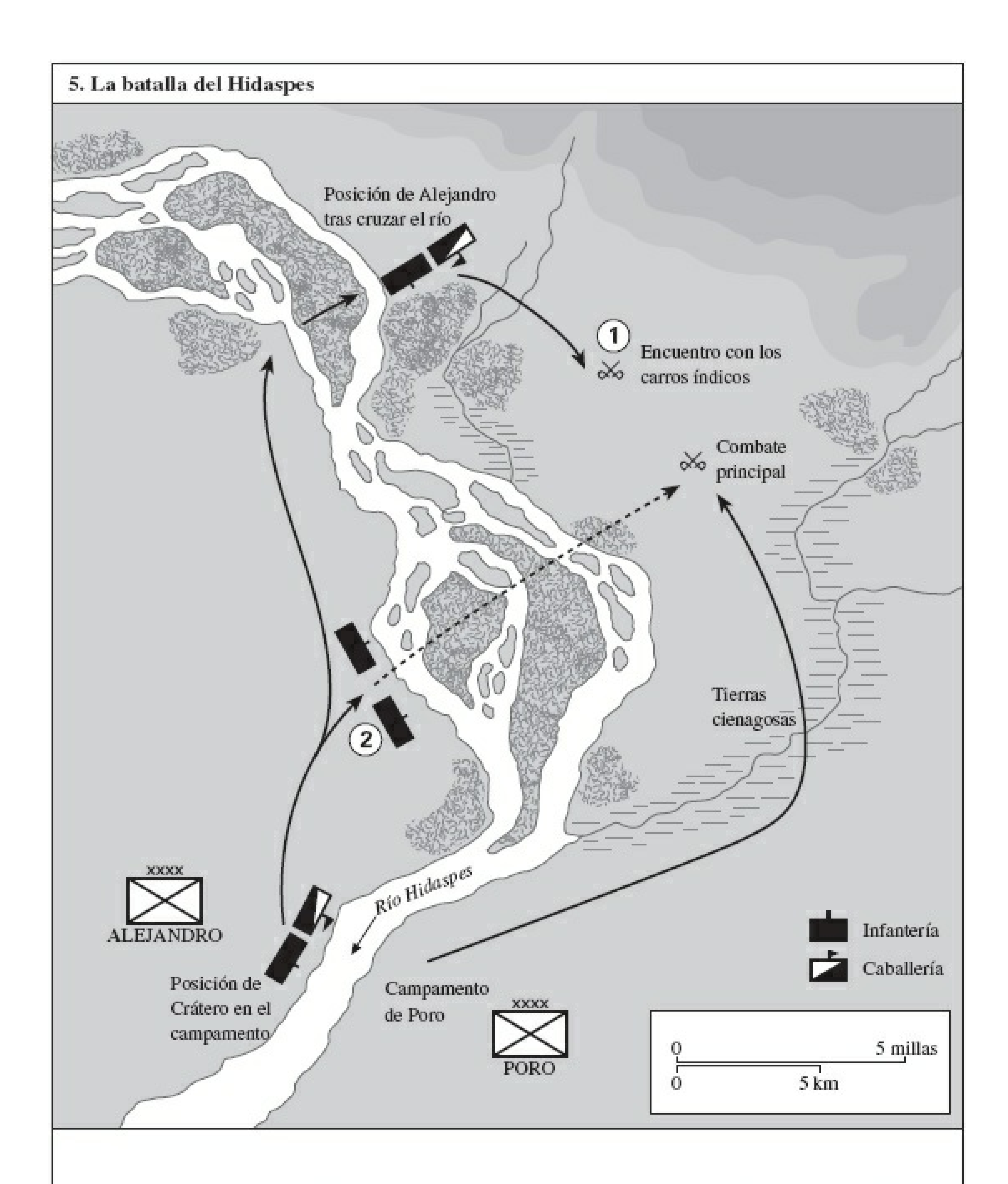
Las murallas de Nueva Tiro tenían del lado de tierra un grosor que las hacía poco menos que impenetrables. Al carecer de barcos, Alejandro Magno construyó no uno, sino dos pasos elevados –el primero fue destruido por las defensas de la ciudad– a fin de atacarlas. Cuando, más tarde, recibió la ayuda de una flota de fenicios renegados, pudo acometer los muros del lado del mar, más débiles, y completar el asedio tras siete largos meses.

4. La batalla de Gaugamela



1 Avance oblicuo inicial de Alejandro Magno
2 Contraataque de las huestes persas de Bactriana y Escitia
3 Alejandro ordena a los mercenarios abrir brecha en el ala izquierda de Persia
4 Los atacantes cierran contra bactrianos y escitas
5 Se abre una brecha en las líneas de Darío
6 Ofensiva de los carros persas
7 Los arqueros y la tropa ligera les ofrecen resistencia
8 Darío huye
9 Parmenión se defiende frente a la caballería de Mazeo
10 Avance de la infantería de Alejandro
11 Entre la infantería y la caballería de Parmenión se abre una brecha
12 La caballería índica y persa atraviesa las filas macedonias
13 La infantería macedonia hace frente a la acometida

5. La batalla del Hidaspes



1 Alejandro divide sus fuerzas de tal modo que él queda al frente de una y confía la otra a Crátero. Los 5.000 soldados de a caballo y los 6.000 de a pie de que dispone cruzan el río de manera subrepticia a fin de atacar a Poro.

2 El cuerpo principal, a las órdenes de Crátero, queda guardando la margen derecha. Meleagro se halla al mando de los batallones de reserva, con los que cruza directamente las aguas del Hidaspes después de que su soberano haya pasado a la otra orilla en un lugar más alejado, corriente arriba, para comenzar el ataque.

CAPÍTULO UNO

LA FAMA DE ALEJANDRO



El mundo recuerda a Iskánder y su gesta.
Macedonia le dio su cetro.
Iskánder era hijo de Filipo.
Su vida fue un largo sueño de gloria.

ABAY, *Iskánder*

Tras heredar, a la edad de veinte años, la posición de su padre Filipo en cuanto señor del mundo griego que se extendía al este del Adriático, Alejandro se había hecho, asimismo, amo del otrora poderoso Imperio persa alcanzados los veintiséis. Cuando llegó a los treinta, había llevado sus armas victoriosas hasta los confines de la *oikoumene* (o mundo habitado) conocida. Aun así, antes de cumplir los treinta y tres había muerto. Apenas cabe sorprenderse, por ende, de que se convirtiera en una leyenda en su propio tiempo. El que el mito se extendiera a tantos lugares –desde Islandia hasta China– desde su muerte, ocurrida en 323 a. C., se debió en gran medida a la llamada *Novela de Alejandro*.[*] Esta fabulosa ficción tomó forma en Egipto, unos cinco siglos o más después de su muerte, sobre todo.

Gracias a ello, y debido también –claro está– a otras razones, Alejandro se convirtió, en varios países y en diferentes épocas, en héroe, un ser casi sagrado, un santo cristiano, un nuevo Aquiles, filósofo, científico, profeta y visionario. Sin embargo, en la Antigüedad descollaba sobre todo por su carácter de conquistador. La *Anábasis* [«expedición hacia el interior»] *de Alejandro Magno*, escrita a principios del siglo II d. C. por Flavio Arriano bajo la influencia de las recientes conquistas protagonizadas en Partia (en la moderna Irán) por el emperador de Roma Trajano, constituye la mejor fuente histórica antigua con que contamos sobre el macedonio.

> Por mi parte –asegura el autor–, no puedo determinar con exactitud qué género de designios tenía en la cabeza Alejandro; [pero] huelga decir que ninguno era modesto ni secundario, y es evidente que no habría dejado de hacerse con nuevas tierras aun cuando hubiera sumado Europa a Asia y las islas Británicas a aquélla.

Arriano era muy consciente de la fama de Alejandro. Con todo, este comentario relativo a sus últimos proyectos (véase el capítulo 10) constituye la clase de observación comedida y reflexiva que lo hace digno del elogio del historiador crítico y el biógrafo actuales de aquel conquistador del mundo (una vez hecha, acaso, preterición de la despreocupada referencia a las islas Británicas, de las que habla como si no formasen parte de Europa).

Un milenio y medio más tarde, el Hamlet shakespeariano habla durante la escena del cementerio, con ademán más bien irreverente, de la suerte que hubo de correr bajo tierra su cadáver:

> Alejandro murió, Alejandro yace en tierra,
> Alejandro volvió trocado en polvo; el polvo
> es tierra, y con tierra se hace mantillo, ¿y qué
> si el mantillo que es ahora no alcanzase siquiera
> a tapar un barril de cerveza?

Se trata de una ilustración inglesa chovinista de su aparición en la literatura nacional de unos ochenta países, desde las islas Británicas hasta la península de Malaca, pasando por Kazajstán –de donde es oriundo Abay, poeta nacional–. Constituye, a su vez, otro modo de decir que Alejandro es, quizás, el más célebre de entre los pocos individuos de la historia de la humanidad cuya luz ha brillado lo bastante para proyectarse hasta el firmamento y marcar el fin de una era y el principio de otra. Tal como expresó con propiedad la novelista Mary Butts en una nota a *The Macedonian*, obra de ficción de 1931: «Hay hombres que compendian una época, y hombres que dan principio a otra. Alejandro hizo ambas cosas». Asimismo, cita con gran acierto otro pasaje de Arriano:

> Estoy persuadido de que no hubo nación, ciudad o pueblo a la sazón a la que no llegara su nombre, y por tal motivo, sea cual fuere el origen del que pudiera haberse jactado o reclamara para sí, paréceme que hubo de haber una mano divina presidiendo

así su nacimiento como sus acciones, puesto que no ha habido en toda la tierra mortal alguno capaz de superarlo o de igualarlo siquiera.

Aún cabe hallar otro testimonio nacional de la fama de Alejandro tan britano, a su manera, como pueda imaginarse. A fin de celebrar el 250 aniversario de la fundación del Museo Británico, ocurrida en 1753, el Royal Mail diseñó una serie especial de sellos que ilustraba sólo seis de los más de siete millones de objetos que guarda la institución en representación de unos dos millones de años del pasado del hombre. Uno de los elegidos consistía en un busto de piedra de Alejandro esculpido en la era helenística (en torno al año 200 a. C.); de Alejandro, quien, según los textos empleados para promocionar el artículo, «fue adorado como un dios tras su muerte».

La afirmación no es del todo exacta: también fue idolatrado como tal en vida. Sin embargo, de quien sí puede decirse que se vio elevado a la condición de divinidad sólo tras su muerte es del emperador protorromano Julio César, cuya existencia parangonó Plutarco –como no ignoraba Shakespeare– con la de Alejandro. No le faltaba razón, por cuanto a punto estuvo de igualarlo en determinados aspectos, si bien después de muchos más años de intentos. De hecho, dio su nombre a cierto género de emperador autocrático (pues de *Caesar* proceden tanto *káiser* como *zar* –del ruso *tsar*–). Se dice, según refiere Plutarco, que durante uno de sus primeros viajes oficiales a Hispania, mientras contemplaba de hito en hito una estatua de Alejandro –semejante, quizás, a la que hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla procedente de Itálica, la ciudad hispalense que, con el tiempo, sería cuna de dos emperadores romanos–, lloró al reparar en que, mientras que aquél reinaba ya sobre numerosos pueblos al morir con treinta y dos años, él mismo no había cosechado ningún triunfo notable a aquella misma edad. Quien esto escribe no es ningún Julio César; pero tiene cumplidos los cincuenta y seis en el momento de redactar estas líneas. De modo que el lector no tendrá gran dificultad en imaginar cómo se siente.

Podrían ofrecerse muchísimos ejemplos más que pongan de relieve la fama de Alejandro. San Agustín no se dejó impresionar en demasía por él, toda vez que lo consideraba, con arreglo a la traducción libre de *La ciudad de Dios* que debemos a Franz Holt, «a rogue with a global appetite for plunder»

(«un granuja aquejado de un hambre descomunal de botín»), lo que no deja de constituir una imagen muy llamativa por su modernidad. San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, se quejó del hecho de que las monedas acuñadas con la efigie del macedonio acabasen a menudo ligadas a la cabeza o los pies de las gentes a guisa de talismanes con los que alejar las calamidades. Tal vez haya que acudir a las pistas de tenis para encontrar un equivalente moderno a esta práctica: el tatuaje de Alejandro Magno que luce el jugador australiano Mark Philippoussis, cuyo padre es de origen heleno. Cabe presumir que Juan Crisóstomo se habría mostrado más conforme con el parecer de Dante, quien consideraba que Alejandro debía ocupar el séptimo círculo de su *Infierno*, junto con los (¿demás?) ladrones, asesinos y tiranos. Aun en la Grecia de hoy, se dice que los marineros en apuros han de enfrentarse a una ninfa de las aguas que les formula la siguiente pregunta: «¿Dónde está el gran Alejandro?»; ante la cual no hay otra respuesta satisfactoria que la de: «El gran Alejandro vive y reina». Queda dicho.

Tan imperecedera es, de hecho, su fama, que incluso en nuestro mundo internacionalizado, de estructura tan diferente, los periodistas empresariales escriben libros que pretenden recoger «lecciones del gran constructor de imperios», y los realizadores cinematográficos de Estados Unidos y quienes les brindan respaldo financiero se disponen a dedicar millones de dólares a explorar, recrear y aun hacer más grande, esperan, el nombre del original. Así y todo, cabe preguntarse si fueron la celebridad y la gloria, tal como lo habría expresado Abay, el acicate de Alejandro, el santo Grial que lo llevó a alcanzar cuanto alcanzó; y también, por incomparable que sea su fama tanto en el presente como en su propio tiempo, si fue en verdad «grande», por no decir ya *el Grande* o *el Magno*. Éstas son sólo algunas de las principales cuestiones que trataremos de resolver en el curso de nuestra caza en pos de una nueva interpretación del genio peculiar de Alejandro.

Las respuestas que puedan ofrecerse aquí o en cualquier otro estudio sobre el particular tendrán que ser, por necesidad, provisionales, circunstanciales y más o menos conjeturales. Al cabo, la figura de Alejandro Magno ha llegado hasta nosotros como un enigma, debido, sobre todo, a lo inadecuado de las fuentes testimoniales de que disponemos; pues si bien los indicios existentes distan mucho de ser pobres en cantidad, sí que lo son, de

forma muy marcada, en calidad en determinados aspectos. En primer lugar, son ajenos, en su mayoría, a la época del personaje, muy poco imparciales –bien apologéticos, bien reprobatorios– y tendentes al sensacionalismo. Sean, por lo tanto, cuales fueren las facetas más importantes de su vida que analicemos, seremos incapaces, por lo común, de lograr nada más firme que una probabilidad elevada de explicarlas a entera satisfacción, y sólo en contadas ocasiones. Los hechos mismos –lo que sucedió en realidad– resultan con frecuencia nebulosos. Nuestra máxima principal en cuanto historiadores debería ser, por ende, como la del estudioso latino Tácito, la de desconfiar de cuanto se nos dice.

Algunos especialistas en Alejandro creen, de hecho, que lo mejor que puede hacerse a la hora de recuperar los datos relativos a su existencia consiste en centrarse en las diversas imágenes del personaje que proporcionan los distintos géneros de indicios disponibles y su variada procedencia, sin albergar la esperanza de acercarse en gran medida al descubrimiento de la verdad –de cualquier verdad– acerca de él. El presente volumen, en efecto, pretende prestar la debida atención a la imagen –a las imágenes, más bien– suya que ha llegado a nosotros y a la abundante tradición histórica y mitológica que surgió en torno a él en su propio tiempo y que ha ido aumentando con vigor hasta nuestros días. Así y todo, tratará de defender también la tesis de que la lectura esmerada de las fuentes antiguas más dignas de confianza, tanto los textos escritos como, en general, los testimonios arqueológicos, pueden revelarnos información sustancial acerca de lo que movió a Alejandro Magno y de cómo y por qué fue capaz de hacer cuanto hizo.

Comenzaremos trazando, a rasgos generales, su trayectoria vital, desde su nacimiento, ocurrido en la ciudad macedonia de Pella en 356, hasta el comienzo de la campaña de conquista que emprendió contra el Imperio persa en 334. Será sólo un esbozo concebido para ofrecer un marco geográfico y cronológico para los capítulos temáticos siguientes. Además, a medida que avancemos, se irán indicando los puntos que guardan relación con los temas que se someterán a un análisis más detallado. En todo momento se hará

presente el contexto meramente geográfico de los logros de Alejandro. Polibio –uno de los cronistas griegos más destacados del siglo II a. C.– creía que sólo podía escribir narraciones históricas en regla quien hubiese examinado en persona todas las escenas de la acción. Huelga decir que, por desgracia, tal cosa ha sido imposible para quien esto escribe. Aun así, tengo la intención de poner de relieve los rasgos más destacados del terreno y el clima en los casos más relevantes, empezando por la mismísima tierra patria de Alejandro: Macedonia, tanto la Alta como la Baja. Seguiremos los pasos que dio, a lo largo de más de treinta mil kilómetros, mientras acaudillaba a sus victoriosas huestes en dirección al norte, hacia el Danubio, y al sur, hacia la Grecia central, antes de partir hacia Asia, para no volver jamás a Europa, en 334.

Entre este último año y el de 331, derrotó a la armada mediterránea del gran rey de Persia... desde tierra –lo que quiere decir que capturó sus bases navales una a una, sobre todo en el Levante, en donde destacó de forma especial el sitio de Tiro, efectuado en 332–. Hallándose la Grecia peninsular bajo el firme brazo del regente Antípatro, Alejandro pudo dedicarse a ganar, de manera inexorable, las tres batallas de envergadura bien planeadas que emprendió contra Darío III: la del Gránico, entablada en la Anatolia occidental en 334, la de Iso, en la meridional, en 333, y la de Gaugamela (o de Arbelas), en Mesopotamia, en 331. Aún quedaban por venir muchas contiendas, y no menos arriesgadas; si bien puede decirse que desde mediados de 329, año de la ejecución de cierto pariente del difunto Darío que aspiraba a sucederlo, Alejandro Magno no tuvo rival alguno en cuanto gobernante de un Imperio nuevo que había visto sus límites ampliados de un modo sensacional. A la postre, acabaría por extenderse desde Grecia al Paquistán, e incluiría, entre otros países y regiones, Egipto, Siria y Babilonia, así como, por supuesto, el antiguo núcleo persa de Irán.

El combate más arduo de cuantos empeñó, y a su modo, el más admirable de sus logros militares, tuvo lugar en las tierras altas del Asia central entre 329 y 327. Fue una lucha episódica e irregular basada en tácticas de guerrilla contra bandas guerreras tribuales, y no una sucesión de encuentros formales a la manera tradicional con ejércitos nacionales y paisanos mantenidos en un campo de batalla abierto. Filipo, el padre de

Alejandro, había «hecho sus guerras a golpe de casamientos», según la acertada expresión de uno de sus biógrafos posteriores, toda vez que había combinado la lucha y la conquista directas con la diplomacia conyugal, la creación de vínculos maritales destinados a debilitar la resistencia del enemigo o garantizar su aquiescencia tras la derrota, y lo había hecho nada menos que siete veces. Su hijo lo imitaría sólo en dos ocasiones: en Sogdiana, en 327, y en Irán, en 324. Sin embargo, ambas fueron signo, más que de poder y éxito, de la dificultad con que se había obtenido la victoria y lo complejo del subsiguiente mantenimiento de su autoridad. Los autores posteriores exagerarían estos matrimonios en conformidad con el espíritu romántico, y sobre todo el primero, contraído con Roxana, si bien la realidad debió de ser mucho más prosaica y práctica.

Cabría afirmar que, una vez que tuvo Irán y sus alrededores sometidos de un modo más o menos seguro a su dominación, llegado el verano de 327, Alejandro Magno no necesitó embarcarse en más ocupaciones. Nada lo urgía, por ejemplo, a reconquistar la tierra que se extendía tras Hindūkūš, macizo montañoso situado en el Paquistán de nuestros días, que tras pertenecer al Imperio persa, había quedado abandonado después de que éste lo perdiera mucho tiempo atrás. Aun así, lejos de limitarse a inspirar, engatusar o guiar a sus súbditos –y sus parejas sexuales– para que cruzasen dicha cordillera y se adentraran en el Paquistán y en la India, dio muestras de querer seguir avanzando más aún en dirección este, hasta los confines mismos del mundo –tal como se concebía por lo común a la sazón–, en donde el Océano que circundaba la masa continental lamía sus costas más remotas. Tal como señaló el escritor latino Quinto Curcio Rufo:

> Los hados esperaban de él que completara la subyugación de Oriente y llegase al Océano, y lograra así todo lo que cabía en las posibilidades de un hombre mortal.

En 326 obtuvo una victoria colosal y pasmosa contra el rajá de Paura (cuyo nombre se helenizó como *Pōros* y ha llegado hasta nosotros como *Poro*), armado aun con elefantes, en el río Hidaspes (hoy Jhelum; véase el capítulo 7). Sin embargo, cuando los hombres, la médula de Macedonia, alcanzaron el Hipasis (el actual Beas), al ver exacerbarse por causa de

tormentos inauditos como los monzones los padecimientos que los afligían tras largos años de lucha, no dudaron en lanzar un ultimátum a su caudillo, quien se vio obligado a reconocer su primera derrota, sufrida a manos de sus propias huestes. Con parca gracia y violencia muy poco atractiva, abrió senda hasta la desembocadura del Indo y despachó a un buen número de indios y, en otro sentido, una porción considerable de sus tropas de vuelta a Irán por mar. Actuando tal vez de un modo imprudente, condujo al resto en persona a través del agotador desierto de Makrān, sito en Beluchistán.

Esta empresa militar, que demostraría ser una de las últimas de Alejandro, le robó parte del prestigio que le habían brindado las asombrosas victorias obtenidas hasta entonces. Su regreso a Irán, al centro de su nuevo Imperio, lo hizo tomar conciencia práctica inmediata, por vez primera, de la naturaleza y la urgencia del problema que le planteaba la administración de aquella vasta entidad. Apenas resulta sorprendente que no siempre lograra dirigirla con propiedad. Por un lado, los súbditos asiáticos a los que había nombrado gobernadores resultaron ser corruptos, ineficientes o desleales, cuando no las tres cosas a un tiempo. Por el otro, Hárpalo, amigo suyo durante la infancia y sumo canciller del Imperio a la sazón, decidió, en 324, desertar –por segunda vez– y dirigirse a la Grecia no insular, e hizo aún más oprobiosa la afrenta al llevarse consigo una suma ingente de las riquezas que debían haber conformado el tesoro de su señor. Las dificultades de Alejandro no hicieron sino agravarse con la pérdida –debida en este caso, sin más, a la enfermedad que puso fin a su vida– de otro amigo íntimo de cuando niño, su gran visir Efestión. Corría el rumor –y en esta ocasión todo apunta a que era cierto– de que entre él y Alejandro había habido mucho más que una simple amistad. Sea como fuere, el dolor de este último fue en verdad homérico, como el de un nuevo Aquiles que llorara por segunda vez la pérdida de Patroclo. Lo más seguro, de hecho, es que no recobrase el equilibrio emocional hasta su propia muerte, ocurrida en Babilonia, en junio de 323, a causa, quizá, de una calentura, si bien se rumoreó, de manera inevitable, que había sido, como su padre, víctima de asesinato.

Jamás sabremos con certeza cuáles eran, exactamente, los planes que tenía para el futuro. Poco después de su muerte, se hizo pública una serie de supuestos «designios», aunque lo más seguro es que respondan más a la

imagen que se tenía de su megalomanía y a las ambiciones políticas de sus pugnaces imitadores que a la realidad de cualquier proyecto concebido con seriedad a corto y medio plazo. De cualquier modo, el resultado inmediato fue una lucha prolongada entre un puñado de sedicentes sucesores deseosos de repartirse los despojos de un Imperio que había muerto junto con su fundador. En los albores del siglo III había en Grecia y Oriente Próximo tres reinos principales: el de los Antigónidas, en Macedonia y la vieja Hélade –el corazón del mundo griego del Egeo–; el de la dinastía Tolemaica, en Egipto, y el de los Seléucidas, en Asia. Estos dos fueron los más poderosos, y el último, el que más cerca estuvo de mantener intacto el legado asiático de Alejandro Magno. Aún habría de añadirse un cuarto reino, el de los Atálidas, en el transcurso del siglo III. Éste fue el mundo «helenístico» que conquistarían los latinos entre finales del siglo III y la primera mitad del I a. C., y sería en el seno del Imperio romano helenizado de Oriente en donde tendría su cuna el cristianismo. San Pablo, judío de costumbres griegas y ciudadanía romana, procedía de la población cilicia de Tarso, no lejos del lugar en que se libró la segunda de las tres batallas principales de Alejandro.

Aun así, cabe preguntarse si debemos considerar griegos a los macedonios. La cuestión, que puede resultar sorprendente, sobre todo si tenemos en cuenta el alboroto internacional que se ha generado de modo reciente en torno a la República de Macedonia, o por mejor decir, la Antigua República Yugoslava de Macedonia, no carece de pertinencia, por cuanto muchos helenos de tiempos de Alejandro Magno tenían a los macedonios por gentes no del todo griegas o nada griegas. Este convencimiento, tuviera o no fundamento histórico alguno, se basaba en la percepción de su lengua, incomprensible a menudo para la generalidad de los hablantes del griego. Lo contradice, sin embargo, el idioma simbólico de mitos compartidos y aceptados, que respaldaba con firmeza la inclusión de los macedonios en la familia helénica, en cuanto descendientes del epónimo Macedón y, en particular, de la familia real de los Argéadas. Éstos aseguraban proceder en línea recta de un tal Témeno, de quien se suponía que había emigrado de la peloponesia Argos a Macedonia en un pasado tan remoto como vago. Por ende, a la postre, y dado que Témeno era sucesor directo de Heracles, podían considerarse vástagos de este mismísimo héroe. El hecho de que el monte

Olimpo, morada de las doce deidades principales, se hallara en suelo macedonio tampoco tuvo poco peso en favor de tales argumentos. Los propios habitantes de dicha región supieron explotar, a través del desarrollo de Dión, sita en la ladera del noreste de la montaña, en calidad de ciudad sagrada, poseedora de sus propios juegos verdaderamente olímpicos, semejante circunstancia geográfica.

El territorio de Macedonia se divide, de forma aproximada, en dos mitades: una Alta, situada a poniente, y otra Baja, oriental, destacada por la llanura fértil de Emacia. En esta última se instauró cierto género de monarquía con capital en Egas en torno al año 600 a. C., si bien el primer soberano macedonio que dejó impronta en un contexto heleno más amplio fue Alejandro I, quien reinó durante la mayor parte de la primera mitad del siglo V. Por desgracia, la imagen que ofreció no estuvo, en absoluto, exenta de ambigüedad, dado que, en tiempos de las invasiones médicas, acaecidas en 490 y 480-479, no fue más que un vasallo y un recadero glorificado de los reyes persas Darío I y Jerjes. También resulta equívoco el calificativo de helenófilo que se le asignó y que, al tiempo que pregonaba su supuesta lealtad para con los griegos frente a los persas, daba a entender, por otra parte, que él mismo no pertenecía a los primeros, cuando menos en grado suficiente.

Hubo que esperar a las postrimerías del siglo V para que un monarca Argéada lograra la unificación política de la Alta y la Baja Macedonia, de la región occidental y la oriental, requisito indispensable para que aquella tierra alcanzase la condición de potencia. Arquelao, rey de 414 a 399, movió la capital más al este de Egas –que siguió siendo el centro ceremonial, amén de ubicación de los enterramientos realespara establecerla en Pella. En ésta erigió un nuevo palacio –en el que recibió, por ejemplo, a Eurípides–, amansó a los caudillos locales de los diversos cantones de la Alta Macedonia, construyó una red de fortificaciones a fin de garantizar su lealtad y renovó el Ejército macedonio a imagen, en parte, de las armas, las armaduras y las tácticas que llevaban empleándose más de dos siglos en zonas más meridionales de Grecia. La unificación y modernización que llevó a término se vería expuesta a un peligro nada baladí, sin embargo, durante la década que siguió a su muerte, en la que el reino fue testigo de la llegada y

desaparición de no menos de siete gobernantes. Al fin, volvió la estabilidad en tiempos de Amintas III (rey de 393 a 369), padre de Filipo II (de 359 a 336) y abuelo de Alejandro III (de 336 a 323), nuestro Alejandro.

De todos sus predecesores, fue su padre a quien más debió este último. Filipo –figura sin parangón de la historia europea al decir de Teopompo de Quío, autor contemporáneo que no pecaba, precisamente, de crédulo– no sólo convirtió Macedón en la región más grande del norte de la Grecia peninsular, a la vez que extendía su autoridad imperial tanto al oeste como al este, del Adriático al mar Negro, y a tierras tan septentrionales como las más próximas a las que riega el Danubio; sino que amplió su hegemonía sobre los griegos en dirección al sur, hasta llegar a los confines del territorio de Esparta, en la zona del sureste del Peloponeso, y la institucionalizó en el marco de lo que los modernos llamamos la Liga de Corinto, entidad que, en el fondo, constituía más un simple instrumento para obtener fines imperiales. Fue precisamente tras ser nombrado general de ésta cuando estuvo a punto Filipo de principiar una campaña panhelénica de venganza y resarcimiento contra el Imperio persa en 336.

Sin embargo, aquel verano murió asesinado en público por Pausanias, integrante descontento de su propia guardia personal, mientras participaba en la procesión nupcial de su hija Cleopatra, hermana carnal de Alejandro. Aun cuando nadie podía dudar de la identidad del regicida, jamás quedó claro si había actuado en solitario o en nombre de una facción o contubernio. Se habló de tejemanejes de índole sexual, aunque lo cierto es que la corte de Pella se hallaba sumida, asimismo, en marejadas políticas. El dedo de la sospecha señaló a Olimpia, esposa del fallecido separada de él y madre de Alejandro, y también a éste mismo, no sin cierta razón: a la postre, a él beneficiaba en mayor grado la muerte de su padre en aquel momento decisivo de la historia de Macedón, de Grecia, de Oriente Próximo y, de hecho, del mundo.

Alejandro Magno se hizo con el trono, logró que el Ejército reconociese de forma oficial su autoridad real, dio muerte a una serie de posibles rivales e hizo que lo eligieran para ocupar el lugar de su padre en cuanto caudillo de las huestes panhelénicas destinadas a combatir a los persas. Para todo ello, le bastó el verano de 336. Al año siguiente, se dispuso a consolidar su

retaguardia en suelo continental europeo antes de pasar a Asia. En primer lugar, acalló las voces de disidencia surgidas en las fronteras septentrionales, y en particular las de tracios e ilirios. A continuación, aplastó la oposición griega, encabezada por Tebas, ciudad que fue víctima de la misma aniquilación física que había sufrido la helena Olinto por orden de Filipo en 348. Una vez atados aquellos cabos, y favorecido por otra circunstancia ventajosa más, la de encontrarse, merced a las reformas de su padre, al frente del único género de ejército capaz de enfrentar y derrotar a la clase de fuerzas que estaba en situación de lanzar contra él el gran rey persa, puso rumbo a Asia durante la primavera de 334. Jamás regresaría a Macedón ni, de hecho, volvería a abandonar aquel continente.

Aún existe una controversia nada desdeñable en torno a las cuestiones de en qué momento concibió por vez primera Filipo la idea de invadir Persia y qué pretendía conseguir con exactitud. En lo tocante a Alejandro Magno, no cabe dudar que pretendía, desde un primer instante, someter y gobernar la totalidad del Imperio de los persas y algo más de propina: no sólo regiones como el Paquistán, que habían estado sujetas al dominio de éstos en otro tiempo, sino también territorios nuevos: todo cuanto, de hecho, se hallaba entre él y el Océano, el vasto mar o río que, según se creía, circundaba la masa terrestre. Por otra parte, lo que nosotros habremos de preguntarnos es en qué suerte de gobernante pretendía convertirse, suponiendo siempre que tuviese intención alguna de echar raíces en algún momento y limitarse a reinar. En particular, interesa determinar en qué grado y de qué modo quería llegar a ser un soberano oriental.

Como quiera que murió joven y a mitad de su carrera, no nos es dado descartar que pudiese haber habido en ésta una evolución considerable. Con todo, tengo para mí que existen testimonios suficientes para dar por sentado que albergaba el propósito de establecerse en calidad de nuevo rey de Asia tras presentarse como sucesor legítimo de los emperadores persas. Podemos verlo adoptar sus propias variantes de los atributos persas y emplear iranios nativos en los mandos y puestos administrativos de más altura; desposarse con dos mujeres de Persia y una de Sogdiana y alentar a sus compañeros más allegados a hacer otro tanto; incorporar soldados iranios en regimientos que antes habían estado conformados en exclusiva por macedonios e instituir

nuevas unidades selectas compuestas en exclusiva por soldados de Levante. Lo contemplamos, además, otorgando títulos honoríficos propios de Oriente a los orientales antes de dispensarlos a sus propios paisanos macedonios. Así lo presenta, por ejemplo, la descripción –crítica y no necesariamente fiel– del historiador galo romanizado Trogo (siglo I a. C.) que ha llegado a nosotros a través de Justino (siglo III d. C.):

> Más tarde, este Alejandro tomó las vestiduras propias de los monarcas persas, incluida una diadema, prenda que jamás habían usado con anterioridad los reyes macedonios ... Por añadidura, animó a los de su entorno a emplear túnicas largas de dorado y púrpura. A fin de imitar las costumbres excesivas de los persas, así como su indumentaria, repartió sus noches entre una legión de concubinas reales ... A todo esto sumó la celebración de banquetes por demás suntuosos ...[1]

Aún era pronto para determinar hasta qué punto podría haber transformado los antiguos métodos de administración imperial empleados en Persia. Con todo, da la impresión de que lo habría hecho por motivos meramente prácticos, y no porque le desagradara la idea de conservar prácticas e instituciones heredadas que tanto tiempo llevaban funcionando con éxito en Oriente.

Ya hemos visto que la de si Alejandro puede o no considerarse verdaderamente griego sigue siendo una cuestión palpitante. Él mismo, sin embargo, no abrigaba duda alguna al respecto: en lo tocante sobre todo a la cultura, se tenía, a imagen de su padre, por amante de lo heleno, motivo por el que se rodeaba de cortesanos nativos de Grecia, desde su chambelán Eumenes hasta Calístenes, su historiador oficial, pasando por Nearco, almirante de su flota y compañero suyo desde la infancia, y el escultor Lisipo. Se proclamó un nuevo Aquiles, y convirtió a Efestión, su compañero más allegado, en su Patroclo. Asimismo, presentó su campaña persa como una empresa panhelénica, y se ocupó de restituir a Atenas las estatuas que, habiendo sido robadas por los persas en 480, se custodiaban en Susa, la capital administrativa del reino. Por añadidura, envió a aquélla trescientas armaduras a modo de ofrenda a Atenea de parte de «Alejandro, hijo de Filipo, y los [demás] griegos». Organizó juegos y fiestas religiosas a la manera helena de forma regular durante la expedición, y extendió el culto a las

deidades griegas, a través, por ejemplo, de la fundación de cierto número de ciudades de dicha nacionalidad en lugares de gran importancia dentro del Imperio. La biografía de Plutarco también ofrece testimonio de su gran afición por las obras escritas en griego:

> Cuando sus campañas lo hicieron adentrarse en regiones remotas de Asia y le fue imposible dar con ningún otro libro, ordenó a Hárpalo que le enviase algunos, entre los que se contaban las historias [en prosa] de Filisto, numerosas tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y ditirambos de Telesto y Filóxeno .[2]

Aún quedan, sin embargo, interrogantes de consideración acerca de la naturaleza del helenismo de Alejandro Magno. Cabe preguntarse, por ejemplo, hasta qué punto estaba entregado a la libertad griega que proclamó en 334, tras la batalla del Gránico; por qué no se sirvió de la Armada griega –ateniense en su mayor parte– y empleó una porción relativamente escasa de las fuerzas que le proporcionó la Liga de Corinto, a las que, además, separó del servicio a raíz de la captura del corazón de Persia; por qué fue mayor el número de los helenos que lucharon contra él, en calidad de mercenarios, que el de los que combatieron en sus filas hasta la batalla de Gaugamela inclusive; por qué fue tan elevado el de los griegos que se unieron a la revuelta encabezada por Atenas contra Macedón entre 323 y 322, inmediatamente después de su muerte, o si las ciudades que fundó debieron su creación, en primer lugar, al empeño cultural por propagar el helenismo o a motivos políticos, militares y económicos de índole más práctica. Sea cual fuere la respuesta a esta última pregunta, es innegable que el mundo helenístico de los tres últimos siglos que precedieron a la era común, fundado sobre los pilares recién construidos de ciudades como la egipcia Alejandría o la siria Antioquía, fue resultado directo de los logros de sometimiento y pacificación de Alejandro Magno.

No falta quien lo considere el conquistador militar más grande que haya conocido el mundo. Allá ellos: quien esto escribe, por su parte, no estima realista tratar de emitir tamaño juicio comparativo, en el que intervienen situaciones y contextos nada susceptibles de parangón. Asimismo, me cuento entre quienes creen que Alejandro fue –tenía que ser– muchísimo más que un simple conquistador. Cabe defender, por supuesto, que si se hizo merecedor

del epíteto de *el Magno* fue, sobre todo –o quizás en exclusiva–, por las dotes que demostró en el campo de batalla y las hazañas que en él efectuó en calidad de comandante. Aun así, no es menos cierto que resulta necesario analizar unas y otras en su marco correspondiente para apreciarlas de forma cabal, y situarlas en el contexto de su capacidad diplomática y del resto de habilidades de que dio muestras a la hora de manejar gentes fuera del combate. Y por último, deben considerarse ante el telón de fondo de las transformaciones militares, punto menos que milagrosas, que había obrado su padre, Filipo.

En el capítulo 7 se brindará especial atención a cinco de las contiendas, tan variadas como numerosas, que entabló Alejandro, por cuanto sirven para ilustrar diferentes facetas de su genio militar. Se trata de las campañas programáticas que emprendió en 335, durante la primera temporada de su reinado, tanto en regiones remotas del norte, más allá del Danubio, como en la Grecia meridional; el sitio que impuso durante siete arduos meses a la ciudad fenicia de Tiro en 332; la victoria decisiva que obtuvo ante el gran rey persa Darío III durante la titánica batalla terrestre empeñada en Gaugamela en 331; la guerra de guerrillas que protagonizó en el Asia central entre 329 y 327, y por último, la derrota que infligió al rajá Poro y sus elefantes en el Hidaspes en 326. Los otros dos combates de relieve librados por tierra, en el Gránico, en 334, y en Iso, en 333, tendrán también el espacio que merecen; y no menos cabe decir de la campaña naval, a menudo olvidada, que tuvo lugar en el Egeo y el Mediterráneo oriental entre 334 y 332, y en la que Alejandro eligió, de forma tan deliberada como arriesgada, no tomar parte de un modo directo.

Otra de las materias de consideración que exploraremos con especial cuidado es la del concepto que tenía de sí mismo nuestro personaje, así como la del deseo de ser reconocido como algo más que un simple mortal: un ser divino o sobrehumano, en cierto sentido (véase el capítulo 11). No fue, precisamente, el primer habitante del mundo griego que devino, literalmente, una figura de culto. En 404, los oligarcas que habían recuperado el poder en Samos cambiaron el nombre de la fiesta religiosa más importante de la ciudad, la *Hēraia* –celebrada en honor a la gran diosa Hera, hija y esposa del padre Zeus–, por el de *Lysandreia* a fin de honrar a Lisandro, su benefactor

lacedemonio, un ser humano mortal a todas luces. Al transgredir la separación existente entre mortales e inmortales, sentaron un precedente que, en realidad, no se imitaría hasta los tiempos de Filipo, padre de Alejandro, dos o tres generaciones más tarde.

En 323, en las postrimerías de su reinado, Alejandro Magno se había convertido, sin duda, en objeto de adoración de las gentes de Asia, quienes lo tenían por un dios tanto en Babilonia, lugar de su muerte, como más al oeste, en Egipto, en donde era tradición profesar veneración religiosa al faraón gobernante. Sin embargo de tales antecedentes, no debemos olvidar que los reyes persas a los que había destronado no eran concebidos –ni idolatrados– como deidades por sus súbditos, toda vez que no pasaban de ser vicarios en la tierra de Ahura Mazda, el gran dios del zoroastrismo. Alejandro habría de dar un paso nada desdeñable, por ende, si pretendía ser adorado como un dios por sus súbditos orientales fuera de Grecia, Babilonia y Egipto. Asimismo, recibiría, de por vida, tratamiento propio de tal por parte de los habitantes de las ciudades helenas del litoral asiático, agradecidos hasta lo sumo por haber sido liberados de la dominación persa, y también, con toda probabilidad, en la Hélade no insular, si debemos creer los testimonios, por demás frágiles, relativos a la orden imperial que, supuestamente, publicó en 324 el propio Alejandro a fin de que se le tributara semejante culto.

Sin duda habría estado ansioso por expedir un mandato así si se hubiera tenido por un verdadero dios, en lugar de pretender, sin más, ser tratado como uno. Y lo cierto es que sí existen numerosos indicios circunstanciales que hacen pensar que aquel convencimiento fue, de hecho, creciendo de forma exponencial a medida que avanzaban sus campañas. En este sentido, cabe destacar el momento crucial ocurrido cuando consultó, en el oasis de Sīwa, con el dios egipcio y libio Amón, tras lo cual comenzó a hablar de sí mismo como si descendiera genéticamente de un dios.[3] Esto dio origen a no pocos chistes acerca de su «supuesto» padre, Filipo. Por otra parte, trató de hacer que sus cortesanos griegos y macedonios le rindieran la suerte de pleitesía que, si bien en Persia constituía una costumbre social, y no religiosa, al parecer de los helenos sobrepasaba lo primero para incurrir en lo segundo al deberse sólo a las divinidades. Bien podía haberse tratado de un modo de indicar, indirectamente, a aquéllos que se consideraba un ser divino; pero

también cabe interpretarlo de un modo muy diferente, en cuanto un medio de amalgamar su corte greco-macedonia y la persa al hacer extensivas a la primera las normas ceremoniales de la segunda.

En cualquier caso, cualesquiera que fueran sus razones, lo cierto es que la medida no funcionó, desde el punto de vista diplomático, y acabó por abandonarse. Sin embargo, este hecho no disminuyó, en absoluto, la religiosidad personal de Alejandro Magno, que iba más allá de lo meramente supersticioso para rayar aun en el fanatismo. Su natural devoto constituía un elemento fundamental del hombre que, en el fondo, era (véase el capítulo 10). Esta circunstancia suscita de forma patente la cuestión de la personalidad y el carácter de nuestro personaje. Como quiera que no ha llegado a nuestros días testimonio directo alguno procedente de sus más allegados, ni él llegó nunca a escribir un diario, no nos queda más remedio que inferir cómo era Alejandro por lo que hizo, y por lo que dejó de hacer.

Si pretendemos comenzar por el principio, tal vez nos interese conjeturar –pues es lo más que podemos haceracerca de las características, aptitudes y predilecciones que heredó de sus progenitores, Filipo y Olimpia (véase el capítulo 3). He aquí, por ejemplo, un texto de Plutarco sobre el supuesto entusiasmo de su madre por el misticismo extático religioso:

> De Olimpia se decía que no había mujer que la superase en el deseo de ser poseída por aquel dios [Dioniso]. Gustaba de introducir en las celebraciones festivas sierpes domesticadas que atemorizaban a los espectadores masculinos al enroscarse en derredor de las varas con guirnaldas de las mujeres.

La información referente a la educación de Alejandro Magno goza de una base más sólida, y en especial la que recibió de Aristóteles en Mieza a partir de 343. Con todo, y no obstante el ejemplar anotado de la *Ilíada* que regaló el filósofo a su alumno, aún no se tienen motivos suficientes para creer que este último estuviera convencido de que la palabra era más poderosa que la espada. Lo cierto es que tuvieron más importancia las durables amistades que entabló en aquella ciudad, pues tendrían en el futuro un peso nada baladí. Esto último debe aplicarse en especial al caso de Efestión, a quien, de hecho, tenía el emperador por su otro yo. Todo apunta a que su relación debió de ser también de índole sexual. Otra de las figuras que más relevancia tuvieron

durante la existencia de Alejandro desde su niñez o su juventud fue Bucéfalo, quizás el único caballo de la historia que haya dado nombre a una ciudad (la de Bucéfala, fundada en el actual Paquistán, si bien sus restos no han llegado a encontrarse jamás).

En cualquier caso, todo hace pensar que hombres y équidos tuvieron, en su corazón, prioridad frente a las mujeres. Una de las explicaciones que pueden darse a este hecho constituye una versión macedonia del caso freudiano del pequeño Hans, a quien la visión que, siendo un niño, había tenido de un semental en estado de excitación sexual había negado todo apetito erótico en su edad adulta. Tampoco cabe descartar que sufriese un complejo de Edipo reprimido –el vínculo afectivo que lo unió a su madre constituye uno de los grandes misterios de su vida que aún quedan por resolver–. Sea como fuere, esta tesis resulta más admisible que las que hablan de impotencia o de preferencia por las relaciones homosexuales. El serrallo de 365 concubinas que, según se supone, poseía era, sin lugar a dudas, un motivo de ostentación más que algo de uso diario, y tal como hemos visto arriba, no deberíamos creer la interpretación sentimental que se ha dado al matrimonio de conveniencia que contrajo con Roxana, hija de un noble principal de Sogdiana.

Más importante para él que las mujeres, o que el sexo con las mujeres, era su religión: Alejandro Magno era el clásico *deisidaimōn* («supersticioso»). En este sentido, confiaba, sobre todas las cosas, en su agorero (*mantis*) Aristandro, tal como se demostró, de manera notoria, en Halicarnaso en 334 y en el río Oxo en 329. Asimismo, tenía un tanto de místico, tal como revelaría, sobre todo, el episodio ocurrido en Sīwa. Después de éste, se tendría a sí mismo por algo semejante a un «hijo de Zeus», amén de contraer una relación especial de parentesco directo de descendencia con el Amón libio –que algunos griegos, entre los que no se contaba, identificaban con el propio Zeus–. Entre 324 y 323, tras la muerte de Efestión, mandó consultar precisamente a su oráculo cómo debía honrarse a su amigo, y la respuesta –como un héroe– le resultó muy satisfactoria.

También podemos abordar la humanidad y personalidad de Alejandro a través del término *pothos* («anhelo apasionado» o «deseo irresistible»), que aparece con regularidad notable en el texto de Arriano y cuyo empleo se

remonta tal vez a la imagen heroica que ofrece Calístenes de su patrón para captar la benevolencia de un auditorio griego en principio escéptico. El uso que hace Arriano de él es, cuando menos, coherente con la concepción del personaje como un ser siempre en busca de logros sobrehumanos –y aun de la obtención, quizá, de una naturaleza superior a la de los simples mortales–. La autenticidad de los supuestos designios últimos de Alejandro que hizo públicos el gran visir Perdicas en junio de 323, a raíz de la muerte de su señor, y que estaban basados, a su decir, en los *hypomnēmata* (o «memorias de expedición») oficiales, resulta, por desgracia, dudosa, aun teniendo en cuenta la no menor plausibilidad de su carácter alejandrino.

Tanto las fuentes neutrales como las hostiles lo presentan como un hombre cuya moral fue degenerando a lo largo de su reinado hasta mostrar, hacia el final –prematuro– de éste, claros rasgos de megalomanía. El historiador escocés dieciochesco William Robertson, autor por demás reservado, habla de sus «salidas brutales», en tanto que Ernst Badian, historiador desengañado de nuestros días, prefiere ver en su personalidad cierto rasgo, siempre presente, de crueldad que fue haciéndose cada vez más intenso hasta acabar por imponerse al resto de sus cualidades. En tal caso, tal vez haya que considerar beneficioso para su reputación el hecho de que muriera joven, pues de este modo, en lugar del desengaño que se apoderó de algunos, por ejemplo, con respecto a Napoleón, sólo nos resta la sensación de lo que podría haber sido (¿obra de nuestro propio *pothos*, acaso?).

La cuestión política o étnica de si debía o no contarse, de forma total o parcial, entre los griegos con propiedad no es sino uno de los controvertidos legados que nos dejó Alejandro Magno –uno de cuya resonancia no cabe dudar en el presente–. Otro de ellos, cuya obviedad resulta tal vez menos inmediata, lo constituye la afirmación de que las sociedades mercantiles modernas pueden obtener no pocas «lecciones vitales» de gran utilidad del estudio detenido de su «arte de la estrategia». Más amable, al menos en opinión de un servidor, resulta el análisis de la herencia, más directa, que recibieron en lo antiguo los reyes, los aspirantes al trono y los generales imperiales que asumieron parte o la totalidad de sus poderes y atributos simbólicos a fin de reforzar sus propias pretensiones de devoción y sumisión inquebrantables.

Por otra parte, fue el emperador mismo quien hizo encantamientos en calidad de practicante del arte de la magia –una de las muchas formas en la que aparece representado en la llamada *Novela de Alejandro*–. Hoy disponemos de versiones de todas las tradiciones antiguas de relieve de éste: la griega, la latina y la armenia. De un modo paralelo a la difusión de este legado literario se dio, con una recepción aún mayor, la de un conjunto de imágenes visuales de su persona, de las que proliferaron, asimismo, copias destinadas a crear retratos de reyes y generales deseosos de beneficiarse, por asociación, del aura de Alejandro Magno. Y en último lugar, existen equivalentes modernos de aquél y de éstas: la novela histórica y la película cinematográfica, respectivamente. Nosotros, por nuestra parte, debemos evitar, a fuerza de analizar nuestras fuentes con un agudo ojo crítico, ceder a la tentación de convertirnos en meros transmisores o inventores de una *Novela de Alejandro* del siglo XXI, pues tal cosa equivaldría a reducir su fama legítima a simple celebridad.

En conclusión: se ha dicho, no sin razón, que Alejandro no hay uno, sino muchos, toda vez que cada historiador –o cualquier otra persona interesada con seriedad en él– crea el suyo propio. Aun así, este proceso solipsista de «configuración alejandrina» no es, ni por asomo, sencillo ni directo, tal como nos recuerda con aspereza una ilustración final de la fama de que goza nuestro personaje en el seno de la tradición literaria occidental. Procede de «The Death of Alexander», composición del poeta estadounidense Robert Lowell publicada por vez primera en una colección titulada, sin más, *History*:

> No ha habido nadie como él. Terribles fueron sus crímenes,
> pero si queréis vilipendiar a aquel magno monarca,
> pensad en lo insignificantes, anónimos y sosos que sois
> [vosotros,
> lo humildes que son vuestras obras y lo ínfimo de vuestros
> [méritos.

CAPÍTULO 2

EL MUNDO DE ALEJANDRO



Alejandro Magno nació en 356 a. C. Vio la luz en el seno de la realeza. Su madre, Olimpia, era princesa del reino de Molosia, situado en Epiro, en la Grecia del noroeste. Filipo, su padre, se había arrogado el trono macedonio sólo tres días antes, si bien, desde el punto de vista técnico, no ejercía sino de regente en nombre del hijo menor de edad de un hermano mayor. El mundo al que llegó y en el que creció poseía tres dimensiones políticas y culturales de relieve: en primer lugar, se hallaba el propio reino de Macedón, consistente sólo en la región de Macedonia hasta que Filipo amplió con creces su territorio y su influencia en los 23 años que duró su vertiginoso gobierno (359-336); por otra parte, estaba el mundo de la Grecia antigua, que se extendía al sur y al este de Macedonia y abarcaba la Hélade no insular, las islas del Egeo y las colonias del Mediterráneo oriental; y por último, el Imperio persa, que, con centro en el Irán de nuestros días, se dilataba desde Hindūkūš, al este, hasta el Egeo, al oeste, y ocupaba, con cierta periodicidad, o amenazaba con ocupar, la tierra de los griegos que habitaban los confines más occidentales de Asia.

La herencia macedonia que recibió Alejandro de su padre queda bien compendiada en el discurso, tan complejo como sutil, que pone Arriano en boca del hijo en Opis en 324 (donde hubo de hacer frente a un segundo motín por parte de los veteranos macedonios que se hallaban a sus órdenes).

> Filipo –comienza– os heredó cuando no erais más que vagabundos sin recursos, y la mayoría vivía envuelta en pellejas y dedicada a apacentar a un puñado de ovejas por los montes y luchar en su beneficio, con languidez, contra ilirios, tribalios y tracios en vuestras fronteras. Él os dio mantos en lugar de pieles, os hizo bajar de los montes a las llanuras y os convirtió en gentes capaces de guerrear con dignidad contra los bárbaros aledaños, para que no volvieseis a confiar en el poderío natural de vuestras fortalezas monteses, sino en vuestra hombría, a la hora de protegeros. Os hizo hombres de ciudad, y os civilizó a través de la instauración de leyes y costumbres de gran bondad.

Este fragmento describe, con su propia idiosincrasia, la contribución de Filipo al desarrollo económico, militar, político y cultural de la región y sus habitantes. Alejandro exagera al atribuir una economía por entero pastoral a la Macedonia que conoció su padre en el momento de acceder al poder real, aunque no demasiado: los macedonios dependían del pastoreo más aún que quienes moraban el mundo griego, más evolucionado y urbanizado, que se extendía al sur. Esta circunstancia, que se debía, en parte, a motivos geográficos, tenía mucho que ver, asimismo, con la desunión política de que adolecía, tal como pondría de manifiesto, de manera espectacular, el reinado de Filipo al acabar con ella. En realidad, hablar simplemente de «Macedonia» –el área geográfica– o «Macedón» –la entidad política– equivale a disfrazar la dualidad fundamental de aquella vasta masa terrestre: la existente entre montaña y llanura, o dicho de otro modo, entre la Alta Macedonia (la occidental) y la Baja Macedonia (la oriental).

El mayor logro político-militar de Filipo consistió, precisamente, en unificar los dos sectores en lo administrativo y lo diplomático, con lo que obtuvo un acceso expedito a la totalidad de los generosos recursos económicos naturales con que contaba la región: madera, brea y reses de caza de las tierras altas –el corazón de Macedonia, del cual una quinta parte sigue siendo de bosque en la actualidad–; ganado ovino y cabrío de las tierras de pastoreo de las estribaciones de aquéllas y de las mesetas, y cereal de las llanuras y los valles fértiles de las zonas bajas –en especial de la planicie de Emacia, en donde se halla la ciudad de Pella, capital macedonia desde finales del siglo V–. Las amplias conquistas que efectuó Filipo a lo largo del litoral septentrional del Egeo, y que culminaron en 348 con su destrucción de la ciudad griega de Olinto, capital del estado federal de Calcídica, habían puesto a su disposición grandes extensiones de tierra ganadas a punta de lanza y convertidas en propiedad personal suya. Las distribuyó sobre todo entre los macedonios más eminentes, así como entre algunos helenos de relieve, a condición de poder exigir, a cambio, lealtad sin reservas –y en particular ayuda militar– de beneficiarios de tanto postín. Aun así, también cedió parte de ella, dividida en parcelas mucho menores, entre plebeyos humildes de Macedonia con la intención de crear una clase más amplia de granjeros campesinos medios, hombres que, cuando menos en lo económico, no se

distinguían demasiado del género de ciudadanos que componía las milicias, bien armadas, con que contaban las ciudades griegas que se extendían más al sur. A este proceso de «aburguesamiento» es al que se refiere el Alejandro retratado por Arriano cuando afirma que su padre «hizo bajar de los montes a las llanuras» a sus súbditos.

Sin embargo, olvida decir que, durante el proceso de expansión, Filipo se hizo también con el dominio de los ingentes recursos minerales de la región, y en particular de las minas de oro y plata del monte Pangeo, sito en la Calcídica tracia. Se dice que le proporcionaban unos ingresos anuales de mil talentos de plata –lo que, en realidad, habría sido el equivalente a la renta del Imperio ateniense del siglo V a. C. o del espartano de principios del siglo IV durante sus respectivos apogeos–. Uno de los usos principales que se daban a la riqueza extraída de los citados yacimientos era el de acuñar las monedas, cada vez más abundantes, que empleaba Filipo para pagar a los numerosos mercenarios de fuera de Macedonia que luchaban de su lado y para dar propaganda a su poder y su natural piadoso.

Alejandro hace bien al vincular a la contribución económica de su padre sus aportaciones en el terreno de lo militar, por más que después niegue, con falsedad, deber algo, cuando menos en sus inicios, al Ejército que creó Filipo. Teopompo de Quío, historiador contemporáneo y primer autor de una historia en griego fundada en las proezas de un solo hombre (los *Philippiká*), se acercó más a la verdad al afirmar que Europa no había conocido con anterioridad a nadie como Filipo. Las fuerzas armadas que fundó constituían un reflejo natural de la estructura social de Macedón: en una comunidad que por lo común se califica de «homérica», el sector dominante de aquéllas debía estar conformado por el rey y los consejeros de que disponía entre la nobleza. Estos últimos reciben, en la obra de Homero, el nombre de *hetairoi*, «compañeros» o «camaradas», que es el término que se les aplicaba también, en un uso técnico, en Macedón. Conocemos el nombre de unos 75 macedonios, 15 griegos y dos orientales que, en uno u otro momento del reinado de Alejandro, fueron dignos de aquel título honorífico. En Susa, en 324, contrajeron matrimonio con mujeres de la nobleza iraní casi noventa de ellos durante una ceremonia colectiva que originó no poca controversia.

Lo que importa, sin embargo, no es tanto el tamaño reducido de este grupo selecto como su composición. Antes de la llegada al poder de Filipo, hemos de dar por supuesto que los *hetairoi* procedían casi en exclusiva de las familias principales de la Baja Macedonia. Él, no obstante, incorporó asimismo un número considerable de macedonios occidentales con el fin de lograr la unificación política del territorio y debilitar a un tiempo a la antigua nobleza. Entre ellos se contaban varones como Parmenión, su general más querido: integrantes de familias que seguían teniéndose por «reales» a despecho de que hacía ya tiempo que se había establecido la dinastía de los Argéadas en Egas y, después, en Pella. Filipo creó también en esta última el cuerpo conocido como el de los «pajes reales», hijos de nobles macedonios que estaban en edad de abandonar la adolescencia y desempeñaban, de manera oficial, las funciones propias de un séquito ceremonial y, de un modo más discreto, las de guardia personal del monarca. Con todo, en realidad, aquellos jóvenes selectos se preparaban para alcanzar la condición de *hetairoi* y servían, entre tanto, a modo de rehenes a fin de garantizar el buen comportamiento de sus progenitores.

La situación de la dinastía de los Argéadas era más semejante, puestos a buscar una analogía esclarecedora, a la de la monarquía inglesa del siglo XV que a la de los Windsor del XXI. Por otra parte, los empeños de Filipo en lo tocante a la unificación geopolítica recuerdan, en cierto sentido, a los afanes de Luis XIV por amansar a los barones franceses durante el siglo XVII. La cauta apertura del grupo de los *hetairoi* que llevó a efecto el padre de Alejandro para incluir a un número reducido de griegos se compadece con su intención de hacer de Macedón una región más cercana a la Hélade en lo cultural. Pretendía ser un rey helénico, y no sólo macedonio, y este hecho lo llevó a abrazar con entusiasmo la elevada cultura que se había desarrollado sobre todo en Atenas.

La voz *hetairoi*, «compañeros», puede llevar al observador moderno a confusión, por cuanto su empleo no se restringía a los integrantes del estrecho círculo de un centenar de consejeros del rey, sino que se hacía extensivo a la caballería, cuerpo que Filipo había ampliado siguiendo las mismas directrices. Así, sabemos por Teopompo que nombró a ochocientos caballeros nuevos, tanto macedonios como helenos, distribuyendo entre ellos

una cantidad de tierras que en Grecia habría servido para sostener a unos diez millares de hombres. La posición económica de aquellos ochocientos se fundaba en la explotación, más o menos forzada, de un campesinado obtenido por medio de la conquista y perteneciente, en su mayoría, al grupo étnico de los tracios. En total, en 334 había unos tres mil quinientos caballeros *hetairoi*, divididos en ocho escuadrones. El primero de éstos se conocía como Escuadrón Real, y hacía las veces de guardia personal del soberano en el campo de batalla.

La polisemia o diseminación del citado título no acababa aquí: quienes integraban la columna vertebral de la falange macedonia de Filipo se conocían como *pezhétairoi*, o «compañeros de a pie», denominación honorífica que debió de otorgarles uno de los dos reyes que precedieron a aquél en el trono. Se reclutaban, por territorios, en seis batallones de unos mil quinientos hombres cada uno. Vemos cómo un título, el de *hetairoi*, aplicado por vez primera en la ficción homérica a un grupo escogido de consejeros regios de alta alcurnia, se extendió en la realidad macedonia hasta abarcar a la mayor parte del Ejército de la región. Imposible hallar un símbolo más elocuente de la importancia personal que revestían para el rey sus fuerzas armadas, tema sobre el que Alejandro ejecutaría una variación oriental significativa.

Para completar el recuento de tropas macedonias propiamente dichas, resta sólo citar a los *hypaspistái*, o «portadores de escudo», otro cuerpo selecto de la infantería –los *marines* o los paracaidistas del Ejército–. A fin de favorecer su movilidad, iban pertrechados con armas menos pesadas que los integrantes comunes de la falange, y estaban divididos en tres batallones de un millar aproximado de hombres cada uno. Uno de éstos recibía el nombre de Batallón Real, pues sobre él recaía la responsabilidad de proteger al soberano cuando éste lo empleaba para llevar a cabo ejercicios u operaciones especiales. Filipo se encargó de combinar todos estos grupos diferentes de soldados y mezclarlos en diversas formaciones con guerreros de fuera de Macedonia a fin de crear una fuerza de combate poderosísima, circunstancia que, con el tiempo, beneficiaría en grado sumo a Alejandro en su calidad de general.

No es posible calcular con precisión el número total de macedonios que tomaron las armas en un momento determinado del reinado de Filipo o Alejandro. Cuando este último asumió el mando de la fuerza expedicionaria destinada a luchar contra los persas en 334, debió de hallarse entre los treinta y cinco mil y los cincuenta mil, lo que supondría el quíntuplo de las huestes con que había contado, veinticinco años antes, Filipo al hacerse con el poder. Los datos que poseemos con respecto a la guerra de rebelión que estalló contra Macedón en Grecia en 323, a raíz de la muerte de Alejandro Magno, constituyen un poderoso indicio de que durante su reinado se produjo una clara explosión demográfica en la tierra que lo había visto nacer. Tal circunstancia constituyó una consecuencia predecible de la estabilidad política y la prosperidad económica propiciadas por su padre. Siendo él soberano, de hecho, la población total de Macedonia, incluido un colectivo de súbditos de origen principalmente tracio, pudo haber alcanzado nada menos que el medio millón de almas –doble, acaso, de la que existía en Atenas y en sus territorios del Ática a finales del siglo V–, y podemos inferir, sin temor a equivocarnos, que en tiempos de Alejandro aumentó mucho más.

Amén de sus funciones militares obvias, el Ejército macedonio tenía otras que podrían calificarse, en un sentido lato, de políticas. Es obvio que, para Filipo, el estamento militar constituía la piedra fundamental sobre la que habría de construir la unidad nacional sin precedentes que trataba de promover derribando o arrollando lazos de lealtad locales y regionales. No se tiene noticia de que surgieran enfrentamientos ni conflictos entre los macedonios de las tierras altas y los de las bajas que servían en el Ejército, si bien los *pezhétairoi* y los *hypaspistái*, cuando menos, siguieron reclutándose según criterios territoriales. Sería, sin embargo, tergiversar la realidad de un modo imperdonable decir que, durante el reinado de Filipo, las fuerzas militares acabaron por identificarse con el estado, si no es en el sentido, muy poco riguroso, de que el campo de batalla y el campamento se convirtieron, más que la cámara del consejo o la asamblea civil, en testigo de las mayores de cuantas contribuciones hicieron los macedonios corrientes a la vida pública. Sería mucho más acorde con la realidad afirmar que el estado era el

rey –tal como aseveraba Luis XIV con su «L’État, c’est moi»–, pues éste reunía en su persona un cuasi monopolio de poderes ejecutivos y de privilegios en las esferas religiosa, judicial, diplomática, política y militar.

La monarquía macedonia era, por expresarlo sin ambages, una autocracia. En una nación que carecía de leyes escritas, el poder del soberano equivalía a aquello que estaba a su alcance, o a aquello de lo que podía salir incólume. Todo intento de definir o delimitar su posición en términos legalistas resulta poco apropiado y gravemente engañoso. Como un rey homérico, Filipo era lo que los romanos conocían como *primus inter pares*, «el primero entre iguales» (por más que la igualdad de que habla la locución se verificara sólo en determinados aspectos). Siempre que pudiese «gobernar a fuerza de imposición», en el sentido homérico de la expresión, tenía la potestad de erigirse en monarca absoluto de hecho. Cierto es que existían ciertas restricciones formales al ejercicio de semejante poder, toda vez que el Ejército representaba un papel importante en la coronación de un nuevo rey al tener que ratificar de manera oficial por aclamación la selección de sucesor del monarca fallecido. Aun así, esta elección previa no se debía a la iniciativa de la clase militar al completo, sino que venía impuesta por los miembros más influyentes del colectivo reducido de *hetairoi*. Sólo en caso de que la sucesión despertase controversia podía el Ejército representar de verdad –y no sólo de modo formal– un papel relevante a la hora de determinar quién debía ser rey.

Los militares también tenían un peso reconocido durante los juicios por traición –fenómeno que no era, precisamente, extraordinario–, en los que el propio monarca era, por definición, parte interesada, y la acusación corría a cargo de otra persona que actuaba en su nombre. En tales causas, eran aquéllos quienes pronunciaban el fallo, y quienes decidían y ejecutaban la pena. Con todo, sería un error exagerar el grado de independencia de su jurisdicción, toda vez que su sentencia podía estar influida de un modo evidente por los deseos reconocidos de un rey poderoso como Filipo o Alejandro. Por último, la libertad de acción de la Corona podía estar restringida por la existencia, en el seno de la nobleza macedonia, de facciones que pretendiesen imponerle sus designios políticos o socavar su autoridad tras ver frustradas sus intenciones. A fin de evitar tal cosa, un soberano podía

tratar de crear bandos leales sin reservas, y aun hasta extremos fanáticos, a su persona y emplear las clases de tropa de sus huestes con la intención de acabar con toda oposición. En resumidas cuentas, cuando el Alejandro que nos presenta Arriano afirma que Filipo «civilizó [a sus súbditos] a través de la instauración de leyes y costumbres de gran bondad», debemos entender que su gobierno férreo y autocrático soslayó todo enfrentamiento entre nobles y que, por lo común, el pueblo de Macedonia respetó su modo de administrar justicia.

También es importante interpretarlo con rectitud cuando asevera: «Os hizo hombres de ciudad». Para un griego, la ciudad o *polis* (vocablo del que proceden otros como *político*) era una entidad por entero independiente. Tal quiere decir que un ciudadano de –pongamos por caso– Atenas se consideraba «ateniense». Sin embargo, en Macedón, las ciudades eran municipios que gozaban, a lo sumo, de cierto grado de autonomía local, y sus habitantes no podían tenerse por, digamos, ciudadanos de Pella o «pellenses», sino por «macedonios de Pella». En este caso, el topónimo no tenía más significación que la meramente geográfica, sobre la que se imponía la denominación étnica de «macedonio». En este sentido, ya habían existido «ciudades» en Macedón mucho antes del reinado de Filipo, y no es cierto que éste hubiera convertido la región en una sociedad urbana en lo básico.

Por otra parte, en lo que respecta a la civilización o la cultura de su pueblo, sí es verdad que había tratado de helenizar cuando menos a la nobleza y patrocinado a intelectuales y artistas griegos. Así y todo, este proceso no había llegado a afectar al vulgo en general, y las barrabasadas de la aristocracia –de entre las que destacan unas costumbres nada refinadas en lo tocante a la bebida– hacen pensar que ni siquiera las clases altas habían asimilado por entero todos los aspectos de la cultura de la Hélade. El proceder del mismísimo Alejandro constituye un ejemplo cabal de tal circunstancia. A pesar de lo dicho, sería inoportuno menospreciar la cultura helénica de Filipo tal como gustaba de hacer su acérrimo enemigo Demóstenes de Atenas.

Demóstenes (384-322) lo consideraba un «bárbaro», o lo que es igual, un individuo que no hablaba la lengua griega, y señalaba con desdén que su nación ni siquiera servía para proporcionar esclavos dignos de ser usados por

los helenos. Sin embargo, sus aseveraciones pecan de inexactas incluso teniendo en cuenta los criterios lingüísticos más estrictos que puedan aplicarse a la cultura griega. Filipo era perfectamente capaz de conversar en griego común y leer obras escritas en dicha lengua, aun cuando el dialecto macedonio estaba salpicado de tantas formas no helenas –ilirias, en especial–, que a los hablantes de aquél les resultaba, en ocasiones, ininteligible. Además, el lenguaje de los mitos hablaba en favor del carácter griego de la casa real de Macedón. En 333, por ejemplo, Alejandro exoneró a la ciudad cilicia de Malo de pagarle los impuestos que había abonado con anterioridad a Persia por el hecho de que, en palabras de Arriano, aquella población griega «debía su fundación a Argos, y él mismo aseguraba ser descendiente de los Heraclidas argivos». (Según una leyenda que gozaba de gran aceptación, los Heraclidas eran los descendientes de Hércules, que se habían asentado en diversos lugares del Peloponeso, incluida Argos. La casa real macedonia de los Argéadas se tenía, tal como ya hemos dicho, por hija del heraclida Témeno, de quien se suponía que había emigrado de Argos a Macedonia.)

El estado de Élida, organizador de los Juegos Olímpicos panhelénicos –en los que participaban todas las ciudades griegas y sólo las que podían considerarse tales–, estaba dispuesto a aceptar los citados argumentos, por cuanto la religión constituía también un elemento portador de identidad en la Grecia antigua, y la de los macedonios rendía culto divino al panteón ordinario de los helenos. Así, por ejemplo, en la lápida fundacional de la ciudad alejandrina de Kalindoia hallamos una relación de sacerdotes entregados a Esculapio y Apolo (figura 10). Por otra parte, cabe señalar que sólo se consideraba lo bastante griego para acudir a los sagrados juegos olímpicos en calidad de competidor al soberano reinante en Macedón.

Durante la primera mitad del siglo IV, en los primeros años de la vida de Aristóteles y la de Filipo, habían existido tres potencias helenas de relieve: Esparta, Atenas y Tebas. Las luchas constantes que se daban en este triángulo aciago acabaron por hacer el caldo gordo a Filipo, quien pretendía extender el poder de Macedón sobre la totalidad de la Grecia no insular. Esparta había sido la primera de las tres ciudades que había logrado llevar su influencia mucho más allá de su territorio patrio del sur de la península Peloponesia (cuya superficie, nada baladí, llegaba a los ocho mil kilómetros cuadrados).

Lo hizo por mediación de las alianzas propiciadas por su Liga del Peloponeso, a la que pertenecía la mayor parte de las ciudades de la región de la que tomaba el nombre –con la destacada excepción de Argos–, amén de varias poblaciones de fuera de ella, como Mégara o Tebas. Atenas alcanzó relativamente tarde la condición de gran potencia. Supo explotar el papel principal que había representado a la hora de repeler la invasión persa de los años 480 y 479 a fin de construir un Imperio naval que dominaría el Egeo y, de hecho, buena parte del Mediterráneo oriental durante el medio siglo siguiente. En 431, los dos bloques citados, sometidos, respectivamente, a los designios de Esparta y Atenas, llegaron a las manos durante lo que hoy llamamos *la guerra del Peloponeso*, conflicto que resultó desastroso para ambos participantes, cobró y perdió intensidad a lo largo de toda una generación (de 431 a 404) y tuvo consecuencias de gran importancia en planos como el de lo militar.

Esparta se erigió en vencedor a la postre, aunque sólo gracias a la considerable aportación monetaria de Persia. A continuación, sin embargo, cometió el error de tratar de sumar a su Liga del Peloponeso, que basaba sobre todo su poderío en bases terrestres, buena parte de cuanto había estado sometido a la talasocracia ateniense. Tal cosa trajo como consecuencia un Imperio extenso en exceso y la indignación de un aliado tan importante como Tebas, quien unió sus fuerzas a las de Atenas al objeto de hacer frente a la usurpación, por parte de los espartanos, de la región septentrional del Peloponeso. Estos últimos tuvieron la sangre fría de renovar los vínculos que había establecido con Persia. Agesilao II, soberano extremista de los lacedemonios, se unió al gran rey de Persia (Artajerjes II) en el patrocinio de una serie de paces comunes (véase el capítulo 5) que garantizaban, en teoría, el carácter autónomo de todas las ciudades griegas, fuera cual fuese su extensión. No obstante, conforme a la interpretación de Agesilao, que contaba con la connivencia de los persas, la paz suponía abandonar, una vez más, a los griegos de Asia Menor al arbitrio imperial de Persia. Esta circunstancia fue a combinarse con un arreglo de cuentas particularmente violento que tuvo lugar en la Grecia no insular –no sólo en el Peloponeso, sino también en lugares tan septentrionales como la ciudad de Olinto, justo delante de las narices de los macedonios–.

Lacedemonia incurrió en el yerro –que resultó ser fatalde ocupar Tebas en 382 y apostar una guarnición en su acrópolis. Esto indujo a Atenas a aunar fuerzas con los exiliados tebanos para expulsar a los espartanos en 379. Al año siguiente, en 378, Tebas volvió a instaurar el estado federal de Beocia que habían disuelto éstos en 386, aunque en esta ocasión lo hizo imbuida de un espíritu nuevo y democrático. Asimismo, puso por obra una reforma de consideración del Ejército que incluía la creación del Batallón Sagrado, conformado por ciento cincuenta parejas homosexuales. Esta fuerza de asalto selecta se hallaba al mando de Pelópidas, uno de los libertadores de la ciudad, que había pasado parte de su exilio en Atenas, en donde se dejó influir, sin duda, por la ideología democrática en cierto grado. Sin embargo, el verdadero cerebro organizador en lo político y lo militar fue Epaminondas, en cuya persona se fundían la condición de filósofo con las de estadista, diplomático y general. No tardaría en convertirse en emancipador de otros griegos –los ilotas de Mesenia– en número nunca visto.

Al final, los tebanos crearon, dentro de sus fronteras, unas fuerzas militares lo bastante poderosas, y una serie de alianzas –como la que los vinculó a los atenienses– lo bastante sólidas en el extranjero para entablar batalla campal con los otrora invencibles espartanos. En 371, en la ciudad beocia de Leuctra, los lacedemonios sufrieron, por fin, una derrota definitiva, un «golpe único», en palabras de Aristóteles, del que fueron incapaces de recobrarse. Al año siguiente, el suelo patrio de Esparta fue víctima de una invasión por vez primera en siglos al quedar ocupado por una fuerza multitudinaria encabezada por tebanos a las órdenes de Epaminondas. En sólo una década, habían perdido tanto a los ilotas –siervos estatales–, pieza fundamental de su economía, en el interior, como sus conexiones con la Liga del Peloponeso, en el extranjero. La nueva capital federal de Megalópolis, fundada en Arcadia bajo la égida de Epaminondas, fue en todo momento como una china en el zapato de Esparta, así como un símbolo manifiesto de la pérdida, por parte de los lacedemonios, de la condición de gran potencia.

Tebas había visto acrecentado su ascendiente de un modo espectacular, tal como ilustra a la perfección el hecho de que, entre 368 y 365, el joven Filipo se viese obligado a estar de plantón en suelo tebano, recluido en calidad de rehén a fin de garantizar el buen comportamiento de una Macedón

débil. En 362, empero, la influencia de Tebas acabó por esfumarse tras los resultados, nada concluyentes, de la batalla de Mantinea, librada en la Arcadia, que al decir del historiador ateniense Jenofonte, quien vivió en aquellos días, dejó a Grecia sumida «en un estado de confusión y agitación política mayor incluso que el que había conocido hasta entonces». Como es de suponer, Filipo había asumido cuantas lecciones –positivas y negativas– había sido capaz de aprender durante su estancia forzada en Tebas, la ciudad del gran Epaminondas (quien murió en Mantinea en 362) y Pelópidas (muerto dos años antes en Tesalia), y sabría llevarlas a la práctica con excelencia durante las décadas siguientes en cuanto rey de Macedón... y también de Grecia.

En 378, los atenienses habían encontrado, al fin, un sucesor para la alianza naval que había servido de pilar a su Imperio durante el siglo V, antes de la derrota sufrida en la guerra del Peloponeso. Se trataba de una organización contraria a Esparta de forma explícita –si bien aseguraba hallarse en consonancia con las condiciones de la paz común–, y como tal, tenía entre las seis ciudades responsables de su fundación a Tebas, quien no podía alardear precisamente de tradición marinera. Aquella nueva coalición prosperó de un modo claro en un primer momento: apenas necesitó unos años para abarcar 75 estados. No obstante, tal como les había sucedido a los lacedemonios tras el citado conflicto bélico, a los atenienses se les terminó por subir el éxito a la cabeza, y comenzaron a servirse de esta Segunda Liga Naval para fines más cercanos a sus intereses que a los de la comunidad que la conformaba. En particular, trataron de recobrar una y otra vez Anfípolis, ciudad de la Calcídica tracia que ellos mismos habían fundado en 437 y que había mantenido su independencia tras pasarse, en 424, al bando de los espartanos. La afrenta se haría aún mayor en 357, año en que la sitió y capturó Filipo, para lo cual aprovechó el descontento general que arruinaría la alianza ateniense en cuanto unidad militar eficaz después de mediados de la década de 350. La pérdida de Anfípolis fue uno de los factores más importantes de cuantos provocaron la honda desconfianza que profesaban los

de Atenas al macedonio –recelo que supo aprovechar hasta lo sumo Demóstenes, el político de más éxito de cuantos conocería la democracia ateniense después del gran Pericles–.

Atenas era una *polis* griega, la más célebre de todas, desde el punto de vista cultural, y en ella tenían su residencia gentes como Platón y el mencionado Demóstenes –por citar dos personajes contemporáneos de Alejandro–. Así y todo, no era sino una ciudad helena más del millar y medio aproximado que se extendía entre la península Ibérica, al oeste, y lo que es hoy Georgia, en el extremo oriental del mar Negro. Platón evoca en su *Fedón* una imagen muy gráfica que presenta a los griegos arracimados «como ranas u hormigas en derredor de un charco», siendo así que la generalidad de sus poblaciones se hallaba en la costa o mantenía un contacto estrecho y regular con los litorales del Mediterráneo y el mar Negro. Esta descomunal diáspora era fruto de un movimiento de «colonización» que había llevado a muchos miles de griegos a dejar, desde el año 750 a. C. aproximadamente, sus asentamientos originales, sitos en las cuencas del Egeo y el Mediterráneo oriental, para dispersarse hacia el oeste, en un primer momento, y el noroeste y el sur, más adelante, en busca de un entorno más agradable o provechoso. La fuerza impulsora principal de este multitudinario movimiento demográfico fue el resultado de una serie de circunstancias políticas y económicas. Algunas de las ciudades fundadas en aquel período se hallaban en la costa de Macedonia, tal como sucedía con Pidna o Metone, por ejemplo, conquistadas por Filipo en la década de 350. Esto no hizo más que subrayar la diferencia de concepto existente entre una *polis* griega independiente y separatista, y las ciudades y aldeas en las que vivían los macedonios en calidad de integrantes de un grupo tribal o étnico sometidos a un magnate local, cantonal, o a un rey empeñado –sin éxito, por lo común, hasta la llegada al poder de Filipo II– en imponer su voluntad a todos ellos.

A finales de la década de 340, el hijo y heredero de Filipo, Alejandro, pudo disfrutar de unos años emocionantes de formación en Mieza, al oeste de Pella, bajo la tutoría del mayor intelectual heleno del momento: Aristóteles, discípulo de Platón. No sabemos en qué grado se hallaba avanzado el pensamiento práctico del filósofo a la sazón; pero sí que, antes de que transcurriese una década, habría de concluir la primera versión del tratado

que titularía *Política* (es decir, «lo que tiene que ver con la *polis*»). En él presenta como axioma la afirmación de que «el hombre [la humanidad en general] es un animal político», o lo que es igual, una criatura destinada a lograr la completa realización de su naturaleza en el marco –exclusivo– de una entidad política del género de la *polis*. Los macedonios, por ende, se hallaban, a su entender, privados, en mayor o menor medida, de este estado de perfección. Por otra parte, según su opinión –correcta casi con toda certeza–, la ciudad griega del siglo V a. C. adolecía de dos defectos de no poca gravedad. En primer lugar, tendía demasiado a dejarse arruinar por la disensión interna, y aun por la guerra civil –lo que los helenos llamaban *stasis*, o «discordia»–. Aristóteles consagra todo un libro de los ocho de la obra mencionada a analizar las causas de ésta y a prescribir remedios preventivos o curativos con los que combatirla. Uno de los casos más horribles que pueden citarse tuvo lugar en Argos, en el Peloponeso, en 370, recién entrado el filósofo en la adolescencia, cuando una airada muchedumbre de pobres mató a palos a más de un millar de ciudadanos que se contaban entre los más acaudalados de los argivos.

La segunda falla que detecta Aristóteles en la entidad exclusivista y separatista que era la *polis* es su incapacidad crónica para crear alianzas políticas estables en ámbitos mayores que el étnico o tribal. Al final de su *Historia*, Heródoto definía la condición de griego como un complejo de sangre, lengua, religión, costumbres y prácticas compartidas. Obsérvese la omisión deliberada de otro elemento fundamental: una organización política común. En este sentido, puede decirse que los macedonios superaban, en términos relativos, a los otros griegos, excepción hecha de estados federales como el que se hallaba bajo el dominio de Tebas en Beocia. Por más reyes que muriesen asesinados en Pella, los cantones y ciudades de Macedón actuaban al unísono de ordinario. La exasperación llevó a Aristóteles a aseverar airado en su *Política* que «de ser capaces los griegos de lograr, sin más, una sola *politeia* [administración política o constitución], se harían los amos del mundo». Tal vez cuando escribía tal cosa tenía en mente lo que estaba haciendo Alejandro en tierras de Asia a la sazón, y no cabe descartar que albergara incluso la esperanza de que su antiguo discípulo llegase a propiciar algún género de unificación helénica general frente a los «bárbaros»

de fuera de Grecia, a quienes el filósofo consideraba seres inferiores por naturaleza y de forma inalterable a sus propios compatriotas. Resulta interesante, sin embargo, el hecho de que aquél no compartiese la opinión que tenía de los bárbaros su maestro. Tanto es así que, en su Imperio, éstos –incluidos (o en especial) los antiguos enemigos– habrían de desempeñar una función de relieve y aun dominante.

Para la mayor parte de los helenos, los bárbaros por excelencia, «los otros» en su sentido más puro, eran los persas, quienes habían representado, en más de una ocasión, un papel protagonista en la historia de los asuntos griegos antes de los tiempos de Alejandro Magno. Los vestigios del primer Imperio persa, el de los Aqueménidas, que han llegado a nosotros son, por desgracia, fragmentarios. No se ha llegado a descubrir crónica real alguna, si es que hubo jamás algo semejante, en ninguna de las tres capitales –Pasargadas (construida por Ciro II el Grande, fundador del Imperio), Susa y Persépolis (creadas ambas por Darío I, quien volvió a fundar el reino)o en el palacio estival de que disponían los soberanos en la meda Ecbatana (la moderna Hamadán). Sólo disponemos de textos oficiales aislados, como es el caso de la inscripción de Ciro que puede leerse en un sillar de la babilonia Ur que se conserva en el Museo Británico y que reza:

> Ciro, rey del mundo, señor de Anšān, hijo de Cambises, rey de Anšān. Los dioses excelsos han puesto todas las tierras en mis manos, y yo he hecho esta tierra para vivir en paz.

La más destacada de todas cuantas conocemos es la de Behistún, grabada en peña viva en esta ciudad cercana a Ecbatana. En ella, Darío I dejó constancia en tres idiomas –persa antiguo, elamita y babilónico– de su versión oficial del modo como ascendió al trono en 522 a. C. y volvió a imponer el orden en el Imperio (figura 12). Este célebre texto fue el que permitió al francés Jean-François Champollion descifrar la antigua lengua de los persas en el siglo XIX. Con todo, ninguno de estos testimonios proporciona los datos necesarios para elaborar una historia en toda regla, por más que dé fe de la ideología y la propaganda oficiales del Imperio.

Aun así, la publicación, hace no mucho tiempo, de una serie de textos oficiales procedentes de Persépolis y escritos en el elamita local nos ha permitido ampliar de forma considerable los conocimientos que teníamos acerca de aquella cultura y avanzar en su comprensión. Su lectura pone de manifiesto que el Imperio de los Aqueménidas era, en realidad, una monarquía burocrática instituida en conformidad con la antiquísima tradición de Oriente Próximo. Sin embargo, hasta ahora, no son más que documentos aislados y restringidos, en lo cronológico, al medio siglo que va del año 525 al 475, aproximadamente. Los vestigios pertenecientes al ámbito de la arqueología y la historia del arte, y en especial cuantos proceden de las diversas capitales, revelan la existencia de un estilo arquitectónico palaciego híbrido en el período de los Aqueménidas. Las inscripciones formales e informales dan fe de la naturaleza multinacional de los materiales y los artesanos empleados en su construcción –entre estos últimos se incluían también ciudadanos griegos, a quienes los persas, como los hebreos, conocían como «jonios»–. Lo que sigue constituye un ejemplo revelador, proveniente de la carta fundacional en que Darío da cuenta, de manera oficial, de la creación del gran conjunto erigido en Susa:

> Yo, Darío, gran rey, rey de reyes, rey de estas tierras, rey de este mundo, hijo de Histaspes, aqueménida...
>
> Los materiales de este palacio que erijo en Susa se han acarreado de muy lejos...
>
> La madera de cedro se trajo de una montaña llamada Líbano. Gentes asirias la llevaron a Babilonia, y de allí la hicieron llegar a Susa carios y jonios. La de palisandro indio procede de Gandara y Carmania. El oro que aquí se labró llegó de Sardes y la Bactriana, y el lapislázuli y la cornalina, de Sogdiana. La gema turquesa empleada la trajeron los corasmios; la plata y el ébano, los egipcios. La ornamentación usada para embellecer el muro se transportó de Jonia, y el marfil que aquí se talló proviene de Etiopía, de la India y de Aracosia. Las columnas de piedra vinieron de un pueblo elamita llamado Abiradu. Los canteros que labraron la piedra eran de Jonia y Sardes; los orfebres que trabajaron el oro, de Media y Egipto; los carpinteros, de Sardes y Egipto, y los que forjaron el adobe eran babilonios. Quienes ornaron los muros eran medos y egipcios...

Tampoco este testimonio explica por sí mismo el modo como nació el sistema ni su funcionamiento detallado. La correspondencia oficial hallada en Egipto y escrita sobre papiro en arameo, la lengua común de la nación, y los archivos de dos casas de banca de Babilonia sí ofrecen una información valiosísima acerca de la organización económica y militar. Sin embargo, las citadas no son más que dos de las más de veinte provincias en que se dividía el Imperio, y por más que ambas revistieran una importancia vital, lo cierto es que diferían entre sí en gran medida y no sirven a la hora de hacer generalizaciones relativas a la situación global del Imperio. Por encima de todo, debemos tener presente que casi todos estos vestigios documentales atañen sólo a los años finales del siglo VI y los primeros del V, período que podría considerarse de mayor auge, y no al de decadencia relativa que se dio en el IV a. C., tiempo en que vivieron Filipo y Alejandro.

No nos queda, por ende, más remedio que depositar nuestra confianza en mayor medida de lo recomendable en testimonios procedentes de los griegos, o dicho de otro modo, de los vencedores de un conflicto que se prolongó durante dos siglos, gentes para quienes los persas eran «bárbaros» y, con la única excepción del gran rey, «esclavos». Esta visión grecocéntrica queda perfectamente ilustrada por una cita de Estrabón, geógrafo heleno de Asia Menor que afirmaría unos tres siglos después de Alejandro Magno: «De todos los bárbaros, ninguno alcanzó entre los griegos tanta celebridad como los persas, siendo así que ninguno de los otros bárbaros que dominaron Asia llegaron a gobernar a los griegos» (!).

El Imperio persa fue fundado a mediados del siglo VI por Ciro el Grande, hijo de padre persa y madre meda, cuyo linaje se remontaba hasta un tal Aquemenes –epónimo procedente de la pronunciación griega del nombre persa–. Lo que hizo, en efecto, el citado monarca fue invertir la relación política existente entre los persas de la región meridional de Irán y los medos de la septentrional, parientes de aquéllos, a la postre. A finales del siglo VII, los medos habían sucedido a los asirios en calidad de «gran potencia» de la zona de Irán e Iraq, y contaban a los persas (o *Parsa*, en su lengua) entre sus vasallos. Ciro hizo que se volvieran las tornas en contra de aquéllos, aunque no llegó a alterar del todo las instituciones de que se había servido su reinado. Asimismo, fue responsable del fin del cautiverio que sufría en Babilonia el

pueblo judío, si bien sus sucesores prefirieron mantener la inmigración forzada en calidad de medio de dominación imperial. Darío I, por ejemplo, trasladó a los griegos de Mileto y Eretria al interior de Irán y el litoral del golfo Pérsico.

El Imperio persa de la dinastía de los Aqueménidas que fundó Ciro (véase, en p. 319, la Relación de los reyes aqueménidas) bebía de la larga tradición imperial burocrática y monárquica de Oriente Próximo. Aun así, tanto él como sus sucesores inmediatos avanzaron mucho más –y con más rapidez– que asirios y medos en este sentido. Cuando Jerjes, hijo de Darío I, trató de anexionarse la antigua Grecia en 480, el Imperio de los Aqueménidas se extendía desde el río Indo (situado al este) hasta el mar Egeo (al oeste), y del Iaxarte- s (hoy Syr Daryá, río que transcurre, al noreste, a través de las modernas Uzbekistán y Kazajstán) a la primera catarata del Nilo, al sur. Darío I, autor de las inscripciones de Behistún y Susa citadas arriba, fue responsable, en mayor grado que ningún otro soberano, de dejar el reino en una situación administrativa estable. Con todo, tal como suele ocurrir con los testimonios de que disponemos al respecto, la única referencia conexa que ha llegado a nosotros de la reorganización que llevó a cabo figura en la *Historia* de Heródoto. Éste nació, de hecho, dentro del Imperio persa, por cuanto vio la luz en Halicarnaso (hoy Bodrum, ciudad del litoral egeo de Turquía), poco después de la invasión de la Hélade que se propone exponer en su obra, a tiempo que alaba «las hazañas, tan grandes como maravillosas, protagonizadas por griegos y foráneos».

El Imperio posterior a Darío estaba dividido, al decir de Heródoto, en 20 satrapías, o provincias, que habían de pagar un tributo anual en dinero o especie, conforme a su equivalencia en moneda de plata. Sin embargo, su relato hace preterición de estas últimas, las que contribuían en géneros y no en moneda –en total, debía de haber unas veintiséis–. Cada una de ellas estaba gobernada por un sátrapa, vocablo procedente del griego *satrapēs*, que a su vez es la forma helenizada del término que asignaron al cargo los medos, quienes desarrollaron por vez primera aquel sistema. Estos administradores eran gentes leales que obtenían dicha dignidad por nombramiento, pertenecían a menudo, de hecho, a la dinastía real por nacimiento o por lazo matrimonial y hasta el siglo IV eran, de cualquier

modo, de origen iranio en todos los casos. Existía cierta tendencia a convertir las satrapías en dominios hereditarios en la práctica. Además, el gran rey –quien en teoría, tal como sucede hoy con la Corona de Inglaterra, era dueño de todo el suelo del Imperio– cedía tierras a otros próceres persas y a una serie de personajes foráneos distinguidos, algunos de ellos de origen griego. Los testimonios de dicha práctica de que disponemos proceden de Asia Menor, Egipto y Babilonia.

La principal responsabilidad del sátrapa era la de garantizar la recaudación de los impuestos y su remisión a una de las entidades que había distribuidas por Irán con el fin de colectarlos. En tiempos de Darío III, rival de Alejandro Magno, la mayor de éstas se hallaba en Persépolis, en la moderna Fārs (que conserva el nombre antiguo de los *parsua*), la parte más remota y, por ende, más fácil de defender de la región. Al objeto de facilitar el cobro fiscal, se otorgaban al gobernador poderes militares, y al de hacer más rápida su transferencia a Irán, el Imperio contaba con una red de carreteras adecuadas para cabalgaduras que constituían un antecedente de las que crearía el Imperio romano. La más célebre de todas fue la Ruta Real, que transcurría desde Susa, la principal capital administrativa, hasta la jonia Éfeso, lo que suponía una distancia de tres mil kilómetros. Se calcula que, merced a las 111 casas de posta de que disponía, un mensajero podía salvar la distancia que separaba a las dos ciudades citadas en diez días, en tanto que un ejército de a pie y cargado con animales y demás impedimenta necesitaría tres meses para hacer el mismo recorrido. Algunas tablillas de Persépolis dan fe del intrincado sistema burocrático que regulaba la asignación de raciones a los correos que viajaban por aquellos caminos.

Existen indicios de que los primeros Aqueménidas habían tratado de limitar el poder de los sátrapas nombrando jefes de guarnición independientes y empleados fiscales que respondían directamente ante la Corona, así como a funcionarios conocidos como los «oídos del rey». Sin embargo, en el siglo IV, lo más común era que el gobernador de una provincia se arrogase todas las funciones civiles, militares y financieras. Esta tendencia, unida a la de hacer de las satrapías poco menos que propiedades hereditarias, pone de manifiesto la decadencia sufrida por el centro con respecto a la periferia. Huelga decir que no debemos seguir a la letra las fuentes favorables a

Alejandro ni, por lo tanto, conceder una importancia excesiva al debilitamiento de las instituciones centrales en tiempos de Darío III. Al cabo aquéllas solían emplear informaciones como ésta para alentar a los griegos a secundar a Alejandro Magno y para disuadirlos de ejercer de mercenarios a las órdenes del gran rey persa o sus sátrapas. Con todo, parece que existen indicios objetivos suficientes para pensar que el Imperio gobernado por Darío III era, quizá, más endeble que el de Darío II (quien reinó entre 424 y 404) y sin duda más que el de Darío I. Esta pérdida de solidez constituía, en gran medida, una cuestión personal, ya que el poderío de un gran rey dependía, hasta un extremo decisivo, directamente de la autoridad ejercida por su propia personalidad.

En la jerigonza oficial de Persia, de la que los griegos se beneficiaron con gran júbilo, incluso los sátrapas eran, desde el punto de vista técnico, «siervos» del gran rey. Aun así, también esta circunstancia se malentendía con facilidad, por cuanto el Imperio de los Aqueménidas jamás había sido un sistema esclavista dominado por un señor omnipotente, tal como sucedía en el caso del despotismo oriental clásico. El monarca debía su puesto a la elección de los guerreros que integraban la casa real aqueménida, y en teoría, la sucesión iba de padre a hijo. No obstante, ésta se truncó ya en tiempos de Darío I, tercer rey legítimo, quien no era sino, a lo sumo, pariente lejano de Cambises, su predecesor oficial. Para complicar aún más las cosas, hay que tener en cuenta el factor de la multiplicidad de hijos que se hallaban disponibles en potencia merced al sistema de poligamia desarrollado por Jerjes. Las intrigas se convirtieron en un mal endémico que solía desembocar en asesinato, lo que hacía que la situación no fuera muy diferente de la que existía en la corte macedonia –éste no era el único punto en que confluían las dos dinastías y sus respectivos reinos–. Por tanto, Darío III apenas compartía parentesco alguno con los soberanos anteriores, y lo cierto es que había garantizado su ascenso al trono por mediación de las maquinaciones homicidas del eunuco Bagoas, quien había eliminado a Artajerjes IV (en 336) y a muchos otros de la casa gobernante.

De cualquier modo, hasta a un rey débil como fue, al parecer, Darío III se le otorgaban puntales institucionales y simbólicos de solidez desmesurada. Era, tal como reza la fórmula extraída de una inscripción de Darío II, «el gran

rey, rey de reyes [*šāhanšāh*], rey de pueblos con muchas clases de gentes, rey de toda esta tierra, de uno a otro confín». Se trataba de un ser sagrado que, sin ser en sí divino, reinaba por gracia de la excelsa deidad zoroástrica de la luz Ahura Mazda, cuya presencia simbólica domina, por ejemplo, la representación de Darío I en la roca de Behistún. La carta fundacional de éste principia invocándolo en estos términos:

> Ahura Mazda es un dios grande, que ha creado esta tierra, que ha creado el cielo, que ha creado al hombre, que ha creado la felicidad para la humanidad, que ha hecho a Darío rey soberano único de muchos, señor único de muchos.

El monarca presidía una corte muy compleja que incluía entre sus funcionarios portadores de cayados, un portador de lanzas, uno del arco, un copero –Esdras, autor que da nombre a uno de los libros de la Biblia, ejercía de tal en el séquito de Artajerjes I–, un capitán de la guardia personal del rey, un gran visir –que en griego recibiría la denominación de *chiliarchos*, o «jefe de un millar de hombres»– y, por supuesto, toda una serie de eunucos. Entre estos últimos se incluía el Bagoas con quien fraternizaría Alejandro Magno, el «muchacho persa» de la excelente novela de Mary Renault (véase la p. 377), que no debe confundirse con el tocayo suyo que llevó a Darío III al trono por medios homicidas. Amén de otras funciones, los castrados de la corte tenían la de supervisar un vasto harén de mujeres persas y foráneas. La Ester bíblica era una de éstas, y el libro al que da nombre contiene la siguiente descripción, elaborada desde el punto de vista judío, de la búsqueda de una esposa que sustituyese a la principal del rey Asuero (es decir, Jerjes I, quien reinó de 486 a 465):

> A cada joven le llegaba el turno de presentarse al rey Asuero al cabo de doce meses, según el estatuto de las mujeres. El tiempo de preparación incluía seis meses de tratamiento con óleo y mirra, y otros seis meses con los aromas y perfumes que usan las mujeres. Cuando una joven se presentaba al rey, le daban cuanto pedía y lo llevaba consigo del harén al palacio real. Se presentaba por la tarde y a la mañana siguiente volvía al otro harén ... [N]o se presentaba más ante el rey, a no ser que éste quisiera verla y la llamara expresamente.[1]

Si bien las decisiones que adoptaba el monarca en materia de política

eran irrevocables, lo cierto es que antes las consultaba con siete consejeros especiales, cierto número de magistrados reales y un grupo indeterminado de asesores pertenecientes a los llamados «venerables iguales», «amigos del soberano» y «parientes reales». También Alejandro otorgaría algunos de estos títulos honoríficos en virtud de su política de acercamiento a oriente. Todos aquéllos eran de origen persa, o a lo sumo, iranio; pues, a la postre, eran sus intereses los que determinaban el rumbo del Imperio. El rey era también comandante en jefe de toda hueste imperial y, de modo simbólico, ocupaba su puesto en el centro mismo de la formación, en donde lo custodiaba una guardia especial formada por mil hombres. Este cuerpo real procedía de la fuerza selecta de infantería que los griegos conocían por la denominación de los Diez Mil Inmortales –debida a la creencia, errónea, de que todo el que caía era sustituido de inmediato por soldados de refresco que aguardaban en la reserva para aquel preciso menester–. Éstos habían ejercido una función determinante a la hora de hacer llegar al trono a su antiguo caudillo Darío I, y él correspondió haciendo que los representaran a guisa de arqueros, formando parte de su séquito más íntimo en los relieves polícromos que decoran su palacio de Susa. También él aparece con un arco en la moneda del reino, el darico de plata y oro, llamado así en su honor (figura 14). La fuerza de asalto principal del Ejército persa era, sin embargo, la caballería procedente del Irán occidental. En lo que respecta a la infantería, en el siglo IV, el gran rey prefería liquidar sus ingentes reservas de oro y plata en lingotes en contratar a mercenarios helenos. En 331, sus arcas atesoraban el equivalente a unos 235.000 talentos de plata, y entre 334 y aquel año lucharon contra Alejandro hasta cincuenta mil de aquellos soldados.

Entre la población griega, hubo quien, interesado por lo que sucedía fuera de la Hélade, comenzó a sospechar que el gran rey no era tan poderoso como hacía ver tras las disputas internas que había provocado la sucesión a la Corona persa entre los años 401 y 400. A Ciro, hermano carnal menor del monarca reinante, Artajerjes II, lo había alentado supuestamente Parisátide, madre de ambos, a usurpar el trono. Aquél había alistado a más de diez mil mercenarios helenos para lograr su propósito. La batalla decisiva tuvo lugar en la población mesopotámica de Cunaxa, y aunque las tropas griegas

asalariadas lograron derrotar a sus oponentes, Ciro no sobrevivió al combate. Quienes quedaron en pie se desenvolvieron para salir del corazón mismo del Imperio persa y regresar a la Hélade, al litoral meridional del mar Negro, sin excesivas dificultades militares, si bien hubieron de sufrir lo indecible por causa de los rigores del terreno y el clima.

La historia quedó inmortalizada por el mismo que los acaudilló en la retirada: el ateniense Jenofonte. Aun así, ya antes de la aparición de su relato, el incansable panfletista Isócrates, paisano suyo, había estado haciendo propaganda, en tiempos de los Juegos Olímpicos del año 380, en favor de una expedición panhelénica contra el Imperio persa, en quien muchos veían signos de debilidad. Con posterioridad, remitió sus argumentos, no sin oportunismo, a Filipo, quien, teniendo razones para acometer tamaña empresa, se vio obligado a dejar la conclusión a su hijo Alejandro.

La *peripéteia*, o mudanza repentina de las circunstancias, que representó la victoria de Alejandro Magno sobre los persas suscitó en Atenas, en 330, el siguiente comentario, no exento de ingenio, por parte del orador Esquines:

> ¿No fue el rey de Persia el que exigió tierra y agua de los pueblos de Grecia por considerarse señor de toda la humanidad, desde donde nace el sol hasta donde se pone? ¿Y no está ahora ese mismo monarca luchando, no por imponer al mundo su hegemonía, sino por salvar la propia vida?

Darío acabó por perder tanto ésta como su reino. El mundo –el de Alejandro Magno– no volvería a ser el mismo.

CAPÍTULO 3

EL JOVEN ALEJANDRO
(356-334 A. C.)



Alejandro Magno nació el 20 de julio de 356 a. C. o en una fecha cercana. El biógrafo griego Plutarco, la mejor fuente –cuando no la única– de que disponemos en lo relativo a los veinte primeros años de su vida, da cuenta de un episodio que ha alcanzado no poca celebridad:

> [Filipo] acababa de apoderarse de Potidea, en Calcídica, cuando recibió tres mensajes de un modo casi simultáneo. El primero lo informaba de que Parmenión había obtenido una victoria notable frente a los ilirios; el segundo, de que uno de los caballos de su propiedad había sido vencedor en los Juegos Olímpicos; y el tercero lo ponía al corriente del nacimiento de Alejandro.

A Filipo y Parmenión ya los conocemos. Los ilirios eran enemigos tradicionales de los macedonios, quienes compartían con ellos su frontera occidental. Las olímpicas eran las más prestigiosas de las fiestas religiosas panhelénicas. La madre de Alejandro fue la cuarta esposa de Filipo, Olimpia, princesa helena de Molosia, región de Epiro sita al sur de Iliria, y había dado a luz en Pella, capital administrativa de Macedón. El nombre del recién nacido ya lo habían llevado otros monarcas de la casa real de su nación, y sin embargo, no carece de relevancia el hecho de que fuera, asimismo, la denominación alternativa del Paris de Homero, dada la pasión que sentía nuestro Alejandro por todo lo relacionado con el poeta.

No debemos aceptar, claro está, la historicidad literal de la extraordinaria coincidencia cronológica que señala Plutarco. Aun así, el citado pasaje presenta de un modo cabal todas las facetas principales de la herencia compleja y, en ocasiones, turbulenta que recibió Alejandro Magno. Los ilirios habían sido, junto con los peonios, al norte, y los tracios, al noreste y al este, una de las causas principales de la debilidad del reino macedonio. Su sometimiento por parte de Filipo era requisito indispensable para que su nación alcanzase la posición internacional que para ella había previsto. Y si el monarca obtuvo este objetivo fue merced a la creación, por obra suya, del mejor ejército de tierra que hubiese conocido la península Balcánica hasta la fecha, fuerza que capitanearon él mismo o el poderoso Parmenión. Por su

parte, la victoria obtenida en los Juegos Olímpicos simboliza tanto el proceso de helenización cultural que promovió en su reino como la función más amplia y dominante que pretendía –y consiguió– desempeñar en el mundo griego que se extendía al sur del valle del Tempe –confín meridional entre su reino y Tesalia–. En cuanto a su unión corporal con Olimpia, no falta quien piensa, cargado acaso de razón, que fue responsable, en parte, de la impetuosísima combinación de dotes de mando y misticismo apasionado que se daba en la persona de Alejandro. Por otro lado, el distanciamiento sentimental que existía entre sus progenitores lo llevaría a desavenirse con el padre, circunstancia que, tal como no ignoraba, constituía una amenaza a su propia sucesión al trono de Macedón. Todo ello debió también de ayudar a favorecer una sensación permanente de honda inseguridad que contrarrestó empleando cierta variedad de métodos, no siempre agradables o positivos.

Conviene, sin embargo, evitar caer en una postura freudiana en exceso. O dicho de otro modo: es posible juzgar la trayectoria vital de Alejandro Magno sólo desde el exterior. Los dos tutores con que contó en su juventud más temprana eran de origen griego: un pariente de Olimpia nacido en Epiro y otro heleno procedente de la escarpada Acarnania. Ambos habían de asegurarse de que el muchacho recibiese no sólo la educación básica propia de todo mozo griego o macedonio –alfabetización, conocimientos básicos de aritmética y ejercicio físico–, sino también determinadas nociones de lo que lo esperaba en calidad de príncipe real destinado, más tarde o más temprano, a ocupar el trono de Macedón. Hasta los últimos años de la adolescencia no tuvo rival evidente alguno que pudiese competir con él por suceder a su padre, ni su madre, Olimpia, hizo nada por sacar de su cabeza la idea de que estaba llamado –por causas tanto divinas como naturales– a heredar su corona (lo que en buena parte se debió a que tal hecho la situaba en una posición privilegiada entre las diversas –siete, en total– esposas y reinas de Filipo).

Podemos, asimismo, estar seguros de que los tutores griegos del joven no trataron de aplacar la pasión que, desde muy niño, sentía por la caza de animales salvajes, actividad que, amén de ser muy adecuada para un futuro rey –y guardar con Oriente una relación que a Filipo no debía de resultarle poco atractiva–, representaba un papel fundamental en la preparación para la madurez de los jóvenes macedonios en general. Y sin embargo, éstos

quedaron tan atónitos como, según aseguran las fuentes, su señor Filipo ante cierta demostración precoz de la fría serenidad de Alejandro. En torno al año 344, cuando apenas contaría doce años, logró amansar a un caballo magnífico de precio elevadísimo hasta un extremo extravagante en cuya doma habían fracasado muchos. Se trataba del semental tesalio Bucéfalo («cabeza de buey»), así llamado por una pinta de nacimiento que lucía en el hocico o por un hierro genérico con el que se marcaba a los animales pertenecientes a aquella estirpe selecta (figura 6). Nadie, empero, podría haber augurado en aquel momento que un día sentaría un precedente al nombrar a una ciudad en honor de su montura de caza y guerra favorita.

Es de suponer que Alejandro pasó la mayor parte de aquellos primeros años en el palacio de Pella o en sus cercanías, en contacto estrecho y regular con su madre y con su hermana carnal Cleopatra, a la cual profesaba, al parecer, un cariño excepcional. Filipo, en cambio, era una figura excesivamente distante, siempre ausente, por estar batallando en uno u otro lugar, fuera invierno o verano, y a menudo en tierras muy remotas. Para compensar, en parte, esta falta de dirección paterna y en parte a fin de estimular la excepcional inteligencia que, a ojos vistas, poseía su hijo, el soberano llevó a cabo, alrededor del año 343, un nombramiento aún más notable en el ámbito de lo pedagógico al escoger, en calidad de maestro del muchacho, al discípulo más distinguido de la Academia ateniense de Platón. La elección bien pudo deberse, asimismo, a razones personales, siendo así que Nicómaco, su padre, había ejercido de médico personal de Amintas III, padre de Filipo; y quizá también a motivos políticos, ya que, en 348, este último había mandado destruir por entero la ciudad natal de Aristóteles, Estagira, por lo que no es descabellado pensar que acaso deseaba ofrecer un gesto de reconciliación a los supervivientes que habían quedado dispersos.

Tal vez, por encima de todo, a Filipo lo movían fines intelectuales. Con todo, el alcance de la perdurable influencia del filósofo sigue siendo motivo de controversia. No hay duda de que debió de ayudar a estimular el interés y el amor que sintió su alumno durante toda la vida por la literatura griega, en especial por Homero, y también hubo de influir en su inclinación por la biología, la botánica y la zoología –estando en Asia, se encargó de enviar especímenes poco corrientes y exóticos a su antiguo maestro de Grecia–. Sin

embargo, erraremos, casi por descontado, si consideramos la de Alejandro Magno una intelectualidad semejante, siquiera de un modo remoto, a la de Aristóteles. No cabe duda de que tenía sus ideas, ni de que algunas de ellas eran grandes; pero también salta a la vista que, en esencia, era un hacedor más que un pensador: más Geyperman de carne y hueso que filósofo guerrero.

Además de la relación con su maestro, cabe hacer mención de la amistad que entabló con cierto número de cuantos conformaban con él el grupo de alumnos de Mieza, población cercana a la moderna Lefkadia, amistad que demostraría ser, amén de duradera, importantísima desde el punto de vista de la historia. De entre los compañeros, el más querido, y el más relevante con diferencia, fue sin duda Efestión, de quien ya hemos hablado. Sobre ejercer de confidente principal y edecán de Alejandro Magno, acabaría por convertirse en el gran visir de su nuevo Imperio oriental. Otro de los habitantes de la Alta Macedonia que integraban su círculo real más íntimo era Hárpalo, a quien nombraría administrador de sus arcas. Resulta interesante, asimismo, que incluyera cuando menos a tres griegos en el conjunto de los más allegados. Uno de ellos, el cretense Nearco, llegaría a ser almirante de su flota, en la India, y aun escribió sobre su experiencia un libro que conocía y empleó Arriano, autor de los textos que constituyen nuestra fuente principal.[1]

Dice mucho acerca de su precoz evolución en calidad tanto de dirigente como de futuro rey el que, entre 340 y 339, Filipo le asignara el puesto de regente de Macedón en una de sus muchas ausencias, debida en este caso al sitio de Bizancio y al de Perinto. Pese a contar sólo dieciséis años, Alejandro supo sacar partido de esta oportunidad, puesto que, viéndose obligado –al menos, tal logró que pareciera– a batallar contra los medos de Tracia en su frontera oriental, no sólo los derrotó, sino que ofreció un anuncio evidente de lo que estaba por venir al fundar, en la capital de aquéllos, una nueva ciudad a la griega y servirse de su propio nombre para designarla: Alejandrópolis, topónimo con el que ha llegado a nuestros días.[2] Uno no puede menos de preguntarse qué debió de pensar al respecto Filipo, quien ya había creado una Filipos y una Filipópolis (hoy la búlgara Plovdiv).

Llegado 340, por lo tanto, la expansión que había efectuado Filipo hacia el norte de la Grecia no insular lo había llevado a tierras tan orientales como las que se extendían a orillas de la Propóntide (hoy mar de Mármara), a las puertas casi del mar Negro. Su audaz campaña suscitó el interés –y quizá también la aprensión– de dos potencias muy dispares: el Imperio persa de los Aqueménidas, gobernado por el gran rey, y la ciudad estado democrática de Atenas. En el año 340, el primero constituía una entidad comparable a un edificio destartalado, tal como se ha dado a entender en el capítulo 2. La urdimbre que lo conformaba, tejida con no poca holgura, había amenazado con hacerse pedazos durante una revuelta de consideración protagonizada por varios de los sátrapas al mando de las provincias occidentales en las décadas de 370 y 360. Este levantamiento fue a coincidir, además, con el que llevaba perpetuándose desde 405 en Egipto, provincia que gozaba de una gran importancia estratégica y económica. De hecho, el gran rey Artajerjes III no logró reimponer algo semejante a la unidad hasta apenas tres años antes de 340. El soberano persa envió ayuda a los griegos, enemigos de Filipo, que se hallaban asediados en Perinto, acaso por temor –nada infundado– a que el macedonio tuviese la mira puesta en las tierras asiáticas sometidas a su dominio.

Los atenienses, por su parte, seguían estando al frente de la mayor armada del Egeo, aun cuando no fueran, a la sazón, ni la sombra de lo que habían sido durante el siglo V a. C. Sus naves tenían, entre otros cometidos, el de dar protección a las embarcaciones que hacían llegar al puerto del Pireo el suministro anual de trigo, vital en el sentido más pleno de la palabra, desde las tierras feraces de Ucrania y Crimea. La acometida de Filipo contra Perinto y Bizancio suponía una amenaza al paso de dichos barcos de cereal a través del Bósforo y el Helesponto (los Dardanelos). Asimismo, venía a confirmar lo que había estado predicando, desde hacía doce años, el patriota Demóstenes a sus conciudadanos: que el enemigo público número uno de Atenas no era ningún otro estado de Grecia, ni aun Persia, sino Macedón.

Por anómalo que resulte, ambos sitios, el de Perinto y el de Bizancio, se malograron, con lo que se convirtieron en dos de los pocos fracasos militares a que hubo de enfrentarse durante más de veinte años de vida castrense. Aun así, antes de que acabara aquel año de 340, se las compondría para apresar

toda una flota de transporte de grano que llevaba rumbo al Pireo. Poco después, en 339, demostró de un modo espectacular que Demóstenes estaba cargado de razón al efectuar una marcha relámpago a través de Tesalia y, tras evitar tal vez las célebres «puertas calientes» de las Termópilas, penetrar en Fócida e invadir la ciudad de Elatea. Con todo, el orador hubo de emplear toda la fuerza de su persuasiva retórica y sus considerables habilidades diplomáticas para crear, a la carrera, algún genero de alianza griega con el fin de hacer frente al macedonio. Ésta tuvo por centro principal la ciudad de Tebas, que tras ser en otro tiempo la mayor potencia terrestre de la Hélade, seguía siendo la más poderosa después de la nación de Filipo. Sin embargo, en otoño de 338, las huestes de éste hicieron pedazos la coalición en la beocia Queronea.

Alejandro Magno, quien, como ya hemos visto, había sido regente de Macedón a los dieciséis años, recibió de su padre, a los dieciocho, el mando general del cuerpo selecto de caballería de los *hetairoi*. Este hecho dice muchísimo, por sí mismo, de la capacidad del joven caudillo y de la fe que tenía depositada Filipo en sus dotes de mando. Se dice que se distinguió dirigiendo la carga decisiva de los jinetes que luchaban a sus órdenes. Asimismo, se ha aseverado –a menudo en tono de lamento– que la libertad de las ciudades griegas murió en el campo de batalla de Queronea. En lo político, tras aquella contienda, buena parte del mundo heleno quedó convertida en un conjunto de monarquías territoriales absolutistas más que de repúblicas soberanas –no conviene, sea como fuere, exagerar el grado de libertad y acción independiente de que había gozado la mayoría de estas ciudades antes del año 338–. Tras la batalla, Filipo confió a Alejandro un cometido de enorme significación simbólica. Los cadáveres de los atenienses caídos fueron quemados conforme a la tradición, y las cenizas se guardaron en urnas de madera y se hicieron llegar a sus familiares para que les proporcionasen un enterramiento digno. El soberano macedonio eligió a su hijo para que encabezara la guardia de honor encargada de acompañar aquellos restos a Atenas. Aquélla fue la primera –y la última– vez que Alejandro Magno pisó lo que Platón, maestro de Aristóteles, había llamado «la capital de la sabiduría».

Después de aquello, Filipo se erigió en dueño incuestionable –o cuando menos indisputable– de Grecia en lo político y lo militar. Además, garantizó dicha superioridad guarneciendo Tebas y otras ciudades de la región central de la Hélade, y fundando, entre 338 y 337, tal como ya se ha señalado, la Liga de Corinto. En calidad de *hēgemōn* («presidente») de aquella alianza, concluyó una serie de tratados bilaterales con algunos de los coligados griegos a él sometidos, de los cuales casi todos estaban gobernados por oligarquías –grupos reducidos, o muy reducidos, de ciudadanos acaudalados en extremo–. Tomando como ejemplo el precedente sentado por la Segunda Liga Naval de Atenas (378-338), los aliados helenos subordinados a Filipo habían de enviar delegados a un *synedrion* o consejo rector que tenía por función decidir –o más bien aprobar de manera maquinal– las directrices que debía seguir la coalición. El organismo se constituyó en torno a Corinto, lo que se debió en parte a su localización estratégica –toda vez que se hallaba en el centro de la península griega–. Asimismo, en aquella ciudad se celebraba una de las fiestas religiosas más importantes de cuantas celebraban juntos todos los pueblos helenos: los Juegos Ístmicos bienales, y fue allí en donde, en 418, un puñado de estados griegos había jurado hacer frente a la invasión que amenazaba con acometer el gran rey Jerjes. La primera decisión que adoptó en nombre de la Liga el consejo aliado de Filipo fue emprender una expedición panhelénica contra el Imperio persa, a modo de venganza, al parecer, por la sacrílega ocupación y destrucción de la Hélade que llevó a cabo entre 480 y 479.

Como era de esperar, el macedonio fue nombrado comandante en jefe de la empresa militar que había planeado la Liga. Además, gozaba de un poder absoluto. Aun así, en aquella campaña no había papel alguno asignado a su hijo Alejandro. El joven frisaba ya la veintena, y una vez más, como en 340, habría de quedar en la retaguardia para ejercer de regente de su patria, en tanto que todo el trabajo –y la gloriade la conquista de Persia recaía sobre su padre. No obstante, este último aún no había podido unirse a la fuerza avanzada que habían enviado a atravesar Asia Menor a las órdenes de Parmenión cuando lo asesinaron. Contaba sólo cuarenta y seis años. Fuera cual fuere el móvil, el regicidio se perpetró del modo menos privado y más

impresionante –desde el punto de vista simbólico– que pueda imaginarse: en medio del desposorio de su hija Cleopatra en la vieja capital ceremonial macedonia de Egas, en la que seguía enterrándose a los reyes de la nación.

Muchos griegos, y en especial los que habitaban en ciudades como Tebas, que habían visto cómo Macedón les imponía guarniciones con los que garantizar su «libertad y autonomía», dieron muestras de alborozo. Debió de parecerles que los macedonios no hacían otra cosa que mantenerse fieles a su vieja condición: los bárbaros –pues por tales los tenían– se enzarzarían en otra más de sus primitivas luchas dinásticas, y las fuerzas centrífugas que, de forma temporal, había logrado domeñar Filipo volverían a desgarrar el reino. No habían contado, claro está, con Alejandro. Cualquiera que fuese el papel que había representado en la muerte del monarca –si es que le había correspondido alguno (véase el principio del capítulo siguiente)–, no cabe dudar de que fue a él a quien más benefició, tanto por el hecho en sí como por el modo como ocurrió y por el momento particular en que tuvo lugar.

Tras granjearse la decisiva lealtad del noble Antípatro, supo sacar partido al magnicidio al emplearlo como pretexto para deshacerse de potenciales aspirantes al trono y de oponentes políticos declarados. En asuntos como éste, Alejandro Magno desplegaría siempre una prudente inexorabilidad. El Ejército macedonio, aguijado por Antípatro, hizo valer su poder legal –o la prerrogativa que le había concedido la costumbre– para nombrarlo rey. A raíz de ello, el recién coronado marchó en dirección sur, hacia Corinto, a fin de aterrorizar a los representantes griegos de la Liga y hacer que ratificaran su carácter de *hēgemōn* hereditario destinado a suceder a su padre. Tal tuvo la nada inoportuna consecuencia de poner en sus manos la responsabilidad de la invasión del Imperio persa, campaña que ya había comenzado Filipo.

Aun así, antes de dirigirse a Asia en persona, se vio obligado a ocuparse de asuntos más urgentes y más inmediatos en lo geográfico. No faltaron, entre los bárbaros vecinos de Macedón, quienes, como determinados griegos meridionales, interpretasen el asesinato de Filipo como una grata señal del regreso futuro de los tiempos, más felices para ellos, en que se multiplicaban los conflictos intestinos de los macedonios, antes de la llegada al poder de aquél. También a ellos los aguardaba una gran decepción. En virtud de una

campaña concebida, coordinada y ejecutada con no poca brillantez en 335, Alejandro Magno cerró, en dirección este, contra los tribalios de Tracia, a través del elevado paso de Sipka (2.600 metros). A continuación, puso rumbo al norte antes de cruzar el Danubio, río que, al parecer, pretendía convertir en frontera septentrional de la Macedonia imperial. Aquella empresa bélica constituye una muestra clásica de la atención que prestó en todo momento Alejandro Magno a la necesidad de proteger su retaguardia. Asimismo, puso de relieve que, en cuanto estratego, era mucho más maduro y sabio de lo que sus veinte años habían llevado a hacer pensar, de un modo iluso, a críticos desdeñosos como Demóstenes. Acto seguido, volvió a avanzar en dirección oeste para arremeter contra los ilirios (los mismos que se habían enfrentado a Filipo a principios de la década de 350), y supo ofrecer una inteligente demostración de la importancia fundamental que, como Napoleón, atribuyó siempre a la moral en la guerra.

La buena suerte de Alejandro se convirtió en un elemento proverbial que sirvió incluso de motivo central, por ejemplo, de algunos de los escritos de juventud de Plutarco. Con todo, no conviene otorgarle una relevancia desmesurada, puesto que, de ordinario, los grandes generales son, en cierto grado, autores de su propia fortuna propicia. Sea como fuere, no hay duda de que el azar le sonrió en otoño de 335, cuando, tras haber sojuzgado a los ilirios, recibió nuevas de que en Grecia había estallado otra revuelta de consideración dirigida contra Macedón y encabezada, una vez más, por Tebas. La había provocado el rumor de que el hijo de Filipo había muerto mientras guerreaba en tierras situadas muy al norte. Antes de que transcurriesen dos semanas, los alzados de la Hélade tuvieron la oportunidad de recibir un doble sobresalto al ver la ciudad de los tebanos sitiada por las fuerzas de Macedonia y topar con que, a la cabeza de éstas, luchaba un Alejandro mucho más vivo de lo que esperaban los desafectos helenos, quienes en adelante hubieron de tomárselo mucho más en serio. Desplegando otra de sus cualidades más características, había marchado a una velocidad extraordinaria –que le había permitido salvar medio centenar de kilómetros en sólo doce días– para coger por sorpresa al enemigo (factores ambos que habían desempeñado una función relativamente limitada en el arte griego de la guerra con anterioridad a Filipo).

Tebas cayó a principios de octubre de 336, tal como estaba previsto. Sin embargo, sólo quienes ya estaban familiarizados con la coherente concepción alejandrina de política exterior prágmática podían haber previsto las consecuencias. Se dio orden –en teoría por decisión del consejo de la Liga de Corinto, aunque podemos concluir, sin miedo a equivocarnos, que fue a petición del propio Alejandro– de incendiar y asolar Tebas. Apenas se aplicó un puñado de excepciones a esta destrucción, si bien de elevado contenido simbólico: los edificios sagrados –pues no deseaba el caudillo macedonio caer tan bajo como el bárbaro Jerjes– y la casa en la que había vivido, en tiempos de la invasión persa, Píndaro, poeta lírico autor de odas en honor a los laureados de todos los juegos panhelénicos. Alejandro demostró dominar, en todo momento, los grandes gestos propagandísticos. Así y todo, aquélla no fue tanto una manifestación de esta suerte como una decisión bien calculada con la que pretendía amedrentar a cuantos griegos tuviesen pensamiento de oponerse a la campaña persa y poner en peligro su ejecución. Lo cierto es que aquel paso no hizo gran cosa por promover el espíritu panhelénico que había propiciado, supuestamente, la decisión de atacar Persia. En este sentido, al igual que en muchos otros, Alejandro Magno se reveló como un discípulo adelantado de su padre, Filipo, más que de Aristóteles.

CAPÍTULO 4

ALEJANDRO Y LOS MACEDONIOS



> Cuando [Alexis Zorba] habla, toda Macedonia se despliega de inmediato ante mi mirada ... sus montañas, sus bosques, sus torrentes, sus laboriosas mujeres y sus hombres corpulentos de constitución fuerte.
>
> NIKOS KAZANTZAKIS, *Zorba el griego*

Durante el verano de 324, en la ciudad de Opis, sita al norte de Babilonia, a orillas del río Tigris –cerca del emplazamiento actual de Bagdad–, Alejandro Magno hubo de hacer cara a un motín contra su persona. No fue aquélla la primera vez que sus soldados macedonios se habían sentido lo bastante irritados, y lo bastante arrojados, para oponerse a la voluntad de su monarca. Y sin embargo, sí que fue la primera sedición verdadera que se daba en los diez años que había durado aquella campaña de conquista sin precedentes. Él, no obstante, se hallaba por entero preparado para afrontarla. Tanto es así que, de hecho, no faltan motivos para sospechar que pudo haberla provocado él mismo a modo de demostración de fuerza. En cualquier caso, lo cierto es que el modo como se las ingenió para aplastar el levantamiento resulta por demás revelador. De hecho, constituye un paradigma muy preciso del cambio que se había producido en lo tocante a su relación con los macedonios –incluidos tanto la minoría selecta gobernante de cortesanos, oficiales y administradores, como el común de los soldados– a lo largo de doce breves años de reinado.

A fin de subrayar la gravedad y la significación del motín de Opis, Arriano, el mejor historiador al que podemos acudir, compuso para Alejandro Magno una arenga extensa y muy elaborada, conforme a la tradición retórica de la historiografía instaurada por Tucídides y Polibio, con la que se justifica

y se enaltece toda su trayectoria en calidad de conquistador del Imperio persa. No cabe duda de que Arriano debió de fundar el discurso, de uno u otro modo, en las dos fuentes principales contemporáneas de Alejandro de que disponía: Tolomeo y Aristóbulo.[1] Sin embargo, a la postre se trata de una creación propia, un revoltijo de exageraciones, verdades a medias, mentiras manifiestas y algún que otro dato real. Cuando menos, hay un detalle esencial con visos de verdad. Alejandro comienza su disertación enumerando los logros de su padre, Filipo. No lo mueve a ello, eso sí, otra cosa que la intención de señalar en qué grado ha sido mayor su propia contribución a la patria macedonia. Y esta circunstancia suscita un interrogante que llega incluso a ensombrecer toda la carrera vital del conquistador, antes y después de coronarse rey. Si las comparaciones son odiosas, a Alejandro Magno lo irritaban en especial las que ponían las consecuciones de su padre por encima de las suyas propias o hacían ver que éstas se debían a aquéllas de un modo considerable. En qué grado responde esta actitud a su ambición innata o a un reflejo de rivalidad condicionado por factores culturales, y en qué grado a la incitación de su madre o a los desaires recibidos de Filipo es algo que no podrá salir jamás del terreno de lo conjetural.

A finales de la década de 1970 de nuestra era, salieron a la luz tres enterramientos extraordinarios bajo un colosal túmulo hallado en Vergina, la antigua Egas. De manera casi inevitable, su descubridor, Manolis Andrónikos, presentó la más grande de las tres, la llamada Tumba II, como «la tumba de Filipo». Dada la ausencia de corroboración incontestable alguna acerca de la identidad de los ocupantes, la datación de la sepultura no puede basarse sino en juicios estéticos subjetivos. Como quiera que sea, el estilo de los artefactos a ella asociados no desmiente su pertenencia al tercer cuarto del siglo IV. Tanto su gran calidad como su no menor cantidad, por no hablar del emplazamiento y la espléndida construcción de la propia tumba, apenas permiten dudar de que se trata de un enterramiento real macedonio. Además, el hallazgo de cierto número de cabezas de marfil de escaso tamaño, entre las que se incluyen representaciones que parecen pertenecer a Filipo y a Alejandro Magno (figura 9) brinda no poco color a la identificación. Por otra

parte, los huesos del esqueleto de varón de su interior hacen pensar que la muerte le hubo de llegar cuando contaba entre cuarenta y cincuenta años, y Filipo acabó la vida en julio de 336 a. C. a la edad de cuarenta y seis.

El macedonio, sin embargo, no falleció sin más: fue asesinado, tal como hemos visto, mientras celebraba el casamiento de su hija Cleopatra, poco antes de la fecha en la que debía tomar el mando de la expedición que ya se había encargado de emprender contra el Imperio persa. ¿A qué se debió el regicidio? Según el relato oficial, el asesino, Pausanias, quien, amén de pertenecer a los *hetairoi*, se contaba entre los siete integrantes de la guardia personal del rey más allegados a éste, se dejó llevar por el rencor que profesaba a su señor a causa de una descarada violación y humillación de carácter homosexual que éste había omitido desagraviar. Asimismo, a Pausanias lo habían ayudado e instigado terceras personas, y en particular dos hermanos provenientes de la casa «real» de la Lincéstida, uno de los cantones de la Alta Macedonia. Existen, empero, razones de peso para dudar de esta versión, cuando menos, tal como ha llegado a nosotros a través de las fuentes que se hallan a nuestro alcance. De hecho, no faltan siquiera motivos para sospechar que el mismísimo Alejandro pudo haber estado implicado en aquel crimen. Si bien tal imputación de parricidio jamás podrá ser demostrada, la simple circunstancia de que pueda plantearse ofrece una idea de la crispación que presidía la existencia en lo más elevado de la sociedad macedonia.

A Alejandro, en primer lugar, lo irritaba en lo más hondo la influencia que ejercía sobre su progenitor el noble Atalo. Un año antes, Atalo había dado en matrimonio al rey a su sobrina y pupila Cleopatra –quien se convirtió en su séptima esposa–, en tanto que él se había desposado con una hija de Parmenión, general de Filipo y jefe de su estado mayor. En el casamiento de Cleopatra y el soberano macedonio, Atalo había orado, ante todos y sin ambages, por que de aquella unión surgiese un legítimo heredero del trono de la nación. De ello se infería que Alejandro, cuya madre, Olimpia, era de origen epirota, y no pertenecía a la más pura nobleza macedonia como Cleopatra, era ilegítimo, o cuando menos, no del todo legítimo. Al parecer, el aludido había reaccionado con tal furia que su padre se sintió obligado a enviarlo junto con Olimpia a cierta suerte de exilio interior. Esta última se había retirado a la corte de su hermano Alejandro, rey de los molosos. Tal

vez con objeto de llevar a término una reconciliación, o al menos de evitar que los de Molosia se volvieran en contra de él, Filipo casó a la hija que había tenido con Olimpia –la hermana carnal de Alejandro Magno, Cleopatra también por nombre– con otro Alejandro, tío suyo por parte de madre. Fue durante aquella ceremonia cuando tuvo lugar el asesinato del monarca. Se celebraron, por ende, dos bodas y un funeral.

Hay fuentes antiguas que llegan a afirmar que Alejandro y Olimpia conspiraron conjuntamente para propiciar la muerte de Filipo, llevados del temor de que aquél quedase apartado de verdad de la sucesión. A este respecto, cabe destacar un episodio en particular: cuando, después de revocada la orden de destierro dictada contra su hijo, el soberano macedonio lo hizo regresar a Pella, parece ser que entabló negociaciones en secreto destinadas a obtener por esposa a la hija de un sátrapa persa de segunda categoría –digamos un «subsátrapa»–: el cario Pixodaro. Todo apunta a que temía las implicaciones dinásticas que hubiese podido tener el que Filipo hubiera querido establecer un lazo matrimonial entre la muchacha y Arrideo, único hermanastro de Alejandro. Cuando el padre de ambos supo de aquellas conversaciones clandestinas, condenó al exilio a cinco de los amigos más íntimos del príncipe, quienes habían estado intrigando en su nombre. Se trataba de Tolomeo y Hárpalo, procedentes ambos de la Alta Macedonia, y de tres griegos: el cretense Nearco, que se afincó en Anfípolis, y los hermanos Erigio y Laomedón, de Mitilene, en la isla de Lesbos.

«Los cinco de Pella» constituyen una interesante muestra representativa de la minoría selecta cosmopolita que con tanto afán había promovido Filipo en Macedón. Además, ilustran a la perfección la tendencia de Alejandro a buscar a sus más allegados fuera de los círculos en que se movían los partidarios más cercanos a su padre. Los cinco obtendrían el título de *hetairos* con Alejandro Magno, y ocuparían los cargos más elevados durante su campaña asiática. Si el príncipe tenía o no razón al pensar que su padre estaba tratando de excluirlo de la sucesión es lo de menos: lo que de verdad importa es que es muy probable que sospechara y temiera tal cosa.

Un tercer motivo que respalda la idea de que pudo haber estado envuelto en el asesinato de su padre es el trato que dispensó a quien lo perpetró. En lugar de hacer arrestar a Pausanias y someterlo a juicio, Alejandro Magno se

aseguró de que muriera en un lugar cercano al del crimen que había cometido, a manos de otros tres de sus amigos más íntimos, de los cuales dos estaban destinados a alcanzar empleos de relieve a su servicio. La cuarta –y última– razón de cuantas lo apuntan en cuanto responsable último del magnicidio es que la función que atribuye al resto de presuntos conspiradores la versión oficial de lo sucedido resulta curiosamente oscura. En ninguna de las fuentes disponibles hallamos argumentos concretos y admisibles contra los dos hermanos de la Lincéstida. Parece mucho más probable que el futuro soberano se valiera, sin más, de la violenta muerte de su padre en cuanto ocasión inmejorable de eliminar focos, reales o potenciales, de deslealtad y resistencia a su poder, cuando no la rivalidad misma por el trono. Ésta, sea como fuere, parece la explicación más obvia del asesinato de su primo Amintas, cuyas aspiraciones al trono logró frustrar Filipo entre 360 y 359. Por razones dinásticas de estado semejantes mandó Alejandro matar a Atalo y su sobrina, así como al hijo –o hijos– que había concebido ella de Filipo tan pronto le fue posible tras el regicidio.

La culpabilidad de Alejandro Magno puede, por lo tanto, defenderse en virtud de una acumulación –digna de asombro, eso sí– de indicios, aunque no demostrarse sin que quede resquicio alguno de duda. Tampoco resulta legítimo inferir su responsabilidad del simple hecho de que fue a él a quien más aprovechó la defunción de Filipo en aquel preciso instante. Puede argüirse, asimismo, que el asesinato se perpetró, casualmente, en un momento por demás oportuno para su heredero, quien comenzaba a sentirse aislado en la corte y hostigado en lo tocante a la sucesión, y al valerse, de manera inmediata, de lo que entendió como debilidad temporal del enemigo, dio muestras del mismo género de oportunismo frío que iba a caracterizar su brillante caudillaje. Resulta en especial notable, amén de un rasgo que volvería a manifestarse con cierta frecuencia a lo largo de su trayectoria vital, el modo como recompensaba a los amigos que mostraban hacia su persona una lealtad notoria. Tampoco hemos de perder de vista que, en el marco existente a finales del verano y principios del otoño de 336, aún no estaba capacitado, ni remotamente, para hacerse merecedor del título de *el Magno*. Lejos de poder presumir de tener en su haber un rosario de victorias militares,

no pasaba de ser un muchacho de veinte años –precoz, verdad es– que tenía un pie puesto, de un modo algo precario, en el primero de los resbaladizos peldaños de la escalera que llevaba al poder supremo.

El que tuviese allí el pie se debía, en gran medida, al apoyo del noble Antípatro. El anciano recibió como retribución el cargo de regente (*epítropos*, palabra que también se empleaba para designar al administrador de un hogar) de Macedón y el dominio de Grecia en calidad de segunda autoridad de la Liga de Corinto cuando Alejandro partió en dirección a Asia en 334. Es en extremo significativo que, cuando aquél presentó a éste ante el Ejército para que sus integrantes lo aclamaran formalmente rey en 336, tanto Parmenión como su nuevo yerno Atalo se encontraran en Asia, a la cabeza de la avanzada de Filipo. De haber estado en Egas, éste ni siquiera habría perdido la vida. La historia, sin embargo, se funda en hechos, y no en lo que podría haber ocurrido.

Tal como ya se ha señalado, Alejandro Magno hizo asesinar a Atalo poco después de coronarse. De hecho, si hemos de creer en el testimonio del historiador Curcio, el homicidio se cometió con la connivencia del propio Parmenión.[2] A lo sumo, nos tendremos que conformar con conjeturar acerca de las razones que pudieron mover a este último: la lealtad debida al padre del nuevo monarca, tal vez, o quizás el convencimiento de que él mismo y los más allegados de sus familiares iban a sacar mayor provecho de la situación si se ponía del lado de Alejandro, cuando menos por el momento. Sea como fuere, parece que los motivos que llevaron al hijo de Filipo a tratar a Parmenión con deferencia y mantenerlo en su puesto de gran general, a su lado, resultan más que obvios. En lo militar, necesitaba la pericia que había demostrado en cuanto comandante sobre el campo de batalla durante más de un cuarto de siglo, al menos hasta el momento en que pudiera asumir el mando supremo en persona. Asimismo, no faltaban, ni en la frontera septentrional ni en la meridional de Macedonia, asuntos apremiantes que impedían su marcha inmediata a Asia. En el ámbito político, además, Parmenión poseía una colosal influencia. Sobre él recaía la jefatura del estado mayor de Alejandro; uno de sus hijos era comandante en jefe de los caballeros *hetairoi*, y otro, de los *hypaspistái*. Lo más seguro es que la caballería ligera estuviese al mando de un hermano suyo, y entre los oficiales

subordinados no faltaban quienes gozaran de su tutelaje o compartiesen con él parentesco por mediación del matrimonio. Por si fuera poco, había nacido en la Alta Macedonia, y su leal adhesión resultaba vital para mantener la integridad política de la totalidad de la nación.

Aun así, los mismos argumentos que disuadieron al nuevo monarca de emprender acciones hostiles contra Parmenión al comienzo de su reinado –suponiendo que hubiese deseado hacerlo–, las harían muy deseables a la larga. Pues, si algo hay indudable –siquiera para quien esto escribe– en lo que respecta a la personalidad y el carácter de Alejandro Magno, es que no pertenecía al género de hombres que gustan de disfrutar de la gloria ajena, y menos cuando ésta se debe a un soldado antañón que triplicaba con creces su edad (en 336, Parmenión contaba unos sesenta y cuatro años) y que, para colmo, había obtenido su posición y su categoría militar reinando Filipo, no él mismo. Además, poseía un temperamento cauto y una actitud por demás centrada en lo macedonio, características ambas que no tardarían en entrar en conflicto con el genio vivo y la amplitud de miras del joven soberano. Así estaban las cosas, con independencia de lo que pudiese haber opinado el anciano del ascenso al trono de Alejandro y, en especial, del modo como se produjo.

Uno de los peligros en que incurre el historiógrafo es el de abusar del don de la retrospección y emitir juicios anacrónicos. Con todo, si la imagen expuesta del comportamiento y las actitudes que tenía Alejandro en 337 y 336 es, en esencia, correcta, su relación con los próceres macedonios debió de estar sometida a una gran tensión desde el principio. Y la caída de Parmenión, tal vez incluso su muerte violenta a petición del nuevo rey, debía de ser poco más que una cuestión de tiempo. En cuanto a lo que llamaré, por abreviar, «el síndrome de Filotas», Alejandro reveló lo despiadado que podía llegar a ser en su afán por alcanzar una posición autocrática incontrovertible de dominio y gobierno.

Filotas era el hijo mayor de Parmenión, amén de comandante en jefe de la fuerza de asalto selecta de caballeros *hetairoi*. En otoño de 330 tuvo lugar el desenlace de lo que se presenta en el relato oficial de los hechos transmitido por Arriano como la conspiración de aquél contra Alejandro Magno. En realidad, la víctima de tal conjura fue precisamente Filotas, en

tanto que al soberano le correspondió el papel de cómplice, cuando no de instigador –tal como sucedió, por establecer una comparación, con la supuesta trama urdida por Seyano contra el emperador romano Tiberio, cuando fue éste quien intrigó contra el que había sido su favorito–. La confabulación se había concebido un tiempo antes, acaso en Egipto, aunque las circunstancias y el momento en que se ejecutó dicen mucho de los métodos empleados por Alejandro. Crátero, noble de la Alta Macedonia que se hallaba al mando de uno de los seis batallones de *pezhétairoi* y *hetairos* del soberano en el sentido más restringido, comenzó a recoger información en contra de Filotas durante el invierno de 333 y 332. Quien le proporcionaba las pruebas de la presunta traición de éste era su amante griega, y sin embargo, el testimonio más irrefutable que pudo conseguir, al parecer, fue la jactancia del propio Filotas, quien aseguraba que las victorias de Alejandro Magno se debían, en realidad, a él mismo y a su padre, Parmenión.

Asimismo, quizá fuera sabido que desaprobaba el anuncio por el que proclamó Alejandro, tras visitar el oráculo de Amón en el oasis de Sīwa, que era hijo de Zeus (o del citado dios egipcio). En consecuencia, bien pudo haberse presentado como un obstáculo a la puesta en práctica de los designios orientalistas del monarca. En todo caso, su fallecimiento se produjo varios meses después de que este último, tras arrogarse la condición de sucesor del gran rey de Persia, comenzara a emplear una variante de las vestiduras reales de dicha nación (véase el capítulo 8). Por severo que fuese, el trato extremado que se otorgó a Filotas casa a la perfección con la tendencia común de Alejandro a apartar todo óbice al libre ejercicio de su insaciable voluntad y a procurarse adhesiones sólidas fuera del círculo de quienes debían su puesto a su padre, Filipo.

A Crátero y a su señor se les planteó entonces el problema de cómo librarse de un hombre que gozaba de tantos –y tan estrechos– vínculos con el Ejército y la corte. La fortuna, sin embargo, quiso serles propicia a finales de 330. Se habló de una conspiración contra la vida de Alejandro encabezada por un macedonio llamado Dimno, y se dijo, además, que Filotas, aun estando al corriente de lo que se tramaba, había omitido informar de ello. No parece probable que el momento en que se produjo semejante «revelación» fuese accidental. Filotas aún no se había vuelto a incorporar al Ejército

después de viajar a Egipto para asistir a las exequias de su hermano Nicanor, y las huestes macedonias habían alcanzado ya Frada, capital de Drangiana, situada en la región oriental de Irán. Su padre, Parmenión, se encontraba a casi mil trescientos kilómetros, en la ciudad meda de Ecbatana, en donde lo había dejado Alejandro en junio de aquel mismo año. Cuando, por fin, regresó Filotas al campamento, corrían por dondequiera rumores acerca de la supuesta conjura de Dimno. No tardaron en arrestarlo, acusado de traición por su complicidad o su actitud negligente, y tras torturarlo, juzgarlo ante el poder militar.

Tolomeo, a través de Arriano, asevera que quienes desvelaron la trama de Dimno presentaron «pruebas irrefutables» de la responsabilidad de Filotas. Sin embargo, como quiera que Tolomeo consideraba que su mayor delito consistía en no haber comunicado la existencia de la confabulación, resulta improbable que existiesen razones bien fundadas para condenarlo. Esta circunstancia parece revelar la verdad acerca de las intrigas tejidas contra Filotas. El proceso al que se le sometió ante el Ejército y en presencia de Alejandro Magno –acusador tácito en aquella causa– no fue otra cosa que una cuestión de confianza al liderazgo del nuevo rey. Apenas cabe sorprenderse de que la clase militar se pronunciara en favor del hombre que había demostrado ser colmadamente capaz de «gobernar a fuerza de imposición», amén de la única persona que tenía posibilidades de propiciar una victoria final contra los persas. Dimno y otros seis cómplices, macedonios de rango todos, siguieron la misma suerte que Filotas; pero al soberano aún le quedaban cosas por hacer.

Si el final de Filotas puede describirse como un asesinato legal, el de su padre fue un asesinato sin paliativos. Ni siquiera el mismísimo Arriano, por lo común apologético, logra encontrar subterfugios moralizadores o legislativos con los que justificar a Alejandro. A Parmenión lo mataron por razones de pragmatismo político, por un cómputo de conveniencia política simple y llano, ya que –pese a haber quedado atrás, en Ecbatana, al mando de soldados ajenos a Macedonia en su totalidad– seguía teniendo un gran ascendiente en el Ejército. No debe olvidarse, asimismo, que su subordinado inmediato, Cleandro, hermano de su yerno Ceno, colaboró en el asesinato de su superior. Este cambio, oportuno y quizá también oportunista, de lealtades

ayudó acaso al resto de la clase militar a mudar las suyas. Por otra parte, no acabó con la ronda de acusaciones y ejecuciones. Los cuatro hijos de un tal Andrómenes, partidarios tal vez de Parmenión, tuvieron suerte de escapar con vida; pero a Alejandro de la Lincéstida, a quien la fortuna había librado en 336 de morir junto con sus hermanos, lo quitaron de en medio en aquel momento con discreción.

En el caso del homicidio de Filipo, las pruebas eran demasiado turbias para poder inferir, sin más, la culpabilidad de Alejandro Magno por el simple hecho de ser quien más se benefició con su muerte. Sin embargo, no necesitamos desplegar tanta cautela a la hora de interpretar el «síndrome de Filotas». El soberano dividió en dos el mando único que ejercía éste sobre la caballería de los *hetairoi*, y lo repartió entre Clito, por mal nombre *el Negro* –también había otro Clito apodado *el Blanco*–, hermano de su nodriza y salvador de la vida de Alejandro durante la batalla del río Gránico, y Efestión, amigo de infancia –y quizá también amante– del soberano que obtuvo de ese modo su primer cargo militar de relevancia. Tales nombramientos constituyeron un brillante acto de transigencia. El primero de los dos se había declarado, como Filotas, contrario a las aspiraciones monárquicas de Alejandro Magno, y su ascenso a un puesto como aquél debió de servir a la vieja guardia de garantía del final de la purga. Efestión, el otro yo de su rey, debía a éste, en exclusiva, la posición que ocupaba, y acababa de reafirmar su lealtad al participar en el arresto y tortura de Filotas. Asimismo, haría las veces de contrapeso de Clito, a quien, por otra parte, se encargaría de vigilar.

De cualquier modo, a quien más aprovechaba la situación era al propio Alejandro. Había empleado con éxito el Ejército contra adalides que, hasta entonces, habían gozado de la confianza y el respeto de la institución, y al fin, había conseguido una independencia total en calidad de monarca. La siguiente pregunta es, por lo tanto, cómo pensaba servirse de ella. Arriano, autor del mejor testimonio histórico de que disponemos, ofrece una respuesta persuasiva en un pasaje incomparable por lo instructivo compuesto por siete capítulos del libro IV de su *Anábasis*. Amén de a sus dos fuentes preferidas –los relatos oficiales de Tolomeo y Aristóbulorecurre a la tradición de la

vulgata y, sobre todo, a su propio juicio.[3] El abuso de la primera persona en el siguiente pasaje pone de relieve en qué grado toma su autor todo aquel asunto como algo personal:

> Y no sólo desapruebo lo desmesurado del castigo que se aplicó a Beso, sino que considero propia de bárbaros la amputación de que se le hizo víctima. Admito, asimismo, que a Alejandro lo movía la envidia codiciosa de las riquezas que poseían los medos y los persas, y que adoptó, respecto de sus súbditos, el estilo de vida enemigo de igualdades a que propendían los reyes ajenos a la Hélade. De ningún modo apruebo la indumentaria médica con que sustituyó la tradicional de Macedonia, por descendiente de Heracles que fuera, ni la tiara, propia de los persas a los que había derrotado, con que dio en cubrirse la cabeza en lugar de hacerlo con el tocado habitual.

Lo que hace tan revelador el pasaje al que pertenece este fragmento es la secuencia del pensamiento y la exposición de Arriano. Comienza con la mutilación de Beso, pretendiente persa a quien, de acuerdo con la norma oriental, cortaron nariz y orejas como paso preliminar de su ejecución, ocurrida durante el verano de 329. Acto seguido rompe la sucesión cronológica habitual de su relato para abordar el homicidio de Clito *el Negro* en el estío de 328 por parte del soberano, así como la conspiración de los pajes y el arresto del historiador oficial griego Calístenes durante la primavera de 327. Arriano no aduce más razones que las de índole artística con respecto a su decisión de abandonar el estilo narrativo que sigue en el resto de su obra. Sin embargo, Plutarco, que biografió al conquistador varias décadas antes que Arriano y que, como él, empleó tanto las fuentes adscritas a la tradición *vulgata* como las de la corriente llamada *oficial* (véase el Apéndice), había expuesto cuál era el vínculo que conectaba estos episodios: el creciente despotismo de Alejandro Magno. De hecho, Plutarco había comenzado antes la secuencia de actos dañosos: precisamente con el asesinato legal de Filotas. Aun así, desde un punto de vista histórico, más que desde uno moralizador, no está de más preguntarse si de verdad estaba actuando de un modo tiránico entre 330 y 327, ni, en caso de ser positiva la respuesta, por qué lo hizo.

La clave hay que hallarla en el objetivo político de conciliar con su nuevo señor supremo a la minoría selecta en cuyas manos había recaído siempre el gobierno del antiguo Imperio persa, al objeto de poder sacar provecho de la experiencia y el prestigio que habían heredado en el seno de una estructura y un contexto administrativos nuevos. En esto consistía el proyecto orientalizador de Alejandro Magno. Después de la victoria obtenida en Gaugamela a finales de 331, había comenzado a actuar como si el trono de los Aqueménidas correspondiera por derecho a su persona –más que a ninguno de los persas de dicha familia–. Por desgracia para él, no había podido capturar con vida a Darío III tras la batalla, pues tal circunstancia permitió que fuera depuesto y muerto a manos de Beso, pariente lejano que osó tomar para sí la tiara aqueménida, símbolo de la autoridad del soberano. Hubo que esperar al verano de 329 para que, tras una feroz campaña de guerrillas, Tolomeo capturase a Beso en el Asia central y Alejandro le diese muerte a la manera de los persas. El objeto de su mutilación –un dato que pasa por alto Arriano– era el de demostrar a sus súbditos, y en especial a los iranios, que el macedonio se había tornado, en efecto, en su gran rey, y que tenía intención de acabar con cualquier rebelde oriental según las prácticas –muy apropiadas desde el punto de vista simbólico– que eran comunes en Asia.

No otra cosa pretendía Alejandro al adoptar un atuendo basado en el estilo de Oriente, una mezcla de elementos persas y macedonios, así como buena parte de los componentes de las cortes orientales –incluido el harén–. Con todo, no perdió de vista la susceptibilidad de los oficiales y los soldados de Macedón, lo que explica, precisamente, el carácter heterogéneo de su indumentaria y la decisión, que adoptó en un principio, de mantener dos cortes –una persa y otra macedonia o griega– y dos cancillerías diferentes. Aun así, este orientalismo relativamente refrenado no gustó, en absoluto, a Clito *el Negro*, quien llevaba tiempo declarándose «afrentado por la mudanza a un estilo más levantino [«más bárbaro», según la expresión literal de Arriano] que estaba haciendo patente Alejandro y por la actitud servil de sus cortesanos». Lo cierto, no obstante, es que también debía de tener motivos personales para sentirse agraviado; razón por la que no deberíamos, quizá, conceder demasiada importancia a los principios a la hora de explicar la

oposición que profesaba a su señor. Sea como fuere, ambos tuvieron una riña de consideración en Maracanda (hoy la uzbeka Samarcanda) en el otoño de 328, durante una descomunal borrachera. Clito cometió el error de restar importancia a los logros de su padre, Filipo, con la intención de magnificar los suyos, y Alejandro, fuera de sí y ebrio por entero, lo atravesó con una pica.

El Ejército, que a esas alturas comía en su mano, declaró a Clito culpable de traición de modo retroactivo. No cabe duda de que el ejecutor debió de concomerse de veras por tan irreflexiva reacción. Aun así, no estaba dispuesto a permitir que ningún sentimiento personal retardase su proyecto orientalista. En 327, trató de dar un paso de gran trascendencia: la fusión de la corte persa con la greco-macedonia, para lo cual hizo hincapié en la conveniencia de que los de la segunda se condujesen a imagen de los de la primera más que a la inversa. Fue entonces cuando los compelió a efectuar ante él el gesto ritual de la *proskýnēsis*, la postración que se efectuaba en Persia como un mero signo de etiqueta. Allí, todos los grupos sociales la practicaban ante el gran rey, por cuanto éste los superaba, sin excepción, en categoría. Quizá los plebeyos eran los únicos que estaban obligados a prosternarse sobre manos y rodillas, en tanto que los de mayor posición de la corte sólo debían hacer una ligera reverencia sin abandonar su posición erguida. Para los griegos –y también, en este contexto, según cabe suponer, para los macedonios–, la *proskýnēsis* estaba reservada a la adoración debida a los dioses, y Calístenes, que no mostró reparo alguno en describir en sus escritos a Alejandro como «hijo de Zeus», estaba muy poco dispuesto a tratarlo como una verdadera divinidad en su presencia. Su actitud renuente bien pudo hacerse más marcada aún a causa de la percepción general que tenían los griegos de los persas, a quienes consideraban bárbaros orientales, inferiores por naturaleza, y a quienes, por añadidura, acababan de derrotar en el campo de batalla.

El buen Efestión, dechado de fidelidad, organizó con antelación el experimento de fundir las dos cortes que, sin embargo, fracasó de un modo estrepitoso debido, sobre todo, a la oposición de Calístenes. Por el momento, el soberano optó por tratar con condescendencia al historiador; pero no pasó por alto su terquedad, y todo apunta a que sólo estaba esperando a que se

presentara el momento adecuado para deshacerse de él. Tal sucedió poco después, durante la primavera de 327. Los pajes reales habían fraguado una conjura –al parecer auténtica– contra Alejandro bajo la dirección de Hermolao, de quien se dijo que, como Pausanias, el asesino de Filipo, había sido víctima de la humillación de su rey y superior inmediato, quien lo castigó por quebrantar gravemente el protocolo cuando, durante una partida de caza de jabalíes, se adelantó y acabó con la presa principal en lugar de cederla al monarca. Él y otros seis pajes, hijos, por definición, de macedonios de rango, fueron condenados y ejecutados por el Ejército. Por fortuna –demasiada, tal vez– para Alejandro, el nombre de Calístenes estuvo vinculado al de ellos, por lo que, tal como señala Tolomeo, no tardaron en torturarlo y ahorcarlo.

En resumidas cuentas: Alejandro Magno estaba dispuesto a echar toda el agua al molino de sus designios orientalizadores, y salta a la vista que decidió que el único modo de acallar toda oposición seria consistía en eliminarla y elevar a las posiciones más prominentes a todo aquel que estuviese resuelto a ofrecerle su lealtad personal sin condiciones.

Así de tensas estaban las cosas cuando, entre 327 y 326, principió la mayor aventura de su campaña: la expedición a «la India» (es decir, el territorio que hoy corresponde al Paquistán y Cachemira). Allí infligió a Poro –rajá de Paura–, en el río Hidaspes (hoy Jhelum), la que, en cierto sentido, se considera la victoria más impresionante de cuantas obtuvo en su vida. Habida cuenta de este hecho, no es difícil imaginar la amargura que debió de producirle su primera «derrota» real: la negativa de los veteranos macedonios a seguir avanzando hacia el este más allá del río Hipasis. Nada tiene de sorprendente su renuencia si tenemos en cuenta lo severo de las circunstancias; lo que es digno de notar es la reacción, de un insólito carácter irracional, que tuvo Alejandro. Al parecer, quiso que los soldados pagasen caro lo que tomó por un acto de deslealtad, y los obligó a efectuar un avance innecesariamente penoso y sangriento hasta la desembocadura del Indo, tras lo cual hubieron de marchar en dirección a Irán a través del desierto de Gedrosia (hoy Makrān, en Beluchistán). Tal decisión resultó ser consecuencia de un serio error de juicio, y para colmo de males, cuando, por

fin, salió de aquel páramo, durante el invierno de 325 y 324, supo que más de la mitad de las provincias que conformaban su Imperio mostraban signos bien de inquietud, bien de rebelión declarada.

La respuesta que dio a semejante situación se ha calificado, acaso con acierto, de régimen de terror. Depuso al menos a ocho sátrapas, e hizo morir a tres –o cuatro– de quienes habían estado implicados en el asesinato de Parmenión, ocurrido poco menos de seis años atrás. Uno de ellos era Cleandro, el hermano de Ceno. Este último, quien había cometido la imprudencia de defender las reclamaciones de la tropa en el Hipasis, murió poco después. Todo apunta a que lo que incitó a Alejandro fue el temor a que el Ejército, que desde 330 había sido un instrumento dócil para él, pudiera revolverse contra su persona aguijado por determinados nobles macedonios de relieve. Uno de ellos, Hárpalo, tesorero mayor del Imperio y amigo de infancia de su soberano, sintió tal terror ante su cólera que eligió aquel momento para huir de Asia a Grecia. No era la primera vez: ya lo había hecho poco antes de la batalla de Iso, si bien Alejandro había acabado por perdonarlo y restituirlo. Hárpalo se fugó con una suma enorme de dinero, parte del cual se cedió, en Atenas, a usos públicos. Este hecho contribuiría, de manera indirecta, al levantamiento de los helenos contra Macedón a raíz de la muerte del monarca, ocurrida en el verano de 323. En realidad, cuando le llegó ésta, aún no había llegado a reparar el daño que había recibido su Imperio, en el terreno administrativo y político, durante el invierno de 325 y 324. El conflicto que estalló tras su fallecimiento en las filas de los *hetairoi* más allegados a su persona y los comandantes de mayor graduación fue, en buena parte, la tempestad a que habían dado lugar los vientos que él se había afanado en sembrar.

Aún pueden señalarse otros dos episodios de relieve que ilustran lo mudable de las relaciones de Alejandro con los macedonios. En la ciudad elamita de Susa, sita en la región meridional de Irán, quizás en abril de 324, se desposaron, de conformidad con el rito oriental, al menos 87 de sus *hetairoi*, así como él mismo, con nobles iranias. A un tiempo, el soberano reconoció de modo oficial como matrimonios legítimos los lazos informales

que unían a unos diez millares de soldados de las clases de tropa macedonias con otras tantas mujeres de Levante, amén de otorgar a cada pareja un regalo de nupcias. Basta para revelar lo que pensaban de semejantes esponsales los novios varones pertenecientes a la nobleza de Macedón el hecho de que todos menos uno –el futuro rey Seleuco I– repudiasen a sus esposas orientales después de la muerte de Alejandro. Aún más evidente, sin embargo, es lo que pretendía éste con aquel monumental acto de unión: que la nueva clase gobernante de su Imperio fuese el resultado de una mezcla racial irano-macedonia.

Asimismo, dio complemento y refuerzo a tal mensaje a la hora de reclutar la base militar de su recién creado Ejército imperial. A principios del verano de 324, llegaron a Susa unos treinta mil soldados de infantería de origen iranio. Habían sentado plaza en 327, y recibido la instrucción necesaria para luchar a la manera de los macedonios y en calidad de lo que su señor denominó, de un modo tan certero como poco diplomático, sus «sucesores». Su oficio, en efecto, no sería otro que el de suceder y reemplazar para siempre a los caducos veteranos de Macedón. La distribución de grandes cantidades de dinero entre la clase castrense no hizo más que retardar el inevitable estallido de sus compatriotas, que tuvo lugar, al fin, en Opis. Alejandro Magno, no obstante, estaba preparado para hacerle frente. Sus acciones, de gran brutalidad, resultaron más elocuentes que cualquiera de las palabras que pudiese haber pronunciado. Diez mil soldados aguerridos, entre los que se incluían hombres que acababan de «casarse» con sus compañeras orientales con la bendición del soberano, se vieron licenciados de improviso y recibieron órdenes de regresar a Macedonia en calidad de militares retirados. Asimismo, se les dieron instrucciones de dejar en el campamento a la descendencia que hubieren tenido con las mujeres de Levante. Los varones se convirtieron en reclutas en potencia de su nuevo Ejército imperial.

Llegado el año 324, por lo tanto, los resueltos designios orientalistas de Alejandro habían logrado enajenar no sólo a buena parte de la nobleza de Macedón, sino también a no pocos de los soldados rasos de la nación. Dice mucho de la distancia –metafórica– que había salvado en el transcurso de los últimos doce meses el que fuese capaz de hacer caso omiso a unos y a otros.

Tras abandonar la expedición panhelénica en 330, había decidido dejar a un lado el imperialismo circunscrito en exceso a lo macedonio. Verdad es que los oficiales de mayor graduación –como sus cuatro mariscales: Efestión, Perdicas, Crátero y Tolomeo– seguían siendo macedonios en su totalidad. Y no lo es menos que sería de sus filas de donde saliesen los gobernantes del Imperio fragmentado tras su muerte. Sin embargo, se trataba de hombres que habían alcanzado aquellos puestos privilegiados tras auparse sobre los cadáveres de conterráneos cuya lealtad para con el monarca se había considerado, por una u otra razón, insuficiente. Estos arribistas eran, por encima de cualesquiera otros, los hombres de Alejandro.

CAPÍTULO 5

ALEJANDRO Y LOS GRIEGOS



Al cubrirse con el manto de su padre a la tierna edad de veinte años, Alejandro asumió tanto el reinado de Macedón como la de presidente de la Liga de Corinto. No sin atrevimiento, se identificó a sí mismo con Aquiles, el héroe homérico, y se consagró de manera formal a la liberación de los griegos de Asia (Menor), sometidos al Imperio persa –una vez más– durante el último medio siglo. En su *Política*, su antiguo maestro Aristóteles expresaba sus deseos de ver instituida una sola *politeia*, o administración política común, para todos los helenos, y señalaba, como de paso, que si éstos lograban tal cosa, serían capaces de dominar el mundo. Mientras componía su tratado, en las décadas de 330 y 320, el joven que había sido su alumno se hallaba embarcado en una misión que lo había llevado más allá del mar, a Asia, y que podía interpretarse como la creación de una *politeia* única para la totalidad de los griegos... bajo el cetro de un solo hombre.

Aristóteles estaba unido por estrechos vínculos familiares a Macedón y conocía muy bien a su rey, de modo que tal contingencia no debió de parecerle del todo amedrentadora. Sin embargo, la inmensa mayoría de sus compatriotas griegos –es decir, los no macedonios– pensaba de un modo muy distinto. Hasta que empeñó la última batalla contra el gran rey de Persia, Alejandro tuvo a más helenos luchando en contra que a favor. Entre 336 y 322, hubo en todo momento un número nada desdeñable de ciudades de la Hélade alzadas en armas contra él o su subordinado inmediato, Antípatro, quien obraba de regente en la vieja Grecia. A su ver, ambos eran responsables de la aniquilación definitiva de la libertad política de su pueblo, tanto en aquélla como en Asia.

¿Cómo debe interpretarse esta contradicción aparente? Un servidor argüirá que, en realidad, no hay tal, y que el trato que dio Alejandro Magno a los griegos –a todos, tanto en lo colectivo como en lo individual– fue por entero coherente. Coherente, claro está, con la realización del que puede considerarse, de manera demostrable, su objetivo primordial y permanente: el poder y la gloria de Alejandro. Tal afirmación no implica que no albergase, asimismo, elevados ideales de helenismo y tratara de promoverlos con

ahínco; sólo significa que no iba a permitir que la consecución de éstos ni de cualquier otra meta altruista constituyera óbice alguno para su propia medra en calidad de hijo, en definitiva, de un dios ajeno a Grecia y a fuer de un nuevo dios por derecho propio.

El segundo año de su reinado, antes de abandonar para siempre –según resultó– el suelo europeo, llevó a cabo una empresa que constituye una prueba insuperable de su actitud para con los helenos y la condición de tales: la destrucción de Tebas, acometida en 335. La ciudad se había erigido, tras derrotar a Esparta y durante un breve período de tiempo, en la mayor potencia de la Grecia no insular. Filipo había pasado allí, y no en vano, parte de su adolescencia, desde 368 hasta 365, en calidad de rehén real. En la Tercera Guerra Sagrada (356-346), declarada por el dominio del santuario de Delfos, cuando Tebas había perdido ya buena parte de su poderío, ésta se tornó en aliada de Filipo en el norte y en enemiga implacable de Atenas y Fócida, con quienes compartía frontera al sur y al oeste. No obstante, en 339, el político ateniense Demóstenes obtuvo el que quizá pueda considerarse su mayor éxito diplomático al persuadir a los tebanos a sumarse a la coalición griega concebida para luchar contra Filipo.

Al año siguiente, se entabló en la ciudad beocia de Queronea, al noroeste de Tebas, una contienda decisiva que acabó con la victoria absoluta de Filipo. Aún se erige en el campo de batalla el magnífico león de piedra que conmemora aquella ocasión (figura 17). El estado federal de Beocia que había dominado Tebas desde 378 quedó acaso disuelto a la sazón; de lo que no cae la menor duda es de que los dirigentes contrarios a Macedón fueron asesinados o condenados al destierro. El vencedor apostó una guarnición en la acrópolis tebana (la Cadmea), y la ciudad, supuestamente mansa e inactiva, entró a formar parte, como la generalidad de las otras ciudades de la Grecia no insular situadas al sur de Macedonia, a la Liga de Corinto que acababa de fundar Filipo.

De la libertad suele decirse que es indivisible. Sea o no cierto esto en cuanto norma general, lo cierto es que a un número nada baladí de tebanos influyentes los irritó sobremodo que se dividiera la suya. En 336, Tebas estuvo entre los estados griegos que, no bien llegaron a Pella noticias del asesinato de Filipo, trataron de recobrar su independencia con respecto a

Macedón y vieron frustradas sus esperanzas por Alejandro. Un año más tarde, en 335, después de que se divulgara el rumor de que este último había sido asesinado –como su tío Perdicas en 359– mientras guerreaba contra los ilirios en la frontera del noroeste, los tebanos se alzaron, una vez más, en armas a banderas desplegadas. En esta ocasión, los ayudaron e instigaron la Atenas de Demóstenes y alguna que otra ciudad helena. La suerte de Alejandro se volvió, como cabe comprender, proverbial, si bien, en grado nada desdeñable, fue él mismo quien la propició. Sea como fuere, fue un verdadero golpe de fortuna favorable lo que hizo que acabara de poner fin a su lucha contra los ilirios cuando recibió nuevas de la revuelta griega encabezada por Tebas. Dos semanas después, tras marchar con sus huestes como una centella, se hallaba ante los muros tebanos. A los habitantes de la ciudad les causó una sorpresa tremenda; pero si Alejandro había albergado esperanza alguna de aterrorizarlos en tal grado que se sometieran sin más a fin de beneficiarse de su anunciada clemencia, tampoco debió de ser pequeña su estupefacción.

La Asamblea democrática de los tebanos decidió, por votación, proseguir la lucha por su autonomía –tal como la concebía su pueblo–, y «proclamó –en palabras de Diodoro–, desde su elevada torre, que todo aquel que quisiese unirse al gran rey y a Tebas para liberar a los griegos y destruir al tirano de la Hélade debía acudir a ellos».[1] Tal declaración iba dirigida a los integrantes de la Liga de Corinto, entre quienes se incluían otras ciudades beocias que servían obedientes en el Ejército de Alejandro, y no se recoge, sin embargo, en la que constituye, en conjunto, la mejor fuente narrativa que ha llegado a nuestros días sobre este último. Se trata de la *Anábasis* de Arriano, quien presenta una versión muy poco imparcial del episodio tebano. No cabe esperar de su relato, fundado sobre todo, por voluntad de su autor, en Tolomeo y Aristóbulo, historiadores ambos pertenecientes a la corte, que dejase constancia de un anuncio como el citado.[2] Al cabo, ésta expuso a la luz pública la totalidad del proyecto –o por mejor decir, el engaño– panhelénico que trataba de cometer Alejandro a imagen de Filipo. Los tebanos, lejos de limitarse a tildarlo de tirano, de déspota, de monarca ilegítimo e inconstitucional –cosa que había hecho con anterioridad Demóstenes al denostar a su padre–, pidieron, en efecto, ayuda para liberar a

Grecia del yugo de Alejandro al mismísimo gran rey de Persia, a quien tenían, ellos y sus conterráneos, por el mayor enemigo de la unidad de los helenos amantes de la libertad.

Una vez más, es Diodoro, y no Arriano, quien expone y explica sin ambages la reacción de Alejandro ante la proclamación de los tebanos: «paró mientes en el desprecio que le profesaban los tebanos, y fue así como se propuso destruir su ciudad hasta los cimientos y amedrentar, con este acto de terror, a todo que pudiese osar sublevarse contra su poder». Dicho de otro modo: optó por someter mediante la intimidación –concretada en un acto de violencia política extremaa los aliados a los que, en teoría, debía encabezar en la expedición contra los persas. En mi opinión, ésta constituye una indicación precisa de la madurez del carácter y los métodos de Alejandro Magno, formados ya con plenitud a la edad de veintiún años, y a un mismo tiempo, una muestra no menos cabal de las bondades y carencias de nuestras fuentes.[3]

Con la exposición directa, realista y verosímil de Diodoro citada arriba, sólo podemos confrontar la versión –o interpretación– oficial de Arriano. Con arreglo a ésta, la decisión de arrasar Tebas no se debió al propio impulso de Alejandro, sino, más bien, del de los integrantes del consejo de la Liga de Corinto, cuyo juicio él se limitó a respetar y aplicar. Lo que, a decir del historiógrafo, pretendían era castigar a sus ciudadanos con la mayor severidad por incurrir en el pasado en una clara actitud medófila; es decir: por haber colaborado con Persia en contra de los griegos, o bien haber opuesto escasa resistencia a la invasión acometida por ella entre 480 y 479. Si hemos de creer a Plutarco, lo que hizo Alejandro fue suavizar, de propósito, el castigo insistiendo en que se excluyeran de la destrucción general los recintos sagrados de los dioses tebanos, amén de un edificio laico –tal como ya hemos visto–: la casa que había habitado el célebre poeta lírico Píndaro a principios del siglo V, tiempo en el que tuvo lugar la incursión persa.

Si queremos valorar lo que tienen de parcial las narraciones oficiales, habremos de volver, primero, al helenismo del que tanto se preciaba Alejandro Magno. La opinión, ponderada aunque controvertida, del erudito y papirólogo alemán Ulrich Wilcken, uno de los historiadores más sobrios y respetados de cuantos han estudiado a nuestro personaje en el último siglo, es que el hijo de Filipo «profesó, hasta el final, una honda admiración a la

cultura griega». Refuerza esta opinión el hecho de que su corte contase con filósofos –como Anaxarco de Abdera– y literatos –entre los que hay que destacar a Calístenes– procedentes de la Hélade entre sus asiduos. Mientras avanzaba por Asia y también por tierras de la India (el Punyab y Cachemira), el soberano organizó para sus soldados certámenes atléticos, literarios y musicales para los que tomó prestado el modelo griego –tal como había hecho ya Filipo al celebrar, en Dión, la versión macedonia de los juegos olímpicos–. Se dice que tenía por libro de cabecera un ejemplar de la *Ilíada* que había anotado para él Aristóteles, volumen que, tras la batalla de Iso (333 a. C.), guardó en un cofre dorado que había pertenecido a Darío III.

Aún debemos tomar en consideración un último factor –acaso el más importante–: las ciudades que fundó en Egipto y Asia eran griegas en lo tocante a la cultura, y a través de ellas, entre otros vehículos, se extendió la civilización helena por todo Oriente Próximo. Tal como señala con tino Robin Lane Fox en su biografía de Alejandro Magno, tras su paso, comenzó a leerse a Sófocles en Susa; en la Bactriana, surgieron artistas inspirados por Eurípides; en Alejandría del Cáucaso se representaron mimos; en Babilonia se escribió un tratado griego; la del caballo de Troya se convirtió en una de las historias preferidas de los habitantes de Ay-Janum, a orillas del Oxo, en el Asia central; y Homero, autor predilecto del conquistador, se abrió camino nada menos que hasta Ceilán (Sri Lanka).

No todo el mundo, sin embargo, está convencido en igual grado, tal como ya hemos visto, de la intensidad o la sinceridad del helenismo de Alejandro. Quienes se han expresado contrarios a la opinión de Wilcken señalan que los tiranos asiáticos que gobernaron en beneficio de Persia, y aun sátrapas y «subsátrapas» como Mausolo, rey de Caria, podían ser tan helénicos como él en lo referente a la cultura. Para ellos, el conjunto de bienes que se hallaba almacenado en la citada tumba de Egas –que puede o no ser la de Filipo– (figuras 18 y 19) hace patente una falta lamentable de comedimiento y buen gusto. La corte macedonia y el cuartel general de Alejandro se les hacen menos semejantes a un refinado palacio helénico que a un tosco refectorio de oficiales. Están convencidos de que las ciudades alejandrinas deben su fundación y su ubicación a motivos estratégicos, económicos y políticos, y no de índole cultural. Asimismo, sostienen que,

como norma general, el monarca jamás sacrificó sus designios políticos en favor de sus sentimientos o pasiones. Dicho de otro modo: a su parecer, si es cierto que intercedió para que se dejara en pie la casa de Píndaro –y se respetase la vida de sus descendientes–, lo hizo por considerarlo un modo poco oneroso de suavizar, de un modo simbólico, la destrucción total de un estado hostil que poseía el mejor ejército de tierra de toda Grecia, y no por amor patriótico a la poesía lírica de la Hélade.

Si bien lo más seguro es que tanto unos como otros exageren sus argumentos, lo cierto es que, en conjunto, quien esto escribe se halla más cerca de los críticos de Wilcken en lo tocante a este último aspecto. Un servidor está dispuesto a reconocer que la adhesión de Alejandro Magno a la cultura griega era más franca y profunda de lo que mantienen ellos; pero también opina que si dio publicidad y difusión a tal sentimiento fue porque promovía, o al menos no dificultaba de forma evidente, sus otros objetivos básicos, entre los que descuella, con diferencia, el de conquistar tierras y erigir un Imperio capaz de colmarlo de gloria.

Igual que sucede con el helenismo de Alejandro, existen dos modos de entender la constitución, por parte de Filipo, de la Liga de Corinto entre 338 y 337, según se considere como un medio de favorecer la independencia de las ciudades helenas o un procedimiento interesado para alcanzar los fines del pragmatismo político macedonio. La tesis apologética queda compendiada a la perfección en la sección final de la historia general de Grecia escrita por el difunto Nicholas Hammond, héroe de guerra que poseía grandes conocimientos de la topografía y la historia de Macedonia. La parte que nos interesa de su *History of Greece* (publicada por vez primera en 1959) lleva por título el de «Different Ideas of Freedom», y recoge la siguiente afirmación:

> [Filipo] otorgó a los estados griegos fuero de libertad y autonomía, condicionado a la cooperación y el respeto mutuo, y Alejandro siguió su ejemplo en 336. Cierto es que se apostaron guarniciones en algunas ciudadelas, pero también lo es que tal medida gozó de la aprobación del consejo de la liga helena en calidad de órgano autónomo global.

En consecuencia, según su argumentación, la junta rectora se estaba valiendo de la libertad de cooperación que le habían dispensado Filipo y su hijo a fin de restringir el derecho de opresión sobre Beocia que reclamaban los tebanos. Para obtener tal fin, votó en primer lugar en favor de que se impusiera a Tebas una guarnición macedonia y, más tarde, tras la revuelta que protagonizó la ciudad en 335, en pro de su destrucción casi total.

La teoría contraria, diametralmente opuesta a ésta, considera la situación no como un asunto de legalidad y moralidad, sino de poder. Dicho de otro modo: puede argüirse –con igual verosimilitud, cuando menos– que, en lugar de garantizar a los griegos una libertad nueva, más perfecta, basada en la cooperación, Filipo y Alejandro estaban haciendo uso de aquella proverbial independencia, consagrada por el tiempo, para llevar a cabo sus designios de opresión política en virtud de su superioridad militar. No cabe dudar de que el consejo de la Liga decidió, por votación, destruir Tebas en 335; pero tampoco de que el inductor último de dicha resolución fue –tal como pone de relieve Diodoro– Alejandro Magno. Éste es el verdadero criterio que hemos de aplicar al episodio tebano: el poderío no otorga la razón ni confiere legalidad a un acto. Hammond no ignoraba esta dimensión, toda vez que, tras presentar la cuestión atendiendo a lo moral, escribe a continuación que los cabecillas de los rebeldes tebanos de 335 habían sido «incapaces de entender el poder de Alejandro». De igual modo, cuando trata de la guerra lamíaca (véanse las pp. 119-122), la sublevación, mucho más extendida y efectiva, que estalló contra la patria del soberano tras su muerte, ocurrida en 323, asegura que los sediciosos griegos eran «muy inferiores al poderío de Macedonia».

Detengámonos, pues, algo más en aquel supuesto «fuero de libertad y autonomía, condicionado a la cooperación y el respeto mutuo». Constituye un instrumento –y un experimento– por demás fascinante en el ámbito de las relaciones interestatales existentes en Grecia –tensas, de ordinario, en el mejor de los casos (véase el capítulo 2), y lo cierto es que aquél no era, ni por asomo, el mejor de los tiempos en este sentido–. Tal como cabría esperar de un genio militar y diplomático como Filipo, en la Liga de Corinto se combinaban los dos géneros de asociación que más probabilidades tenían de

desembocar en una unidad helena dirigida y manejable bajo la incontestable dominación macedonia: la paz común y la alianza militar presidida por el *hēgemōn*, o jefe supremo.

Los aspectos fundamentales de la paz común eran los siguientes: por un lado, abarcaba a todos los estados griegos, con independencia de que hubiesen o no tomado parte en los juramentos religiosos en virtud de los cuales se había constituido y con los que se pretendía garantizar su observancia; por el otro, aseguraba la «autonomía» –es decir, su libertad con respecto a sometimiento o interferencia externos de cualquier clase– de todos los estados, tanto grandes como pequeños. La primera de estas paces tuvo lugar entre los griegos en 386, bajo la presidencia conjunta de Esparta y –una nueva paradoja– el gran rey de Persia. Con todo, su puesta en práctica y las subsiguientes renovaciones no impidieron que se declarasen guerras y aun se atropellara la autonomía de las ciudades griegas, aunque sí lograron moderar o mitigaron, hasta cierto punto, tales inclinaciones. Entre 338 y 337, el macedonio Filipo había quedado como único presidente y garante de la nueva paz común. Gozaba de potestad para supervisar el cumplimiento de sus condiciones, o asegurarse de que se infringían en beneficio suyo. Por lo tanto, antes de declarar ilegales la revolución política intestina y la liberación de esclavos que se había llevado a cabo a fin de hacerla posible, el monarca se había asegurado de que el poder nominal de las ciudades más importantes recayese en los oligarcas y aun los tiranos que él consideraba sus hombres.

El modelo de relevancia más inmediata que podía encontrarse a la hora de crear una alianza militar hegemónica era la Segunda Liga Naval de los atenienses, constituida en 378 y disuelta por la que acababa de conformar Filipo. La Asamblea de Atenas había gozado de autoridad exclusiva para poner en marcha las estrategias políticas de la coalición; pero para que los designios de su ciudad pudiesen llevarse a efecto, era necesario que los ratificara un consejo permanente (*synedrion*) de delegados o representantes aliados con sede en la misma Atenas. Si el de la Liga de Filipo se hallaba, sin embargo, en Corinto, era debido a motivos geopolíticos, religiosos (en ella se celebraban, cada dos años, los Juegos Ístmicos panhelénicos) y simbólicos

(pues fue entre sus muros donde se había reunido, en 481, el reducido grupo de griegos que había jurado hacer frente a la invasión que estaban a punto de acometer Jerjes y sus huestes persas).

En teoría, por lo tanto, a partir de 338 o 337, todas las ciudades y estados helenos debían ser libres y autónomos. Y aun así, la revuelta que protagonizó Tebas en 335 tenía por objetivo, precisamente, el de recuperar la independencia de la que la habían privado en opinión de sus habitantes. Tal juicio se fundaba en dos razones principales. La primera de éstas era la redacción de las condiciones de la carta de fundación de la alianza, pues dejaba lugar de sobra a la injerencia, aparentemente legítima, del *hēgemōn* en los asuntos internos de los estados coligados. Asimismo, a fin de garantizar la eficacia de su intervención, podía convocar a un cuerpo misterioso conformado por individuos «al cargo de la defensa común», lo que hace pensar que debía de tratarse de un destacamento especial que tenía por misión asegurar la pronta ejecución de sus deseos. La segunda era la ausencia de un tribunal capaz de dictaminar que Alejandro había ido más allá de cuanto le permitían sus atribuciones legales o de condenarlo por sus acciones ilegítimas. Era el propio monarca quien había de imponer, aplicar e interpretar cualquier normativa que poseyera la Liga, tal como hizo según el testimonio de los escasos documentos contemporáneos a su reinado que han llegado a nuestros días. En consecuencia, todo aquel que sienta la tentación de depositar más fe de la debida en la independencia y la libertad de decisión de que, supuestamente, disfrutaba el consejo de la coalición habría de tener presente que las relaciones que se daban entre Alejandro y los helenos, igual que todas las que se han dado entre un estado y otro en la totalidad del planeta y en el conjunto de los períodos históricos –tal como había puesto de manifiesto la relación de la guerra del Peloponeso firmada por Tucídides–, se fundaban, a la postre, en el poder y la fuerza. Ése era el verdadero contexto en el que, por votación, optó el consejo de la Liga de Corinto por consumar la destrucción de Tebas, después de haber consentido, entre 338 y 337, que se impusieran guarniciones macedonias a ésta, a Corinto, a Ambracia y, quizás, a Calcídica.

Filipo había decidido emprender su expedición contra Persia tanto para vengarse de las invasiones sufridas por la Hélade europea en 490 y 480-479 como para liberar a los griegos de Asia del yugo persa, al que habían estado sometidos desde 386 en virtud de las condiciones de la primera paz común, también conocida como «la paz del rey [persa]» o –en honor al más notable de los negociadores espartanos«de Antálcidas». Alejandro Magno se mostró –en un principio, y cuando menos de puertas afuera– satisfecho con la adhesión a tal acto propagandístico de liberación, que podía emplearse de un modo estratégico contra Tebas –de quien nadie desconocía que había adoptado una detestable actitud medófila entre 480 y 479– y alentar a los griegos asiáticos a desertar sin reservas del bando persa y contribuir con hombres, dinero, pertrechos y víveres a la noble expedición panhelénica. Así y todo, también desplegó una lentitud reveladora a la hora de servirse de él una vez que llegó a Asia durante la primavera de 334. De igual modo, Parmenión, quien se hallaba al mando de la avanzada que se había encargado de establecer la cabeza de puente, no se había andado con escrúpulos en 335, cuando tomó por asalto la ciudad helena de Grinia y vendió como esclavos a sus ciudadanos. En resumidas cuentas, el mensaje que lanzó el alto mando macedonio a los griegos a medida que avanzaba la campaña fue el siguiente: o cooperáis, u os atenéis a las consecuencias. Hubo que esperar al verano de 334 para que Alejandro abandonase esta actitud violenta y nada sentimental.

El cambio tuvo lugar en Éfeso, ciudad siempre vulnerable a la influencia persa dada su cercanía al extremo occidental de la ruta real, que transcurría en dirección oeste, desde Susa, a lo largo de unos tres mil kilómetros, y a Sardes, capital de la satrapía de Lidia. De las urbes situadas más hacia el interior llegaron a Éfeso diversos enviados con la intención de ver a Alejandro Magno e invitarlo a acudir a las tierras de las que procedían, lo que hemos de suponer que implica que ya se habían liberado del dominio persa. Con todo, no está de más que nos preguntemos qué podía significar aquella «libertad» en el marco citado.

Ya en los tiempos más remotos de que tenemos noticia –la que nos ofrece Heródoto durante el último cuarto del siglo V–, el gran rey de Persia se había atribuido el derecho de dominio sobre toda «Asia», o lo que es igual, sobre el territorio que abarcaba, en su confín occidental, hasta el litoral egeo

de Anatolia. La ofrenda simbólica de tierra y agua con que se expresaba, por tradición, el sometimiento al gran rey representaba su posesión física de aquel espacio. En lo que concierne al plano práctico, el mínimo irreducible de obediencia sumisa requerido por el soberano era el pago de impuestos en dinero o en especie. En tanto que funcionasen correctamente las instituciones políticas, religiosas, sociales y económicas de los estados griegos individuales, el rey prefería no tener que intervenir de manera directa, ya en persona, ya por mediación de sus sátrapas. Por lo común administraba sus dominios a través de lo que podríamos sentirnos inclinados a denominar gobiernos y regímenes colaboracionistas dirigidos por un solo hombre (un tirano, por emplear la misma voz que los helenos) o por un puñado de ellos (una oligarquía). Tal era la situación cuando, a mediados del verano de 334, Alejandro Magno destacó a Alcímaco y a una fuerza de unos cinco mil hombres con el siguiente objetivo, según palabras de Arriano:

> [D]irigirse a las ciudades eolias y jonias que seguían subyugadas a Persia. Así, fue derrocando todas las oligarquías de la nación [la franja costera de la Anatolia occidental] para instaurar sistemas democráticos en su lugar, y permitió a cada comunidad gozar de sus propias leyes y costumbres, así como abandonar el pago de cargas tributarias que les habían impuesto los persas.

¿Quiere eso decir que Alejandro albergaba ideales democráticos? Ni mucho menos: tal como hemos visto, en virtud de los estatutos de la Liga de Corinto, que creó Filipo y su hijo no vio necesidad alguna de modificar, la revolución interna era tan ilegal como la injerencia del exterior en los asuntos intestinos de cualquier estado griego. Hasta aquí, en apariencia, quedan intactas la autonomía de los aliados helenos y su libertad de elección –lo que incluye la facultad de optar por la democracia–. Sin embargo, la realidad cruda era otra, siendo así que Filipo había hecho cuanto había estado en su mano por garantizar que, antes de prestar juramento, quienes lo apoyaban se hallaran al mando de sus propias ciudades. En este sentido, como en otros, el Imperio macedonio apenas acusaba diferencia alguna con el persa. Allí donde existía riesgo alguno para la seguridad del Gobierno oligárquico sometido a los intereses de Macedón, Filipo mandó instalar guarniciones militares –cosa que hizo, tal como se ha señalado, en Tebas, Corinto, Ambracia y, tal vez,

Calcídica–. No es de sorprender que estas últimas ciudades acabaran por ser conocidas como «los grilletes de Grecia». Atenas constituía, como a menudo, una excepción a esta norma, pues recibió de Filipo un trato diferente. Aun así, si el monarca le permitió conservar su democracia y mantenerse libre de guarnición alguna, no fue del todo –ni siquiera en grado considerable– por sentimentalismo, sino por estimarlo el precio que había de pagar si quería tener a su disposición, durante la campaña contra Persia que se avecinaba, la fuerza naval más ingente y eficaz, con diferencia, de cuantas existían en la Hélade –necesidad indispensable, sin duda, para una expedición anfibia como aquélla y para un *hēgemōn* que carecía de armada–.

Alejandro siguió el ejemplo de su padre en todos los aspectos mencionados. Resulta, en particular, digno de mención que consintiera, al parecer, la presencia de tiranos gobernantes en Pelene, Mesenia y Sición, ciudades todas del Peloponeso, y en la focense Elatea, sita en la Grecia central. En consecuencia, el respaldo que brindó de forma explícita a la democracia en las regiones asiáticas de la Hélade durante el verano de 334 debe interpretarse como una medida puramente práctica y oportunista: un consentimiento tardo y quizá renuente de nadar a favor de la corriente demócrata que dominaba el sentimiento contrario a Persia de los griegos en un entorno en el que los persas habían apoyado y empleado, en todo momento, fuerzas, movimientos e individuos poco democráticos o directamente antidemocráticos. ¿Cómo hemos de entender, en consecuencia, las decisiones de permitir a cada comunidad griega que disfrutara de sus propias leyes y costumbres y exonerarla del pago de impuestos al gran rey?

No hace falta, creo, tener una gran perspicacia para advertir que el acto mismo de constituir y defender sistemas democráticos a expensas de los oligárquicos representaba, desde el punto de vista formal, una violación de la autonomía de las ciudades. Con todo, habida cuenta de que la *dēmokratiá* era la autoridad soberana del *dēmos* –en el sentido de «el común del pueblo» o en el de «los más de los ciudadanos»–, semejante transgresión no debió de considerarse, por lo general, opresiva ni tiránica, por cuanto concordaba con los deseos de la mayoría. Por otra parte, empero, la intervención que llevó a cabo Alejandro en Éfeso con posterioridad no tuvo por qué ser tan bien acogidos, ya que, en lugar de abolir, sin más, los antiguos gravámenes persas,

ordenó que se destinaran a Artemisa, la diosa protectora de la ciudad. Se trataba, verdad es, de un fin piadoso, consecuente además con el hecho de haber librado de la destrucción los santuarios tebanos el año anterior. Y, no obstante, cabe preguntarse si era obligatorio conducirse con religiosidad en aquel momento, así como a quién debió de corresponder el merito de tal acción: ¿a Alejandro, o a los efesios?

Todo apunta a que en Priene, ciudad perteneciente también a Jonia, su actitud revistió un carácter aún más intervencionista, a juzgar por cierto documento oficial de la época que, según la acertada expresión de Michele Faraguna, «nos enfrenta a los principios básicos de la administración de Alejandro». A su modo, resulta por demás significativo al mencionar el desembolso de determinada *syntaxis* o «contribución». Ésa es, precisamente, la palabra que habían usado los atenienses en deferencia a los aliados que conformaban con ellos la Segunda Liga Naval, al objeto de evitar el baldón de imponerles de nuevo –como habían hecho en el siglo V– el odioso *phoros* («tributo»). Dicho de otro modo: la remisión de los impuestos a que tanto bombo dio Alejandro Magno no comportó, con exactitud, la remisión de los impuestos. Así y todo, resulta aún más interesante que, en lugar de firmar tratado alguno con Priene y vincularse a ella por medio de juramentos –que bien podían haber sido tan relativamente poco estrictos como los que presidían sus relaciones con los aliados griegos de la Liga de Corinto–, se limitara a promulgar un edicto, de manera unilateral, referente a la ciudad. En cuanto al tono, el documento recuerda de un modo notable el escrito oficial de Filipo hallado hace no mucho en Filipos, población de la tracia Calcídica. (Fundada en su origen por los griegos con la denominación de Crénides a fin de explotar la riqueza mineral del lugar. Filipo II la conquistó durante su avance hacia el este y le asignó su propio nombre para dejar claro que formaba parte del nuevo orden de la Macedonia imperial.) Cualquiera que hubiese podido ser la condición legal de aquellas ciudades griegas asiáticas recién liberadas, la intervención de Alejandro dio origen a sus propias formas estatutarias.

El caso de Aspendo, población de Panfilia, situada al suroeste de Asia Menor, vuelve a suscitar diversas cuestiones en relación, una vez más, con el modo como manejó Alejandro Magno el asunto de los impuestos. La ciudad

había pagado en especie –en caballos, para ser más exactos–, más que en moneda, el antiguo tributo exigido por Persia. El macedonio, acaso por andar escaso de cabalgaduras o tal vez por la existencia, en gran número, de habitantes acaudalados ajenos a la Hélade a los que podía penalizar en beneficio propio por la lealtad prestada al gran rey, se negó a exonerarla de tal carga. De hecho, añadió a la imposición en bestias una «aportación» monetaria de medio centenar de talentos, lo que equivalía, aproximadamente, a la fortuna de entre diez y quince «millonarios». Apenas cabe sorprenderse de que Aspendo se opusiera a semejante medida. Alejandro, cuya intención bien pudo haber sido la de provocar precisamente esta reacción, respondió con tanta prontitud como brutalidad. No podía, claro está, reducir a la esclavitud a sus ciudadanos como había hecho Parmenión con los de Grinia, pues tal cosa habría sido una burla total de su propaganda de «liberación» panhelénica. Aspendo, en consecuencia, tuvo la «fortuna» de ver doblada la contribución monetaria que se le exigía, y a la que el monarca sumó cierto número de rehenes, junto con el tributo caballar original, así como la de sufrir la imposición de una guarnición, unida, tal vez, a la pérdida de parte de su territorio y al sometimiento total a la potestad del sátrapa. El hijo de Filipo (tal como veremos con más detalle en el capítulo 8) mantuvo, en lo fundamental, el antiguo sistema persa de satrapías, si bien en un estadio temprano de la campaña comenzó ya a cambiar a la generalidad de los gobernantes.

Por ningún concepto –cualesquiera que sean los giros que queramos dar a la terminología– puede considerarse que se respetara la autonomía de Aspendo. La ciudad se convirtió, de hecho, en una suerte de Tebas asiática, una terrible advertencia de las consecuencias que podía acarrear el no acatar de inmediato y sin reservas las órdenes y exigencias de Alejandro Magno. Por lo común, tal como pone de relieve el caso excepcional de Aspendo, en aquel tiempo, de las ciudades de la Grecia asiática se esperaba que pagasen cierta «aportación» y acogieran un acantonamiento militar el tiempo suficiente para garantizar una transición sin problemas del antiguo orden persa a un nuevo régimen democrático y dócil. «Por lo demás –señala Ernst

Badian con un estilo que no habría desagradado al mismísimo Tácito–, podían tenerse por libres [las ciudades helenas de Asia], siempre que se mostraran obedientes.»

Sería errar de medio a medio imaginar que el aspecto de su relación con el monarca que más preocupaba a aquéllas era el que se restringía a lo legal y lo político. Siglos después de la muerte de Alejandro Magno, los griegos de Asia seguían celebrando, o cuando menos conmemorando, mediante culto religioso la gratitud que le debían. Tal como sostendrá quien esto escribe en el capítulo 11, el soberano macedonio gozó de su adoración espontánea, como si de un dios viviente se tratara, antes de ser divinizado –tal vez a petición propia– por los habitantes de las regiones occidentales de la Hélade. Por otra parte, la cuestión de la condición legal que poseían con respecto a él no constituía una mera formalidad, toda vez que, si se unían de verdad a la Liga de Corinto, Alejandro se habría visto obligado, si no a más, a formular determinados juramentos para con los griegos asiáticos y limitar, en este sentido, su propia libertad de acción y someterse al procedimiento de la consulta, muy cercano al de la cuestión de confianza.

No existe testimonio positivo alguno que haga pensar que dichas ciudades entraran a formar parte de la Liga de Corinto, aunque sí han llegado a nosotros los suficientes para determinar que Alejandro introdujo en ella a algunas de las de las islas egeas cercanas al litoral, como Quío –según un documento de su época– o la lesbia Mitilene –a través de referencias literarias–. Por tanto, la pregunta que cabe hacerse es, más bien, si no habría sido una torpe incongruencia –desde el punto de vista práctico– de Alejandro el otorgar a los griegos de la Europa no insular y las islas del Egeo un trato diferente, en lo legal, del dispensado a los del continente asiático. Un servidor no desestima interpretación alguna. De cualquier modo, tal vez el empleo, por parte del soberano, del vocablo *syntaxis* con referencia a los últimos pueda tomarse como un indicio al respecto. Habida cuenta de que la Segunda Liga Naval lo había usado con el significado de «impuesto», la coincidencia terminológica resulta, cuando menos, sugerente, y más aún si tenemos en cuenta que la Liga de Corinto tomó como modelo, para cuanto tenía de

coalición militar, a aquel organismo, al que había ido, precisamente, a sustituir. Todo hace pensar, por ende, que en el momento de su liberación, los helenos de Asia quedaron, de hecho, incorporados a la Liga.

La cuestión del número de soldados griegos que reclutó –o no reclutó– y empleó –o no– durante la campaña asiática de conquista también aporta no poca información acerca de la relación que mantenía con los helenos. El que sigue parece un cálculo razonable de la situación existente en la primavera de 334, después de que uniera sus fuerzas a las de Parmenión en la ciudad helespóntica de Abido. De los 43.000 guerreros de a pie y los pocos más de 6.000 caballeros con que debía de contar, sólo procedían de los estados integrantes de la Liga de Corinto unos 7.000 y 2.400, respectivamente. Tales cantidades deben considerarse en relación con un potencial militar de quizá 200.000 soldados de infantería y 15.000 de caballería. Además, excepción hecha de las valiosísimas tropas montadas tesalias, las huestes citadas no tardaron en quedar excluidas del campo de batalla para ofrecer sus servicios en el ámbito de las transmisiones y en el de los acantonamientos. La flota de Alejandro, a las claras insuficiente, era griega en su totalidad, y ateniense en su mayor parte; pero estaba constituida por sólo 160 embarcaciones, aun cuando Atenas se habría bastado para tripular un número mayor de naves. Además de los soldados helenos aportados por los miembros de la Liga, el macedonio tenía empleados a más de cinco millares de mercenarios griegos en 334, a los que había sumado otros siete llegado 331 –al menos, según la escasa información que nos es dado extraer de nuestras poco satisfactorias fuentes–. Añadamos a esto, por establecer una comparación, que Darío III fue capaz de contratar a unos 50.000 habitantes de la Hélade en calidad de mercenarios en la serie de batallas campales que culminó con la de Gaugamela, en 331, así como a muchos otros que sirvieron en la mar y en diversas guarniciones.

Así las cosas, ¿cómo hemos de explicar que Alejandro Magno alistase tan pocos soldados griegos de la Liga, en relación tanto con su potencial militar como con el número de macedonios a su servicio; que pese a la importancia estratégica fundamental que revestía el poder naval, llevara consigo una flota inadecuada, y –cuestión nada baladí– que en todas las contiendas anteriores a la de Gaugamela hubiese más helenos luchando

contra él que a su lado? La respuesta más obvia parece ser que no consideraba necesario el uso de más combatientes griegos o el de una armada mayor, y que Darío ofreció un estipendio más generoso y mayores posibilidades de sobrevivir a los mercenarios de la Hélade. Sin embargo, las respuestas más obvias no son siempre las más acertadas.

Llegada la batalla de Gaugamela, a finales de 331, Alejandro había solicitado y recibido al menos catorce mil hombres en calidad de tropa de refuerzo constituida, a partes iguales, por mercenarios y macedonios. Una vez más, estaba haciendo un uso escaso –inexistente, más bien– de soldados de la Liga de Corinto. En aquel momento, el proceder de Alejandro respecto de sus fuerzas navales rayó –como era de esperar– en el desastre. Tanto la decisión de desechar la mayor parte de su flota en 333 como la paradójica resolución de derrotar a la armada persa por tierra retardaron su victoria final sobre Darío y lo expusieron a recibir una puñalada trapera procedente del Egeo. En cuanto a los mercenarios, no debemos perder de vista que, por lo común, quien vende este género de servicios no lo hace llevado de una elección totalmente libre, sino movido por una mezcla de razones económicas y políticas. En lo político, y toda vez que los estatutos de la Liga de Corinto habían proscrito los actos revolucionarios, los exiliados contrarios al poder macedonio tendieron, de un modo natural, a congregarse en torno a Darío III, enemigo de Alejandro Magno. En el plano económico, no había razón objetiva alguna por la que los griegos pobres hubiesen podido preferir combatir en el bando de aquél a hacerlo en el de éste, dada la proverbial morosidad en que incurría el gran rey a la hora de efectuar los pagos, y siendo así que, de cualquier manera, la soldada de los mercenarios no era nada generosa. Por consiguiente, debieron de estimar que Darío tenía más posibilidades de salir victorioso –suposición por demás razonable, siquiera hasta la batalla de Iso–, o tal vez –y esta opción resulta más interesante– querían guerrear contra Alejandro por convicción, acaso por la misma que había motivado la sublevación de Tebas.

En resumidas cuentas: a mi ver, la explicación más aceptable de la composición de las huestes del macedonio es que él desconfiaba de la lealtad de los griegos –no sin razón, a la postre– y que el número de éstos que aborrecía o temía a Alejandro y su reinado superaba, hasta extremos

espeluznantes, al de los que lo secundaban o lo aceptaban. Esta impresión parece quedar confirmada nada menos que por Arriano quien, por lo común, no hace sino transmitir la interpretación oficial de los acontecimientos. En la batalla de Iso, según él, había en las filas del soberano –es decir, entre quienes, supuestamente, lidiaban en el mismo bando y por una causa común– «cierto grado de antagonismo, nacido de la rivalidad, entre las gentes griegas y las macedonias». Esto se debía a que, para muchos helenos, los de Macedonia eran, como los persas, «bárbaros». Por otra parte, consideraban que su verdadero enemigo, el peligro real, era la nación de aquéllos, y no la del gran rey, cuando menos en el presente más inmediato. Asimismo, para un buen número de macedonios, los griegos pertenecían a un pueblo despreciable que acababa de ser derrotado y era incapaz de gobernar con sensatez sus asuntos políticos y militares. Éste es, en mi opinión, el contexto esencial que hemos de tener en cuenta a la hora de analizar la propaganda panhelénica que heredó Alejandro Magno. Si mantuvo su práctica hasta el año 330, a pesar de volverse cada vez más delicada, fue porque constituía el único medio que tenía a su alcance si quería tratar de aplacar la hostilidad que le profesaban los griegos y, en consecuencia, conservar la paz en la Grecia no insular.

Por más que, hasta el momento, no se haya mencionado en el presente capítulo, hubo otro estado griego que, después de Tebas y antes que Atenas, supuso una gran amenaza para el dominio de Macedón en las regiones continentales de Grecia, y no es otro que Esparta. Filipo había puesto no poco empeño en debilitar a los lacedemonios de un modo humillante entre 338 y 337 –privándolos de parte de su territorio en beneficio de los vecinos rivales de Arcadia, Mesenia y la Argólida, cuyo respaldo quiso atraerse– y en excluirlos del marco de la Liga de Corinto. Su razonamiento respondía, de manera impecable, al principio según el cual hay que considerar amigo de uno al enemigo de su enemigo: tratando con desdén a los espartanos, se haría merecedor de la ferviente lealtad de los pueblos hostiles de los alrededores. En particular, pensó que tal actitud le proporcionaría buenos resultados en el caso de los hombres de Mesenia, cuyos padres y abuelos habían sido siervos ilotas antes de obtener la emancipación personal y política en 369, gracias a la Tebas del gran Epaminondas (véase el capítulo 2). Y así fue. Lo que Filipo

tuvo por una medida política, fue para su hijo, en este caso, un deber. Bajo su régimen, Esparta siguió aferrada a un inflexible aislamiento diplomático, tal como se afanó en recordar el soberano a todos los griegos, incluidos los lacedemonios, en 334, tras la batalla del Gránico, del modo más ostensible.

Como parte de las celebraciones de aquella victoria, Alejandro Magno había enviado a Atenas trescientas armaduras capturadas al enemigo, y había ordenado que se ofrecieran a Atenea en la Acrópolis con este mensaje anejo –que nos transmite Arriano–:

> Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, consagran este trofeo arrebatado a los persas que habitan Asia.

Nótese, en primer lugar, la ausencia de título real, y a continuación, la frase «que habitan Asia» –no «que dominan Asia»–. Por supuesto. Ahora bien: el verdadero alfilerazo de la inscripción se halla en la expresión –cabalmente lacónica– con la que se indica, con sólo dos palabras en el original griego, la exclusión de Lacedemonia. En realidad, el triunfo obtenido en el río Gránico se debió, en esencia, a los contingentes macedonios, y no a los helenos. Los designios propagandísticos del rey de éstos lo habían llevado a servirse del marco específico de la ciudad de Atenas para hacer presente el período de 480 y 479, en el que espartanos y atenienses habían acaudillado juntamente la victoriosa resistencia que opuso la Hélade a Persia. El número de las armaduras que se dedicaron a la divinidad tampoco fue casual, dado que trescientos fueron los espartanos electos que alcanzaron fama inmortal por defender el paso de las Termópilas a las órdenes del rey Leónidas. La acción bélica fracasó de un modo inevitable, y las huestes de Jerjes acabaron por abrirse camino a través del desfiladero. Sin embargo, en lo que a moral se refiere, la batalla constituyó una poderosa victoria para la resistencia griega, y en especial para los lacedemonios, por cuanto demostró que era posible hacer frente con eficacia a los ejércitos persas. Aquella derrota condujo al triunfo definitivo que obtuvieron los helenos en 479, en Platea, en donde, una vez más, fueron los espartanos quienes llevaron la voz cantante.

Nada podía haber más diferente que la situación en que se hallaba su pueblo a finales de la década de 330. Lamiéndose las heridas de la notoria humillación que le habían infligido Filipo y, después, su hijo Alejandro, y reducidos al estado de peleadores de segunda del Peloponeso, los súbditos de Agis III pasaron los años siguientes preparándose, a espaldas de Alejandro, para erigirse en cabecillas de un levantamiento griego a la manera del de Tebas. Llegaron incluso a entablar negociaciones con su enemigo Darío a través de los agentes y comandantes que tenían en el Egeo y el Mediterráneo oriental. Se mostraron activos en particular a la hora de reclutar mercenarios en Creta. En 331, consideraron que jamás iban a estar mejor preparados que en aquel momento, y cuando aún estaba por decidir el resultado final de la expedición de Alejandro contra Persia –pues fue antes de la batalla de Gaugamela–, hicieron que el Peloponeso se alzara en armas.

Aunque, en cierto sentido, la sublevación de Agis no fue sino una demostración más de la hostilidad que profesaban los griegos a la dominación macedonia, su significación real hay que encontrarla en otro lado, toda vez que demostró, sin dejar lugar a duda alguna, que para la mayoría de los griegos, Esparta era aún más impopular que Macedonia en cuanto candidata a la dignidad de *hēgemōn*. Quizás el número de ciudadanos griegos que luchó del lado de esta última a las órdenes del regente Antípatro fue el doble de quienes lidiaron en las filas de Agis en la arcadia Megalópolis. En el Peloponeso hubo estados –como Argos o Mesenia– que, si bien no apoyaron la rebelión agitada por el rey espartano contra los macedonios, se sublevaron más tarde, en 323, a instigación de los atenienses. Éstos, por su parte, tenían sus propias razones de peso para no secundar a Agis, aunque lo que los movió por encima de todo fue el convencimiento de que su revuelta pecaba de inoportuna y apenas tenía probabilidades de triunfar por causa de la falta de apoyo general. Se cuenta que Alejandro, desde la posición privilegiada que le brindaba su permanencia en Oriente Próximo, se refirió, desdeñoso, a la de Megalópolis como una simple «miomaquia» o batalla de ratones. El comentario dista, no obstante, de ser justo, cuando menos en lo tocante a la magnitud de aquella contienda, en la que debieron de enfrentarse unos cuarenta mil guerreros capitaneados por Antípatro a unos treinta mil encabezados por Agis. Así y todo, los ratones espartanos no llegaron a

impresionar al gato macedonio: su rey perdió la vida, y su pueblo, el derecho a participar de forma significativa en los asuntos griegos durante un siglo al menos.

Tras la victoria lograda en el río Gránico en 334, amén de remitir a la Hélade trescientas armaduras inanimadas pertenecientes a los bárbaros con orden de que se ofrecieran a Atenea en la ciudad de que era epónima, Alejandro Magno hizo enviar otro botín de guerra mucho más lleno de vida: unos dos mil griegos que habían servido a sueldo de Darío como mercenarios y regresaban convertidos en prisioneros de guerra condenados a formar parte de las cuerdas de presos que trabajaban en las minas de oro y plata de la Macedonia imperial. Sin duda tuvo por seguro que, desde el punto de vista propagandístico, semejante medida le sería muy beneficiosa en su tierra. Sin embargo, lejos de alentar a los helenos a sentar plaza en sus ejércitos, persuadió a aquellos que seguían guerreando en el bando persa de que sería preferible luchar a muerte a ser capturados por Alejandro y sufrir un final prolongado e ignominioso en el equivalente macedonio de las minas de sal de Siberia.

Mucho más éxito tuvo la ley de restitución de bienes culturales que promulgó en diciembre de 331, ganada casi la guerra contra Darío y gobernando ya él a título de rey de Asia. En virtud de aquélla, devolvió a Atenas, procedentes de Susa, las estatuas de los héroes libertadores Harmodio y Aristogitón que el artero Jerjes había saqueado en 480. Tal decisión no sólo concordaba por entero con la propaganda legitimadora de la expedición, fundada en la venganza de la totalidad de los pueblos helenos, sino que tenía la ventaja, nada desdeñable, de hacer mayores sus méritos en cuanto monarca contrario al despotismo. Y es que el joven Harmodio y su amante, Aristogitón, mayor que él, habían muerto ejecutados por conspirar para derrocar a Hipias, tirano de Atenas, y la democracia ateniense que se instituyó poco después (entre 508 y 507), tras ser destronado el rey por obra de los espartanos en 510, los erigió en héroes fundadores. A esta circunstancia hay que añadir otra por demás oportuna: la de que, una vez en el exilio, Hipias se pasase al bando persa, lo que ayudó a crear entre los

atenienses una clara asociación entre la lucha contra la tiranía y la oposición a Persia. Hipias albergaba la esperanza de lograr tanto la caída de la democracia como su propia restauración de mano de sus nuevos aliados; pero la expedición que lo llevó a Maratón con las fuerzas invasoras del gran rey en 490 no le procuró beneficio alguno. John Stuart Mill dio origen a no pocas reflexiones al asegurar que la victoria que obtuvieron los atenienses en aquella batalla reviste, para la historia de Inglaterra, una importancia aún mayor que la de Hastings.[4]

En lo que respecta a la antigua colaboración militar de Alejandro Magno con la Liga de Corinto, hemos de decir que llegó a su fin en junio de 330, cuando el macedonio licenció a los soldados a ella vinculados que se hallaban sirviendo en la ciudad meda de Ecbatana –no lejos del lugar en que se encuentra la inscripción de Darío I sita en Behistún–. Con este acto, abandonó el pretexto panhelénico que, en el fondo, jamás le había supuesto beneficio sólido alguno en la antigua Grecia, por más que hubiese ayudado a promover la deserción de cierto número de helenos asiáticos sujetos a Persia y fortalecer su lealtad hacia él. Tal circunstancia nos deja un último enigma de consideración: las llamas de Persépolis –es decir, la reducción a cenizas, a finales de abril o en mayo de 330, en la capital ceremonial del Imperio de los Aqueménidas, del palacio, colosal y suntuoso en extremo, que había erigido Darío I, y habían ampliado u ornado varios de sus sucesores–. Cabe preguntarse por qué mandó tal cosa Alejandro; si fue él quien, en efecto, dio la orden, y en caso contrario, por qué lo consintió.

Tan escandalosa y fascinante fue esta ciclópea acción incendiaria, que engendró toda suerte de leyendas. Una de ellas, que se contaba entre las favoritas de las tabernas de la Hélade, asegura que, durante una francachela en la que se bebió con prodigalidad, el alcohol hizo a Tais, célebre prostituta ateniense que prestaba sus favores sexuales a Tolomeo a la sazón, lanzar una proposición descabellada que Alejandro, no menos ebrio, aceptó enseguida. Al decir de esta versión, la quema del palacio de Persépolis respondió más a una ocurrencia inesperada que a un plan racional y meditado. No obstante, existe otra teoría moderna muy diferente que sostiene que debe entenderse, igual que la destrucción total de Tebas, como el resultado de una estrategia política fría y calculada, concebida a escala ecuménica o, al menos, imperial

más que circunscrita a las regiones del ámbito griego. Conforme a esta tesis, menos romántica aunque acaso más fiel a la realidad, el incendio formaba, a un tiempo, parte integral de la campaña panhelénica de venganza y un indicio de que había llegado a su final. Representó, en palabras de Ernst Badian, «la brillante pira funeraria de la cruzada helénica contra los bárbaros». El hecho de que, al mes siguiente, licenciara a los soldados de la Liga de Corinto parece corroborar esta hipótesis.

Sea como fuere, tampoco está tal propuesta exenta de dificultades. En mayo de 330, hacía ya mucho tiempo que Alejandro había dejado de presentarse como un gobernante típicamente griego para darse a conocer como sucesor de los reyes aqueménidas, con lo que pretendía reinar como soberano de un nuevo Imperio oriental de Asia y ser visto como tal. Por tal motivo, esperaba, sobre todas las cosas, armonizar a los principales de sus macedonios y a los integrantes de la antigua minoría gobernante persa que estaban dispuestos a suscribir sus objetivos y ambiciones, o cuando menos, trabajar con él más que contra él. Dentro de este nuevo marco gubernamental e ideológico macedonio-persa, la «cruzada helénica» dejó de tener significación ni sostén.

Así las cosas, ¿qué sentido podía tener encender una hoguera panhelénica que apenas podía complacer a otro pueblo que al griego? Difícilmente podía, además, constituir el incendio del mayor palacio ceremonial de los Aqueménidas el modo más adecuado de conciliar a los principales nobles persas con el nuevo régimen. Si en nuestros días sigue habiendo, en Irán y en regiones contiguas, adeptos del zoroastrismo que tienen a Alejandro Magno por un diablo a causa de aquel acto gratuito de vandalismo contra su pueblo y su religión, resulta dudoso que los mazdeístas observantes del año 330 pudieran haberse mostrado menos incomprensivos e implacables. La quema del palacio de Persépolis sigue siendo, por ende, todo un enigma en nuestra búsqueda del verdadero Alejandro, y por desgracia, no es, ni mucho menos, el único con que hemos topado y que parece condenado a permanecer fuera de nuestro alcance.

No podemos poner punto final a este capítulo referente a la relación entre Alejandro y los griegos sin analizar una última empresa de envergadura acometida en verano de 323. Fue aquélla la fecha en que los atenienses, quienes se habían negado a secundar la sublevación de Agis en 331, protagonizaron la suya propia. Se conoce, de ordinario, como «la guerra lamíaca» a causa de Lamía, la ciudad tesalia en la que quedó bloqueado, de forma temporal, el regente Antípatro. El simple hecho de que Tesalia se hubiera declarado a favor de Atenas y en contra de Macedón dice mucho, en sí mismo, del cambio que habían experimentado las relaciones entre Grecia y esta última. Aun así, el levantamiento recibió, en aquel tiempo, la denominación, tan relevante como extraordinaria, de «la guerra helénica». Por lo común, como sucede en el caso de «las guerras médicas» o en el de la «guerra del Peloponeso», se habría dado por hecho que con semejante nombre se designa un conflicto bélico emprendido *contra* los griegos, y sin embargo, en este caso se está hablando de uno empeñado *por* ellos contra Macedón. Quizá la explicación se encuentre en que, como había sucedido un siglo antes con el del Peloponeso, este enfrentamiento constituyó una lucha intestina librada entre helenos. Otra posible explicación de tan singular empleo radica en el grado de cooperación que fueron capaces de obtener los atenienses del resto de la Hélade. Por una vez, ésta no fue sólo un ideal defendido de boquilla, a la manera convencional, sino uno vivido.

Si hemos de encontrar los orígenes de la revolución de 323, debemos remontarnos a la ejecución de Calístenes, efectuada por orden de Alejandro en 327[5] –hecho que bien pudo tal hecho marcar la extinción de la conciencia o la consciencia panhelénica del soberano–, y de un modo más inmediato, al decreto referente a los exiliados que publicó en 324. En virtud de éste, se requería –más bien se ordenaba– a las ciudades helenas de la antigua Grecia que acogiesen de nuevo a quienes habían sido desterrados por motivos políticos y económicos. Es posible que cumpliese –como en el caso de la destrucción de Tebas– con la formalidad de hacerlo aprobar por el consejo de la Liga de Corinto –si es que tal seguía siendo un recurso fructífero–. De lo que no cabe duda es de que lo mandó anunciar por un adjutor griego (Nicanor, futuro yerno de Aristóteles) durante los Juegos Olímpicos panhelénicos celebrados a finales del verano o principios del otoño de 324.

Aun así, poco pudo hacer semejante trámite por alterar la descarada infracción que suponía dicha ley de la autonomía de las ciudades, cualquiera que fuese el significado que, de entre los más corrientes, se diera a tan equívoco término. Tampoco dio Alejandro paso alguno para prevenir o aliviar las espantosas dificultades prácticas que comportaba forzosamente su aplicación. Cierto documento público de la época procedente de la ciudad arcadia de Tegea ilustra de un modo muy elocuente los terribles problemas que causó, en especial en torno a los fallos alcanzados con respecto a las reclamaciones de tierras de cultivo y otras propiedades. El interés humano que, según las alegaciones de quienes defienden al monarca en nuestro tiempo, pudiesen haber suscitado en él los exiliados está fuera de lugar.

Por otra parte, acaso no fuera este decreto la única agresión a la sensibilidad política de los griegos que optó por emprender Alejandro. Y es que fue, más o menos, en aquel momento cuando exigió de forma explícita –o según la versión más dulcificada, hizo saber que agradecería– su deificación por parte del pueblo heleno. La divinización oficial de un ser humano no carecía, de hecho, de precedentes –tal como se verá, con más detenimiento, en el capítulo 11–; aunque no puede decirse lo mismo de la presentación de una solicitud formal al respecto, si es que Alejandro llegó a hacer tal cosa en realidad. Una cosa así, ocurrida a renglón seguido de promulgarse el decreto de los exiliados, debió de persuadir a un buen número de helenos –al menos a los que habitaban en la vieja Grecia– de que Alejandro Magno había dejado de tener en cuenta sus intereses. Resulta muy llamativo que, ni siquiera las ciudades cuyos regímenes gobernantes mostraban, en promedio, una buena disposición hacia él lograron ver en el decreto una ley benéfica y mucho menos benévola.

Diodoro tenía, pues, parte de razón cuando situaba el germen de la guerra lamíaca en la citada disposición, medida extrema que, no obstante, había sido impuesta, en cierto grado, a Alejandro Magno por el problema de las hordas de mercenarios errantes que vagaban por Asia tras haber quedado sin ocupación. El sector de Grecia contrario a Macedón estaba encabezado por los atenienses, quienes recibieron, como caídos del cielo, setecientos talentos del infiel Hárpalo, antiguo tesorero del monarca. El elemento que provocó los levantamientos sin reserva fue la noticia de que éste había

muerto en Babilonia en junio de 323. Es célebre la reacción del político de Atenas que fingió no creer en la verdad de dicho informe alegando que, de ser cierto, el hedor de su cadáver se habría extendido a esas alturas por todo el orbe. Sin embargo, la realidad de su fallecimiento era incontestable, y la sublevación de los atenienses se revistió de inmediato, para el común de los griegos, de un atractivo muchísimo mayor que el que había tenido la de Agis. El número de estados y pueblos helenos que unieron sus fuerzas para luchar contra el regente Antípatro alcanzó, cuando menos, la veintena, y durante un breve espacio de tiempo, *tó hellēnikón*, el carácter griego, adquirió identidad política. Asumió algo semejante a la suerte de solidaridad ética o nacional que con tanto ardor había anhelado Aristóteles, quien, paradójicamente, sería una de las víctimas de la rebelión, dada su supuesta condición de simpatizante de Macedonia. Obligado a acogerse al exilio voluntario, enfermó y murió en la ciudad eubea de Calcis en 322.

Cien años antes, Heródoto había propuesto una definición –tan célebre como optimista– de *tó hellēnikón* (literalmente «lo griego») basada en la comunidad de lengua, sangre y costumbres –en especial las religiosas–, que era lo que distinguía a los griegos de los «bárbaros». Sin embargo, esta exposición adolecía de una carencia notable: el componente político, ausente por el triste hecho de que, tal como ponía de manifiesto su *Historia*, los helenos eran incapaces de instaurar por sí mismos una sola *politeia*, un marco gubernamental global. Con todo, pese a no ser capaces de ponerse de acuerdo a este respecto, todos compartían, por costumbre, una acérrima adhesión a la unidad política libre y autónoma, ya se tratara de la ciudad individual, ya del estado federal o del pueblo a los que decían pertenecer por definición. No obstante haber sido educado por Aristóteles, Alejandro Magno respondía y guardaba lealtad declarada a una tradición foránea de monarquía carismática. A su ver, la libertad y la autonomía eran bienes que él otorgaba, o negaba, a su arbitrio, en tanto que para los griegos constituían derechos políticos fundamentales e irrefragables.

En consecuencia, fue la guerra lamíaca, que ganaron a la postre los macedonios en 322, más que la batalla de Queronea, entablada en 338, lo que remachó el último clavo del ataúd de la libertad y la independencia políticas

de la Hélade, un féretro que había encargado Filipo y al que su hijo había acabado de colocar la tapa.

CAPÍTULO 6

ALEJANDRO, CONQUISTADOR DE PERSIA (334-327 A. C.)



> Tal como se sabe medianamente bien en nuestros días, Alejandro careció por completo de vida sexual, y yo tengo para mí que se entretenía haciendo a los diversos países lo que las gentes normales hacen a las mujeres, de lo cual obtenía ciudades a modo de fruto tangible.
>
> EUXENO, en calidad de personaje de Tom Holt, *Alexander at the World's End*

En el transcurso de los años centrales del reinado y la campaña de Alejandro, derrotó al gran rey persa y comenzó a sustituir el antiguo Imperio de éste con uno propio. Asimismo, empezó a transformarse en un emperador o gran rey diferente. Sea como fuere, cabe preguntarse por qué asumió el papel de azote de Persia que había representado su difunto padre, y por qué lo hizo con tanto entusiasmo. En cierto sentido, puede ser que jamás se le pasara por la cabeza actuar de un modo diferente. Lo habían educado para desempeñar las funciones propias de la dominación real, sobre todo en la guerra, y dado su natural competitivo y ambicioso en extremo, unido a sus ansias de gloria, apenas cabe pensar que pudiese dejar desafío sin aceptar. Es posible que se viera aguijado, de manera subliminal, por el convencimiento de que, de no haber mediado el asesinato de Filipo, nunca habría tenido la oportunidad de reinar. Ello es que, en realidad, él no había formado parte, ni por asomo, de los planes de conquista de su padre; pero también es cierto que existían razones positivas, tanto en el ámbito público como en el privado, que podían haberlo impelido de modo irresistible en aquella misma dirección.

Por encima de todo, debemos considerar el hecho de que, en apariencia, aquélla había de ser una expedición de todos los pueblos helenos. Se había concebido expresamente para tomar venganza por la ambiciosa invasión de Grecia que acometieron los persas entre 480 y 490, por un lado, y por el otro, para liberar a las ciudades griegas de Asia que habían sido entregadas al dominio de Persia en 386 en virtud de un acuerdo que contaba con el beneplácito de quien entonces encabezaba el poderío de la Hélade: Esparta. Alejandro, a fuer de hombre que había asumido bien la cultura helena, no debió de ser insensible a aquel llamamiento panhelénico, si bien adoptó una actitud plenamente práctica en su relación con los aliados y súbditos griegos presentes y futuros, tal como puso de relieve, sobre todo, en el trato severo y destructor que dispensó a la ciudad de Tebas en 335 (véase el capítulo 5). Esta circunstancia hace pensar que su panhelenismo tenía un carácter romántico, a lo sumo, y que siempre podía sacrificarlo en aras de objetivos más ansiados, entre los que destaca su anhelo de conquistar, cuando menos, el Imperio persa existente y añadirlo al que había heredado de su progenitor.

Cualquiera que fuese la clase de conquistador a la que pertenecía, no cabe dudar que se hallaba magníficamente dotado para el puesto. Antes aún de 335, ya había puesto de relieve, de un modo por demás conspicuo, su instinto estratégico, su capacidad personal de liderazgo, su rapidez, el provecho que sabía sacar al factor sorpresa y su fortuna favorable. Aun así, de todas sus adquisiciones, la más relevante en potencia fue el Ejército, macedonio en su mayoría, que recibió de Filipo. No pretende tal afirmación despojarlo de la gloria que le corresponde, sino hacer hincapié, más bien, en cuán exigua fue la aportación militar de la tropa griega aliada en lo referente a esta empresa panhelénica en apariencia. Desde 334, año en que comenzó la expedición propiamente dicha, Alejandro trató a sus integrantes no como fuerza destinada a combatir en primera línea de frente, sino, en realidad, como a aliados muy poco dignos de confianza.

Nada tenía de irracional este recelo. Hasta la batalla final, empeñada en Gaugamela en 331, los griegos que lidiaban como mercenarios en el bando persa superaron en número, tal como se ha dicho en el capítulo anterior, a los que guerreaban en favor de Alejandro y la causa «panhelénica». Esta misma desconfianza es la que explica la postura adoptada por el soberano en relación

con Atenas, postura que, de otro modo, resulta desconcertante. Y es que, si bien se esforzó por hacer ver que tenía gran consideración por la ciudad que había sido el primer objetivo de Persia entre 480 y 479, se abstuvo, por otra parte, de hacer uso activo alguno de su flota, que amén de ser la mayor del Egeo, constituía su única esperanza de plantar cara, en el Mediterráneo oriental, a las armadas fenicia y chipriota, quienes se hallaban a las órdenes de Persia. Esta misma actitud recelosa habría de llevarlo a concebir una estrategia poco menos que desastrosa en la región meridional de Asia Menor y el Levante. Aun así, por grandes que hubiesen podido ser sus errores de cálculo, resultan insignificantes si se comparan con los que cometieron sus rivales.

El primer yerro en que incurrieron Darío III y los persas fue permitir que Alejandro Magno cruzase el Helesponto a placer y sumara sus fuerzas, sin impedimento alguno, a las que acaudillaba Parmenión en la cabeza de puente de Abido. Se dice que el hijo de Filipo puso empeño en ser el primero en saltar a suelo de Asia, con la armadura completa, después de arrojar su lanza y clavarla en tierra. Con semejante ritual, reclamaba para sí aquel continente tras capturarlo con su arma. Con la teatral visita que efectuó a la Troya de Homero –o lo que a la sazón se tomó por tal–, se puso en juego una clase diferente de simbolismo. Allí, según cuentan, el soberano depositó una corona conmemorativa sobre la supuesta tumba de Aquiles, en tanto que Efestión (figura 29) hacía otro tanto sobre la de Patroclo, el amigo más querido de aquél. Aun cuando la obra homérica no menciona de forma explícita dimensión sexual alguna acerca de la relación por demás íntima que existía entre Patroclo y el héroe de la *Ilíada*, a quien superaba en edad, los griegos del período clásico daban por sentado, de manera indefectible, cuando menos a partir de Esquilo, su carácter homosexual.

Lo mismo puede inferirse, casi con total certeza, del vínculo que unía a Alejandro Magno y a Efestión, ligeramente mayor que él, aunque no puede aseverarse que, de ser verdad, tal relación prosiguiese más allá de la adolescencia de ambos. Lo cierto es que, en la Grecia clásica, la atracción erótica entre varones durante la mocedad se consideraba un elemento perfectamente compatible con un estilo de vida heterosexual llegada la edad adulta. Asimismo, tampoco existía estigma alguno –de ninguna índole,

incluida la religiosa– tocante a la homosexualidad en sí misma: lo que contaba era cómo se expresaba, con quién y en qué contexto. El Batallón Sagrado de Tebas, integrado por ciento cincuenta parejas de amantes varones y creado, en calidad de fuerza de asalto selecta, en 378, constituye la ilustración más espectacular de un hecho social que revestía una gran importancia en la Hélade. Más difícil de discernir resulta la actitud adoptada por los persas acerca de dicho género de relación, si bien no cabe duda de que la práctica existía y adoptaba diversas formas. Sin embargo, los griegos pensaban, en todo caso, que los «bárbaros» orientales eran incapaces de valorar sus dimensiones más refinadas, entre otras cosas porque su cultura prohibía la representación del cuerpo masculino desnudo y, en consecuencia, el culto al gimnasio.

La segunda gran torpeza de los persas consistió en perder el enfrentamiento bélico entablado en el Gránico a finales de mayo de 334. Aquélla fue la primera de las tres batallas campales de envergadura protagonizadas por las huestes de Alejandro Magno y las fuerzas selectas del Imperio persa. Éstas, que aún no estaban acaudilladas por Darío en persona, tenían su campamento en Zelea. Para llegar allí, el macedonio había de cruzar los ríos que abundaban en aquella región de Tróade y fluían, en dirección norte, hacia la Propóntide (o mar de Mármara). Uno de ellos era el Gránico. No se trataba, ni por asomo, de un gran río; pero era rápido y profundo, y brindaba a los defensores persas la ventaja adicional de presentar una margen escarpada en el lado opuesto al de las tropas invasoras. Alejandro, por ende, debía superar el doble obstáculo que le ofrecía la propia corriente y el declive pronunciado de la orilla del enemigo antes de poder enfrentarse a él en igualdad –relativa– de condiciones en lo que respecta al terreno.

Antes de la contienda, o al menos eso asegura Arriano, Parmenión aconsejó a su señor que aguardase hasta ver las luces del amanecer del día siguiente para cruzar el río y dar principio al combate. Sin embargo, éste le respondió, al parecer, que una dilación así sólo serviría para aumentar la confianza del bando persa, a lo que añadió que el Helesponto enrojecería de vergüenza si vacilaba en atravesar un paso mucho más insignificante como era el Gránico. Por consiguiente, según la fuente citada, emprendió directamente el ataque. Cabe pensar que Calístenes recogió buena parte de los

diálogos y diferencias de opinión entre el monarca y su general con objeto de desacreditar a este último. Sea como fuere, la anécdota ilustra también un aspecto esencial del caudillaje de Alejandro Magno: la importancia que concedía, en todo momento, a la moral en cuanto factor táctico. Éste es el motivo por el que quien firma estas líneas prefiere la versión de Arriano a la de Diodoro, quien afirma que sí postergó la acometida hasta la mañana siguiente.

Así describe Plutarco, unos cuatrocientos años después, parte de lo que sucedió a continuación:

> Alejandro se arrojó al río con trece escuadrones de caballería. Avanzó por entre una salva de venablos del enemigo en dirección a la ribera opuesta, empinada y bien defendida, contra una corriente que hacía perder pie a sus hombres y los engullía. Se conducía como un adalid temerario más que dejarse guiar por la cautela propia de quien gobierna gentes de guerra, y sin embargo, a fuerza de empeño y penalidades, logró alcanzar la otra margen, húmeda y resbaladiza a causa del barro. Enseguida se vio obligado a enzarzarse en una batalla caótica y a lidiar, enfrentando a un hombre con otro, con los enemigos que iban cayendo sobre ellos, antes de que quienes iban pasando pudiesen congregarse en formación alguna. Los persas cargaron entonces con un bramido, y los de Alejandro, alineando sus monturas ante el enemigo, le hicieron frente con lanzas hasta que, rotas éstas en pedazos, hubieron de sacar la espada. Un buen número de ellos cerró contra Alejandro, a quien no era difícil reconocer merced al escudo y el penacho que llevaba en el casco y lucía a uno y otro lado sendas colas de caballo que llamaban la atención por su tamaño y su blancura. Una lanza le alcanzó en la ensambladura del peto, aunque no llegó a herirlo. Entonces, lo atacaron a un tiempo los caudillos persas Resaces y Espitridates, y él eludió a éste y clavó en aquél su lanza. Al quebrarse ésta, empuñó la espada, y mientras los dos combatían cuerpo a cuerpo, Espitridates detuvo su caballo al lado de ellos y, elevándose de súbito sobre la silla, descargó sobre Alejandro una hacha de combate de las que emplean los bárbaros, con la que le destrozó el penacho, del que desprendió una de las colas. El morrión resistió el embate con dificultad, y tanto fue así que el arma enemiga llegó a rozar el cabello del rey. Espitridates volvió a alzarla, y a punto estaba de asestar un nuevo hachazo cuando intervino Clito *el Negro* y lo atravesó con la lanza. En aquel mismo instante, cayó también Resaces, víctima él de la espada de Alejandro.

¿Y si Clito no se hubiera adelantado? Así es el natural imprevisible de la historia.

La batalla constituyó un asunto relativamente menor aunque complejo, y como siempre, fue la caballería macedonia de Alejandro la responsable final de la victoria. Sir Walter Raleigh, quien también tenía algo de comandante, puso el dedo en la llaga de la verdadera significación de aquel triunfo en el libro IV de su obra *The History of the World*:

> Fue, por tanto, una decisión sabia la que adoptó Alejandro al cruzar el Gránico ante el enemigo, en lugar de buscar, aguas arriba, un paso más sencillo o un medio más seguro con el que transportar a sus hombres; siendo así que, al derrotar a aquél en su propio terreno, dejó su reputación tan maltrecha como sus fuerzas, lo que dio al traste con las esperanzas que tenían puestas camaradas y adeptos en tan ineptos protectores.

Téngase en cuenta que sólo después de la victoria proclamó Alejandro de manera oficial su adhesión a la democracia de las ciudades griegas que iba a liberar, en aquel momento o en el futuro, de la dominación persa. Huelga decir que él no podía considerarse, personalmente, un hombre de ideas democráticas: era su sentido de la acción práctica lo que le estaba dictando adoptar tal postura durante aquel estadio. Ello es que Persia, como las más de las potencias imperiales que la historia ha conocido, había impuesto o respaldado diversas formas de oligarquía entre las gentes griegas a ella sometidas. Tal como se ha señalado en el capítulo 5, aún sigue siendo cuestión batallona si incorporó a la Liga de Corinto los pueblos liberados con las mismas condiciones por las que se regían los miembros originales. No cabe duda de que tenía potestad para hacerlo sin necesidad de consultar a sus aliados; pero lo que interesa determinar es, más bien, si consideraba deseable obligarse, en virtud de un juramento religioso, a reconocer y defender su libertad y autonomía antes que tratarlos como súbditos de su Imperio, tal como era costumbre entre los persas. Y si bien los testimonios de que disponemos no nos permiten llegar a una conclusión inamovible, quien esto escribe se inclina a pensar, una vez considerados todos los factores, que la respuesta es positiva. Poco importaba, sin embargo, en la práctica, por cuanto Alejandro hizo, más o menos, lo que quiso al depender la relación que mantenía con las ciudades griegas, a la postre, más de la fuerza que de acuerdos legales.

Por el momento, sea como fuere, estaba dispuesto a mantener su adhesión pública al mito del panhelenismo. Y así, en 334 hizo llegar a Atenas las trescientas armaduras expoliadas a los vencidos que, como hemos dicho, habían de ofrecerse a Atenea. La inscripción que las acompañaba (véase la página 113) habría de recordar al mundo griego que fueron los espartanos quienes entregaron al persa a los helenos de Asia en 386, así como que en aquel instante mantenían no sólo una oposición más o menos activa con respecto a Macedón –fuera del marco de la Liga de Corinto–, sino también, de hecho, alevosos contactos con Persia.

Después de nombrar a un macedonio para que gobernase la antigua satrapía persa de Frigia Menor (o Helespontíaca), Alejandro Magno siguió avanzando hacia el sur hasta alcanzar Lidia. Su capital, Sardes, pese a estar fortificada, cayó sin necesidad siquiera de guerrear, y la dignidad de sátrapa fue a parar a Asandro, hermano de Parmenión. En la Jonia griega, más al sur, el soberano macedonio fue acogido, en general, con entusiasmo. Así, por ejemplo, en tanto que las ciudades de Éfeso –acaso tras una revolución democrática– y Priene le rindieron honores de libertador, la región de Caria demostró ser, tanto en lo que respecta a su población griega como en lo relativo a la no helena, harina de otro costal. La ciudad de Mileto, sujeta aún a un régimen oligárquico, estaba resuelta a resistir al que aspiraba a convertirse en su emancipador, quien se vio obligado, por ende, a emprender su primer asedio. En aquel tiempo, esta clase de acción bélica apenas se hallaba desarrollada en el mundo de la Hélade, en donde el modo acostumbrado de abordarla consistía en tratar de imponer un bloqueo al enemigo y compelerlo a rendirse por hambre más que en tomar la ciudad por asalto. Con todo, se trataba de una arte de guerra en la que Filipo había dado pasos de gigante, y en la que su hijo iba a demostrar, tal vez, más determinación e ingenio que en ninguna otra.

El sitio de Mileto puso también de manifiesto un cambio característico en la actitud de Alejandro respecto de los numerosos miles de mercenarios griegos que seguían considerando más lucrativo –y acaso preferible también desde el punto de vista ideológico– luchar en el bando rival. Tal como ya hemos visto, después de la batalla del río Gránico, había tratado a los que había capturado en el bando persa como traidores a Grecia, y los había

mandado a Tracia, a las minas de oro y plata del monte Pangeo. Semejante ardid –propicio, en apariencia, al panhelenismo– había tenido, sin embargo, efectos contraproducentes, siendo así que, en adelante, los mercenarios helenos de Persia optaron por combatir a muerte antes que entregarse o caer prisioneros. Por ende, cuando algunos de ellos se vieron atrapados durante el cerco de Mileto, no dudó en proponerles que sentasen plaza en su Ejército, sabedor de que no podrían rechazar la oferta. En raras ocasiones tropezaba dos veces Alejandro con la misma piedra.

Si sus huestes sufrieron daños de escasa consideración en aquella acción bélica, en su siguiente asedio, el de Halicarnaso –capital, por demás helenizada, de la satrapía de segundo orden de Caria–, se volvieron las tornas. A despecho de la destreza que desplegó en el empleo de los últimos refinamientos de la artillería de largo alcance, no logró desalojar sino en parte la guarnición persa. Una de las razones que le impidieron obtener una victoria total fue el hecho de no dominar los mares. Su recelosa negativa a emplear la flota ateniense que tenía a su disposición lo llevó a formular el célebre oxímoron de desafío que afirmaba que tenía intención de derrotar a la Armada persa –conformada sobre todo por fenicios– por tierra; es decir: capturando sus bases navales. La estrategia estaba abocada a fracasar, y de hecho, a punto estuvo de naufragar en el Levante mediterráneo en 332. En los años que nos ocupan, sin embargo, seguía progresando sin mayores contratiempos.

Durante el otoño de 334, decidió por vez primera dejar a un gobernante de origen oriental en el puesto que había ocupado estando subordinado –subordinada, en este caso– a Darío. El personaje en cuestión no era, sin más, una mujer, sino que se atribuía el título de reina. Se trataba de Ada de Halicarnaso, hermana menor de Mausolo –de quien, merced a lo extraordinario del sepulcro que para él hizo construir su hermana y viuda Artemisa, deriva el término *mausoleo*–. La cultura de los integrantes de su dinastía, la de los Hecatómnidas, estaba hondamente influida por la helena, si bien no podía considerarse, ni por asomo, del todo griega en lo referente a sus prácticas políticas ni familiares. Ada, de cualquier modo, no era ninguna desconocida para el macedonio: todo apunta a que, en las postrimerías del reinado de Filipo, Alejandro había entablado negociaciones a fin de contraer

matrimonio con una hija de Pixodaro, hermano menor de Ada. Tal proyecto sacó de sus casillas a Filipo, quien albergaba sus propias intenciones respecto de la dama.

Las gestiones se malograron, como no podía ser de otro modo, y provocaron una grave ruptura entre padre e hijo, que también afectó a cierto número de los camaradas más allegados del príncipe. Con todo, la relación existente entre Alejandro y Ada quedó intacta, y tres años después, ambos estaban plenamente dispuestos a llegar a un entendimiento. En realidad, la cosa fue más allá, y así, dio lugar al que acaso sea el episodio más extraordinario de la campaña alejandrina del otoño de 334: su aceptación formal de la prócer caria en calidad de segunda madre. Uno no puede menos de estremecerse al imaginar lo que debió de pensar Olimpia, su madre verdadera. Tenemos noticia de que, al parecer, a Alejandro le resultaban molestas sus bufonadas, y aun se decía que bromeaba diciendo que le había cobrado un alquiler muy elevado por los nueve meses que lo había tenido de inquilino en el útero. Sin embargo, el verse obligada a competir por su condición materna con una reina extranjera no debió de hacer nada por atemperar su carácter ni atenuar sus importunidades. Peor aún era lo que le esperaba en 333, año en que Alejandro entabló relación de amistad con la madre de Darío.

Dejando Halicarnaso sin ocupar ni pacificar por entero, Alejandro Magno se dirigió al este por la costa de Licia, y tras volver a internarse en la meseta de Anatolia, puso rumbo a Gordio, capital de Frigia, a la que llegó durante la primavera de 333. Aquel reino había sido fundado en el siglo VIII a. C. por el soberano homónimo y consolidado por su hijo Midas, el legendario monarca griego cuyo tacto alquímico lo trocaba todo –incluido, para desgracia suya, el alimento– en oro. El lugar en que había recibido sepultura aquél estaba señalado con un carro ceremonial, cuyo yugo se hallaba atado a la lanza mediante un nudo de una complejidad insólita. Según la leyenda, quien lograra soltarlo dominaría toda Asia. Y si, durante el siglo VI, Frigia quedó integrada, como el resto de Anatolia, en el Imperio persa recién creado por los Aqueménidas, el mito y el nudo permanecieron intactos. Y así sería hasta 333, año en que Alejandro deshizo este último, ya desatándolo, ya –lo que quizá concuerda más con su caráctercortándolo con

la espada. Los estudiosos más escépticos han sospechado de siempre que toda esta historia del nudo gordiano no fue más que una mera invención; pero la mayoría de los eruditos en la vida de Alejandro creen que, de un modo u otro, logró desenganchar el carro de Gordio.

Para Aristóbulo, la verdadera significación de este episodio radica en que fue la primera vez que su protagonista reclamó de forma explícita el señorío de Asia. Aún quedaba, sin embargo, mucho batallar por delante. Tras atravesar, con gran ímpetu, las Puertas Cilicias, llegó a Tarso –ciudad de la región que vería nacer a san Pablo– en los albores del mes de julio. Al decir de Plutarco, la expedición sufrió una demora considerable en Cilicia, lo que se debió, según él, a la enfermedad que contrajo el macedonio tras bañarse en un río gélido. Parece claro que, en cualquier caso, tenía intención de esperar allí la llegada, desde Irán, del vasto Ejército que estaba reclutando el gran rey Darío III, quien pensaba acaudillarlo en persona. Siempre hacía falta mucho tiempo para congregar una hueste persa de consideración, dadas la extensión y la multiplicidad de etnias que caracterizaban al Imperio. Si Alejandro optó por aguardar en Tarso fue con la pretensión de atraer a Darío hasta la estrecha franja costera a fin de anular su abrumadora superioridad numérica.

Sin embargo, en el momento en que comenzaba a funcionar aquella estratagema, el macedonio se cansó de esperar y marchó hacia el sur en dirección al Levante. De ahí que se sorprendiera al reparar en que la tropa de Darío se encontraba, de hecho, en su retaguardia. Plutarco afirma que la suerte quiso obsequiar a Alejandro Magno con un campo de batalla por demás apropiado, cercano a la ciudad de Iso, sita a orillas del río Pínaro. Aun así, necesitó todo su genio militar para eludir la hecatombe y salir cargado de gloria de la contienda en la que llevaba todas las de perder aquel creador de expediciones marciales perfectamente organizadas. He aquí una descripción moderna, elaborada con un sucinto estilo castrense muy adecuado para la ocasión, de las fuerzas que guerrearon en cada bando:

> La infantería [de Alejandro] estaba conformada (de izquierda a derecha) por tres unidades de *hypaspistái* comandadas por Nicanor, y sendas falanges a las órdenes de Ceno, Perdicas, Meleagro, Tolomeo y Amintas. Crátero capitaneaba toda la infantería del ala izquierda, porción cuyo mando general recaía sobre Parmenión. La caballería tesalia y peonia (?) se apostó a la derecha, en tanto que la tropa de mercenarios griegos

> recibió orden de colocarse a la izquierda. En sus filas se incluían arqueros cretenses y caballeros tracios, acaudillados unos y otros por Sitalces. La caballería del ala izquierda, compuesta en su mayoría por aliados helenos, quedó entonces reforzada por la de los tesalios, que bordeó para ello la retaguardia de las fuerzas alejandrinas. A la derecha se encontraban los soldados de reconocimiento de Protómaco, los peonios de Aristón y los arqueros de Antíoco. Atalo se sirvió de una fuerza de arqueros y caballeros para ahuyentar a los persas que amenazaban con flanquearlos por las montañas. Movimientos de última hora: dos escuadrones de caballería, mandados, respectivamente, por Peroedas y Pantordano, se trasladaron del centro a la derecha. A fin de rebasar el ala izquierda del persa, se recurrió a una línea de mercenarios griegos y agrianios. Posiciones de las tropas de Persia durante el avance de Alejandro: hacia el sur del río Pínaro avanzó una pantalla de 30.000 soldados de caballería y 20.000 de infantería ligera encargada de proteger al grueso de las fuerzas de Darío mientras pasaban al orden de batalla. Completo el despliegue, se retiró la avanzadilla para dedicarla, sobre todo, a reforzar el ala derecha, que había quedado frente a Parmenión. El frente de Darío consistía en 30.000 mercenarios griegos y 60.000 *Kardakes* (infantes persas pertrechados de armamento ligero, probablemente), apostados estos últimos ante las dos alas de los griegos. Tras estas fuerzas se hallaban formados los contingentes multinacionales del Ejército imperial de Darío, quien avanzaba en carro de guerra en el centro.[1]

No está del todo claro cuál fue el desarrollo verdadero de aquel combate. Pese a su descomunal superioridad numérica y la ventaja que supuso, en un primer momento, el hecho de haber aparecido por sorpresa, Darío se desmoralizó y amilanó en tal grado por temor a perder la vida que huyó del campo de batalla, con lo que garantizó el desmoronamiento inmediato de la causa que movía a los de su bando. Llegó incluso a dejar atrás a su propia madre, una esposa y dos de sus hijas solteras, quienes se encontraban entre los miembros de su séquito capturados por Alejandro. Las fuentes favorables a este último se explayan en la descripción de la cortesía extrema que desplegó, supuestamente, en el trato que dispensó a dichas damas de la realeza persa. Tal proceder aparece reproducido, con exactitud, en el célebre cuadro de Paolo Veronese que hoy ocupa un lugar de honor en la National Gallery de Londres (figura 27, aunque, no queda claro cuál de los personajes pretendía el autor que representara al soberano y cuál a Efestión). Con todo,

no faltan comentaristas modernos que hayan mostrado una procaz inclinación a creer que la obsesión edípica de Alejandro lo llevó a compartir lecho con la madre de su enemigo.

Sea como fuere, la batalla de Iso, empeñada en Cilicia en noviembre de 333, debió de revestir una gran significación en lo relativo a la moral del macedonio y sus huestes. De hecho, si hemos de creer a Arriano o a los testimonios en que funda el suyo, lo alentó a reivindicar su condición de heredero legítimo del trono y el Imperio de los persas, así como a acusar, con cierta porfía, a Darío –sobre cuyo derecho a la corona pesaban, cierto es, no pocas dudas– de ser un simple usurpador.

Darío III había enviado la caravana que transportaba su impedimenta a la ciudad siria de Damasco. Allí cayó en manos de Parmenión, y esta circunstancia permitió a Alejandro Magno perseverar en su paradójico propósito de derribar a la Armada persa desde tierra. Desde el año 525, la espina dorsal de las flotas de Persia que surcaban el Mediterráneo era obra de los fenicios, quienes habitaban en su mayoría en lo que en nuestros días es el Líbano, aunque también los había en la isla de Chipre. En la derrota de éstos radicaba, por ende, la clave de dicho designio alejandrino, sobre todo si tenemos en cuenta que, durante el bienio de 334 y 332 –período en que se incluye la batalla de Iso–, los persas se embarcaron en una estrategia que tenía grandes probabilidades de traducirse en la derrota del macedonio.

Bajo el inspirado caudillaje de un griego de Rodas llamado Memnón, casado con una integrante de la alta aristocracia de Persia, los persas pusieron la mira en hacerse con el dominio de las islas más importantes del Egeo empleando su flota. Después, tomando éstas como bases avanzadas, enviarían embarcaciones, hombres y oro a la Hélade continental al objeto de provocar movimientos sediciosos tras la retaguardia de Alejandro. Aquélla no habría sido, en absoluto, la primera vez que se desestabilizaban las relaciones entre los estados de la Grecia no insular por medio del dinero persa. Memnón también había supuesto, con razón, que iba a resultar más efectivo poner por obra una estrategia de tierra quemada ante el avance del macedonio que una batalla campal como la del Gránico. También fue él quien mandó enviar tres

fuerzas persas separadas a Anatolia tras la retaguardia de Alejandro, a quien Antígono, general tuerto de Macedonia, hubo de sacar en otras tantas ocasiones las castañas del fuego.

Si no hubiera querido la suerte que Memnón muriera en 333, y de haberse puesto en práctica con firmeza la estrategia anfibia que propuso, no es impensable que Alejandro se hubiera visto obligado a regresar a Macedón ante la incapacidad del regente Antípatro para resistir. Sin embargo, el hijo de Filipo, que contó con la inestimable ayuda que le brindaron las tres victorias obtenidas en Anatolia por Antígono Monoftalmos –quien dio muestras del papel preponderante que había de representar después de la muerte de su señor–, pudo permitirse el lujo de dirigir el sitio más prolongado que tendría oportunidad de poner en toda su vida. Su objetivo fue la urbe fenicia de Tiro, que mantuvo asediada los siete primeros meses de 332 sin que, no obstante, llegase a intervenir de manera resuelta el resto de las flotas fenicia y chipriota. De hecho, la resistencia más audaz fue la que opusieron los propios tirios. Su ciudad, construida en una isla cercana al litoral y reciamente fortificada, resultaba poco menos que inexpugnable, y de no haber sido por la deserción del cuerpo principal de la flota fenicia, Alejandro Magno no habría podido acceder a la plaza como hizo finalmente. Sea como fuere, si el macedonio merece que se le recuerde de forma perdurable en calidad de general, se debe, sobre todo, a su destreza en cuanto sitiador, y de todos los cercos que protagonizó, el de Tiro debe considerarse su obra maestra (véase el capítulo 7).

La ciudad acabó por rendirse. Se dice que el vencedor descargó la ira que provocó en su espíritu la denodada resistencia de los tirios crucificando a un número elevadísimo de ellos a lo largo de su costa. (A los atenienses también se les imputó una atrocidad similar después del sitio, excepcional por lo prolongado, que impuso Pericles a la ciudad de Samos entre 440 y 439.) Alejandro Magno pudo entonces seguir adelantando con rumbo sur para poner un nuevo asedio, esta vez a Gaza, y aunque éste fue un asunto de mucha menos relevancia, la resistencia que opuso el sátrapa árabe Batís lo encolerizó tanto que no dudó en hacerle sufrir un castigo ejemplar de una crueldad atroz. Aquiles adquirió una infausta reputación por atar a Héctor a su carro y arrastrarlo tras de sí hasta circunvalar tres veces las murallas de

Troya; pero al menos éste murió antes de que lo amarraran al vehículo. Alejandro, sin embargo, ordenó sujetar vivo a Batís a un carro y rodear con él los muros de Gaza, una y otra vez, hasta provocarle una muerte tan terrible por lo doloroso como por lo denigrante. Como en el caso de Tiro, trataba de disuadir a todo aquel que pudiera querer resistirse a su poder, bien que en ambos casos los medios empleados rayaron en el sadismo.

Por fin, y contra todo pronóstico, tuvo éxito la estrategia con que había querido hacerse con la hegemonía marítima. Había quedado expedito, al cabo, el camino que lo llevaría a Egipto, trofeo de importancia vital tanto por su posición táctica como por su riqueza económica, en la cual el grano representaba un papel por demás relevante. Alejandro se encontró aquí con un regalo que raras veces ofrecían otras regiones del Imperio persa: una clase alta nativa amigable. Egipto había pasado a formar parte de Persia durante la década de 520 tras ser conquistada por Cambises, hijo de Ciro el Grande, y si bien Darío I había dado muestras de no poca inteligencia al interesarse en los asuntos de la provincia, su hijo Jerjes había ofendido a la clase sacerdotal. Sus integrantes se hallaban muy cerca de la cima del poder –central y local–, dada la naturaleza teocrática del estado y la sociedad egipcios, y servían de foco en que convergían los anhelos de independencia nacional.

La primera sublevación de relieve que se dio en Egipto contra Persia se produjo a mediados del siglo V. Con todo, no supuso más que un mero contratiempo pasajero si se compara con la independencia de que gozó la provincia, en la práctica, entre 405 y 344 o 343 con respecto a la dominación persa. Como castigo por tan palpable deslealtad, Artajerjes III, predecesor de Darío III, había perseguido a los sacerdotes, quienes, en consecuencia, se mostraron dispuestos, en el período que nos ocupa, a tolerar a Alejandro en cuanto menor de dos males. Este último, sea como fuere, profesó siempre un respeto exagerado, aunque no necesariamente insincero, a los dioses y las prácticas religiosas de aquella nación. En Egipto, fraternizó con la clase religiosa, en particular mediante los sacrificios que ofrecía a Apis, el toro

divino, en la antigua capital menfita. Tanto es así que bien pudo haberse hecho coronar en calidad de faraón en Menfis en torno al 14 de noviembre de 332.

Desde esta última ciudad, Alejandro Magno navegó el Nilo hacia el norte, en dirección a su delta. En una de sus desembocaduras, cerca de Canope, eligió, según se dice, personalmente el emplazamiento de la futura Alejandría –todo parece indicar que la fecha oficial de su fundación sería la del 7 de abril de 331–. Ésta estaba llamada a convertirse en la mayor de las ciudades que creó con dicho nombre, así como en la capital de la dinastía sucesora instaurada por Tolomeo y en uno de los centros de más relevancia en lo relativo a la difusión de la cultura y la civilización helénicas de todo Oriente Próximo y, con el tiempo, del mundo romano. Fue, por ejemplo, para los judíos de la Alejandría egipcia para quien se tradujo al griego la Biblia hebrea, en la versión conocida como Septuaginta.

Después de designar el lugar en que tendría su asiento la Alejandría de Egipto, el macedonio tuvo a bien desviarse de su camino para efectuar la visita mencionada –desconcertante, en cierto sentido, y sin duda arriesgada– al oráculo de Amón sito en el oasis de Sīwa, en el desierto occidental de Egipto, lindante con Libia.[2] Las fuentes antiguas que hablan de este momento no son precisamente fidedignas, y los estudiosos modernos han propuesto una nutrida serie de explicaciones acerca del objetivo que perseguía Alejandro y de los resultados que obtuvo. En general, pueden dividirse en tres categorías de gran amplitud: la de lo práctico, la de lo místico y la que combina ambas. Un servidor no puede menos de tomar partido por la tercera, pues fuera cual fuere el provecho que, al ver de Alejandro, hubiese podido proporcionarle el viaje a Sīwa, tuvo que ser, sin duda, mucho menor que el riesgo que corría su persona y que la superioridad estratégica que otorgó, de forma temporal, a Darío. El gran rey de Persia, resentido aún por la humillación sufrida en Iso, tuvo ocasión de sobra de reagrupar sus fuerzas y prepararlas para una nueva batalla de envergadura que, según demostraron los acontecimientos, sería decisiva.

Aquella contienda tuvo lugar en Gaugamela, no lejos de Nínive, antigua capital del Imperio asirio sita en el Iraq de nuestros días. Su destrucción, efectuada por los medos en 612, había preparado el terreno para la fundación

del Imperio de los persas, primos hermanos suyos, en torno a 550. Y la batalla de Gaugamela, en efecto, fue testigo de la desaparición de este último. Después de retroceder al Líbano desde Sīwa, Alejandro Magno había llegado al Éufrates a través de la ciudad siria de Damasco a principios de agosto de 331. Alrededor del 18 de septiembre cruzó el Tigris, y dos semanas después, el primero de octubre, tuvo lugar el citado combate. La mayoría coincide en que fue el más grande de los enfrentamientos que emprendió el macedonio. Como quiera que sea, lo cierto es que le brindó el dominio de las regiones del Imperio persa situadas en la zona occidental de Irán y al oeste de ésta.

El objetivo principal que se persiguió acabada la batalla fue el de capturar con vida a Darío. La derrota sufrida en Gaugamela se debió en buena parte, tal como había sucedido en Iso, a la huida desenfrenada del gran rey. El punto más débil, y el más fuerte, de la antigua monarquía persa fue su intenso carácter personal. Alejandro Magno tenía ya en sus manos a algunos de los miembros femeninos de la familia de su enemigo más allegados a él; pero si quería hacer que el golpe propagandístico de su legítima sucesión en calidad de emperador oriental fuese efectivo de verdad, necesitaba aprehender también al propio Darío, vivo y en persona. Entonces, y nunca antes, podría considerarse cabal el traspaso de poder, tanto en lo físico como en el plano de lo simbólico. El empeño que puso en capturar a su rival no puede calificarse sino de prodigioso. Así, recorrió 720 kilómetros en tres semanas: los 400 que separaban la meda Ecbatana (Hamadán) de Rages (cerca del Teherán moderno), en once días, y los 320 restantes, en cinco después de descansar otros tantos. En un período de dieciocho horas, llegó a salvar una distancia de quizás ochenta kilómetros.

Por desgracia para él, todo aquel esfuerzo fue en vano: Beso, pariente lejano de Darío y sátrapa de Bactriana (región septentrional de Afganistán), tenía otros designios. Tanto era lo que dependía del carácter y la destreza del gran rey, que no quedaba ya esperanza alguna de que los persas derrotaran a Alejandro Magno bajo el mando de Darío. En consecuencia, en 330, Beso decidió deponerlo y asesinarlo para apropiarse de la tiara real. Cuando el macedonio logró dar con él, no era más que un cadáver sin apenas calor corporal. Tras enterrarlo con los honores debidos a su posición, envió un

destacamento, entre cuyos integrantes se contaba Tolomeo, a capturar a Beso, a quien, tras apresarlo por fin, torturaron, mutilaron y ejecutaron (véase el capítulo 4).

Desde aquel momento, Alejandro se tuvo por sucesor legítimo de los gobernantes de la dinastía real de Persia, y actuó en consecuencia: lejos de pretender implantar una monarquía de estilo macedonio en sus dominios asiáticos, optó por representar el papel de soberano de Asia conforme a un patrón muy cercano al de los antiguos reyes persas. El primer indicio concreto de esta postura orientalista pudo apreciarse en Babilonia, ciudad en la que entró triunfante por la puerta ceremonial consagrada a la diosa Istar, como un rey recién coronado que celebrase el ritual de Año Nuevo. Nada podía parecer más apropiado, siendo así que, como algunos de sus predecesores persas, se había proclamado a sí mismo monarca de Babilonia, del mismo modo que se había investido, posiblemente, de faraón de Egipto. Más aún revelaba de sus intenciones futuras el que mantuviera en el cargo de sátrapa de la provincia a Mazeo, prócer persa de alta cuna. Dicho de otro modo: Alejandro había decidido que, si había de perpetuar su poder y el de sus sucesores sobre el Imperio conquistado, tendría que servirse de los dones de la clase gobernante tradicional irania y garantizar su lealtad. El hecho de que diese principio a su plan político en Babilonia reviste, además, una doble significación, pues a la centralidad geográfica de Mesopotamia se unía su condición de provincia más rica y fértil del Imperio, debida a un refinado sistema de canales de riego y una administración económica de gran complejidad. Sólo Egipto podía asemejársele en este sentido.

¿Qué implicaciones tuvo esta postura orientalizadora de Alejandro Magno para la expedición panhelénica de los orígenes? Para responder con franqueza, habría que reconocer que eran incompatibles y, de hecho, diametralmente opuestas. El incendio del antiguo palacio ceremonial de Persépolis, ciudad del Irán meridional, perpetrado en mayo de 330 (véase el capítulo 5), constituye una muestra por demás elocuente de las contradicciones en las que estaba incurriendo el macedonio. Por un lado, constituía acaso una venganza simbólica por la quema de templos griegos que

tuvo lugar entre 480 y 479, así como una hoguera de las vanidades en que ardió el antiguo régimen de los Aqueménidas, y por el otro, un acto que difícilmente podía ayudar a promover la fidelidad que deseaba obtener de la clase alta irania. Tamaño acontecimiento recuerda, en cierta medida, la contradicción inherente a la destrucción de la ciudad griega de Tebas que había cometido cinco años antes. Y lo cierto es que no acababan aquí las incoherencias de Alejandro.

Tras convertirse en el nuevo rey de Asia, creó, de manera inevitable, una corte oriental, persa en su mayor parte, paralela a la greco-macedonia. En ella incluyó, supuestamente, un harén de 365 concubinas, una para cada día del año –práctica imitada de modo más reciente por cierto bajá de Marruecos–. Asimismo, instituyó su propia variante de los atributos del gran rey y comenzó a incorporar soldados del oeste de Irán al cuerpo de caballería de los *hetairoi*, conformado hasta entonces por macedonios de manera exclusiva (véase, más abajo, el capítulo 8). De los tres grupos nacionales a los que más podía preocupar la interpretación que daba Alejandro Magno al gobierno y el simbolismo del nuevo Imperio –los macedonios, los iranios y los helenos–, los últimos eran los más prescindibles. Por ende, cuando llegó, en los albores de junio de 330, a la capital meda de Ecbatana, licenció a los combatientes griegos y puso fin de este modo a la expedición panhelénica de manera formal. Su principal pesadilla administrativa –la reconciliación de los macedonios con la clase gobernante de los iraníes– lo perseguiría, sin embargo, hasta el final de su vida sin que jamás llegase a resolverlo cumplidamente.

Alejandro, en consecuencia, no tuvo más opción que comenzar a actuar en calidad de rey de Asia sin el talismán que representaba la persona de Darío capturada con vida. Lo hizo en la ciudad hircana de Zadracarta, sita en el norte de Irán. Desde allí, se dirigió al este, hacia Bactriana, en agosto de 330, con la intención de aprehender y matar a Beso, pretendiente al trono, y sobre todo, de salvaguardar los accesos, procedentes del noreste, del centro iranio de su novísima operación imperial. Y es que, por paradójico que resulte, si los Aqueménidas habían visto amenazada la integridad de su Imperio de forma constante, no había sido desde poniente, sino de las estepas del Asia central. El alzamiento del sátrapa de la provincia de Aria obligó a sus huestes

a desviarse a Artacoana (hoy Herāt, población cercana a la frontera de Afganistán), y fue allí donde se produjo el primer altercado entre el caudillo y sus oficiales macedonios de más graduación.

Desde las muertes –asesinatos, más bien– de Filotas y su padre, Parmenión, ocurridas en agosto de 330, hasta la (o el) del historiador oficial Calístenes, a finales de 327, se extiende toda una telaraña de supuestas conspiraciones contra Alejandro Magno a las que el soberano hizo frente oponiéndoles salvajes medidas de represión. Lo que se cuestionaba era, sobre todo, el trato –favorable en exceso, al parecer– que otorgaba a la clase alta irania. Ya en 336, tras el asesinato de Filipo, se mostraba por demás temible cuando se sentía inseguro en grado considerable.

Tal vez a primeros de octubre de 330, Alejandro Magno marchó hacia el sur desde Artacoana. En el transcurso de los tres años siguientes, atravesó Drangiana, Aracosia y Paropamisos, para después salvar los montes de Hindūkūš y, tras llegar a Bactriana y Sogdiana, regresar a la recién fundada Alejandría del Cáucaso (ciudad cercana a Bagrām y Chārīkār). Estos años, cargados de significación, fueron testigo de la brillante adaptación que llevó a cabo con objeto de asumir y superar condiciones políticas y militares sin precedentes: un enérgico nacionalismo local, un terreno escabroso, plagado de terribles dificultades, y la incertidumbre propia de la guerra de guerrillas. Sin embargo, ni siquiera cuando se veía sometido a una presión tan colosal como la que se dio a la sazón perdía de vista Alejandro las necesidades de sus oficiales y soldados, motivo por el que dejaba lugar a algún que otro desahogo. Así, por ejemplo, merece especial mención la caza de cuatro mil animales salvajes, entre los que se incluían leones, en una reserva venatoria cercana a Samarcanda durante la montería que se organizó tras la toma, en particular agotadora, de la Roca Sogdiana.

Para algunos de los expertos en el caudillaje de Alejandro Magno, la campaña de «pacificación» que emprendió en lo que hoy corresponde a Afganistán y el Asia central lo hace digno de ser considerado un genio militar. No cabe duda de que aquel triunfo se presenta como algo aún más asombroso si se considera en el marco del gran descontento cultural y

político que bullía, hasta desbordarse casi, en el corazón mismo de su corte macedonia. Su padre, Filipo, se había servido con oportunismo de los vínculos maritales en cuanto herramienta política y diplomática con la que evitar o propiciar la guerra, y Alejandro no dudó en seguir su ejemplo, tal como hizo en otros muchos ámbitos. Aun así, el matrimonio –muy deseable desde un punto de vista estratégicoque contrajo, en 327, con Roxana, hija de un prohombre de Sogdiana, no pretendía acallar semejante descontento. Filipo también había tomado como esposas a mujeres «bárbaras» (no sólo ajenas a Macedonia, sino también a Grecia), pero en su caso habían constituido parte de la solución, en tanto que Roxana, por ejemplo, era precisamente parte del problema, y en concreto, de aquel al que había de enfrentarse el monarca para atraer los corazones y la mente de los partidarios macedonios más fieles hacia el proyecto orientalista de gobierno imperial. No es fruto de la casualidad el que a la derrota de la última oposición militar irania, ocurrida en 327, la siguiese enseguida la desarticulación de la llamada «conspiración de los pajes» (véase capítulo 4) y el arresto –y ejecución– de su historiador oficial Calístenes.

Resulta muy apropiado que el asunto se fundara en las diferencias de interpretación del lenguaje corporal entre una cultura y otra. Sobre todo en situaciones de falta de comprensión verbal, la comunicación por gestos y las manifestaciones simbólicas externas se convierten en medios vitales de entendimiento y autoridad, y el que Alejandro fuese incapaz de lograr la conformidad universal y voluntariosa de sus cortesanos macedonios y griegos en lo tocante a la reverencia ritual que pretendía que se le rindiera dice no poco del éxito de su nuevo proyecto imperial en conjunto.

CAPÍTULO 7

EL CAUDILLAJE DE ALEJANDRO



Me interesaba mucho más acceder al norte de Iraq desde Turquía, directamente, y seguir el curso del Tigris hasta llegar a Gaugamela, escenario de la gran batalla que libró Alejandro Magno contra Darío. Sin embargo, en Mersin me llegaron rumores de que los iraquíes habían comenzado a emplear armas químicas contra los kurdos en la región septentrional, y tal noticia hizo que me aviniera, a la postre, a abandonar dicho propósito. Puesto que la política me impedía seguir a Alejandro por tierra desde suelo turco, reservé un vuelo a Karāchi para volver a encontrarme con él en el Paquistán.

ANNE MUSTOE, *A Bike Ride: Twelve Thousand Miles around the World* (1992)

Ha habido muchos Alejandros modernos, multiplicidad que se debe, a la postre, a las lagunas de que adolecen las fuentes antiguas. Aun así, hay dos cosas claras, en grado tolerable, con respecto a cualquiera de ellos que pueda querer uno mencionar o inventarse: en primer lugar, que era uno de los individuos más extraordinarios que haya conocido el mundo, así como que nadie merece tanto como él el sobrenombre de *el Magno*; y en segundo lugar, que si se le consideró grande en el pasado y se le recuerda en el presente es, por encima de todo, a causa de su condición de general, de acaudillador de gentes de guerra. Se ha dicho de él que la relación de los triunfos que obtuvo en el campo de batalla sería semejante al diario de un Midas marcial, dado

que todo lo convertía en suyo, como trocaba en oro cuanto tocaba aquel rey legendario de Frigia –afirmación que el mismísimo Alejandro habría sido el último en refutar–.

Así y todo, a aquel conquistador sin límites tampoco le han faltado severos detractores. Citemos, una vez más, el libro IV de la obra de sir Walter Raleigh *The History of the World*:

> [T]odo hace pensar que la Fortuna y el Destino –si es que pueden emplearse tales términos– congregaron y pusieron a su disposición tanto montañas de hombres dispuestos a rendir, de buena gana, el pescuezo a su yugo como reinos que invitaban y emplazaban a sus propios conquistadores.

Un servidor tiene la esperanza de poder demostrar que se trata de un juicio injusto hasta extremos monstruosos. Resulta, no obstante, aleccionador pensar que, tal como señaló en cierta ocasión, pecando, comprensiblemente, de hiperbólico, Napoleón Bonaparte, uno de los mayores admiradores de nuestro personaje: «Conquistar no es gran cosa; uno debe sacar provecho de su propio éxito».

Comencemos, en consecuencia, por poner a Alejandro en un aprieto, tal como hicieron, al fin, los macedonios que se amotinaron en Opis, cerca del Bagdad de nuestros días, durante el verano de 324. El general les respondió con una arenga afrentosa en la que opuso la grandeza de los logros que habían obtenido bajo su mando a sus viles intentos de desertar y omitir cumplir con su deber. Esto fue lo que dijo, o más bien, lo que puso Arriano en su boca:

> Ahora, todos queréis abandonarme. ¡Marchaos, pues! Y cuando regreséis a vuestros hogares, decid que vuestro rey, Alejandro, conquistador de persas, medos, bactrianos y sacas; destructor de uxios, aracosios y drangianos; el que ha anexionado a su Imperio a partos, corasmios e hircanos de lugares tan remotos como las orillas del mar Caspio; el que ha atravesado el Cáucaso hasta llegar más allá de las Puertas del Caspio y cruzado el Oxo, el Tanais y el Indo, cosa que sólo había hecho antes Dioniso, y el Hidaspes, el Acesino y el Hidraotes, y habría hecho otro tanto con el Hipasis si no hubieseis dado un paso atrás amedrentados; el que ha avanzado con paso firme hasta el gran Océano a través de las dos desembocaduras del Indo y ha atravesado el desierto de Gedrosia, en donde jamás había puesto nadie un pie seguido de un ejército,

> amén de adquirir, de paso, Carmania y la tierra de los oritas, en tanto su flota había barajado ya el litoral que corre de la India a Persia; el que habéis hecho regresar a Susa... Decid que ha sido a él a quien habéis abandonado y dejado a merced de los bárbaros.

Hay mucho desprecio en este «bárbaros», por más que, comúnmente, el soberano profesase a éstos un desdén mucho menor que la generalidad de sus soldados macedonios.

Este pasaje de talante retórico nos resulta de utilidad en dos sentidos principales. En primer lugar, transmite, con un estilo un tanto impresionista aunque de un modo que no deja de impresionar, la inmensidad geográfica de los logros políticos y militares obtenidos por Alejandro Magno; y además, nos recuerda que todos estamos sujetos al arbitrio de las fuentes disponibles, tal como sucede, en este caso, con Arriano. Tal hecho no reviste, acaso, una importancia tan marcada cuando los testimonios con que contamos se contradicen en lo relativo al número de combatientes, de víctimas, etc. –si bien tales discrepancias pueden ser por demás elocuentes–; pero sí que resulta crítico cuando las disconformidades son como las que se dan, por ejemplo, en torno a los detalles de la batalla del Gránico, entablada en 334. ¿Se lanzó enseguida el macedonio al ataque, tal como asevera Arriano, u optó por acampar, conforme a la narración de Diodoro, para cruzar el río sin ser notado al amanecer? Si queremos decantarnos por una u otra versión, habremos de formularnos preguntas como ésta: ¿cuál o cuáles de las fuentes últimas pueden haber sido más propensas a inventar, suprimir o distorsionar los datos reales: las de Arriano, o las de Diodoro? A la larga, la respuesta se reduce, a menudo, según nuestro juicio subjetivo, del género de comportamiento que podríamos suponer a Alejandro a partir del concepto global que tengamos de su actitud y su patrón de conducta. Sin embargo, como tal concepto tiene que haberse extraído, en mayor o menor grado, de aquellas mismas fuentes, jamás podremos zafarnos del riesgo de caer en un círculo vicioso argumentativo.

Y aún queda por hacer otra advertencia: por desgracia, incluso –o especialmente, tal vez– los testigos de vista que han tomado parte en los hechos son incapaces de convenir, con posterioridad, en cuál fue el desarrollo exacto de una batalla dada. En tal caso, se impone la naturaleza parcial de la

visión, los recuerdos y los intereses de cada uno. Cualquier presentación moderna de los hechos que pretenda exponer lo sucedido sin controversia y determinar con precisión lo que ocurrió durante un combate en particular, así como cuándo y cómo sucedió con exactitud –por no hablar ya de una explicación, optimista por lo confiada, del por qué– merece ser tratada, por ende, con el mayor recelo, cuando no con incredulidad. Aun así, y sin perder de vista en ningún momento dichas salvedades, quien esto escribe alberga el propósito de entrar en lid. A modo de plan de campaña historiográfica, adoptaré el «método de probabilidades inherentes» del general de división J. F. C. Fuller. Según éste, «una vez evaluados el carácter y los dones de un general, desentrañados sus objetivos y preocupaciones, y analizadas las condiciones en las que se le pidió que combatiera, nos es dado obtener una imagen probable en grado sumo de cuanto sucedió en un conjunto dado de circunstancias». Dejémoslo, de cualquier modo, en «bastante probable».

Ya conocemos el carácter proverbial de la suerte de Alejandro Magno. En una de sus primeras obras retóricas, Plutarco llegó a sentirse obligado a defenderlo frente a quienes lo acusaban de deber *sin más* su éxito a la buena ventura. Con todo, fue un golpe de fortuna, cuando menos, para su futuro en calidad de general el haber nacido hijo de Filipo II de Macedón y haber heredado nada menos que el mejor ejército que hubiera conocido hasta entonces el continente europeo –si bien el propio Alejandro debió de considerar este hecho una bendición sólo a medias–. A esto hemos de añadir que Filipo, claro está, se benefició a su vez de una serie de avances militares obtenidos en el pasado, de los cuales supo obtener gran provecho con no menos genialidad, y que sus logros habrían sido impensables antes de mediados del siglo IV a. C.

No falta quien haya afirmado, con Cicerón, que «el dinero es el alma de la guerra». Y con razón: Filipo conquistó y anexionó a Macedón tierras que producían en abundancia metales preciosos susceptibles de ser extraídos. En 356, se hizo con los yacimientos de oro y plata del monte Pangeo, de las que se decía que le proporcionaban unos ingresos anuales de mil talentos de plata. Por otra parte, dejó bien clara su propiedad al cambiar por el de Filipos el nombre de la ciudad de Crénides, sita en la región minera. Tamaño caudal lo utilizó en forma de moneda con diversos fines: para sobornar a políticos

extranjeros –Diodoro resulta no poco convincente cuando asegura que sus triunfos diplomáticos le reportaron tanta o más satisfacción que sus victorias militares o las de sus generales–, para contratar a mercenarios griegos y para distribuir dádivas entre sus soldados macedonios. También lo empleó, por otra parte, para patrocinar a especialistas helenos en tecnología, como el ingeniero tesalio que diseñó para él la primera catapulta de torsión factible y capaz de lanzar saetas. Asimismo, puede darse por hecho, sin duda alguna, que este dinero contribuyó a mejorar el armamento de ataque y defensa y otros efectos militares, si bien debía de hacer falta pertenecer a la familia real para permitirse el lujo de adquirir un peto de hierro ornado de oro como el que perteneció a uno de los ocupantes del gran túmulo de Vergina (figura 1).

Hasta el final mismo del siglo V a. C., Macedonia había sufrido cierto atraso en los planos económico, político y cultural, y por ende, también en el militar. Durante el reinado de Filipo, las relaciones de producción aún eran las propias de un sistema que podríamos llamar «feudal». Como el resto de Grecia, la nación constituía, en lo fundamental, una sociedad agraria. No obstante, la mano de obra no procedía principalmente, como en el Ática, de los campesinos minifundistas libres o de los esclavos propiedad de los atenienses más acomodados, sino de trabajadores dependientes de origen tracio cuya condición se hallaba muy próxima a la del siervo, lo que los hacía más semejantes a los ilotas de Esparta o los penestas de Tesalia. Si bien estos dos últimos grupos eran helenos desde el punto de vista étnico, la comparación con los penestas resulta en especial apropiada, por cuanto los plebeyos macedonios proporcionaban, como ellos, la base económica sobre la que se asentaba la aristocracia gobernante de opulentos militares de a caballo.

Hubo que esperar a la última década del siglo V para que el rey Arquelao echase a rodar, desde la recién fundada capital de Pella, sita en la Baja Macedonia, el proceso por el que se unificó ésta con la Alta Macedonia. Dicho soberano introdujo asimismo, aunque de manera parcial, el género de fuerza de infantería que habían tenido desde el siglo VII las ciudades griegas del sur, estables y relativamente urbanizadas: la falange de hoplitas con su armamento pesado. Aun así, la naturaleza del terreno macedonio y la estructura económica cuasi feudal garantizaban que, en su reino, la caballería

iba a seguir desempeñando un papel mucho más significativo –decisivo, de hecho– que en cualquier otra región de la Hélade continental, excepción hecha de Tesalia, con quien compartía frontera al sur.

Esta circunstancia, tal como se encargaría de poner de relieve Alejandro Magno más que nadie, constituía una verdadera bendición de la que la mayor parte de los griegos no era consciente. Y es que, para ellos, las unidades montadas servían, sobre todo, para llevar a cabo labores de reconocimiento, hacer estragos en las cosechas del enemigo o proteger las suyas de ser destruidas por éste, perseguir o defender a una hueste en retirada u hostilizar las líneas de hoplitas con armamento arrojadizo; es decir: para casi todo, excepto para asestar el golpe determinante en un combate bien organizado. Esta última era, precisamente, la función que confiaban los helenos a sus milicias de hoplitas, quienes fundaban sus ataques en embates relativamente inmóviles, convertidos casi en un ritual, y en topadas frontales. Este género de guerra era, en esencia, cauteloso y, de hecho, propio de aficionados en lo que respecta tanto a la estrategia como a los pertrechos empleados. Se ha observado, con no poco tino, que cierto escudo hallado por los arqueólogos estadounidenses que exhumaron las ruinas de Olinto, una de las ciudades principales de Calcídica, asolada en 348 por Filipo, no habría desentonado, en absoluto, en el brazo izquierdo de Arquíloco, soldado y poeta que había florecido tres siglos antes. Sin embargo, en lo concerniente a las artes militares –igual que en otros muchos aspectos–, la guerra ateno-peloponesia de entre 431 y 404 constituyó un momento determinante.

Aquel conflicto se empeñó por tierra y mar a lo largo de un período correspondiente a toda una generación y en una amplia variedad de terrenos y situaciones, lo que exigió grandes dosis de improvisación táctica y obligó a los griegos a replantear actitudes marciales muy arraigadas. En lo que toca a la estrategia, la movilidad a la hora de atacar se convirtió en algo más importante que la rigidez total en la defensa. El poderío naval de Atenas permitió a sus ciudadanos poner en ridículo las invasiones anuales que acometían los espartanos contra el Ática antes mismo de la recolección del grano –cebada sobre todo–. Aun así, hasta los lacedemonios, de ordinario ultraconservadores, supieron adoptar una estrategia nueva por entero para esta fase decisiva de la guerra. Más importante aún que estos avances fue el

hecho de que toda una generación creciese sin conocer mucho más que el servicio militar activo, o cuando menos, que la existencia en tiempos de hostilidades. Lo que los helenos llamaban *stasis* –es decir, discordia intestina entre clases o, sin más, guerra civil– aumentó de forma exponencial a lo largo de la guerra del Peloponeso, tal como señaló sin ambages su historiador, Tucídides de Atenas.

Como consecuencia directa, quedó desplazado un número considerable de jóvenes griegos, que Ciro el Joven, pretendiente al trono de Persia, no había dudado un instante en contratar en calidad de mercenarios entre 402 y 401 a fin de dar impulso a sus empeños –a la postre infructuosos– en arrebatar la corona a su hermano mayor Artajerjes II, rey de 404 a 359. La suerte que corrieron, tras aquello, los llamados Diez Mil quedó inmortalizada en la *Anábasis* de Jenofonte, la obra que tomó Arriano a guisa de modelo para su biografía de Alejandro. A medida que transcurría el siglo IV, se trocó en norma, más que en excepción, la contratación, por parte de las ciudades helenas, de mercenarios que las ayudasen a llevar a buen puerto sus guerras, así como, de modo correlativo, la prestación de sus ciudadanos a otros estados para hacer otro tanto con las suyas. También había individuos destacados que vendían sus servicios con carácter de «consejeros» a otras ciudades o potentados. El asesoramiento brindado por Caridemo de Atenas a Darío III de Persia durante la batalla de Iso constituye un caso especial, y Memnón de Rodas debe considerarse en una categoría un tanto diferente, ya que era medio oriental, al cabo, y quedó, por orden del gran rey, al cargo de una entidad menor –en grado nada desdeñable, además– de las fuerzas armadas persas: la Armada.

El elevado número de los mercenarios hizo, entre otras cosas, que la guerra se trocara, en el mundo del Mediterráneo oriental del siglo IV, en algo más «científico» aún, no sólo desde el punto de vista estratégico y el táctico, sino también desde el intelectual. Se incrementó la utilización de una infantería más ligera que la de los hoplitas, como la de los peltastas, que tuvo su origen en la Tracia no griega y cuyo nombre proviene del que designaba al escudo, mucho más liviano, con que se defendían. También aparecieron ingenios militares mecánicos como la catapulta de torsión destinada a lanzar flechas, y comenzaron a escribirse –y a circular– manuales sobre el arte de la

guerra. Un ejemplo célebre de esto último es el tratado sobre estrategias de sitio escrito por Eneas el Táctico, quien quizá formaba parte de los Diez Mil de Jenofonte. Los asedios resultaron de vital importancia para algunas de las mayores victorias de Alejandro Magno.

Las unidades favoritas de Filipo en el campo de batalla eran la caballería y la infantería, y en concreto, los combatientes que, más tarde o más temprano, se conocieron como caballeros *hetairoi*, *hipaspistái* y *pezhétairoi*. Los primeros, apostados a la derecha de la línea de combate, se encargaban de asestar el golpe definitivo. Si a la fundación del cuerpo, en 358, sólo lo conformaban seiscientos guerreros, Filipo se encargó de aumentar su número con tal ahínco que, llegado el año de 334, Alejandro tenía a su disposición a tres mil quinientos. Éstos, como todos los soldados de caballería de la Antigüedad, habían de luchar contra los inconvenientes que suponía el hecho de carecer de estribos y herraduras para sus monturas; pero los compensaban, con creces, con un intenso adiestramiento en el que destacaban las técnicas destinadas a dirigir con las rodillas los movimientos del caballo. Lo que perdían en protección corporal o en peso de lanza lo ganaban en velocidad, cohesión, manejo de la cabalgadura y arrojo a la hora de batallar a escasa distancia del adversario. La formación de cuño que tomó prestada Filipo de escitas y tracios se equipara, en la obra de cierto autor de la Antigüedad, a la visión de una bandada de grullas, pues resumía todas sus virtudes.

Entre éstos y los *pezhétairoi*, que avanzaban en el centro, tenían su puesto de combate los *hypaspistái*, fuerza selecta de guerreros de notable fuerza y altura que constituía poco menos que un cuerpo de profesionales –los comandos de aquel Ejército–. En la línea de combate, protegían el ala derecha de los *pezhétairoi*, desprovista de escudos, amén de formar un vínculo flexible entre ellos y la caballería. Fuera de ella, se les empleaba a modo de cuerpo especial al cargo de operaciones que requerían la velocidad y la resistencia necesarias para salvar grandes distancias –si bien de este cometido, como de cualquier otro, apenas sabemos nada hasta el reinado de Alejandro–. Los *pezhétairoi*, como los *hetairoi* de a caballo, se reclutaban según criterios territoriales. Tenían por rasgo distintivo la *sárisa*, pica con punta de hierro cuya asta, que podía alcanzar una longitud de cinco metros y medio, estaba conformada por dos secciones ensambladas de madera de

cornejo y había de manejarse con las dos manos (figura 23). Las armas de los soldados que constituían las tres o cuatro primeras filas de la formación sobresalían de la línea de frente y otorgaban a la falange la apariencia de un erizo de metal. El silbido de sus hojas –más pequeñas que las de los componentes de la caballería, por cuanto estaban diseñadas para perforar la armadura o la carne del rival más que para embestirlo con un golpe terrible que llegara en dirección ascendente hasta la cabeza– debía de constituir un espeluznante anuncio de lo que estaba por venir, y el grito de batalla macedonio –*Alalalalalái*!– no debía de hacer gran cosa por mitigarlo. De cuando en cuando, los *pezhétairoi* podían emprender en solitario una ofensiva determinante; pero por lo común, el golpe de gracia corría por cuenta de los *hetairoi* montados.

En otros estados helenos, el común de los ciudadanos libres varones de edad adulta no podía permitirse adquirir los pertrechos necesarios para sentar plaza en calidad de hoplita o caballero. En consecuencia, a falta de algo mejor, entraban a engrosar las líneas de la infantería ligera, cuerpo de importancia mucho menor. Nada podía contrastar más con lo que ocurría en el caso de las huestes de Filipo, en donde tanto la tropa ligera montada como la de a pie se hallaban constituidas, en su mayoría, por combatientes de fuera de Macedonia y revestían una gran importancia. Entre los soldados de la infantería, cabe destacar a los agrianios, procedentes de cierta región situada al norte del reino –y a los que se ha calificado, en ocasiones, de gurjas del Ejército de Alejandro–,[1] y a los arqueros griegos procedentes de Creta (tradición por demás antigua, que se remontaba, cuando menos, a los albores del primer milenio).

Otro elemento esencial de las fuerzas de Filipo, que se encargó de desarrollar en grado aún mayor su observante hijo, fue la artillería de sitio. Ya se ha mencionado la catapulta (*katapeltēs*) de torsión, inventada bajo los auspicios de aquél. Alejandro hizo un uso notable de esta ballesta destinada a lanzar saetas por medio de un resorte durante el cerco impuesto a Tiro –del que tendremos oportunidad de hablar más adelante–. Semejante ingenio tenía un alcance eficaz de trescientos metros. Asimismo, el segundo utilizó otras que, dotadas de ruedas o sin ellas, arrojaban piedras merced a un mecanismo semejante al de una honda. También las torres de asedio se hicieron, en

tiempos de uno y otro, más elevadas, sólidas, móviles y adaptables. No resulta difícil ver la conexión existente entre estas novedades mecánicas y el hecho de que los sitios de Filipo se levantaran en cuestión de días o semanas, y no de meses o aun años. Lo cierto es que el soberano sólo vio fracasar en dos ocasiones una campaña de esta índole, y en ninguna de ellas hubo de sufrir consecuencias desastrosas. Alejandro necesitó mucho más tiempo para completar su obra maestra en este ámbito, tal como veremos más adelante; pero tal se debió a circunstancias geográficas que escapaban a su potestad.

Éstos eran, por ende, los medios, humanos y no humanos, de que disponía Filipo en el campo de batalla. El soberano supo conjugarlos para crear una hueste imbatible –hasta después del año 353, cuando menos– a fuerza de moral, disciplina y adiestramiento. Buena parte del mérito corresponde al propio monarca en persona, si bien no cabe dudar de que contó con la ayuda de una serie de circunstancias externas. En 368, siendo príncipe, fue trasladado a Tebas, la mayor potencia militar de Grecia a la sazón, en calidad de rehén que garantizase el buen comportamiento de su hermano mayor, quien ocupaba el trono. En mi opinión, no puede negarse que los tres años de estancia forzada en la ciudad de Epaminondas y de Pelópidas, y en el hogar de otro caudillo distinguido, por nombre Pamenes, debieron de dejar su impronta en su modo de entender la guerra, en general, y sus tácticas y estrategias, en particular. Uno no puede menos de pensar de inmediato, por ejemplo, en el uso que hicieron él y Alejandro de la línea oblicua de ataque y la concentración de fuerzas decisivas. También influyó en su persona el contexto en que accedió a la dignidad de soberano, tras morir uno de sus hermanos en la derrota aplastante infligida por los ilirios, llegados del oeste, y enfrentado a enemigos procedentes de todos los puntos cardinales, tanto de dentro como de fuera de Grecia. Entre las lecciones que pudo aprender y aplicar figuran las de que la unión hace la fuerza, la seguridad radica en el número y la profesionalidad militar otorgaba poder: cosas fáciles de decir, aunque difíciles, hasta extremos endiablados, de poner en práctica.

Filipo gustaba de imponer una disciplina feroz a sus combatientes. Solía apostar soldados de caballería tras la retaguardia a fin de apresar a los desertores, y en cierta ocasión despojó de su cargo a un comandante

mercenario por lavarse con agua caliente –privilegio que en Macedón sólo se consentía a las puérperas–. Jamás dejaba de someter a sus hombres a ejercicios de instrucción militar, y en este aspecto, la inspiración no sólo le venía de Tebas, sino también de Esparta, por cuanto el conocimiento íntimo de las tácticas y la práctica reiterada engendraban coherencia en medio de la tensión propia del combate. Redujo la asignación de personal de servicio de uno por soldado –lo normal en el caso de los hoplitas griegos– a uno por cada diez, de modo que obligó a los hombres a desenvolverse por sí mismos al tener que acarrear sus propias provisiones y pertrechos durante largas marchas de entrenamiento. Tales medidas iban a resultar de gran ayuda a Alejandro Magno, por cuanto reducía el tamaño del bagaje –no en vano procede la palabra *impedimenta* del plural latino de *impedimentum*, «obstáculo, estorbo», por causa de la gran variedad de trastos que dificultaban el progreso de los ejércitos–. En los Balcanes, Filipo convirtió el de la distancia en un factor sin importancia en la guerra por vez primera. Asimismo, desconcertó a Demóstenes al batallar en todo momento y estación del año, proceder que pareció muy poco cortés a aquel político ateniense, poco aficionado a los quehaceres castrenses. En breve, el macedonio transformó por entero la actividad bélica y dejó a sus huestes sin rival en toda la Hélade no insular.

Si Filipo adolecía de alguna debilidad militar manifiesta, no era sino por mar: ni heredó ni desarrolló nada que pudiera calificarse de Armada macedonia, si bien tras la conquista de las ciudades griegas de Anfípolis (357), Metone (354) y Olinto (348) tuvo fácil acceso a puertos de calidad y fáciles de vigilar. Esta omisión, sin duda deliberada, explica tal vez por qué tuvo como entre algodones al único estado heleno que podía remediar tal carencia con miras a sus planes de invasión del Imperio persa: Atenas. Su hijo, sin embargo, pensó, por el contrario, que podía permitirse tratarla con más severidad tras decidir –con razón, según se vería con el tiempo que podía prescindir, en medida considerable, de cualquier flota, incluida la ateniense: una ilustración espléndida de la interacción existente entre los factores políticos y militares.

Aun así, según el parecer del joven Alejandro, la falta de una Armada en condiciones no era, ni mucho menos, el único –ni el mayor– defecto de que adolecían las poderosas fuerzas armadas de su padre. Y es que, junto con éstas, el nuevo soberano heredó al subir al trono el alto mando de Filipo. Se hace necesario ejercer un verdadero esfuerzo imaginativo consciente para recordar que Alejandro Magno no tenía derecho divino alguno a gozar de una autoridad incontestable: tuvo que ganarse –o forjar– su supremacía. Por encima de todo, debía hacerse valer frente al peso descomunal de la influencia de Parmenión, noble procedente de la Alta Macedonia y general de relieve de Filipo desde el principio mismo de su reinado (principios de la década de 350).

En 336, Parmenión rondaba los sesenta y cuatro años, con lo que triplicaba con creces la edad de Alejandro y lo superaba en poco menos que dos generaciones. Filipo lo había enviado durante la primavera de aquel año a Asia Menor para que estableciese una cabeza de puente. En 334 seguía allí, en calidad, ahora sí, de subordinado inmediato del hijo de su anterior señor, puesto que habría de ocupar hasta su muerte –su asesinato, por mejor decir–, acaecida en 330. Tampoco fue, en absoluto, el único integrante de su familia o de su círculo familiar que disfrutó de un alto cargo militar a las órdenes de Alejandro Magno: uno de sus hijos, Filotas, ejerció de comandante en jefe del cuerpo de caballería de los *hetairoi*, tal como hemos señalado en el capítulo 4; otro, Asandro, acaudilló a los *pródromoi*, la avanzadilla montada del Ejército, y otro más, Nicanor, estuvo al frente de los *hypaspistái*; Ceno, su yerno, capitaneó uno de los seis regimientos de infantería de los *pezhétairoi*, reclutado en Elimea, cantón de la Alta Macedonia; un amigo suyo, Hegéloco, mandó un escuadrón de *hetairoi* de a caballo en la batalla de Gaugamela, y otro, Poliperconte, el regimiento de infantería de Tinfea, ciudad de la Alta Macedonia, tras la batalla de Iso. Por otra parte, los tres hijos de Andrómenes, amigos de Filotas, acaudillaron en uno u otro período uno más de los seis regimientos de infantería.

Se trata, en suma, de una red impresionante de influencias, cuando no de supervisión, en el seno del alto mando, y en el centro mismo se encontraba Parmenión, quien, si hemos de hablar de facciones, era más «filípico» que «alejandrino». Un hombre del temperamento de Alejandro Magno, que

albergaba planes tan ambiciosos en lo tocante a su posición personal y su imperio en Asia, no podía menos de considerar a aquel general conservador y tradicional, así como a sus inmovilistas seguidores, un obstáculo ciclópeo. Expuestas así las cosas, no es difícil, en opinión de quien esto escribe, explicar por qué el soberano pudo desear, al cabo –y antes de la batalla de Gaugamela, mejor que después–, desembarazarse de él de manera permanente, fin que sólo podía obtener por medio del asesinato.

También da cuenta esta circunstancia de por qué hubo de permanecer Parmenión en Ecbatana en 330, y de por qué se espió a Filotas. No otro fue, además, el motivo de la denigración «autorizada» del general que nos transmite Arriano y que tiene, sin duda, sus orígenes en el historiador oficial Calístenes. El infausto episodio de las ejecuciones de Filotas y Parmenión en el año citado también nos recuerda que, a la hora de evaluar la vertiginosa ascensión de Alejandro en cuanto general, resulta de vital importancia no enfocarla desde un punto de vista anacrónico. Y así, no podemos trasladar la posición de autoridad incuestionable que había adquirido con respecto a su estado mayor general y el resto de sus caudillos llegado, digamos, 328 –año en que mató a Clito *el Negro*– a la situación existente en 336, cuando accedió al trono, o en 334, fecha de la última de las impecables batallas que empeñó contra Darío III.

Tras ejecutar a Parmenión y su hijo, el soberano llevó a término una reorganización de no poca entidad entre quienes ocupaban los cargos militares más elevados de su Ejército. Jamás volvería a haber en lo más alto un único comandante en jefe como Parmenión. Por otro lado, escindió el mando general de los *hetairoi* montados, posición que había ocupado Filotas. En un primer momento, lo dividió entre dos adalides, que recibieron el título de *hípparchos*, «comandante de caballería». Uno de los dos afortunados fue Efestión, militar «alejandrino» por excelencia; el otro, Clito *el Negro*, hermano del ama de cría de su señor, a quien había salvado la vida durante la batalla del río Gránico (capítulo 6). Su nombramiento estaba destinado, posiblemente, a sosegar a los macedonios de más edad del Ejército al hacerles ver que no pretendía cambiarlo todo de manera radical, en tanto que

de haber constituido comandante único a Efestión, cuyo historial militar nada tenía de significativo, habría transmitido una impresión diametralmente opuesta.

Clito, sin embargo –y por desgracia para él–, pecaba, en cierto sentido, de conservador y tradicional en exceso. Al recordar a Alejandro –en Maracanda, en 328– cuán agradecido debía estar a Filipo y a otros, y poner de relieve los peligros que comportaba una autocracia despótica, incurrió en la temeridad de pronunciar las palabras inadecuadas en el momento más inoportuno, y acabó por pagar con su vida. A finales de 327, si no antes, los dos *hípparchoi* se habían trocado en ocho. No deja de sorprender que fuesen hombres de distinción elevadísima, cuando quienes habían mandado, en el pasado, escuadrones de *hetairoi* de a caballo habían sido, por lo común, gentes relativamente mediocres –el propio Clito constituye una excepción de esto último–. De las filas de estos *hípparchoi* de nuevo corte habrían de salir los que podrían llamarse, con acierto, los mariscales del futuro Imperio nuevo de Alejandro Magno: Efestión, Ceno, Perdicas y Crátero. Por desconcertante que pueda resultar, el que Ceno, yerno del difunto Parmenión y cuñado del interfecto Filotas, hubiese logrado sobrevivir a la matanza selectiva de que fue víctima su familia en 330 tiene una explicación bien sencilla; y es que no dudó en mudar casaca y declararse partidario ferviente del soberano.

Con todo, cabe que nos preguntemos si no había, en el paso de *ilai* («escuadrones») a *hipparchíai* en el seno de la caballería de *hetairoi*, nada más que un simple cambio en el nombre de las principales subdivisiones del cuerpo. Por desgracia, como de costumbre, los testimonios antiguos de que disponemos no nos permiten responder. Sin embargo, resulta muy convincente la propuesta moderna según la cual coincidió con un cambio radical en la composición étnica de dichas unidades. Llegado 324, sea como fuere, sabemos, sin lugar a dudas, que Alejandro estaba aunando lanceros orientales con guerreros macedonios en los mismos géneros de tropa, y la teoría a que nos referimos sostiene, por lo tanto, que tal práctica debió de introducirse muchos años antes, quizás en una fecha tan temprana como la de 330, cuando ya se estaba sirviendo, con total seguridad, de soldados de Oriente en calidad de tiradores de jabalina y arqueros montados. Si se hubiera producido con tanta antelación, semejante mudanza iría a sumarse a los

factores que explican la pendencia fatal que tuvo lugar entre Alejandro y Clito en 328 y la repugnancia que suscitó el intento de orientalizar el ceremonial de la corte greco-macedonia en 327 por medio de elementos como la *proskýnēsis*. Aunque el soberano no tuvo más remedio que echarse atrás en lo tocante a esto último, nada ni nadie iba a impedir que culminase la fusión en el plano de lo militar. La reestructuración del alto mando y la orientalización de su hueste tras el año 330 deben considerarse, en consecuencia, dos caras de la misma moneda. En ambas está representado el deseo arrollador de independencia de pensamiento y acción de Alejandro Magno (véase el capítulo 8).

Hasta aquí, lo que toca a las condiciones existentes cuando se requirió al macedonio para que hiciese la guerra. Pasemos ahora a lo que J. F. C. Fuller llama «la meta y el problema» de Alejandro, con lo que se refiere, en especial, a sus «operaciones en proyecto», o lo que es igual, su estrategia. Desde el principio mismo de la expedición, puso la mira en conquistar y dominar toda «Asia». Este concepto, cuya flexibilidad le resultó por demás conveniente, podía ser interpretado desde un punto de vista político –para designar al Imperio persa existente– o geográfico –con lo que abarcaría cualquier entidad más amplia al arbitrio del monarca–. En este último sentido podía extenderse –o llevarse al límite, en un sentido literal– hasta el confín del mundo que cercaba el Océano. Su problema consistía en decidir qué estrategia habría de adoptar para alcanzar esta meta de conquista. Ténganse en cuenta las sabias palabras del general prusiano decimonónico Karl von Clausewitz, autor del manual castrense clásico *De la guerra* (*Vom Kriege*): «la estrategia da forma al plan de la contienda» y, en un plano más elevado, «linda con la ciencia política, o más bien ... se hace una con ella». Quizá no es frecuente pensar en Alejandro Magno como en un politólogo, y sin embargo, es evidente que el programa de fusión étnica que emprendió en el Ejército y el modo como manipuló la composición del alto mando a fin de llevarlo a término no se contradicen, precisamente, con tal idea.

Tal como pone de relieve el análisis de Fuller, la aplicación práctica de la estrategia entraña siete principios básicos: aumento máximo de las fuerzas y la energía marcial, concentración de fuerzas en el punto decisivo, velocidad, sorpresa, consolidación de la victoria mediante la persecución

inmediata del enemigo, creación de bases seguras y, por último, establecimiento de un sistema seguro de comunicaciones. La genialidad que desplegó el macedonio en el campo de batalla ilustra un aprovechamiento efectivo –hasta extremos portentososde dichos fundamentos. En este sentido, descuellan en particular cinco episodios: la campaña de 335, la guerra marítima (334-332), el sitio de Tiro (332), la batalla de Gaugamela (331) y la batalla del Hidaspes (326).

Al saber de la muerte de Filipo en otoño de 336, varios estados griegos, entre los que destacaban Tebas y Atenas, se rebelaron contra Macedón. El nuevo monarca emprendió entonces una veloz marcha en dirección a la Hélade central e, intimidándolos, los sometió y los hizo renovar sus juramentos de lealtad a la Liga de Corinto. Desde aquel momento, toda Grecia tuvo claro que Alejandro no era, ni por asomo, el «niño» que, desdeñoso, describía Demóstenes. (Tres siglos más tarde, no faltaron romanos que menospreciasen en términos similares a Octaviano a la edad de veinte años, antes de que, con treinta y seis, se convirtiera en el emperador Augusto.) Si los helenos habían de sacudir con éxito su yugo, jamás podrían hacerlo cuando el rey tuviese las manos libres para hacerles frente. El año 335, por ende, pareció ofrecerles una situación más prometedora por la feliz semejanza que guardaba con los días infaustos –dichosos para ellos– que conoció la monarquía macedonia antes de la llegada al poder de Filipo.

Alejandro Magno topó entonces con que había de resolver, de manera simultánea, las dificultades surgidas en sus confines oriental, septentrional y occidental por causa de tribalios, peonios e ilirios respectivamente. Necesitaba hacer una demostración firme de su autoridad si quería proteger dichas fronteras, y tal cosa exigía una intervención militar contundente. Sin embargo, había en juego una consideración más, aplicable no sólo a los molestos vecinos del norte, ajenos a la Hélade, sino también a toda la Grecia continental. Al objeto de promover la expedición contra Persia que ya se hallaba en marcha, y a la que deseaba unirse tan pronto como le fuera posible, no tenía más opción que apaciguar la retaguardia, y hacerlo de tal modo que pudiera dejar atrás las tierras helenas sin recelo, sabedor de que

quedaban en manos de un subordinado inmediato de su total confianza y de que no albergaría temor alguno de tener que regresar desde Asia en cualquier momento para resolver los asuntos que pudieran surgir al sur de los Balcanes –tal como había sucedido, en 394, al rey Agesilao de Esparta–. Esta circunstancia explica por qué, lejos de contentarse con dominar, sin más, a los guerreros de las tribus colindantes, siguió avanzando hasta tierras situadas tan al norte como las de la margen más remota del Danubio, que podía considerarse la frontera «natural» septentrional de su Macedonia imperial. Asimismo, da cuenta de la severidad con que trató a los griegos meridionales, quienes, una vez más, al oír falsas noticias de su muerte entre los ilirios, se alzaron abiertamente encabezados por Tebas.

Ya sabemos que, en 340, cuando sólo contaba dieciséis años, había ejercido ya de regente de su padre y dirigido, con dicha investidura, una operación militar victoriosa en Tracia. Asimismo, habría acaudillado la caballería de los *hetairoi* durante el célebre triunfo logrado por Macedón sobre Tebas, Atenas y sus aliados en Queronea en 338. Sin embargo, el problema surgido al norte durante la campaña de 335 requería planificar por adelantado, anticiparse a los acontecimientos, improvisar sobre la marcha ante la aparición de obstáculos inesperados –pertenecientes tanto al ámbito de lo meteorológico como al de lo tecnológico– y, tal vez por encima de todo, ejercer el mando con ademán confiado e inspirador.

Todo eso, y más, hizo Alejandro mientras eludía el aluvión de carros que arrojaba el enemigo sobre sus huestes a través del angosto desfiladero de Sipka, instalaba piezas de artillería de largo alcance con las que proteger a los suyos mientras cruzaban el Danubio con la ayuda de flotadores improvisados con pellejos rellenos de paja y aterrorizaba a los de Iliria mediante una demostración de la destreza adquirida por los macedonios a la hora de ejecutar avances y contramarchas. Para coronarlo, además, intervino en su favor lo que sin duda fue un golpe de suerte. Acababa de sofocar a esos perennes levantiscos que eran los ilirios cuando recibió nuevas de una segunda revuelta protagonizada por griegos mal informados. Antes de que transcurrieran dos semanas, salvó con sus fuerzas quinientos kilómetros en

dirección sur y llegó a las murallas de Tebas a través de una ruta inesperada –que evitaba pasar por las Termópilas–, con lo que sumó a tamaño ejercicio de velocidad el factor sorpresa.

Tal fue, de hecho, el sobresalto –o la conmoción– de los asediados tebanos, que se negaron en un principio a creer que quien se hallaba a sus puertas era el mismísimo Alejandro. Desde el punto de vista militar, la rebelión llegó a su fin en un espacio de tiempo extraordinario por su brevedad, siendo así que, a continuación, el sitiador demostró no tener rival cuando de cercar una plaza se trataba. Lo que siguió, sin embargo, no tuvo menos de político que de castrense, lo que hace que recordemos el adagio más célebre –aunque pocas veces se interprete con corrección– de Clausewitz, según el cual la guerra es «la continuación de la política –o los programas políticos– con la adición de otros medios». El aniquilamiento casi total que sufrió Tebas en octubre de 335 fue, por encima de todo, un acto de terrorismo político destinado a disuadir a cualquier heleno de albergar semejantes ilusiones de poder escapar a voluntad al yugo macedonio.

Alejandro Magno necesitó sólo seis meses para acrecentar la seguridad del territorio central de su reino macedonio y apaciguar su retaguardia antes de unirse a la fuerza avanzada que había partido ya a invadir y conquistar Asia. Aquel joven de veintiún años demostró así que había alcanzado la madurez suficiente en cuanto general a una edad notablemente temprana.

Las fuentes griegas han sido siempre propensas a exagerar la magnitud del armamento persa a fin de presentar engrandecidas las derrotas infligidas al enemigo. No debemos, por lo tanto, lanzarnos a creer que, por ejemplo, en 480 el gran rey Jerjes poseía 1.207 embarcaciones en aguas de Salamina. Podemos reducir tal cantidad a la mitad, y hasta a un cuarto, sin miedo a quedarnos cortos. Por otra parte, parece que en los siglos V y IV, el soberano de Persia –cualquiera de ellos– disponía, de ordinario, de una flota de unas trescientas naves con las que hacer frente a cualquier emergencia surgida en el Mediterráneo oriental. Y éste es, posiblemente, el volumen aproximado con que debió de suponer Alejandro Magno que batallaría en el año 334. Cierto es que Fenicia y Chipre, las regiones principales de las que procedían

los integrantes de la Armada persa, habían permanecido alzadas en armas hasta sólo doce años antes; pero también lo es que no había razón alguna de peso que pudiese haber movido al macedonio a pensar –o esperar– que no iban a proporcionar su cupo correspondiente a fin de impedir su avance.

Fue, por consiguiente, otro golpe de suerte en su favor el que Darío III no movilizase la flota persa a tiempo para impedirle el paso del Helesponto. La importancia de este feliz acaso es aún mayor si tenemos en cuenta que, aunque Atenas sola tenía casi cuatro centenares de barcos en sus astilleros en 334 –disponemos de registros procedentes de las atarazanas– y sería capaz, una docena de años más tarde, de dotar de tripulación a ciento setenta de ellos –durante el alzamiento contra Macedón–, el total de las fuerzas navales de Alejandro aquel mismo año apenas superaba los ciento sesenta. La explicación más convincente de tan manifiesta insuficiencia es sencilla: no confiaba lo bastante en los atenienses para emplear su flota con tranquilidad.

Todo apunta a que lo ocurrido en 334 en la ciudad jonia de Mileto constituye una prueba de esto último. Allí, el macedonio desarmó incluso las naves que poseía, excepción hecha de veinte de las de Atenas. Este hecho lo dejó al mando de una flotilla más que de una flota, aunque lo cierto es que no pretendía destinarlas a efectuar operaciones navales ofensivas, sino a hacer de campamentos flotantes en los que retener a los rehenes, unos cuatrocientos ciudadanos atenienses en total. La amenaza que pendía sobre sus vidas sería fianza del buen comportamiento de sus conterráneos mientras él se hallaba en Asia. Parece que el propio soberano bromeó diciéndose capaz de conquistar la Armada persa desde tierra, capturando sus bases. Este género de comentarios era necesario a modo de propaganda con la que elevar la moral; pero también porque, de hecho, semejante estrategia naval –o no naval– constituía un acto de locura, o por hacer una estimación más generosa, una apuesta arriesgada en grado sumo. El que, a la postre, valiese la pena se debió a tres factores, dos de los cuales escapaban a la potestad de Alejandro.

En primer lugar, Memnón de Rodas, el mejor de los comandantes de Persia, murió, oportunamente, en verano de 333. Además de recomendar el empleo de tácticas de tierra quemada –en lugar de acciones fallidas como la batalla campal del Gránico– contra Alejandro en Anatolia en 334, había logrado evitar, avanzado aquel año, que hiciera del sitio a Halicarnaso una

completa victoria militar, y por encima de todo, había concebido la estrategia, mortal en potencia, de utilizar la supremacía naval persa en el Egeo para asestar al macedonio una puñalada por la espalda fomentando el descontento en la Grecia continental. ¿Qué hubiese ocurrido si las embarcaciones del gran rey hubieran llegado al Pireo en 333 o, mejor aún, 332 con sumas generosas de dinero contante? Tal vez nos acerquemos a la respuesta correcta si consideramos que, en realidad, ocurrió tal cosa durante la guerra lamíaca de 323-322, aunque en este caso el dinero persa carecía del respaldo de sus naves. Lo más seguro es que Alejandro Magno se hubiese visto obligado a volver a Grecia, aunque fuese de modo temporal, hasta estabilizar la situación en nombre de su regente Antípatro. Con todo, quiso el azar que Memnón muriese, y lo cierto es que sus sucesores fueron mucho menos eficaces. Darío hizo volver a su lado a los navegantes helenos mercenarios y destinó su oro a prepararse para empeñar, en noviembre de 333, la batalla de Iso, contienda que quizá tuviese que haber ganado y de la que, sin embargo, no salió victorioso, tal como tendremos ocasión de ver.

En aquel punto, entró en juego el segundo de los factores que escapaban al dominio directo del macedonio. Los refugiados del bando persa tras la batalla de Iso trataron de abrirse paso hasta el Egeo con el propósito de unirse a la flota persa, y fueron derrotados en tres ocasiones, tras encuentros heroicos y desesperados, por Antígono *el Tuerto* (Monoftalmos), comandante de Frigia Mayor. A Alejandro, claro está, debemos reconocerle el mérito de haber encomendado al hombre correcto, en el lugar adecuado y en el momento preciso la tarea de evitar que se interrumpieran sus comunicaciones. Aun así, eso es apurar mucho las cosas. Por otro lado, el tercer elemento de los aludidos sí se debió por entero a la labor del soberano. Si quería derrotar por tierra a la Armada persa, había de someter a asedio todo un rosario de plazas, y durante la más desmoralizadora de estas operaciones –un sitio que la mayoría de los generales jamás habría pensado siquiera en poner, por no hablar ya de hacerse con la victoria–, quedaron puestas a prueba hasta el extremo sus cualidades en cuanto caudillo en el campo de batalla.

«El genio –afirmó Napoleón– es la medida inexplicable de un gran comandante.» Y en ningún otro lugar como en Tiro, entre enero y julio de 332, demostró tener Alejandro Magno tanta dosis de dicha cualidad. Aquella ciudad de Fenicia (hoy el Líbano) consistía en una fortaleza insular amurallada de casi 4,5 kilómetros de circunferencia, separada de aquella región levantina del continente por unos ochocientos metros de mar. Los muros orientados al lado de tierra eran altos y espesos, y el agua que rodeaba la isla tenía un braceaje de 185 metros. El macedonio no disponía, como sabemos, de flota alguna, y ni siquiera su catapulta más eficaz podía hacer daño alguno de consideración a un paramento como aquel desde una distancia de más de ciento cincuenta metros. En consecuencia, optó por embarcarse en el único modo lógico –aunque por demás arriesgado– de ataque. Mandó construir un espigón entre el continente y Tiro a fin de emplearlo de plataforma sobre la que instalar sus colosales torres de asedio y las ballestas que arrojaban piedras y saetas. Contaba, al menos, con algo parecido a un precedente del que tomar inspiración: entre 398 y 397, Dionisio I, tirano griego de Siracusa, había completado con éxito el cerco de la ciudad fenicia de Motia, una isla de escasas dimensiones sita en la costa occidental de Sicilia, después de erigir un malecón. No obstante, el mar que circundaba Tiro era más profundo, y los fenicios de la ciudad, más arrojados que sus compatriotas de Motia. Ni siquiera las torres de asedio del macedonio, rascacielos de veinte plantas dotados de rezones mejorados, arietes reforzados, una mayor capacidad para transportar guerreros y ringleras de pieles sin tratar a modo de pantalla protectora para los sitiadores que se apiñaban en el interior, resultaban demasiado eficaces ante la resistencia denodada e ingeniosa de los tirios.

Arriano hace hincapié en la importancia decisiva que revistió aquel episodio atribuyendo a Alejandro una arenga enardecedora:

> Hermanos y conmilitones, no veo modo alguno de avanzar con seguridad hasta Egipto en tanto los persas dominan los mares. Perseguir a Darío teniendo a nuestra retaguardia la ciudad neutral de Tiro y estando Egipto y Chipre aún en manos del rival comportaría un riesgo tremendo, más aún habida cuenta de lo que está sucediendo en Grecia. Mientras nuestras huestes siguiesen el rastro a Darío más hacia el interior, en dirección a Babilonia, bien podría el persa recobrar el dominio de la costa, y trasladar,

> por ende, el conflicto a Grecia con más poder a sus espaldas. Allí, Esparta nos ha declarado ya sus hostiles intenciones, y Atenas no es más que un aliado poco dispuesto a quien, por el momento, mantiene de nuestro lado el miedo y no su buena voluntad. Pero si destruimos Tiro, toda Fenicia será nuestra, y su flota, el elemento que predomina en la hegemonía naval de Persia tanto por su número como por su destreza, no dudará, probablemente, en unir sus fuerzas a las nuestras.

Aun así, ni siquiera Arriano pudo hacer gran cosa por callar los muchos reveses que hubo de sufrir el macedonio, y entre los que se incluyen el abandono forzoso del primer espigón y una pérdida atroz de efectivos. La causa de lo primero, al decir de un experto en la historia del empleo del fuego en cuanto arma militar en la Antigüedad, fue «el brulote más extraordinario que se haya visto jamás»:

> Los historiadores Arriano y Quinto Curcio han descrito aquella nave como una bomba química incendiaria flotante. Los ingenieros fenicios armaron una embarcación de transporte de dimensiones considerables, usada en sus orígenes para acarrear cabalgaduras de la caballería, con dos palos y vergas, y de éstas suspendieron cuadro calderos rebosantes de azufre, betún y «toda suerte de materias aptas para servir de pábulo a las llamas». La cubierta de proa de la nave estaba atestada de teas de madera de cedro, brea y otros elementos inflamables, y la bodega, de broza seca empapada en más mixtos químicos. A la espera de un viento favorable, los remeros fenicios impulsaron aquel gigantesco brulote hasta el malecón de los atacantes ... El espigón disponía de dos torres móviles y numerosos ingenios balísticos tras sus empalizadas, protegidos todos con pantallas de pellejos sin curtir frente a las posibles flechas incendiarias. Los fenicios pegaron fuego a la embarcación de transporte y remaron a renglón seguido como locos de atar para estrellar aquella masa incendiada contra la construcción, antes de saltar por la borda y nadar hasta los esquifes que los llevarían a un lugar seguro. Al chocar el barco en llamas contra el malecón, los calderos derramaron su contenido inflamable y avivaron así el fuego.[2]

Se divulgaron no pocas historias novelescas al objeto de desviar la atención de las penalidades que conoció el atacante. Así, por ejemplo, en Pella, Lisímaco, quien había sido maestro suyo de infancia –y que se tenía por un Homero redivivo cuya misión era cantar las glorias de aquel nuevo Aquiles–, insistió, al parecer, en acompañar a Alejandro Magno durante la incursión que, con fines de divertimiento estratégico, planeaba emprender

contra algunos de los árabes que poblaban las montañas vecinas del Antilíbano. El anciano, sin embargo, fue incapaz de seguir el ritmo de los demás, y una noche oscura y fría habría muerto sin disputa, según refiere Plutarco, si su antiguo alumno no hubiese permanecido a su lado hasta el amanecer. Se dice incluso que su señor llegó a robar fuego, a la manera de Prometeo, a un par de los árabes acampados en las cercanías a fin de hacerlo entrar en calor. Aun así, ni éste ni otros relatos concebidos para elevar la moral de los oyentes dan cuenta de la incómoda verdad: que sin una flota en condiciones, la de Tiro era una empresa temeraria y aun disparatada.

Pese a todo, Alejandro logró alzarse, a un precio muy elevado, eso sí, con la victoria. El momento decisivo llegó, por fin, cuando acudieron en su ayuda 220 embarcaciones fenicias y otras de cuantas luchaban a las órdenes de Persia, atraídas por una contingencia que a la sazón parecía más probable que nunca: el triunfo total del macedonio sobre Darío. Al cambiar de bandera, estas naves le permitieron hacer frente a la Armada tiria y cerrar contra los muros, más débiles, que miraban al mar, así como construir un segundo espigón. Aquel éxito militar exigió, con todo, una dura combinación de tácticas destinadas a concentrar sus fuerzas, por un lado, y a distraer la atención del enemigo, por el otro. El caudillo macedonio hubo de emplear naves diseñadas para batir murallas, acometer asaltos de infantería protagonizados por comandos de *hypaspistái*, proteger a las fuerzas atacantes mediante los fuegos de la artillería que montaban algunas de las embarcaciones, encomendar a una flota sendas ofensivas contra los dos puertos de la isla y crear maniobras de divertimientos estratégico con arqueros y catapultas. Los sitiadores también hubieron de resistir ante otros diabólicos ingenios incendiarios fenicios que lograban introducir bajo sus petos partículas de arena inflamada que les quemaban la piel con un dolor difícil de soportar.

Dice mucho, por lo tanto, del don que tenía Alejandro para guiar gente de guerra el que, lejos de claudicar, lograra inspirar a sus hombres con la propia furia de su energía durante un período tan prolongado. Por más que uno de los sedicentes monarcas sucesores de Macedón, Demetrio, se ganara

el perenne sobrenombre de *Poliorcetes* («asediador de ciudades») pocas décadas después, el título podía haber correspondido a aquél con mucha más justicia.

Habían hecho falta, por ende, siete meses para lograr la victoria. Semejante lapso, permisible quizás en el caso de un cerco que figurase como única acción bélica de un año de campaña, tal como era común en la guerra de sitio tradicional de Grecia; pero en una expedición de conquista como la de Alejandro Magno, supuso un retraso considerable, así como un espléndido regalo para Darío después de la brutal derrota sufrida en Iso. También fue, quizá, lamentable que el macedonio desluciese su triunfo al hacer crucificar a dos millares de los cautivos tirios en un acto de venganza y castigo ejemplar cruel hasta lo salvaje.

Cuando alboreó el año de 331, el hijo de Filipo tenía ya en su haber dos victorias de relieve obtenidas con gran profesionalidad: la de la batalla del Gránico y la que había obtenido en la de Iso. Además, había sometido a Tiro tras un sitio largo y arduo y liberado a la mayoría de los súbditos del Imperio persa de los Aqueménidas que habitaban al oeste del Éufrates. Durante el invierno de 332 y 331, había efectuado aquella visita misteriosa al oasis de Sīwa para escuchar el oráculo de Amón, y en abril de 331, fundó con todas las formalidades la ciudad de Alejandría en el delta del Nilo. Hasta que tocaba a su fin la primavera de aquel año no volvió a centrar su atención con determinación y sin rodeos a su empresa más relevante: la derrota final de Darío III. El gran rey llevaba seis meses pensando hacer otro tanto con él, y había puesto todo su empeño en planificar el modo de conseguirlo, por cuanto, desde la batalla de Iso, Alejandro Magno retenía, en calidad de cautivos y rehenes, a diversos integrantes de su familia más inmediata entre los que se incluían su madre y una de sus esposas. (El célebre mosaico de aquel combate que fue hallado en Pompeya, y que se basa posiblemente en una pintura anterior, refleja con gran propiedad la dimensión psicológica de aquel enfrentamiento entre uno y otro soberano: en tanto que el macedonio pone la mira en Darío, éste vuelve las espaldas a su enemigo; véase la figura 20.) Además, debió de ser un portentoso acicate para la imaginación del persa el saber de que le sería imposible soportar otra derrota como aquélla.

Del desastre de Iso había aprendido más de una lección, y entre las más importantes se contaba la de que debía asegurarse no sólo de disponer de un número de fuerzas muchísimo mayor que su rival –quien había disfrutado, en este sentido, de una clara superioridad en el Gránico, aunque no en Iso–, sino también de que el campo de batalla fuese de su elección y poseyera todas las características necesarias para poder explotar dicha ventaja. Esto explica por qué no trató de impedir el avance de Alejandro. Éste partió de Egipto en dirección a Siria y a Asiria, y tras atravesar el Éufrates a su paso por Tapsaco (la moderna Meskene, quizás, o tal vez Carquemís), se dirigió al este, a través de Nisibis, y cruzó el Tigris –a la altura de la actual Bezabde– hasta llegar al lugar escogido por Darío: Gaugamela, en la región septentrional del Iraq de nuestros días. No había demasiada distancia de allí a Nínive, la ciudad en que había caído, en 612, el antiguo Imperio asirio a manos de los medos, primos hermanos de los persas.

Sería incorrecto, no obstante, decir que al macedonio lo atrajo allí Darío con señuelo alguno, ya que él también necesitaba y deseaba empeñar una contienda final, decisiva y sin restricciones, tal como pone de relieve uno de los intercambios verbales que se le atribuyen con Parmenión. Se supone que, la víspera de la batalla, éste le aconsejó acometer de noche a fin de reducir al mínimo la ventaja numérica de que gozaba Darío. «No tengo intención –repuso él con vehemencia– de rebajarme a robar la victoria como un vulgar ladrón». (No deja de ser curioso, por tanto, que en Irán sigan motejándolo en nuestros días de Iskánder, *el Ladrón*.) No lo llevó, en absoluto, a aseverar tal cosa el hecho de oponerse por principios a los triunfos ganados a hurtadillas, sino el de que, como Napoleón, estaba convencido de que, en la guerra, el factor moral va ligado al físico de manera indisoluble. El valor que revestía, en este sentido, la derrota de Darío en igualdad de condiciones durante un combate equitativo se consideraba inestimable desde el punto de vista militar y desde el político.

El día de la batalla, el 30 de septiembre o el 1 de octubre, los 47.000 soldados de Alejandro formaron frente a los de Darío, que sumaban acaso un cuarto de millón. El persa contaba con unos 30.000 hombres de a caballo procedentes de Media, Armenia, Afganistán y también Escitia, en tanto que su rival sólo disponía de unos 7.000. Aquél dispuso su caballería en una y

otra ala, entremezclada con tropa de infantería, y él ocupó el centro mismo junto con su guardia personal y quince elefantes indios –verdaderos tanques de la época–. Ante las dos alas situó más unidades de caballería, y frente al conjunto de la formación, doscientos carros escitas para los cuales se había nivelado el terreno. Como de costumbre, el gran rey flaqueaba en lo tocante a la infantería pesada, más aún cuando el número de mercenarios griegos que guerreaban a su servicio se había reducido a 6.000 (de los 30.000 que lucharon en Iso). Alejandro, por su parte, había hecho situar en el centro a 10.000 *pezhétairoi* armados de *sárisai*, y había protegido su flanco derecho con 3.000 *hypaspistái*, a modo de enlace con las unidades de *hetairoi* montados que, acaudilladas por el propio soberano, componían el ala derecha. Frente a estos últimos, a su diestra, había apostado a unos 2.000 arqueros, honderos y tiradores de jabalina. A la izquierda, los *pezhétairoi* enlazaban con los griegos de Tesalia y más soldados macedonios de caballería a las órdenes de Parmenión. Tanto superaban en número las huestes de Darío a las suyas que su derecha se encontraba ante el centro de la formación del persa. En consecuencia, a fin de defenderse ante cualquier maniobra de flanqueo, hubo de crear una segunda línea de defensa –lo que constituía una verdadera innovación– integrada por 20.000 soldados de infantería de dentro y fuera de Grecia. Éstos habrían de volverse a izquierda o derecha en caso de que Darío lograra sortear las fuerzas de caballería que guardaban los flancos, ocultas entre los infantes que había apostado a modo de saliente en el extremo mismo de cada ala. Tanto aquélla como éstas eran golpes maestros que carecían, con toda probabilidad, de precedentes en toda la historia bélica de la Hélade.

Resulta imposible reconstruir con precisión el desarrollo de la batalla propiamente dicha, tal como ocurre con cualquier otra acción de guerra antigua –y en cierto grado, también con las modernas–. Baste tener en cuenta, por no mirar más lejos –es un decir–, el polvo que debía de envolverlo todo a finales de un verano largo y cálido en una llanura del norte de Iraq como aquélla. Apenas puede seguirse y describirse, por tanto, a grandes rasgos. Operando con el orden de combate habitual, basado en la integridad de la línea de frente, Alejandro Magno efectuó un avance oblicuo dejando atrás el ala izquierda, estratagema que había aprendido de su padre, quien a su vez

había tomado del tebano Epaminondas. A medida que se aproximaban los dos bandos, el macedonio comenzó a trasladar toda la línea con brío hacia la derecha, en parte para mantener su caballería fuera del alcance de los elefantes de Darío, y en parte para evitar que el enemigo rebasara su ala diestra. Tal como pretendía, en el centro de las huestes persas comenzó a abrirse una brecha, y allí lanzó al galope las cabalgaduras de los *hetairoi* en veloz formación de cuño destacada del flanco derecho. Darío volvió a emprender una ignominiosa huida, aun cuando Mazeo, combatiente a su diestra, debía de estar defendiéndose –como mínimo– ante Parmenión, quien batallaba a la izquierda de su señor, y la línea de los *pezhétairoi* había sido atravesada en diversos puntos. La contienda, que se estaba librando en cuatro áreas separadas, se trocó en victoria por la concentración de unos tres mil *hetairoi* montados y ocho mil *hypaspistái* y otros soldados de a pie en uno de los puntos débiles de las líneas persas.

Confróntese esta relación, sucinta y sobria –al menos, eso espera quien esto escribe–, con el siguiente pasaje de Curcio, muy propio de su gusto por los presagios y las narraciones truculentas:

> Con sus cuerpos principales casi en contacto, los dos reyes lanzaron a sus hombres al combate. El número de persas muertos era mayor, y el de heridos era igual en uno y otro bando. Darío montaba su carro; Alejandro, su caballo, y ambos poseían una guardia personal de guerreros selectos que en nada tenían sus propias vidas ... [T]odos consideraban un destino noble el de hallar la muerte bajo la mirada de su soberano ... Entonces, sin saber siquiera si sus ojos los estaban engañando o era una visión real, la guardia de Alejandro creyó ver un águila que planeaba con movimientos suaves por encima de la cabeza de su señor, sin temor al chocar de las armas ni al gemir de los moribundos. Los combatientes pudieron observarla durante un largo rato en torno al caballo de Alejandro [*Bucéfalo*], como si, más que volar, pendiese del aire. El agorero Aristandro, vestido de blanco y con una rama de laurel en la diestra, estuvo señalándola con el dedo a los soldados aun mientras batallaban, y no dejó de insistir en que se trataba de un augurio infalible de victoria. Los hombres que, momentos antes, se habían mostrado aterrados, se vieron entonces imbuidos de un tremendo entusiasmo y una confianza no menor en el buen resultado de aquella lid ... Se dice que Darío desenvainó la cimitarra y consideró la idea de evitar la afrentosa huida y buscar una muerte honrosa; pero ... mientras se debatía entre la esperanza y la desesperación, los persas comenzaron a ceder terreno de forma gradual y rompieron filas, y ... Darío dio media vuelta a su carro y puso tierra por medio.

Poco después, como hemos visto, el rey fue depuesto a manos de Beso, un pariente lejano. Sin embargo, el cambio de monarca llegó demasiado tarde: la batalla de Gaugamela había descalabrado el centro mismo de la resistencia persa. Aún quedaban por delante tres años de arduos enfrentamientos basados en escaramuzas en las satrapías más orientales, en los que los logros que obtendría Alejandro Magno en calidad de adalid de guerrilla iban a revelar una capacidad extraordinaria de adaptación (véase el capítulo 6). Sin embargo, sólo le quedaba por empeñar una batalla en toda regla, y habría de tener lugar en «la India».

En otro tiempo, el Imperio persa de los Aqueménidas se había extendido, más allá de Hindūkūš, hasta el Paquistán, Cachemira y lo que es hoy el estado de la India –hasta llegar nada menos que al Indo–. Sin embargo, llegado el año de 326, hacía mucho que todo aquello había pasado a la historia. Poro, tal como llamaban los griegos al rajá de Paura, tenía su reino al oeste del Indo; pero jamás había rendido lealtad a Darío III. Los motivos que podía tener el macedonio para atacarlo debían de ser, necesariamente, diferentes de los que lo habían llevado a enfrentarse al gran rey de Persia. Entre otros figuraban el deseo de conquistar y extender sus dominios hasta el último rincón del mundo susceptible de ser conocido y sojuzgado, la codicia de las fabulosas riquezas de la India y la necesidad de establecer alguna suerte de frontera defendible al sureste acabando con los príncipes nativos hostiles y nombrando en su lugar a otros dispuestos a colaborar con él. Poro demostró ser ambas cosas: contrario en un principio y amigable a la postre; y Alejandro, que en un primer momento no quiso bajar la guardia un solo instante, lo colmaría de favores una vez obrado el cambio.

Una vez más, como en el Gránico, el enemigo ocupaba la margen opuesta de un río, el Hidaspes en este caso. Sin embargo, si en aquella batalla había superado en número al rival, en ésta se dio la situación contraria. Poro, además, acudió al campo de batalla con muchos más elefantes que Darío en Gaugamela: 85 ejemplares, que por si fuera poco, estaban totalmente adiestrados para el combate. El propio rajá, que superaba en estatura los dos metros, ocupaba el castillo que remataba el lomo de una bestia especialmente temible. Alejandro, en consecuencia, hubo de recurrir de inmediato a su astucia: dividió sus fuerzas, de tal modo que, mientras Crátero quedó al

mando de las que se hallaban formadas delante mismo de Poro, él cruzó, río arriba, la corriente al amparo de la noche y de un islote por demás oportuno. El indio, en consecuencia, se vio al día siguiente en medio de aquel movimiento de pinza, y frente a frente con un Alejandro que, al decir de Curcio, transmitió entonces a Ceno y el resto de adalides macedonios la siguiente exhortación previa a la batalla, de tono sentencioso y confiado en grado sumo:

> Tolomeo, Perdicas y Efestión atacarán conmigo el ala izquierda del enemigo. Cuando me veáis bien metido en harina, poned en movimiento nuestra ala derecha y atacad al rival mientras sigue sumido en la confusión. Antígenes, Leonato y Taurón: vosotros cerraréis contra el centro y presionaréis las primeras líneas del frente. Nuestras lanzas son largas y robustas: ¿qué mejor servicio pueden prestarnos que acometiendo contra esos elefantes y sus cornacas? Quiero que derribéis a éstos y alanceéis a aquéllos. En realidad, su valor como fuerza militar es muy dudoso, dado que se muestran más feroces contra los de su propio bando: las órdenes los hacen arremeter contra el enemigo, y el miedo, contra los mismos soldados que los azuzan.

Una vez que se hubieron zafado de la amenaza de los paquidermos, gracias sobre todo, al parecer, a la falange y la infantería ligera, los macedonios no tardaron en hacerse con el triunfo. Alejandro perdió tal vez 200 soldados de caballería y 700 de infantería; pero Poro sufrió unas 12.000 bajas mortales, a las que hay que sumar los 9.000 hombres que fueron apresados por el enemigo junto con casi la totalidad de sus elefantes. El rajá fue lo bastante prudente para presentar su rendición sin condiciones, y el conquistador, más que ejecutarlo, optó por emplearlo a modo de siervo de su Imperio, por lo que, además de restituirlo a su puesto, hizo mayor el territorio sometido a su cetro. Y lo cierto es que no erró al depositar tanta confianza en la lealtad de Poro.

No cabe sorprenderse por las alharacas que, no sin justicia, hizo el macedonio a causa de tan colosal victoria. Ordenó acuñar una serie de monedas y medallones conmemorativos de plata de diez y cuatro dracmas, valores ambos elevadísimos. Su peso era muy variable, y la calidad del troquel de los artesanos indios, irregular; pero su verdadera significación no ha llegado a apreciarse ni a dilucidarse sino de forma muy reciente. La iconografía consiste, sobre todo, en arqueros, carros y elefantes indios,

referencia evidente a las campañas emprendidas en la región de que eran originarios éstos. En el reverso de uno de los medallones de mayor tamaño se representa un jinete que lidia contra un rival indio montado a lomos de un elefante (figura 21). Podemos interpretarlo, claro está, como una imagen de Alejandro (montando a *Bucéfalo*) y Poro, más aún si tenemos en cuenta el relieve del anverso: un poderoso guerrero macedonio a punto de ser coronado con una guirnalda por una efigie, más pequeña, de Niké, la diosa de la victoria (figura 22).

No se trata, sin duda, de cualquier macedonio, sino del mismísimo Alejandro Magno. ¿Quién sino él podía haber robado –o cogido prestado– el rayo del poderoso Zeus que sostiene en la mano derecha? Huelga decir que los veteranos macedonios, los destinatarios originales de dichas monedas, no necesitaban una interpretación tan minuciosa; pero la osadía cometida por su señor al hacerse representar de aquel modo debió de dejarlos sin resuello.

El conquistador perdió poco después de aquella batalla a *Bucéfalo*, el caballo de guerra que había amaestrado una veintena de años atrás y del que había sido poco menos que inseparable desde entonces. Sin embargo, la cabalgadura no murió en vano: en el valle del Indo, su dueño fundó dos ciudades, y asignó a una de ellas el nombre de Bucéfala para inmortalizar su memoria (la otra recibió el de Nicea, «Villavictoria»).

Queda fuera de toda duda el carácter genial de Alejandro Magno en cuanto dirigente militar; pero ¿qué podemos decir acerca de su condición de general? No nos ha sido otorgado el privilegio de saber si llegó a dar, como hacía el comandante británico Orde Wingate en Abisinia –según se conocía Etiopía antes de la segunda guerra mundial–, a sus oficiales las órdenes concernientes a la batalla mientras yacía en cueros en su tienda y se atusaba el vello pubiano con un cepillo de dientes prestado. Lo más seguro es que los caudillos macedonios no usasen tal adminículo dental; pero sí sabemos, con total certeza, que había algo en Alejandro capaz de inspirar una devoción personal extraordinaria. Transmitía a sus soldados el convencimiento de que para él no había nada imposible. El desembarazo juvenil que desplegaba también era de gran ayuda en este sentido. Si durante la segunda guerra

mundial muchos consideraban al mariscal de campo Michael Carver, quien obtendría el título de lord, de una mocedad espectacular para hallarse al mando de un regimiento blindado rondando los treinta, el macedonio no había cumplido los veintiséis cuando obtuvo todas sus victorias importantes.

La vivacidad citada no constituía, sin embargo, más que uno de los motivos. Del difunto lord Louis Mountbatten, último virrey de la India, se dice que afirmaba padecer la debilidad congénita de pensar que podía hacer cualquier cosa. Parece manifiesto que Alejandro no sólo compartía dicha «debilidad», sino que era capaz de transmitirla a sus subordinados. En 332, por ejemplo, durante el sitio de Gaza, se dice que aseveró estar convencido de que, cuanto mayor fuera la dificultad, tanto más necesario se haría tomar la ciudad, toda vez que mientras más alejado de lo razonable –y lo probablese hallase la victoria, más maltrecha quedaría la moral del enemigo. La anécdota nos permite advertir, una vez más, la importancia que concedía en todo momento al espíritu de las huestes, aun cuando, como hemos visto, la captura de Gaza no constituía, en realidad, un requisito militar indispensable, y el trato que dispensó a su gobernante, el eunuco árabe Batís, pecó de salvaje y superfluo.

Asimismo, hemos de considerar su liderazgo personal y el impávido atrevimiento que demostraba. A diferencia del duque de Plazatoro, personaje de ópera bufa de Gilbert y Sullivan, «dechado mismo del general de división moderno», el macedonio dio signos de una gran coherencia al cabalgar frente a los suyos en el campo de batalla. Quien firma estas líneas sólo recuerda una ocasión en la que no se encontrase en la vanguardia cuando cabe pensar que debía haber ocupado su puesto entre quienes la componían: la conquista, en 327, de la Roca Sogdiana. Protagonizaron tal proeza trescientos voluntarios con habilidades bien demostradas en calidad de escaladores que corrieron riesgos excepcionales durante una misión que, aunque triunfante, diezmó, literalmente, su número. Lo común era que, en situaciones como aquélla, Alejandro se hallara junto con sus hombres en el ojo del huracán, y siendo muy posible que sufriese más heridas aún que cualquiera de sus soldados, no cabe dudar de que hubo de recibir más que sus oficiales. Ya sabemos que, en la batalla del Gránico, estuvo a dos dedos de morir de un hachazo, y en breve

tendremos oportunidad de saber que, entre los malos (*Malli*, en latín) del valle del Indo, fue víctima de una herida en el pecho que le perforó un pulmón y a pique estuvo de acabar con su vida.

Si luchó siempre con un pie en el abismo fue por diversas razones. En primer lugar, un adalid tan comprometido y dispuesto a compartir los peligros a que se exponían sus clases de tropa constituía un medio excelente para inspirar a la soldadesca y elevar su moral; pero aún hay otro motivo más tocante a sus propias entrañas: tal como observó con no poca perspicacia Arriano, a él le resultaba «irresistible, como sucede a otros hombres con otros placeres, el deleite mismo del combate». Dicho de otro modo: guerrear le proporcionaba la suerte de emoción que otros congéneres buscaban en aventuras o conquistas sexuales –menos agitadas por lo común, y sin duda menos arriesgadas para la salud–. Quizá nos veamos tentados de aplicar a Alejandro Magno las palabras que dedicó lord Macaulay a su héroe, Guillermo de Orange (el rey Guillermo III de Inglaterra): «Es notorio el hecho de que su ánimo no estuviese jamás tan enardecido ni sus modos fueran tan graciosos y naturales como cuando se encontraba en medio de la confusión y la carnicería propias del campo de batalla. Buscaba la excitación del peligro aun en sus pasatiempos, y así, si los juegos de naipes, el ajedrez y el billar no le proporcionaban solaz alguno, hallaba en la caza su recreo favorito, y cuanto más aventurada fuese, tanto más le gustaba». Lo mismo puede decirse del soberano macedonio, cuando menos en lo que respecta a la cinegética.

Existen dos incidentes particulares que acaso sirvan mejor que cualquier otro para compendiar el carácter y los dones de Alejandro en cuanto general, y ambos tuvieron lugar en 325.

Por el motivo que fuera, decidió regresar de la India a Irán a través del desierto de Gedrosia, totalmente seco por lo general. Tanto él como los que lo acompañaban sufrieron tormentos indecibles por causa de la sed, y no fueron pocos los que murieron en el camino. Cierto día, algunos de los soldados dieron, casi de milagro, con algo de agua y, tras recogerla con sumo cuidado en el interior de un casco, la llevaron ante su señor para que bebiera. Él, pese a que necesitaba un trago con desesperación, la derramó, sin llegar siquiera a rozarla, sobre la ardiente arena a fin de poner de relieve que su vida no valía

más que la de ninguno de sus hombres. Y fue tal vez esta negación de su propio ser y esta voluntad manifiesta de compartir la misma suerte que estaban corriendo sus gentes lo que llevó a Arriano a considerar semejante gesto «la acción más hermosa que jamás llevó a cabo». Hay que añadir, sin embargo, que el contexto en el que lo hizo no fue otra cosa que un desastre provocado por él mismo, resultado de algo semejante a un arrebato de insensatez táctica.

El otro suceso aludido tuvo lugar con anterioridad, mientras conducía a sus huestes Indo abajo, dejando tras de sí un rastro de sangre nativa por lo que tiene sospechosos visos de ser un arranque de frustración provocado por el hecho de haber sido obligado por los suyos propios, amotinados en el río Hipasis, a dar media vuelta. El general de división Fuller creía que «Alejandro abrigaba intenciones de obtener, en la medida de lo posible, una conquista incruenta»; pero Barry Strauss, experto en historia militar antigua más libre de prejuicios, se muestra mucho más acertado al escribir del macedonio que «era un gran general, pero también un gran asesino de inocentes». Por otro lado, no hemos de olvidar que, tal como ha señalado con tino el estudioso índico A. K. Narain: «Si el historiador indio peca de sensiblero, el occidental se deja llevar por la culpa».

Mientras capitaneaba este asalto a la ciudad principal de los malos, Alejandro recibió una herida de gravedad –acaso bien merecida– en el pecho, y sus subordinados creyeron que había llegado su fin. Él, sin embargo, se propuso –al decir de Arriano– convencerlos de lo contrario:

> Tan pronto le fue posible, hizo que lo llevasen a la ribera del río Hidraotes, y navegó corriente abajo, siendo así que el campamento se hallaba en la confluencia de aquél con el Acesino. Las fuerzas de tierra allí apostadas se hallaban al mando de Efestión, mientras que Nearco estaba al frente de la flota. Cuando la embarcación que lo transportaba se aproximó al campamento, pidió el rey que retirasen las colgaduras de la popa a fin de quedar a la vista de todos. Aun así, la tropa se negó a creer lo que veían sus ojos, convencida de que aquél no era sino el cadáver de su señor. Al arribar a la orilla, Alejandro levantó la mano para saludar a la multitud que lo observaba, y ésta lo recibió con un bramido exaltado. Algunos de quienes la componían lanzaron sus armas al cielo, y otros las ofrecieron al recién llegado. Muchos tenían los ojos anegados en lágrimas ante aquel giro inesperado de los acontecimientos. Entonces, algunos de los *hypaspistái* se acercaron con unas andas al objeto de ayudarlo a

desembarcar; pero él, negándose a usarlas, ordenó que colocasen al costado su cabalgadura, y la siguiente visión que tuvieron todos fue la de su caudillo montado a sus lomos. El Ejército al completo aplaudió, presa de la exaltación, y no cesó de ovacionarlo, de modo que los vítores resonaron en una y otra margen y en las cañadas vecinas. Al llegar el caballo cerca de su tienda, Alejandro desmontó para que pudiesen verlo caminar, y el gentío se arremolinó en torno a él. Unos pretendían tocar sus manos, rodillas y ropas, en tanto que otros no deseaban sino verlo más de cerca y, tras alabarlo, volver a alejarse. Algunos le lanzaron guirnaldas o flores de las que se hallaban en sazón.

CAPÍTULO 8

ALEJANDRO Y LOS PERSAS



> Se dice que [Calano, brahmán de gran sabiduría] ofreció a Alejandro una célebre lección sobre cómo gobernar un Imperio. Arrojando al suelo una piel seca y apergaminada, se colocó de pie en lo más externo de su superficie. Allí donde él la estaba hollando, quedó pegada a la tierra, levantándose, empero, todo lo demás. Calano recorrió la orilla de aquel pellejo, aplastándolo aquí y allá y mostrándole lo que ocurría. Por fin, se situó en el centro mismo, y quedó así toda la pieza llana y en quietud. Quiso con esto enseñar a Alejandro cuán importante era que concentrase su autoridad en el centro de su Imperio, sin alejarse nunca de él.
>
> PLUTARCO, *Vida de Alejandro*

En otoño de 1971, el gobierno imperial de Irán celebró, en medio de gran pompa y boato, el vigésimo quinto centenario de la fundación del Imperio persa por obra de Ciro II el Grande (bien que, en realidad, aquel año se hacían, para ser más precisos, 2.500 de su muerte, ocurrida en 530 a. C.). «¡Cómo han caído los poderosos!» De ser un Heródoto o un Jenofonte, un servidor atribuiría el derrocamiento del difunto *šāhanšāh* («rey de reyes») a la *tisis*, o «castigo divino» entre los griegos. Aun así, tampoco es difícil pensar en buenas razones seculares de su caída. Este asunto de penas merecidas y usurpación no carece de relevancia en la biografía de Alejandro Magno.

En torno a diciembre de 333, poco después de librarse la batalla de Iso en Cilicia, el soberano macedonio hizo llegar, supuestamente, una carta a su oponente persa derrotado, el gran rey Darío III.

> Tú asesinaste –decía entre otras muchas cosas– a Arsés [Artajerjes IV] en connivencia con Bagoas [eunuco mayor, dotado de una gran influencia], y te apoderaste del trono con iniquidad e ilicitud, con lo que afrentaste al pueblo persa ... Ahora, los dioses han tenido a bien concederme la posesión del país ... y pues soy yo el dueño y señor de toda Asia, te exhorto a que vengas a mí...

No parece que haya nada nuevo bajo el sol oriental. Y sin embargo, cabe preguntarse si puso por obra Alejandro innovación alguna de relieve en lo que se refiere a la estructura administrativa o el sistema ideológico del Imperio que acababa de conquistar, o alteró de forma significativa la cultura predominante.

La invasión del Imperio persa constituía, para el macedonio, una herencia de la que no podía hacer caso omiso; pero lo cierto es que Filipo no se había limitado a legar aquel proyecto a su hijo y sucesor, sino que había aplicado ya una serie de ideas derivadas de Persia a fin de rehacer Macedón en consecuencia. Sus empeños en modernizar la monarquía patriarcal macedonia que había recibido en 359 y transformarla en un estado extenso y complejo lo habían llevado a tratar de imitar diversos aspectos de la organización militar y administrativa de Persia. Por fortuna, a la información general que podía obtener a través de intermediarios, podía sumar la que le proporcionaban, de un modo más directo e íntimo, ciudadanos autóctonos de posición elevada, como el antiguo sátrapa Artabazo, al cual brindó asilo en su corte en calidad de refugiado.

Así, la nueva provincia imperial macedonia de Tracia, que quedó al mando de un general de Macedón en 343, recordaba en gran medida a una satrapía persa. El griego Eumenes, nacido en la helespóntica Cardia, reorganizó la cancillería conforme al modelo de Persia –y siguió ocupando su cargo durante el reinado de Alejandro–. Los *hetairoi* de Filipo, en el sentido más estricto del término, apenas se diferenciaban de los llamados «amigos» del gran rey, y en lo que toca a los pajes reales macedonios, se dice que ayudaron a aquél a montar «a la persa». Todo esto parece respaldar la tesis de

que el padre de Alejandro había hecho propósito de conquistar el Imperio persa mucho antes de lanzar la invasión en 336 –puede ser que en una fecha tan temprana como la del año 346–. Este influjo de Persia sobre Macedonia constituye, con seguridad, una clave importante de la naturaleza de los motivos y objetivos por los que se guiaba Alejandro Magno. Es lícito sospechar que la publicidad relativa a una expedición panhelénica destinada a vengar los irreverentes agravios que habían infligido los persas a Grecia entre 480 y 479 no era más que eso: un mero subterfugio propagandístico con el que ocultar lo que en realidad ambicionaba, para sí y para Macedón.

Aún disponemos de más pistas. Jamás podremos saber con toda certeza hasta dónde pretendía llegar Alejandro cuando partió de Macedonia en 334. Pero lo que sí nos consta es que, antes de hacerlo, distribuyó entre sus *hetairoi* la mayor parte de las tierras que poseía personalmente en la región, y también que, tras cruzar el Helesponto encorazado de pies a cabeza, clavó su lanza simbólicamente en suelo asiático a fin de reivindicar aquel continente como propiedad ganada con las armas. Estos gestos constituyen, quizás, indicio de dos cosas: que desde un primer momento, tenía el objetivo de conquistar, si no más, el Imperio aqueménida al completo y la intención de gobernarlo desde Asia. La primera prueba inequívoca de semejantes ambiciones la encontramos, en 333, en el episodio del nudo gordiano (véase el capítulo 6). Por otra parte, habría que esperar al año 326 para verlo traspasar los confines de las posesiones persas e invadir «la India», es decir, el Punyab.

En torno a 500 a. C., estando en el trono Darío I, el límite oriental del Imperio había sido el río Indo, y durante el reinado de Darío III, la frontera se había trasladado a las montañas de Hindūkūš, conocidas por los griegos como Cáucaso indio. Tamaña pérdida de territorio constituye un signo del debilitamiento relativo que había acusado la dominación de los Aqueménidas llegado el tiempo de Alejandro, por más que ni siquiera el poderoso Darío I podía preciarse de haber sometido con mano recia aquella porción de la India. Otro de los elementos que ponía de relieve, de un modo mucho más inmediato, la citada pérdida de fortaleza era la incapacidad de Darío III para evitar que el macedonio cruzase el Helesponto en 334, o cuando menos

intentarlo. Las razones de una omisión así resultan por demás reveladoras en lo que concierne a la naturaleza de la oposición a que habría de hacer frente el conquistador en aquellas tierras.

La espina dorsal de la Armada persa había estado al cargo, desde 525, más o menos, de las ciudades estado y los pequeños reinos de Fenicia, así como de los griegos y fenicios que vivían en la Chipre sometida al poder de los Aqueménidas. Todo apunta a que la mayor flota que podía haber reunido Persia en teoría llegaba a los seis centenares de embarcaciones, si bien las naves que surcaban las aguas en realidad –una realidad mucho menos gloriosa– no llegaban a la mitad de esta suma. Además, durante la década que precedió de manera inmediata a la agresión alejandrina, tanto los fenicios como los griegos de Chipre habían protagonizado continuos levantamientos contra el gran rey. Para éste no se trataba, sin embargo, de ninguna novedad, siendo así que sus súbditos se habían estado sublevando con cierta periodicidad desde las postrimerías de la década de 520, período caracterizado por una serie de revueltas multitudinarias y generales que Darío I había logrado sofocar a la postre. Sin embargo, en el transcurso del siglo IV, este género de episodios había adquirido una frecuencia alarmante, cuando no se habían hecho permanentes. Egipto representa uno de los casos más conspicuos, por cuanto había sido capaz de mantener su independencia a lo largo de seis décadas tras alzarse en armas en 405, a despecho de las tres invasiones de envergadura que habían acometido los persas a fin de hacerla volver al redil. Tampoco puede decirse que este estado de convulsión se circunscribiera a los súbditos extranjeros: desde finales de la década de 370, y en especial entre 362 y 358, Artajerjes II (rey de 404 a 359) y Artajerjes III (de 359 a 338) se habían visto obligados a lidiar con la indocilidad de diversos sátrapas de Asia Menor.

Fue, por consiguiente, una combinación de factores habidos entre el año 400 aproximadamente y el de 336 –la existencia de un poder más aparente que real, la desafección que se daba tanto entre el pueblo como en la corte, las intrigas y asesinatos palaciegos...– lo que alentó a Alejandro Magno a emprender la conquista de la totalidad del Imperio de los Aqueménidas, cosa que pudo llevar a término merced a las victorias decisivas obtenidas en el Gránico, en Iso y en Gaugamela. Menos obvio resulta, sin embargo, lo que

hizo del reino de Persia una vez sometido. No es fácil determinar si actuó como un soberano innovador, resuelto a crear nuevos organismos e instituciones de gobierno y administración, o como lo contrario: un emperador tradicionalista sin más deseos que el de ponerse en el lugar de Darío y situar en puestos de poder a algunos de los macedonios y griegos que le profesaban fidelidad, junto con los integrantes de la antigua clase gobernante irania que estaban dispuestos a cooperar con él en el seno de una estructura gubernamental calcada de la de los Aqueménidas. Tal vez pensaba seguir un camino intermedio en el que se combinaran la tradición y resueltos rasgos innovadores. También cabe preguntarse, por último, si debemos tenerlo por un mero conquistador o abrigaba, por el contrario, designios más elevados acerca de lo que aspiraba a conseguir durante sus invasiones y después de éstas. Tal es, en cierto modo, la cuestión más importante de todas, por peligroso que resulte tratar de emitir un juicio definitivo sobre una obra que se hallaba, por fuerza, inacabada cuando le sobrevino la muerte.

Parece ser que, igual que la generalidad de los Aqueménidas, Alejandro hizo lo posible, de ordinario, por actuar conforme al principio de la invisibilidad. Este secreto de Imperio –tal como podría haberlo denominado Tácito– quedó expresado del modo más sucinto imaginable por cierto virrey británico de la India en 1879: «Puede que no sea nada halagüeño para nuestro amor propio, pero estoy persuadido de estar en lo cierto cuando afirmo que, cuanto menos nos vean los afganos, menos aversión nos tendrán». Se trata, quizá, de un principio aplicable, de manera universal, a todos los imperios. Dicho de otro modo: en tanto no se vieran afectadas la recaudación eficaz de los impuestos y la firmeza de la dominación política, el macedonio no tenía la menor intención de interferir con los sistemas locales de legislación, religión o cultura. De hecho, todo hace pensar, tal como ya sabemos, que a diferencia de la mayoría de sus conterráneos, se mostraba respetuoso con las costumbres de otros pueblos.

La religión oficial, por ejemplo, constituía una materia por demás delicada. Los soberanos persas se habían encomendado, de forma abierta y consciente, a la protección de la divinidad irania Ahura Mazda, conforme a las recomendaciones de su profeta Zoroastro. Sin embargo, no habían impuesto la doctrina de este último a las gentes ajenas a Irán. Del mismo

modo, Alejandro, quien se consideraba adepto, y aun hijo, de Amón o Zeus, no hizo nada por convertir a los de aquella región a las creencias politeístas de griegos y macedonios. Ello es que, en Egipto y Babilonia, satrapías dotadas de una gran significación, le fue dado sacar provecho político de la tolerancia y el respeto por los dogmas y prácticas religiosos locales que proclamaba. En ellas, algunos de los soberanos aqueménidas habían dado muestras de una intransigencia inusitada, y él, en consecuencia, fue recibido como algo más cercano a un salvador que a un invasor inclinado a la profanación. Lo que no nos es posible determinar, por desgracia, es en qué grado constituía esta actitud una cuestión de pragmatismo político y en qué proporción el producto de sinceras creencias religiosas y culturales. Por una parte, el macedonio no podía considerarse, ni mucho menos, adepto acérrimo de ningún concepto abstracto relativo a «la unidad del género humano», ni tampoco era un filósofo filantrópico de altas miras resuelto a repartir por el mundo conocido el pan de la bondad del hombre.

¿Qué se proponía, por tanto, conseguir, y en qué medida lo logró, mediante la administración y dirección de su propio Imperio? En regiones tan distintas como los ubérrimos valles de Mesopotamia y el desierto de Gedrosia pudo haber tratado de restringir la independencia militar de que gozaban los sátrapas, y sin embargo, hay indicios que demuestran que no lo hizo de manera sistemática. Pese a la imposición de comandantes de guarnición macedonios o griegos, estos gobernantes, de mayoría irania, seguían estando a cargo de la recluta de soldados locales para la hueste de Alejandro y poseían aún potestad para contratar a mercenarios helenos, al menos hasta 325 o 324, fecha en que se prohibió dicha práctica y se introdujeron cambios radicales en la adscripción de satrapías, que comportaron la sustitución de numerosos iranios por macedonios punto menos que desconocidos.

Egipto, que en un primer momento no estaba organizada, en absoluto, a la manera de las demás provincias sometidas a los Aqueménidas, constituyó una de las primeras pruebas a que hubo de enfrentarse la concepción administrativa de Alejandro Magno. El sátrapa persa que la gobernaba por nombramiento de Darío se había rendido al macedonio sin resistencia alguna a finales de 332, y todo hace pensar que el conquistador recibió una cálida bienvenida. Al principio, hizo efectiva una división, tan astuta como original,

entre administración y supervisión –o al menos, eso debió de parecer–. Nombró a dos egipcios de nacimiento para que ejerciesen en colaboración un cargo equivalente al del sátrapa, y situó por debajo de ellos a dos gobernadores griegos, uno para Libia, al oeste, y el otro para «Arabia cabe Heroópolis», al este. El de esta última fue Cleomenes, oriundo de Naucratis, el puerto mercantil que habían fundado los griegos en el delta del Nilo más de dos siglos y medio antes. Se le otorgó la autoridad necesaria para recaudar impuestos así en la jurisdicción de los gobernadores egipcios como en la que se le había asignado a él, si bien el oprobio de colectarlos físicamente fue a caer, en un comienzo, sobre los dos administradores nativos. Asimismo, se puso a dos macedonios al frente de las fuerzas de ocupación, y a un tercero, al de la flota de la provincia. Además, había comandantes de guarnición de Macedonia destinados en la antigua capital de Menfis y en la fortificación fronteriza de Pelusio, situada al Levante y dotada de una gran significación. Por último, había también un comandante mercenario heleno, a quien asistía un subordinado inmediato compatriota suyo, bajo supervisión, eso sí, de dos macedonios.

Si el expuesto constituía, a primera vista, un sistema refinado e igualitario basado en el equilibrio de poderes, la cruda realidad era, sin embargo, que llegado el año de 324, Cleomenes había ampliado, en la práctica, su propia función y sus competencias hasta hacerlas idénticas a las de un sátrapa –y ser reconocido oficialmente como tal por Alejandro–. Y lo cierto es que no se había granjeado semejante reconocimiento por haber dispensado un trato justo a los aliados y súbditos egipcios de su señor. Había extorsionado buena parte del tesoro de los sacerdotes cuyo beneplácito tanto había ansiado conciliarse el monarca macedonio en 332. Para coronarlo, había agravado la escasez de alimento de que había sido víctima toda la Hélade continental entre 330 y 326 al monopolizar la exportación de trigo de Egipto y vender el grano a un precio muy elevado. El que su soberano transigiera con semejante conducta podría explicarse, en no poca medida, por el éxito obtenido a la hora de mantener el orden en la provincia y, por encima de todo, de recaudar el tributo exigido y hacerlo llegar allí donde lo

necesitase Alejandro Magno. Con todo, debió de haber algún motivo adicional: quizá la connivencia de Cleomenes en un asunto delicado tocante más al corazón que a la cabeza de aquél.

En cierta misiva mencionada por Arriano que tenía por destinatario al nuevo sátrapa, Alejandro asegura que perdonará los crímenes reconocidos de Cleomenes siempre que él prometa erigir santuarios en Alejandría y en la isla de Faros, cercana a la costa, en honor del difunto Efestión (fallecido en 324). En resumidas cuentas: la lealtad al macedonio y la fiel ejecución de sus exigencias más personales podían haber tenido más peso que la integridad en el gobierno y la administración de la provincia –si es que podemos confiar, claro está, en la autenticidad de la carta citada–. Sea como fuere, lo cierto es que la fidelidad a Alejandro Magno parece haber sido condición fundamental para obtener y conservar la dignidad de sátrapa, y no es menos verdad que apenas cabe sorprenderse de tal cosa. Dicho en pocas palabras: la separación del poder militar y el administrativo debería considerarse, por encima de todo, un mecanismo empleado por el conquistador para garantizar la lealtad personal de sus súbditos más que el buen gobierno de sus dominios.

Al regresar de Egipto a Fenicia en 332, Alejandro reformó el sistema financiero de su Imperio oriental, conformado a la sazón por parte de Asia Menor, el Levante mediterráneo y Egipto. Después de caer Sardes, la capital de la satrapía de Lidia, en 334, había dejado a Nicias –natural tal vez de Grecia– al cargo de recaudar y transferir los impuestos. A finales de 332, asignó a Cleomenes la misma tarea en Egipto; pero durante la primavera de 331, envió a dos macedonios de su erario central y les otorgó una amplia esfera de competencias que nada tenían que ver con las de los sátrapas aqueménidas. Cerano quedó así al cuidado de Fenicia, y Filoxeno, al de los dominios asiáticos que se extendían al oeste de los montes Tauros (lo que bien podía significar Cilicia, sin más, o toda la franja que corría a lo largo de las costas occidental y meridional de Asia Menor).

Es de suponer que tenían el cometido de colectar lo que Alejandro llamaba, con no poco tacto y siguiendo el precedente ateniense, las «contribuciones» (*syntaxeis*), por cuanto las regiones a su cargo incluían ciudades estado carentes de supervisión alguna por parte de un sátrapa, así como, en el caso de Filoxeno, *poleis* griegas que el macedonio había ido, en

apariencia, a liberar. Si bien todo hace pensar que Cerano no conservó su puesto mucho más de seis meses, aquél consiguió medrar no poco, y de ser alabado como recaudador, pasó a desempeñar menesteres de inspección general, en virtud de los cuales mandaba gente armada y tenía potestad para efectuar arrestos. Semejante mudanza llegó tal vez en 330, cuando las «contribuciones» comenzaron a menguar coincidiendo con el abandono, por parte de Alejandro, de la expedición panhelénica. Como quiera que en el caso de la trayectoria profesional de Cleomenes de Naucratis ocurrió algo semejante, cabe presumir que Filoxeno estaba viendo recompensada no sólo su eficiencia, sino también la notable lealtad que profesaba a su rey.

En 331, las arcas centrales quedaron asignadas, una vez más, a la dirección de Hárpalo, no obstante la huida a Mégara, ciudad de la Grecia continental, que había protagonizado en 333, poco antes de la batalla de Iso. La tolerancia y benevolencia excepcionales que desplegó el soberano para con él se debieron, acaso, a la amistad íntima que habían compartido siendo niños. Cuando, en 330, su señor se hizo con los diversos erarios de Darío –los de Arbelas, Babilonia, Susa, Persépolis y Pasargadas–, Hárpalo se encontró al cuidado de una cantidad extraordinaria de lingotes por valor de al menos 180.000 talentos de plata. En un primer momento, reunió el total en la población meda de Ecbatana, si bien más tarde, anticipándose a su rey, cambió esta ubicación por Babilonia por encontrarla más agradable. Allí se entretuvo –en busca de un leve solaz frente a sus gravosas responsabilidades financierascon un par de cortesanas griegas –a una de las cuales llegó a idolatrar, cuando menos tras su muerte– y un vergel. Sin embargo, tampoco este consuelo le pareció suficiente, y en 324 decidió que la ciudad resultaba demasiado cálida para él y se fugó a Grecia con la elevadísima suma de cinco mil talentos.

Podría sostenerse que Alejandro había errado de medio a medio al depositar su confianza en Hárpalo. Tal vez se le pudiese considerar culpable de haber incurrido en favoritismo respecto de un amigo de infancia llevado de «la soledad del poder» (por emplear la expresión de Ernst Badian). Y sin embargo, ni siquiera las calaveradas de éste lograron mermar el éxito arrollador de las finanzas públicas del soberano. Se decía que había invadido Asia sin apenas dinero en el fondo oficial de guerra de Macedón y con una

deuda colosal originada por la prodigalidad desmesurada de que adolecía el gasto militar de Filipo y su esplendidez diplomática. La gran cantidad de acuñaciones que llevó a cabo su hijo, tanto en oro como en plata, basta para poner de relieve el efecto positivo que tuvo el hecho de «liberar» los lingotes que los Aqueménidas se habían limitado a almacenar. Pese a que el troquelado no era sinónimo de intercambio comercial en el mundo antiguo, la amonedación que puso en efecto Alejandro Magno tras la conquista propició, sin lugar a dudas, un cambio y un desarrollo económicos de gran envergadura, tanto a corto como a largo plazo.

El principal interés que posee para nosotros su Imperio, sin embargo, radica menos en la organización de las satrapías o las finanzas imperiales que en su propia posición en calidad de gobernante supremo, así como en la actitud que adoptó con respecto a su administración. El análisis de este aspecto desvelará sus métodos, capacidades y carácter. La monarquía macedonia a la que perteneció Alejandro como heredero era, en la práctica, una autocracia, fueran las que fueren las limitaciones habituales y las restricciones cuasi igualitarias que hubiese podido haber en teoría. No obstante, ni siquiera los tiranos se convertían en seres omnipotentes de forma automática. Tal como hemos visto con anterioridad, el propio Alejandro Magno se vio obligado a dar media vuelta en el río Hipasis después del motín que protagonizaron sus soldados macedonios en 326, y un año antes, en 327, a abandonar toda intención de imponer entre los cortesanos de Macedón y Grecia el rito de la reverencia. Con todo, lo cierto es que estos dos fracasos descuellan de forma notoria precisamente por su rareza. En el resto de ámbitos políticos de relieve, se hizo en todo momento su voluntad. En consecuencia, desde el punto de vista de su capacidad para ejercer de rey-emperador, no había necesidad práctica alguna de ordenar que se le adorase como a un dios ni exigir que se le reconociera como una divinidad viva. Aun así, más tarde acabaría por dar este otro paso, tan extraordinario como controvertido.

¿Existe algún testimonio –pese a los poderosos ejemplos de lo contrario que ofrecen el caso de Cleomenes y el de Hárpalo– que haga pensar que a Alejandro lo preocupaba el bienestar de sus súbditos? Lo cierto es que sí, aunque cabe suponer que el soberano se vio impulsado, como siempre, por

consideraciones de utilidad política. La primera prueba de esto está relacionada con la reorganización general a que sometió a los titulares de las diversas satrapías durante el invierno de 325 y 324. De los veinte o veintidós gobernantes que se hallaban al cargo de sus provincias a la sazón, depuso a ocho, de los cuales mandó ejecutar a seis. Cuatro más de ellos murieron, por causas desconocidas, en torno a aquellas fechas, y a cinco se les ordenó que se apersonaran en la corte de Alejandro. De los depuestos, cinco eran iranios, y cuatro de ellos habían conservado el puesto tras ratificar Alejandro el nombramiento original efectuado por Darío III.

Existen dos modos posibles de interpretar esta renovación, sin duda extraordinaria, de altos cargos si la consideramos un examen a las cualidades del macedonio en cuanto soberano imperial. En conformidad con la menos favorable, lo que puso en marcha en aquel tiempo no fue nada menos que un régimen de terror, de modo que las acusaciones de mala administración presentadas contra los sátrapas no constituyó sino una cortina de humo. En realidad, Alejandro Magno quería evitar que desarrollasen sus propias bases de poder, circunstancia aplicable sobre todo a los iranios. Para lograrlo, se sirvió de frecuentes mudanzas de personal y de la promoción de macedonios relativamente humildes que, de ese modo, se lo deberían todo a él. Los más críticos dan a entender que se estaba sirviendo de la excusa de una medida administrativa falsamente necesaria para descargar la bilis acumulada tras el motín del Hipasis y los terribles rigores a que se vio sometido durante el regreso a Irán a través del desierto de Gedrosia, en tanto que los partidarios de la versión más benévola argumentan que los sátrapas que fueron degradados o ejecutados entre 325 y 324 eran, de hecho, culpables de los crímenes y delitos menores que se les imputaban y que habían causado un sufrimiento indebido a los vasallos del emperador. Para ellos, la renovación de una porción tan elevada como la del 35 por 100 no habría bastado para tachar al suyo de «régimen de terror». No cabe dudar de que, comoquiera que sea, debe hablarse de cierto provecho personal por parte de Alejandro, ya que el malestar de sus súbditos podía llevarlos a rebelarse contra él. Sin embargo, en la opinión de quienes tal aducen, cabe conceder al soberano el beneficio de la duda.

Un servidor, por su parte, se inclina, más bien, por la interpretación menos indulgente. La huida, en 324, de Hárpalo, con quien Alejandro se había conducido en todo momento con excesiva condescendencia, da la impresión de ser signo de que había percibido un cambio de humor en su señor. Aquel mismo invierno de 325 y 324 fue cuando el monarca ordenó la muerte de quienes habían consumado el asesinato de Parmenión en 330. Dicho de otro modo, todo parece responder a un mismo designio: la eliminación de todo el personal administrativo y ejecutivo de cierta entidad que había heredado de su padre, con el objeto de empezar de cero con sus propios hombres; hacer borrón y cuenta nueva como había hecho, en 330, al organizar el alto mando de su Ejército. La lealtad hacia su persona revestía para él una importancia fundamental, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por prevenir la aparición de aspirantes serios a su poder.

Pero ¿cuál era la naturaleza precisa de su poder, tal como se había desarrollado hasta aquel momento? Si al dar con Darío, ya muerto, en 330, Alejandro Magno le ofreció un funeral acorde con su condición de último soberano aqueménida reconocido por la generalidad, se debió, sobre todo, a su intención de aquietar el temor que albergaba la nobleza irania de que, como macedonio que era, no fuese capaz de entender o respetar los usos culturales de Irán y de facilitar su propia sucesión. Y aun así, cabe preguntarse a qué dignidad iba a acceder con exactitud. No tenía pretensión alguna de erigirse, sin más, en el siguiente gran rey y ocupar –en un sentido tanto literal como simbólico– el mismo trono que Darío. Tal dignidad quedó vacante –o mejor dicho, al ver de Alejandro, anticuado– tras fallecer Darío. Aún habrían de reclamarle algunos integrantes de la nobleza irania más elevada –Beso, entre 331 y 329, y cierto medo por nombre Bariajes, en 324– la tiara de los Aqueménidas, llevados de la nostalgia del antiguo orden simbólico; pero a la postre, todos ellos pasaron a ser historia.

Alejandro Magno se constituyó, por el contrario, en «señor de Asia», con lo que tuvo la agudeza de expresar, en pocas palabras, la misma reivindicación de los Aqueménidas, quienes se proclamaban monarcas de la totalidad del continente, al tiempo que eludía el inconveniente de que éstos habían sido, por encima de todo, gobernantes de origen persa bajo la égida de su dios Ahura Mazda. Aquel trono recién creado fue el que ocupó él con

majestad, y esperó a dar este paso para adoptar, con no poco acierto, una variante propia de los atributos reales propios de Oriente. Cambió el manto púrpura y dorado y los calzones escarlata de aquéllos por una túnica púrpura y blanca, un cinturón dorado, un manto purpúreo y una diadema, con la cual ceñía, eso sí, una *kausía*, sombrero de ala ancha tradicional de los macedonios. Asimismo, alentó a sus *hetairoi* a adoptar las vestimentas persas que habían sido de uso común entre los súbditos orientales de los Aqueménidas –como, por ejemplo, los monarcas fenicios de Biblos y Sidón–. Sin embargo, parece que sólo lo hicieron de un modo manifiesto su Efestión y Peucestas, el macedonio que había escudado a su rey después de ser herido éste casi de muerte por los malos (*Malli*)índicos. El uso de esta nueva indumentaria de inspiración oriental no fue más que un paso natural en la trayectoria de Alejandro, quien de otro modo, habría hecho dudar a sus nuevos súbditos, acostumbrados al boato imperial, de su legitimidad en cuanto señor supremo. No obstante, el que emplease una variante mixta también resulta por demás significativo, pues hace pensar que pretendía bien prevenir, bien reducir al mínimo la oposición de los de Macedonia.

Desde la posición de soberano oriental que acababa de adquirir, Alejandro Magno trató de poner en marcha un proyecto de «fusión» entre las clases gobernantes macedonia e irania en lo respectivo al ceremonial propio de la corte, por un lado, y entre los ciudadanos corrientes de uno y otro pueblo que formaban parte del Ejército. Las condiciones previas más inmediatas que exigía un programa político como éste habían quedado satisfechas con la victoria obtenida en Gaugamela en octubre de 331 y la captura y muerte de Darío III, ocurridas en julio de 330. Una vez derribada, sin lugar a dudas, la resistencia militar de Persia, Alejandro tuvo que considerar cuál era el mejor modo de gobernar el Imperio que había pertenecido a los Aqueménidas: su Imperio. Ya hemos visto que el primer paso de trascendencia consistió en nombrar a Mazeo, iranio de alta cuna, que había estado a cargo de las satrapías de Cilicia, Siria y Mesopotamia siendo rey Artajerjes III y había acaudillado el ala derecha de las huestes de Darío III durante la batalla de Gaugamela, sátrapa de Babilonia, provincia dotada de una gran importancia. Tanto es así que, una vez que decidió asentarse, el

soberano macedonio se dirigió a ésta y no a Susa. Quizás hizo de ella «el centro de su Imperio», el lugar en que debía permanecer si quería seguir el consejo de Calano (véase el epígrafe del presente capítulo).

Es posible que Mazeo traicionase a su señor Darío en Gaugamela en confabulación con Alejandro. Tampoco carece de lógica pensar que se desposó con una mujer de Babilonia, toda vez que puso a sus hijos nombres derivados del de Bel, divinidad principal de dicha ciudad. En consecuencia, pertenecía al género de personas idóneo para que el macedonio lo mantuviese en la dignidad de sátrapa de una provincia vital en lo económico y dotada, además, de una influyente jerarquía sacerdotal nativa que no profesaba un gran amor a la dominación persa. De este modo, Mazeo servía también de arma propagandística, ya que, por mediación suya, Alejandro comunicaba a otros nobles iranios que, si acudían a él sin causar problemas, había muchas probabilidades de que estuviera dispuesto a hacer tratos con ellos. En total, de hecho, nombró o mantuvo en su puesto a una veintena de sátrapas orientales, pertenecientes en su mayoría, como Mazeo, a la clase social más elevada de Irán. Y si sus designios a este respecto se malograron entre 325 y 324, período en que acabó por sustituirlos, no fue tanto por ser impracticables o por la depravación de quienes ocupaban los puestos afectados como por el extremado afán de Alejandro Magno por garantizar la lealtad de sus súbditos y prevenir la aparición de posibles rivales, en especial de origen macedonio.

La oposición de sus compatriotas a su proyecto de unificación se hizo visible sobre todo en la Bactriana, en 327, en lo respectivo al asunto de la *proskýnēsis*. En Persia, la de la prosternación constituía una formalidad social que dirigía, de modos diversos de acuerdo con la casta y la clase a la que perteneciese, todo subordinado a su superior, y en consecuencia, todos los persas a su gran rey. Para los griegos, sin embargo, se trataba de un gesto religioso que sólo hacían los mortales en honor a los dioses; de modo que muchos de los ciudadanos de la Hélade lo interpretaron de manera errónea por transferencia cultural ilegítima. Calístenes, historiador oficial del soberano y pariente docto de Aristóteles, encabezó a quienes desaprobaban la imposición de la reverencia a los helenos y los macedonios por parte de

Alejandro. Según aseveraba, lo que condenaba no era la exigencia de dar muestras públicas de obediencia a un gobernante supremo, sino la orden de tratarlo como si fuera una deidad viviente que llevaba implícita.

En cuanto a los macedonios que siguieron al historiógrafo, debieron de oponerse sobre todo al hecho de que se les requiriera para dedicar al rey un gesto que, si bien podía ser adecuado para el pueblo inferior y derrotado de los persas, resultaba del todo inadecuado para los integrantes de una raza superior como la de los habitantes de Macedón. Asimismo, el hecho de considerar a su soberano el primero entre iguales hacía que semejante medida les resultara aún más difícil de aceptar. Cuando éste se hallaba cara a cara con sus cortesanos, se sobreentendía la existencia de cierto grado de igualdad social. Sus conterráneos llevaban tres años, desde 330, tolerando la existencia de una corte oriental paralela, dotada de todo un aparato de coperos, lanceros, eunucos, concubinas, etc.; pero no estaban dispuestos a consentir que se les impusiera una amalgama de los dos séquitos por medio de aquel signo forzoso de reverencia. Cabe sospechar que lo que de verdad los indignó fue el que, siendo los vencedores, se les obligara a hacer una concesión pública tan monstruosa como la de adoptar la principal costumbre de los pueblos orientales a los que despreciaban por serviles.

Puede ser que Alejandro volviera a intentar introducir aquella costumbre con carácter universal en otras ocasiones; pero lo cierto es que jamás llegó a implantarla con éxito. Mucho más próspera resultó, como veremos, el casamiento multitudinario que se celebró en Susa en torno a abril de 324. El gesto de reconocer como legítimas las uniones informales entre los soldados de las clases de tropa macedonias y cierto número de mujeres orientales de nacionalidad diversa no fue menos pragmático ni más romántico. Lo que más lo preocupaba era poder constituir sus ejércitos en el futuro a partir de reclutas asiáticos, y en particular iranios, para no tener que recurrir siempre a Macedonia a la hora de buscar refuerzos.

La importación de guerreros de Oriente y su integración en la hueste macedonia constituye un tema tan relevante como controvertido. Dado que, en las postrimerías de 328, disponía ya de unidades de caballería procedentes de Sogdiana y la Bactriana, es de suponer que el soberano debía de estar sirviéndose ya de las excelentes tropas montadas del oeste y el centro de Irán.

En 327 alistó a más de treinta mil jóvenes iranios, y como quiera que el griego habría de ser la lengua común del nuevo Imperio, en sustitución del arameo de los Aqueménidas, dispuso que se les enseñara tanto el idioma heleno como las tácticas propias de la infantería macedonia, de demostrada superioridad. Cuando llegó a Susa en 324, los proclamó sus «sucesores» –lo que causó, como cabe imaginar, no poca consternación entre los soldados de su patria–. Estos nuevos combatientes se convirtieron también, quizás, en la prolongación modificada de una institución aqueménida, destinada a producir infantes «macedonios» con independencia de su origen étnico o regional. Llegado 324, además, los regimientos del cuerpo selecto de *hetairoi* montados habían recibido la incorporación de jinetes iranios, medida que debió de ser tan radical como lo habría sido la de introducir gurjas de Nepal en un regimiento de soldados de la Guardia Real británica. Aquel mismo año, se integró a soldados persas de a pie en la falange macedonia, si bien no entre los comandantes. Por último, se creó un nuevo regimiento montado (el quinto) que, amén de comprender macedonios y orientales, estaba acaudillado por un adalid de Asia, el bactriano Histaspes.

No se quedó corto el soberano con la fusión, como vemos. Y lo cierto es que, no obstante el motín de Opis, propiciado en parte por este programa, nada pudieron hacer por resistirse a él los macedonios más tradicionalistas. Aun así, si bien no cabe duda de que aquél hizo bien en tratar de orientalizar la recluta y la organización de sus militares, el momento y los métodos elegidos no eran los mejores para persuadir a los sufridos macedonios que le guardaban lealtad. La idea duró, como los matrimonios de Susa, lo mismo que Alejandro.

No puede decirse lo mismo de las ciudades que fundó, y que ilustran en qué grado trataba de usar la propagación de la cultura y la civilización griegas como herramienta de administración imperial. Plutarco asevera, en la temprana obra retórica que escribió acerca de la suerte que corrió el macedonio, que creó personalmente más de 72. Sin embargo, los estudiosos modernos, más fríos y menos apologéticos, han reducido la cantidad de un modo radical hasta un máximo de 17 y un mínimo de sólo seis.

Parece que no existe una razón única y sencilla que dé cuenta de estas fundaciones. La mayoría de las ciudades que recibieron el nombre de Alejandría estaban situadas en la región oriental de Irán, de manera que debieron de ser más una continuación del sistema aqueménida de dominación imperial a través de plazas fuertes. Tal subyugación jamás llegó a ser total ni ubicua: aun dentro del propio Irán, seguía habiendo tribus, como las de los uxios –al sureste de Susa– o los casitas –moradores de los montes Zagros, colindantes con Media–, a las que ninguno de los grandes reyes había logrado someter por completo. Estos pueblos toleraban a sus supuestos señores sólo en tanto cumplieran una serie de condiciones, y así, por ejemplo, les exigían el pago de un «tributo» en forma de peaje cada vez que las huestes imperiales habían de atravesar su territorio. Alejandro Magno arremetió contra ellos con no pocas energías, pero tampoco él consiguió doblegarlos de forma permanente. De cualquier modo, los puestos militares y fortalezas de Irán y algunas de las Alejandrías del Asia central podían haber servido a guisa de enlaces de una extensa red de suministro y comunicaciones.

Debemos distinguir las instalaciones puramente militares de las verdaderas *poleis* fundadas por el soberano, ciudades a la griega dotadas de toda una estructura de gobierno civil autónomo. Muchas conservaban el nombre de la aldea nativa más cercana, y en todos los casos, los colonizadores eran veteranos macedonios, a menudo tullidos de guerra, y mercenarios griegos. No obstante, hubo Alejandrías –y entre ellas la primera, la reina de todas las demás: la Alejandría de (o *cabe*) Egipto– que no sólo se crearon a la manera de las *poleis*, sino que se ubicaron con miras a convertirlas en centros de comercio civil de tiempos de paz a largo plazo. Las transacciones mercantiles traen siempre de la mano la importación de elementos culturales, y de Alejandro se dice que fundaba ciudades con la intención de alentar a los pueblos nómadas de las montañas iranias a adoptar una existencia pacífica y sedentaria. Seguía, en este sentido, los pasos de su padre, pues tal como hace decir Arriano a aquél de Filipo a los macedonios durante el discurso pronunciado tras el motín de Opis:

> Os hizo hombres de ciudad, y os civilizó a través de la instauración de leyes y costumbres de gran bondad.

Lo hicieran o no siguiendo designios conscientes de Alejandro Magno, lo cierto es que muchas de tales fundaciones se tornaron en centros de helenización, según se hace evidente tanto desde el punto de vista arqueológico como lingüístico.

* * *

Poco más allá de la ciudad oasis de Šibargān, sita en la región septentrional de Afganistán –perteneciente entonces al Asia central soviética–, se encuentra un *tall* (montículo creado por la erosión sobre un antiguo asentamiento humano) que los del lugar conocen como Colina de Dios, y en el que las palas de los arqueólogos de la Unión Soviética toparon con una serie notable de enterramientos durante el invierno de 1978 y 1979. El yacimiento pertenece a la antigua región de la Bactriana, en la llanura que se extiende al sur del Hindūkūš y al norte de las márgenes del Amú Daryá (el Oxo), y lo que allí se descubrió no puede sino llenarnos de asombro: veintiuna mil piezas de oro repartidas en seis cámaras sepulcrales. Pertenecen, al parecer, a la última parte del milenio que precedió al nacimiento de Jesucristo, y fueron depositadas allí por nómadas *kuşāna*. La mezcla cultural de nativos de Asia y griegos importados resulta por demás significativa. En una de las salas había un cráneo de caballo, y en otra, uno perteneciente a una mujer de corta edad con una moneda de plata en la boca, que era la tarifa que había que pagar a Caronte para cruzar en su barca el río del Hades, el mundo de los muertos heleno. En una vaina dorada había representados leopardos atacados por dragones de alas turquesa, y a su lado se encontró una imagen de la Afrodita griega cuyos rasgos –formas rollizas y senos pequeños y prominentes– respondían al ideal bactriano de la belleza femenina.

Desde un punto de vista meramente organizativo y de administración, empero, el legado del nuevo Imperio de Alejandro no fue demasiado generoso. Sus sucesores, gentes de extraordinaria competencia y de no menor ambición, no trataron de hacer propios y perpetuar sus ideas ni sus logros tanto como su nombre. Y la unidad que, en un grado u otro, acabó por

alcanzar el mundo helenístico tras su muerte fue obra de las diversas manifestaciones de la cultura griega: su religión, su literatura y su arte (dramático, musical, etc.).

CAPÍTULO 9

LAS POSTRIMERÍAS DE ALEJANDRO (327-323 A. C.)



> El movimiento de la rueda sobre la que giran los asuntos humanos impide a todo hombre ser siempre afortunado.
>
> CRESO, antiguo monarca de Lidia,
> a Ciro, gran rey de Persia, según
> Heródoto, *Historia*

A finales de 327 tuvo comienzo la mayor «aventura» de Alejandro. Fue entonces cuando invadió y conquistó parte de lo que las fuentes griegas llaman, llevadas de un espíritu patriota, «la India», por más que las armas del macedonio no llegasen a pasar, en realidad, mucho más allá del Punyab. El antiguo Imperio persa se había extendido a tierras tan orientales como las que baña el Indo; pero lo cierto es que aquel tiempo hacía mucho que había pasado cuando entró en escena Alejandro. El territorio al que se dirigía en aquel momento era nuevo, tanto en lo geográfico como en lo político. Dado que estaba tratando con pueblos hostiles no sólo a su persona, sino también a cualquier otra, no tenía más remedio que andarse con pies de plomo. La información recibida de los exploradores que enviaba de forma regular hacia las tierras que tenían por delante se convirtió, en consecuencia, en una necesidad absoluta.

La expedición podía calificarse también de aventura en el sentido de que Alejandro no tenía, al parecer, intención alguna de detenerse siquiera en la antigua frontera persa: lo consumía, por el contrario, el deseo de seguir progresando hasta llegar a tierras desconocidas, y aun, quizá –si bien no puede aseverarse con certeza–, a lo que concebía como el límite mismo del mundo habitado. Una vez más, como sucedió en 335 en Grecia, en 332 en Tiro y en 330-327 en el Asia central, iba a poner a prueba su genio militar

hasta llegar casi a la destrucción. Estaba a punto de tener que enfrentarse a elefantes de guerra, al monzón y a un elemento no menos desconocido: un río de dimensiones colosales y fuertes corrientes. Aun así, a la postre iba a imponerse a todos estos obstáculos. Una última paradoja: el único que no logró superar al cabo fue la oposición de las clases de tropa macedonias a las que había llevado a la extenuación.

El cuartel de invierno se estableció en Asacene (en la región de Swāt y Būnīr). Tras la toma de Masaga y el imponente peñasco de Aornis (hoy Barsar ib Pīrsar), Alejandro avanzó hasta el río Indo. En los albores de la primavera de 326 cruzó sus aguas para dirigirse a la población punyabí de Taxila –cuyos abundantes restos arqueológicos salieron a la luz hace una o dos generaciones–. Su gobernante, a quien las fuentes helenas llaman Taxiles, se convirtió en partidario suyo y también en su ayudante militar. El macedonio volvió a ver impedida su marcha en el río Hidaspes por el rival y enemigo local de Taxiles: el poderoso Poro. Sirviéndose de su astucia, Alejandro logró que sus tropas alcanzasen la otra orilla ante sus narices; pero lo cierto es que hizo falta más que simple sagacidad para derrotar a su colosal hueste, dotada de paquidermos semejantes a carros de combate. Tal como vimos en el capítulo 7, la victoria de aquel día se debió sobre todo a la falange y la infantería ligera del monarca atacante. Éste, sin embargo, quedó tan impresionado por la actuación del derrotado –y quizá también por su ciclópea estaturaque, según Arriano, «devolvió a Poro la soberanía que había ejercido sobre sus súbditos y añadió a su reino un territorio de extensión aún mayor».

Desde el Hidaspes, Alejandro Magno se dirigió, atravesando el Acesino y el Hidraotes, a las márgenes del Hipasis (el moderno Beas), en donde, por razones totalmente comprensibles, las clases de tropa se negaron a dar un solo paso más en dirección al este (véase el capítulo 4). El desencanto que les había provocado la sed insaciable de exploración y conquista que parecía padecer su caudillo los llevó, en efecto, a amotinarse. Los años de marchas y campañas de espantosa dureza, las desalentadoras lluvias propiciadas por el monzón, la añoranza crónica de la patria y el miedo, cada vez mayor, a lo desconocido les habían pasado factura sin ninguna compasión. De mala gana –de muy mala gana, y acaso también acometido de ira por haber visto

frustrada su ardiente ambición–, dio media vuelta y volvió a poner rumbo al Hidaspes tras sufrir lo que las fuentes historiográficas consideran la única derrota de su trayectoria militar.

Tras pasar varios meses armando una flota con la que alcanzar la desembocadura del Indo, Alejandro desahogó, al parecer, sus frustraciones durante el sangriento avance que lo llevó de una a otra de las aldeas y ciudades indígenas. Entre los malos (*Malli*), estuvo a un paso de recibir un castigo tal vez bien merecido cuando lo hirieron casi de muerte en el pecho. Aun así, a mediados de julio de 325 había llegado ya a Pattala (acaso en la moderna Hyderābāt), sita en el delta del río. Nearco, amigo de infancia del soberano, tenía órdenes de zarpar con la flota en dirección al océano Índico y, una vez allí, poner la proa al oeste para atravesar el mar Arábigo. Él, entre tanto, optó por guiar a su hueste, excesivamente mermada y exhausta a causa de los rigores de la campaña, por tierra a través del desierto de Gedrosia, hoy de Makrān, en Beluchistán.

Arriano cita al añoso Aristóbulo al hablar de los numerosos árboles de mirra, fragantes y de una altura inusitada, que encontraron allí, así como de otros amenos ejemplares de la flora y la fauna que encontraron. Sin embargo, aquello no fue más que un preludio.

> Alejandro escogió una ruta ardua por las tierras de los gedrosios. De continuo escaseaban las provisiones, y en especial el agua para los soldados. Se veían compelidos a salvar distancias nada desdeñables de noche y bien entrados en tierra, aun cuando el macedonio deseaba recorrer la costa por ver cuántos puertos había en ella y preparar, en lo posible, el terreno a la flota.

En nada quedaron, sin embargo, sus esperanzas y preparativos.

> La mayoría de los historiadores de Alejandro –señala Arriano– asevera que la suma de todos los padecimientos que por él había tenido que soportar su tropa en Asia no tuvo comparación con las desgracias que allí sufrieron.

Cualquiera que hubiese podido ser el verdadero motivo que llevó a Alejandro a efectuar aquella marcha a través del desierto –lo que nos lleva, de manera irremediable, a recordar la pregunta que formulábamos en relación

con el desvío que tomó para visitar el oasis de Sīwa –, es evidente que el resultado fue, en este caso, desastroso. El grupo que acaudillaba no logró acudir a la cita que habían concertado con las embarcaciones de Nearco. Los víveres menguaron y acabaron por agotarse, y el calor y la sed acabaron con la vida de muchos miles de soldados y de las mujeres que los acompañaban. Aquél fue, sin disputa, un error colosal de juicio militar y quizá político por parte de Alejandro Magno.

Después de regresar, por fin, a la civilización, en Carmania, en la región meridional de Irán, el soberano se permitió –o más bien, permitió a sus huestes– disfrutar de lo que podría calificarse de jarana dionisíaca prolongada. La referencia al dios del vino, el éxtasis y la transformación no es, ni mucho menos, casual: en la India, Alejandro había hecho el propósito consciente de competir con él y aun superarlo. El desbarajuste de Carmania representó una liberación necesaria de la presión que habían acumulado sus soldados corrientes a lo largo de aquellos años de marchas y campañas a cual más agotadora. Fue allí, durante dichas celebraciones, donde Nearco y sus marinos, desaliñados hasta el punto de quedar casi irreconocibles, se reunieron al fin con su señor tras fondear en Hormozeia (Ormuz). Habían salvado mil seiscientos kilómetros en dos meses, y a diferencia de Alejandro, habían salido, a su manera, triunfales de tamaña empresa. Sólo habían perdido una embarcación, y Nearco se había hecho con una colección de cuentos de navegantes de la que sabría sacar no poco provecho a lo largo de su vida. El soberano, como era de esperar, ofreció más sacrificios aún a los dioses –a Poseidón, claro está, pero también a Hércules, uno de sus favoritos, así como a Zeus Salvador, a Apolo y a otrosen agradecimiento. Nearco zarpó a continuación de Hormozeia para internarse en el golfo Pérsico.

Así y todo, al lado de estas felices demostraciones de alivio y liberación, Alejandro Magno exhibió, tal vez, la suerte de reacción que cabía esperar de él después de una situación tan cercana al desastre como la que había vivido. Instituyó lo que se ha calificado –con acierto, a mi entender– un régimen de terror. Hizo ejecutar a una serie de generales y sátrapas, tanto orientales como macedonios. Baste decir, como signo de aquellos tiempos por demás turbulentos, que Hárpalo, amigo de infancia y compatriota suyo, decidió que aquél era el mejor momento para huir a Grecia, una vez más. Quizá temiese,

con razón, acabar compartiendo la suerte de aquéllos. Porque, por lo que sabemos, era el tesorero mayor del Imperio, y no hacía ascos al hecho de gastar el contenido de las arcas en sus propios placeres personales –aunque no siempre privados–. De hecho, había adoptado las costumbres de Babilonia hasta el extremo de crear en ella un «paraíso», un jardín de las delicias a la manera de los persas. Aun así, el verdadero objeto de su deseo eran, aparte de sí mismo, sus dos entretenidas griegas: Pitionice y Glicera. Fallecida la primera, la adoró como a una semidiosa.

Algo menos romántica, y mucho más inaceptable para Alejandro, de ser cierta, es la insinuación de que Hárpalo acuñó su propia moneda en Babilonia. Tal circunstancia lo convierte más en un rival de su señor que en una molestia. Sea como fuere, a principios de 324, se asustó y optó por poner pies en polvorosa. Esta vez, quiso refugiarse en Atenas, ciudad célebre por la perpetua hostilidad que profesaba a Alejandro Magno y a su causa. Para hacer mayor el agravio, además, entregó de forma oficial a sus habitantes una generosa cantidad de dinero con la que se financiaría, en 323, un levantamiento de consideración entre los griegos de la Liga de Corinto.

Después de destituir a Nearco, el macedonio prosiguió su avance en dirección al interior de Irán, pasando por Pasargadas y Persépolis. En la primera de éstas, capital administrativa original de Ciro el Grande, se encontraba también su monumental enterramiento (figura 37). Alejandro tuvo motivos para montar en cólera cuando lo informaron de que lo habían profanado, al parecer los magos (sacerdotes medos), y mandó a Aristóbulo, arquitecto además de escritor, que lo restaurase. La razón de tal desvelo era la misma que lo había movido en todo momento desde que había puesto por obra la captura y las exequias públicas de Darío en 330: el deseo de conciliarse el beneplácito de la antigua clase alta de Persia y presentarse como sucesor digno y legítimo de los gobernantes aqueménidas, si bien en calidad de gobernante de un Imperio nuevo y no sólo de la continuación del antiguo. Otro tanto sucedió, cuando se trasladó de Pasargadas a Persépolis, la vieja capital ceremonial de la dinastía, en donde había tomado la decisión, ambivalente aunque tal vez inevitable, de destruir el conjunto palaciego en 330. Sin embargo, el asunto de la rivalidad no tardó en asomar la cabeza. Orxines, sátrapa de la provincia de Persis, era de ascendencia aqueménida;

pero, merced a Bagoas, eunuco favorito de Alejandro, fue acusado de exceder los límites de su poder legítimo y actuar como un caudillo personal. En consecuencia, lo condenaron a morir crucificado, sin mediar proceso legal alguno, y asignaron su puesto a Peucestas.

En 324 tuvo lugar en Persépolis otro episodio de no poco interés simbólico: un nuevo funeral público. El finado era el brahmán Calano, quien había acompañado a Alejandro Magno desde que se conocieron en Taxila, a principios de 326. Según Arriano, sería imposible escribir una biografía del soberano macedonio sin incluir a aquél. Así describe él aquel acontecimiento, que basa por entero o en gran medida en el testimonio de Nearco:

> Calano había comenzado a sufrir cierto debilitamiento físico en Persia, pese a que jamás había estado enfermo con anterioridad. Aun así, se negó en redondo a llevar la existencia de un inválido, e informó a Alejandro de que deseaba poner fin a su vida antes de tener que padecer dolencia alguna que lo obligase a alterar su régimen normal. Él lo reconvino largamente, pero al ver que Calano no tenía intención alguna de echarse atrás, y que estaba resuelto a acabar con su sufrimiento de cualquier otro modo si desbarataban su propósito, dio órdenes en persona de que erigiesen una pira en conformidad con las instrucciones del brahmán. Mandó a Tolomeo, hijo de Lago, uno de los integrantes de su guardia personal, que se hiciera cargo de los preparativos. Según parece, Alejandro hizo organizar una procesión de caballos y hombres, algunos de los cuales iban armados por entero, en tanto que otros portaban toda suerte de incienso que añadir a la hoguera. Al decir de otras fuentes, llevaban copas de oro y plata y vestiduras regias. Por estar Calano incapacitado por su enfermedad, se dispuso una cabalgadura para él; pero su debilidad era tal, que no le era dado siquiera montarla, de modo que lo transportaron en unas andas, engalanadas con guirnaldas a la manera que acostumbran en la India, mientras se cantaban canciones índicas ... A continuación se subió a la pira y, a la vista de todo el Ejército, se tumbó con el decoro que le era propio. A Alejandro no le pareció decente que un amigo suyo fuese exhibido públicamente de tal guisa. El resto de los circunstantes se maravilló de que Calano permaneciese inmóvil por completo aun en el momento mismo en que lo consumían las llamas. Nearco atestigua que, en el momento de encender el fuego quienes tenían encomendado tal menester, sonaron las trompetas, tal como había ordenado Alejandro, y el Ejército al completo lanzó el grito de guerra que empleaba cuando acudía al encuentro del enemigo. Aun los elefantes repitieron aquel alarido estridente en honor de Calano.

Qué manera de irse. El detalle de los supuestos escrúpulos del soberano acerca de aquel modo de exponer a un amigo en público quedaría en entredicho antes de que acabase el año, cuando enterró a Efestión con gran propaganda. Con todo, no cabe dudar del respeto genuino que profesaba a aquel «bárbaro» estoico compañero suyo y a la forma como eligió morir.

En marzo de 324, los ejércitos de mar y tierra se volvieron a reunir en la ciudad elamita de Susa, y Alejandro consideró que había llegado el momento más oportuno para hacer otro gesto notable que marcase el paso siguiente del proceso de orientalización de su Imperio: la famosa ceremonia nupcial multitudinaria que celebraría en abril. Más de ochenta de los militares a los que habían nombrado de manera oficial sus *hetairoi* personales tomaron por esposas a mujeres iranias. El propio soberano contrajo nupcias con dos –o por mejor decir, con dos más, dado que aún seguía casado con Roxana–. Una de ellas era hija de Darío, el enemigo al que había derrotado y del que se convertía así en yerno con carácter póstumo. Aquél fue un matrimonio dinástico en el sentido más estricto y pleno del término. La otra era hija de Artajerjes III, asesinado durante el golpe de estado que se había perpetrado en su palacio en 338. A un mismo tiempo, el macedonio otorgó su venia a las uniones de hecho de unos diez mil de sus soldados con mujeres orientales, amén de sendos regalos de boda en metálico. Nada había, sin embargo, de puramente sentimental en semejante gesto: tal como hemos visto, lo que lo movía en todo momento era el designio de crear una clase gobernante irano-macedonia y de perpetuar su Ejército imperial explotando la fertilidad de las asiáticas.

En junio de 324, sin embargo, como había ocurrido ya en la India dos años atrás, Alejandro volvió a colmar el vaso de la paciencia de su tropa. Había conducido a sus huestes a Opis, al norte de Babilonia, a fin de recibir a una fuerza de infantería especialmente adiestrada y compuesta de no menos de treinta mil iranios jóvenes a los que se refería, con muy poco tacto, como «sucesores». Tras sentar plaza en 327, habían estado recibiendo instrucción hasta entonces a la manera macedonia a fin de poder integrarse sin solución de continuidad en las filas de la falange de los infantes de Macedón –de los

cuales desmovilizó el soberano a diez mil por considerarlos no aptos para el servicio–. No cabe sorprenderse, por consiguiente, de que las clases de tropa no acogieran con el menor entusiasmo la idea de que las «sucediesen» de aquel modo tan brutal, y se amotinaran. Sin embargo, su señor sabía ya de qué pie cojeaban, y estaba listo para hacerles frente en aquella ocasión. Es más: resulta por demás posible que actuasen precisamente como él había previsto y aun deseado. Se limitó, sin más, a decirles que podían marcharse.

Al verse enfrentada a un hecho tan consumado, la soldadesca se echó atrás –movimiento harto prudente–, y Alejandro tuvo oportunidad de hacer otro de sus grandes gestos. En adelante, según anunció, los combatientes macedonios recibirían el título honorífico –de origen persa– de «deudos». No fue un gesto muy sincero. Al cabo, se había salido con la suya, y durante el suntuoso banquete de reconciliación dejó claro cuál era su principal objetivo político para el futuro. Rezó por que «persas y macedonios pudiesen gobernar juntos en armonía como integrantes de una sola potencia imperial». Poco tenía que ver tal cosa con lo que algunos sentimentales han querido interpretar como una declaración de hermandad o unidad del género humano. En tal caso, ¿qué hay que decir de los griegos? ¿Dónde encajaban en los planes de Alejandro? En general, cabe aseverar que en ningún lado, si no era en calidad de modelo cultural y, de colmarse sus esperanzas, súbditos leales.

Crátero, uno de los cuatro mariscales macedonios del Imperio de Alejandro, y de los numerosos contrayentes de Susa, quedó al frente de los diez mil veteranos licenciados por su señor, con quienes regresó a Macedonia en 324. Es posible que llevase con él un escrito inesperado por el que se le ordenara desbancar al regente Antípatro, de quien nadie ignoraba que se oponía a los designios orientalizadores del soberano. De forma acaso espontánea –o quizás a petición de éste–, los estados griegos de la Liga de Corinto enviaron entonces embajadores sagrados ante él como si se tratara de un dios viviente. Llegaron a Babilonia, lugar en el que estaba concediendo audiencia, cuando alboreaba el verano de 323. Su objetivo de ser considerado una divinidad se hallaba más próximo a completarse en diversos ámbitos desde la visita que había efectuado, en Sīwa, al oráculo de Amón en 331, pues, si bien en su corte misma se habían alzado voces discordantes, había muchas ciudades griegas dispuestas a reconocer que sus logros sobrehumanos

merecían algún género de reconocimiento sobrenatural. Por otra parte, no habían sido menos las que habían quedado desconcertadas por el decreto imperial promulgado ante los miles de habitantes de la Hélade que se habían congregado en los Juegos Olímpicos celebrados a finales del verano de 324. Por él se exigía a todas las ciudades que pertenecían a la Liga de Corinto que acogiesen de nuevo a sus exiliados, lo que constituía una clara transgresión del fuero de autonomía. El macedonio sembró así la simiente de la sublevación helénica que recibiría el nombre de *guerra lamíaca* (véase el capítulo 5) y que estalló en 323, a raíz de su muerte prematura.

Visto desde el presente, el último año de vida de Alejandro Magno debe considerarse una verdadera decepción. Por encima de todo, estuvo ensombrecido por la pérdida de Efestión, su amigo más querido, quien murió en Ecbatana, en torno a octubre de 324, cuando ejercía de gran visir del Imperio. Ningún combate, ni siquiera uno tan sangriento como el que empeñó contra el indómito pueblo iranio de los casitas durante el invierno de 324 y 323, podía compensar la pérdida de quien lo había acompañado toda su vida. Alejandro, sin embargo, no se dejó amedrentar, y de hecho, la enfermedad que le sobrevino en Babilonia lo atacó cuando se encontraba en una fase avanzada de la planificación de otra campaña de relieve, en esta ocasión contra los árabes. El 10 de junio de 323 murió en dicha ciudad. Poco después de sus exequias, se hicieron públicos varios de sus supuestos proyectos –los llamados «últimos planes», muchos de los cuales eran grandiosos en extremo–. Hubiesen sido o no concebidos por él tal como han llegado a nosotros, lo cierto es que, cuando menos, no se contradicen con el carácter y la envergadura extraordinarios de los que había llevado a término (véase el capítulo 10).

Habida cuenta de las circunstancias, era poco menos que inevitable que surgiese la idea –o acusación– de que había muerto envenenado –los síntomas causados por una dosis baja de estricnina son semejantes a los que, al parecer, sufrió él–. El cuerpo de sus secretarios llegó incluso a dar al público un documento, conocido como *Ephemerides* (o «diarios») a fin de refutarla. Sin embargo, no podemos descartarla sin más. A algunos de los

macedonios más destacados, y en especial para los que deseaban ocupar su puesto, debió de darles la impresión de que no había otro modo de detener la megalomanía orientalizadora de su rey, de quien a la sazón los separaba una distancia un tanto inquietante. Por lo que respecta a la suerte que corrió su cadáver, se trata de uno de los grandes misterios –aún sin resolver– del mundo antiguo. Sabemos que fue embalsamado y conservado en Babilonia. Dos años más tarde, se decidió repatriarlo a Macedonia, para que lo enterrasen en el antiguo cementerio real de Egas (Vergina); pero a mitad de camino lo interceptó el sátrapa de Egipto, Tolomeo, uno de los compañeros de infancia de Alejandro, alumno como él de Aristóteles en Mieza, y mariscal del nuevo Imperio de su señor.

Tolomeo hizo que lo enterrasen en Menfis, la vieja capital de los faraones, quizás en el mismo sarcófago de piedra que había contenido, antaño, los restos del último rey del Egipto independiente: Nectanebo II (la *Novela de Alejandro*, cuyo desarrollo tuvo lugar en tierras egipcias, incurre en la descabellada idea de presentarlo como padre biológico de Alejandro; pero eso es ya harina de otro costal). Más tarde, mandó trasladarlo de Menfis a su propia capital, Alejandría, desde donde gobernaba Egipto en calidad de soberano. El espléndido mausoleo aún podía contemplarse en tiempos de Octaviano, más conocido como Augusto, el primer emperador de Roma, y tampoco faltan referencias posteriores que dan a entender que todavía se tenía información de su paradero. Sin embargo, desde la Antigüedad más tardía, por más que haya en la ciudad quien afirme conocer su ubicación exacta, lo cierto es que se ha esfumado sin dejar rastro.

«Ten presente el fin», decían los antiguos, con lo que querían dar a entender que sólo entonces puede determinarse el verdadero valor de una vida. Se hace imposible alcanzar una valoración final de los logros extraordinarios obtenidos por Alejandro durante un reinado o siquiera en sólo trece años. Es evidente que su existencia quedó incompleta e insatisfecha en alto grado, y su reputación permanece tan contradictoria y controvertida después de muerto como en vida. Ernst Badian, biógrafo del macedonio dotado de una agudeza y una mordacidad nada corrientes, ha expresado con acierto el aspecto más negativo del personaje: «Tras batallar, intrigar y asesinar para asegurarse la posesión del poder absoluto, Alejandro Magno se

encontró, al final, en lo alto de una cumbre solitaria ante el abismo, en donde de nada servían su poder y su seguridad». Asimismo, el Imperio unificado de pueblos orientales y occidentales murió con su fundador, quien vio el fin de sus días a los treinta y dos años. Ninguno de sus mariscales, que con tanta aspereza lucharon entre ellos durante el prolongado desenfreno de juegos funerales que tuvo lugar en el transcurso de los veinte años siguientes, cuando menos, albergó esperanza realista alguna de poder mantenerlo intacto.

El aspecto positivo resulta fascinante en mayor grado, siendo así que Alejandro constituye una de las fuerzas más fecundadoras de la historia en el ámbito fundamental de la cultura. La difusión de manifestaciones visuales y verbales de la civilización helena en pueblos ajenos a Grecia era algo que llevaba siglos en marcha, y además, había recibido un impulso nada desdeñable muy poco antes, en tiempos de Filipo. Sin embargo, el hijo de éste aceleró de tal modo el proceso, e hizo llegar a tantos lugares el helenismo, que lo convirtió en algo punto menos que irreversible. A él debemos, a la postre, que se tradujese la Biblia hebrea al griego en la Alejandría egipcia, así como que san Pablo, judío helenizado nacido en la ciudad cilicia de Tarso, escribiera en dialecto *koinē* (o griego «común») a la hora de convertir a los gentiles que habitaban las ciudades del Imperio romano de Oriente a su nueva religión: el cristianismo. Lo que hizo fue explotar una zona de atracción cultural ya establecida y tan extensa que podría considerarse ecuménica (universal o «global», que dirían ahora).

El siguiente fragmento de «En el año 200 a. C.», de Konstantinos Kavafis, poeta hijo de la Alejandría egipcia, encierra en sus versos, de engañosa sencillez, una ilustración moderna elocuente de sus formidables logros:

> Nosotros: los alejandrinos, las gentes de Antioquía,
> las de Seleucia y los otros muchos
> helenos de Egipto y de Siria,
> y los de Media, y los de Persia y tantos otros.
> Con sus extensos dominios
> y la influencia que tan bien han sabido adaptar.
> Y la lengua común de los griegos,
> que hasta la Bactriana hemos llevado, y a los pueblos de la India.

Igual de gráficos son, a su manera, los relieves que decoran la tumba que pertenece quizás al fenicio Abdalónimo de Sidón (figuras 2 y 8). Tras ser coronado por Alejandro a finales de la década de 330, siguió siendo fiel a su señor hasta el final. A su muerte, su cadáver fue depositado en un sepulcro de piedra ornado con escenas que habrían alegrado, sin duda, la vista y el corazón del que fue emperador y mentor suyo. En ellas dominan dos motivos principales: la guerra y la caza. Precisamente la caza, o el rastreo, de lo que fue Alejandro se ha perpetuado tras su muerte.

CAPÍTULO 10

EL HOMBRE QUE FUE ALEJANDRO



El episodio de la recuperación de Alejandro Magno tras la herida que casi se cobra su vida en 325, en la India, y la fanática reacción de sus hombres demuestran, sin dejar lugar a dudas, su natural extraordinario. Aun así, aún queda preguntarse qué clase de hombre era, en la medida en que era un hombre, y no un dios o un héroe. ¿Era el Alejandro sensato de Ulrich Wilcken; el visionario caballeroso de W. W. Tarn; el titánico, casi hitleriano, de Robin Lane Fox; o el ser pragmático, amoral y despiadado de Ernst Badian y Brian Bosworth?[1] ¿Y no era ninguno de ellos, o parte de todos o de alguno de ellos? Damas y caballeros, hagan sus apuestas.

Tras la muerte del macedonio, ocurrida en Babilonia, a principios de junio de 323, en las circunstancias no del todo claras descritas en el último capítulo, se dio, de manera inevitable, un período de confusión e incertidumbre. Perdicas, convertido en uno de los mariscales del Imperio y en tratante del poder de Macedón, hizo públicos lo que, a su decir, era el borrador de los «últimos planes» del soberano –los últimos que le había sido dado trazar, en cualquier caso–. Se recogieron, supuestamente, en los *Hypomnēmata* o memorias oficiales; pero el único indicio que se conserva al respecto hay que buscarlo en la *Biblioteca histórica* de Diodoro, texto que dista de ser del todo digno de confianza. No podemos, por ende, asegurar que ninguno de los elementos que conforman la relación de sus propósitos sea exacto ni auténtico, como tampoco que ninguno corresponda a una falsificación.

De los cinco proyectos que, según nos refiere Diodoro, destacaban en ella, el más importante, desde el punto de vista político y militar, era el de construir un millar de barcos de guerra con los que acometer una campaña contra Cartago (ciudad de lo que hoy es Túnez) y otros habitantes del Mediterráneo occidental –Libia, Sicilia, Iberia...–. Sería, claro está, después de la expedición contra los pueblos de la península Arábiga para la que ya había comenzado a hacer preparativos serios antes de su deceso (o asesinato). Los otros cuatro planes de relieve eran los siguientes: en primer lugar, pretendía erigir una serie de templos –tres en Grecia, tres en Macedonia

(entre los que se incluían uno dedicado a Zeus en Dión, la ciudad sagrada sita en la falda del monte Olimpo) y uno en particular suntuoso en Ilión (Nueva Troya) consagrado a Atenea; en segundo lugar, emplear una suma elevadísima –unos diez o doce talentos, tal vez– en levantar una pira ciclópea en Babilonia a modo de monumento conmemorativo a Efestión, muerto en Ecbatana durante el invierno de 324 y 323 y enterrado allí con asombrosa ceremonia; en tercer lugar, construir una pirámide en honor a Filipo, padre terrenal de Alejandro; y cuarto, efectuar un conjunto significativo de movimientos demográficos, entre los que se incluía el intercambio de pueblos entre Europa y Asia y la formación de ciudades a partir de la suma de aldeas a través del proceso que los griegos llamaban sinecismo.

Perdicas, sin embargo, presentó el documento al Ejército a fin de que los soldados macedonios lo rechazasen por contener la suerte de planes excesivos a la que se habían opuesto desde que se negaron, con éxito, a avanzar más allá del río Hipasis en 325. Dicho de otro modo: por más que pudieran no haber sido redactados ni dictados por Alejandro Magno, los *Hypomnēmata* contenían designios que sus huestes consideraron propios de su señor. Puede afirmarse, por lo tanto, que a su manera, nos acercan al hombre que fue el soberano en un punto determinado de su carrera tanto como hace posible la ausencia de una biografía digna de confianza.

Sea cual fuere nuestra opinión acerca de la autenticidad o el realismo de dichos planes, resulta de gran utilidad el comentario que, en calidad de autor, recoge Arriano al principio del libro VII –el último– de su *Anábasis*:

> Por mi parte, no puedo determinar con exactitud qué género de designios tenía en la cabeza Alejandro; y aunque no deseo hacer conjeturas al respecto, huelga decir que ninguno era modesto ni secundario, y es evidente que no habría dejado de hacerse con nuevas tierras aun cuando hubiera sumado Europa a Asia y las islas Británicas a aquélla. Muy al contrario, no habría dejado de buscar, allende todas ellas, lugares desconocidos; puesto que estaba en su naturaleza, caso de no tener rival alguno, afanarse por superar lo insuperable.

«[B]uscar ... lugares desconocidos» y «afanarse por superar lo insuperable»: no iba Arriano nada desencaminado. Desde el punto de vista espiritual, resulta posible detectar una progresión en la elección de

competidor del macedonio. Comenzó con Aquiles, el héroe homérico; siguió con Heracles, héroe universal destinado a convertirse en dios, y llegó a su apogeo con Dioniso, divinidad universal del vino, la transfiguración y la liberación espiritual. Quizá lo único que le quedaba por hacer fuese rivalizar consigo mismo en calidad de dios al mando de un Imperio ecuménico. Tal cosa habría supuesto, sin disputa, «afanarse por superar lo insuperable»: una versión moderna del antiquísimo ideal aristocrático homérico.

A lo largo del relato histórico de Arriano se repite la voz *pothos* –con el significado de «anhelo, ansia o deseo de poder»– en conexión con las empresas más arriesgadas de Alejandro. En consecuencia, en 335 se vio acometido por tal afán de tierras en la margen opuesta del Danubio; en 333, tuvo afán de visitar el palacio del rey frigio Gordio, quien hacía mucho que había muerto, y su hijo Midas, y de desatar el nudo que unía el yugo del carro funeral gordiano a su lanza; en 332, afán de fundar, en la desembocadura del Nilo más cercana a Canope, una ciudad que habría de convertirse en la más célebre e influyente de todas las Alejandrías que aún le quedaban por crear; entre 332 y 331, afán de visitar el santuario de Libia que albergaba el oráculo de Amón; durante el invierno de 327 y 326, afán de tomar la imponente roca de Aornis, próxima al río Indo; en 326, afán de visitar el monte Mero, no lejos de Nisa y poco más al sur del Aornis; en 324, afán de navegar corriente abajo el Éufrates y el Tigris hasta alcanzar el golfo Pérsico; y en 323, por fin, afán de explorar el mar Caspio.

La expuesta constituye una relación un tanto heterogénea, y lo cierto es que no podemos demostrar que el motivo del *pothos* surgiese del propio Alejandro Magno y no de Arriano o de una de sus fuentes. Debemos sustraernos, por ende, a la tentación de interpretar la mirada soñadora que puede observarse en los ojos de las estatuas que, en teoría, lo representan como una visualización estética de su espíritu ansioso. Así y todo, sí parece que podemos hablar de un elemento común a todas sus empresas: un impulso que lo llevaba a tratar de hacer o ver lo excepcional, lo ciclópeo, lo que resulta incomprensible a la mayoría de los mortales. Además, en tres de los ocho ejemplos citados, Arriano vincula de forma explícita el *pothos* a la emulación de Heracles o Dioniso. Tal cosa no significa que no hubiese, asimismo, buenos motivos seculares o humanamente racionales en lo tocante

a sus acciones; pero sí da a entender que el macedonio no los consideraba por entero satisfactorios. O cuando menos, que pretendía proyectar la imagen de alguien que tenía por uno de sus componentes integrales el ansia de logros extraordinarios. Éste es, en opinión de quien estas líneas suscribe, el marco en el que parece haber querido y esperado Alejandro que se evaluara su personalidad: un contexto legendario en esencia.

De ordinario se concede no poca importancia a la herencia genética que recibió de sus padres, Filipo y Olimpia. Con el primero compartía –quizá, sí, por haberlo recibido de él– la intrepidez personal, la condición de caudillo excepcional, la rapidez de decisión y la agudeza intelectual, en tanto que a los genes de su madre se atribuyen su firme determinación y su natural apasionado, características en las que superaba aun al propio Filipo, y su religiosidad. No obstante, todo esto no son más que conjeturas, dado que las fuentes que han llegado hasta nosotros apenas ofrecen información acerca de los comienzos de su existencia. De hecho, casi todo lo que sabemos se halla contenido en los siete primeros capítulos de la *Vida de Alejandro* de Plutarco, que tratan del período que va de su nacimiento a los veinte años. Aun así, en ellos se incluyen una o dos pistas que podían hacer pensar cuál sería el curso futuro de su evolución:

> Parece que Alejandro despreciaba, en realidad, a toda aquella pandilla de atletas profesionales. Al menos, organizó muchísimas competiciones ajenas a las gimnásticas, relacionadas más bien con el teatro trágico, el dominio del *aulós* [tibia doble] y la lira, la declamación poética, la improvisación de estrofas y los diversos géneros cinegéticos.

Para todos los varones de la minoría selecta macedonia, la caza de animales salvajes, y en especial de jabalíes y leones, constituía más que una simple excusa para ejercitar su vigor o que una forma grata de olvidar empresas más solemnes: era una verdadera vocación, seria en extremo. Las ocupaciones venatorias hacían un hombre del joven macedonio desde el punto de vista no físico, sino social. Quien quisiese ceñir un cinturón distintivo y participar reclinado en vez de sentado en el simposio –ocasión semiformal en que se reunían para beber los varones de la crema de Macedón– tenía que haber matado a un hombre y un jabalí en justa lid.

Alejandro superó triunfante estas dos pruebas de hombría, en tal grado, de hecho, que es precisamente cazando, y en llamativa posición central, como se le representa en el fresco con que se engalanó el friso de la tumba de Vergina que se ha identificado como perteneciente a su padre Filipo (figura 1). Al elegir este motivo iconográfico, el pintor o los pintores debieron de seguir al pie de la letra los deseos, conocidos por todos, de Alejandro Magno.

Cabe destacar dos episodios cinegéticos que forman parte sustancial de la leyenda del conquistador macedonio. En el primero de ellos, acaso el menos encomiable, Crátero lo salva del ataque, tal vez mortal, de un león en Siria. Se cree que es ésta la escena que se representa en cierto mosaico elaborado con guijarros en Pella, a finales del siglo IV (figura 3). En el otro, Alejandro entra en cólera cuando Lisímaco, uno de los *hetairoi* más allegados a él –al que no hemos de confundir con el maestro del que hablaremos más abajo–, se interpone durante una cacería celebrada cerca de Maracanda (la uzbeka Samarcanda) y mata al imponente león que había seleccionado para sí su señor. Así refiere lo ocurrido el autor romano Curcio:

> En aquella parte del mundo no hay indicador más cabal de la riqueza de los bárbaros que la habitan que las excelentes manadas de animales que tienen cercadas en extensiones por demás espaciosas de tierras boscosas de pastoreo ... Alejandro entró en una de estas arboledas ... y ordenó que se batiera toda aquella zona al objeto de hacer salir a los animales de sus cubiles. Entre éstos se contaba un león de dimensiones poco comunes que corrió hacia ellos con la intención de abalanzarse sobre el mismísimo rey ... Quiso la fortuna que [Lisímaco] se hallara a no mucha distancia, de modo que no dudó en apuntar al animal con su lanza. Alejandro, sin embargo, lo apartó de un empellón y, pidiéndole que se quitara de en medio, afirmó ser tan capaz como él de acabar a un león con una sola mano.

De estos testimonios parece colegirse una imagen coherente del macedonio como un ser de apasionada afición –casi se diría que adicción– a los riesgos y las emociones de la montería. La de matar animales salvajes no podía ser, en absoluto, una actividad intrascendente para la trayectoria vital de un hombre que tendió, en más de una ocasión, a tratar con un salvajismo desenfrenado a enemigos humanos «sin domesticar» como, entre 324 y 323, los casitas.

Plutarco señala que, si bien se nombró a un buen número de maestros para supervisar la educación de Alejandro Magno, la dirección de todos ellos se hallaba al cargo de un tal Leónidas, familiar de Olimpia procedente de la ciudad griega de Epiro. Se trataba, al parecer, de un hombre severo, amante de la disciplina más férrea; aunque el hecho de que las fuentes se refieran a él como padre adoptivo y mentor suyo hace suponer que debía de ser mucho más que eso. La calificación de padre adoptivo no podía ser más apropiada, toda vez que el verdadero se encontraba lejos del hogar con tanta frecuencia en los años de formación del joven que no cabe pensar que tuviese la oportunidad de desarrollar para con él sentimientos más ardientes o íntimos que los de la admiración y el respeto –a no ser que contemos la envidia entre los ardientes e íntimos–. El otro profesor que destaca de entre los que tuvo durante su infancia –su favorito, en apariencia– también era griego: Lisímaco, nacido en Acarnania, región situada en el sur de Epiro. Plutarco lo desaprueba con altivez, tachándolo de «hombre sin educación ni cultura», y desaprueba el ardid de comparar al trío conformado por Filipo, Alejandro y él mismo con la heroica trinidad homérica de Peleo, Aquiles y Quirón –el centauro que educó al segundo en Tesalia–. Sin embargo, parece que él halló en ello un filón rico en simbolismo y capacidad de hechizo, una vena que el propio soberano explotaría casi hasta dejar agotada en un período posterior de su vida.

Todo apunta a que, para él, Aquiles fue un héroe en el sentido que asignamos nosotros al término. Y si bien es posible llevar la idea demasiado lejos, lo cierto es que el macedonio actuó a menudo conforme a los principios aristocráticos y heroicos de Homero. Tengamos en cuenta, por ejemplo, al final mismo de su vida, el «último plan» consistente en construir un templo para Atenea en Ilión. Ése era el modo peculiar como entendía Alejandro la idea griega de *philotimía*, el ansia competitiva de honor y fama, que motivaba a los personajes de interés público. La obra homérica, sin embargo, habría sido por sí sola una guía inadecuada para un futuro rey de Macedón, y en especial para uno que, como Alejandro, no era especialmente versado en libros. Aparte de la educación textual proporcionada por Leónidas y tal vez

por Lisímaco, hemos de tener muy en cuenta la formación, de carácter autodidacta en parte, que recibió fuera del aula, en especial durante las cacerías.

Tampoco consideraba Filipo que esta instrucción basada en Homero y en la caza fuese lo bastante saludable para el príncipe que, en la época en que alcanzó Alejandro la pubertad, se presentaba como único candidato serio a convertirse en su heredero. Por consiguiente, en torno a 343, cuando su hijo contaba trece años, decidió ampliar su mente nombrando maestro suyo a Aristóteles. Semejante elección hace tanto honor al juicio refinado de aquél como de las dotes intelectuales de su hijo. Bien podía, al cabo, el monarca haber seleccionado a Espeusipo, sobrino de Platón y sucesor electo para presidir la Academia ateniense, o a Isócrates, quien había fundado su propia escuela retórica en Atenas y mantenía correspondencia con Filipo.

Aristóteles era, sobre todo, científico –especializado en zoología y en botánica–, y no hay razón para poner en duda que Alejandro sentía una fascinación científica genuina por la flora y la fauna exóticas, ni las historias que aseguran que hacían enviar especímenes a aquél de Asia a Atenas –en donde el filósofo había fundado su Liceo de estudios superiores a mediados de la década de 330–. También fue Aristóteles, o al menos eso creía Plutarco, quien inspiró, en mayor medida que ninguna otra persona, el interés que tenía el joven príncipe en el arte de la curación. Con todo, y como cabe esperar, Alejandro combinó en este terreno el enfoque científico con la devoción piadosa tradicional. Entre las incontables leyendas locales que recogió Pausanias, religioso y viajero de gran sabiduría, a mediados del siglo II d. C., se cuenta una relativa a la Gortina de la Arcadia, en donde, según le participaron, había dedicado el macedonio un peto y una lanza a Asclepio, dios universal griego de la medicina. Alejandro, que tantas veces fue herido o necesitó atención médica por otras causas, bien pudo haber juzgado conveniente asegurarse el favor de la divinidad, aun en un santuario tan remoto.

De Aristóteles se dice también que instruyó a su discípulo en los principios de la política y la ética, así como en doctrinas más arcanas y esotéricas. Podemos dudar, sin embargo, del grado con que calaron en el inconsciente del alumno las enseñanzas político-filosóficas. Ni siquiera a él le

iba a ser posible alejarlo demasiado de Homero o templar la pasión que sentía por la *Ilíada*, un texto cuya utilidad práctica era, por supuesto, limitada. En consecuencia, resignado, acabó por regalarle un ejemplar del poema anotado de su puño –debió de ser un rollo de papiro, o un conjunto de rollos, de longitud más que considerable–. Las fuentes aseguran que el conquistador llevó consigo aquella *Ilíada* durante la expedición asiática, en donde se conoció como «el ejemplar del cofre». Ello es que, entre los efectos personales de Darío III capturados en 333, tras la batalla de Iso, había un arca de oro que empleó el macedonio para guardar aquel preciado texto acotado por Aristóteles. Tanto era el afecto que le profesaba, que, al parecer, de noche dormía con él –y con una dagabajo la almohada. Con todo, y pese a tamaño alarde de bibliofilia, cabe dudar de que pensase en ningún momento que la escritura era más poderosa que las armas.

El lugar en que ofrecía sus lecciones Aristóteles estaba en Mieza, al oeste de Pella y Egas, y quizá cerca de la Lefkadia moderna, en donde se ha identificado un posible emplazamiento –que incluye un par de cavernas, muy útiles a la hora de resguardarse de las frecuentes lluvias invernales–. El lugar se hallaba lo bastante alejado de la corte para permitir a Alejandro escapar de la supervisión inmediata de Filipo, Olimpia o los que habían sido sus maestros de infancia; pero también lo bastante cerca para que pudiera reclamarse su presencia en caso de necesidad. Tal ocurrió en 340, y la educación que había recibido debió de considerarse suficientemente eficaz, por cuanto se le asignó la función de regente mientras Filipo guerreaba en los confines orientales de su Imperio.

Casi tan interesantes como su relación con Aristóteles, y tan cargados de posibilidades para el futuro, fueron los lazos que lo unieron a quienes fueron, a consecuencia de una cuidada selección, sus compañeros de estudios. Tales vínculos demostraron ser duraderos y muy significativos. Tal como hemos visto, ninguno lo fue en mayor grado que el que mantuvo con el macedonio Efestión, individuo más bien anodino llamado a disfrutar de la gloria de Alejandro. Jamás, por lo que sabemos, llegó a oponerse a éste en ningún asunto de relieve, y de hecho, contribuiría de forma decisiva a que se hiciera su voluntad en cuestiones tan delicadas como el proceso –y la ejecución– de Filotas en 330, el intento fallido de imponer la *proskýnēsis* así a los

cortesanos griegos y macedonios como a los persas en 327 y los matrimonios mixtos forzados celebrados en Susa en 324. Alejandro llegó a considerarlo su otro yo, y quizá también a referirse a él en tales términos. Por consiguiente, según el concepto que tenga cada uno del soberano macedonio, Efestión se revela como un simple cero a la izquierda o un secuaz más bien siniestro.

Es casi seguro que, durante uno o más estadios de su vida –los primeros años de la edad adulta, tal vez, amén de la adolescencia–, el amor que existía entre ellos se expresó de forma física. Los empeños en suprimir todo vestigio, o mácula, de homosexualidad de su relación resultan, en todo caso, por demás desacertados. En la antigua Grecia no había estigma alguno vinculado a las relaciones carnales entre varones por sí mismas, y este género de experiencias y las heterosexuales no se consideraban incompatibles, ni en el plano de lo emocional ni en el de lo social. Sin embargo, si Efestión era de verdad el Ganimedes de Alejandro, tal como ha afirmado un biógrafo reciente de Oscar Wilde, éste no debía de ser un hecho del que gustara de jactarse.

Mucha más importancia que el carácter físico preciso de su amistad revisten la significación afectiva que tenía para el soberano y sus patrones de conducta. Uno de sus «últimos planes» consistía, supuestamente, en la construcción, en Babilonia, de un monumento funeral de dimensiones colosales dedicado a Efestión; al héroe Efestión, para más señas. Al saber de su muerte, causada por el consumo excesivo de alcohol, Alejandro había sufrido un paroxismo de dolor en verdad homérico, que sólo logró aplacar la noticia de que Amón había autorizado que se le elevara a la condición de héroe de forma póstuma. Pese a que, al parecer, el monarca había esperado que pudiese ser adorado como a un dios, en público se declaró satisfecho con la decisión de Amón. No deja de dar que pensar el que Efestión fuese el único que había sido capaz de llenar el vacío de la soledad que había creado el poder en Alejandro Magno.

Igual de duraderas, si bien no de una importancia tan inconmensurable, fueron otras de las relaciones de amistad entabladas bajo la tutela de Aristóteles. Un incidente ocurrido en 337, cuando Alejandro contaba diecinueve años, pone este hecho de relieve de un modo en particular gráfico. En aquellas fechas, Filipo contrajo matrimonio –el séptimo y, según se vería, el último– con una mujer que era sólo la segunda de sus esposas

perteneciente a la más alta nobleza macedonia. El enlace llevaba consigo implicaciones dinásticas obvias, por demás desagradables para Alejandro y, sobre todo, quizá, para su madre. Durante el festín de bodas, a la fuerza desinhibido por causa del alcohol, éste se vio arrastrado a una disputa pública de gran violencia con el tío y tutor de la novia. Filipo acabó por abalanzarse contra su hijo espada en mano; pero la embriaguez lo hizo caer al suelo antes de poder llegar a él. Alejandro tuvo la sensatez de abandonar Macedonia con Olimpia y dejar que el tiempo y la separación espacial enfriase los ánimos de uno y otro.

Este exilio voluntario no satisfizo, empero, al airado Filipo, quien expulsó a cinco de los amigos más íntimos de su hijo –entre los que resulta interesante que no se hallara Efestión–. Hárpalo, Tolomeo, Nearco, Erigio y Laomedón no pertenecían a la antigua nobleza macedonia, y la amistad que compartían con Alejandro demuestra que éste fue, desde el principio, una persona de carácter independiente deseosa de crear su propio círculo de seguidores leales. Es asimismo evidente –y algo que Arriano alega en su favor– que los cinco fuesen elevados por Alejandro, con el tiempo, a cargos de importancia.

Tal vez no había entrado aún el futuro soberano en la adolescencia cuando conoció a otro de sus amigos íntimos: su célebre compañero de cuatro patas. No deja de ser tentador, en efecto, aseverar que los dos grandes amores de la vida de Alejandro eran brutos privados de raciocinio. De Efestión ya hemos hablado. En cuanto al otro, Bucéfalo, hay que decir que fue ofrecido a Filipo por un comerciante que pedía por él la astronómica suma de trece talentos de plata –el equivalente a varias fortunas individuales más bien grandes–, pese a que aquel irascible animal aún no había sido amaestrado. Filipo estaba a favor de rechazar la oferta cuando, según la leyenda, entró en escena su hijo, quien domó al caballo alejándolo de la sombra del sol y montándolo para tener, a continuación, el descaro de ofrecerse a pagar de su bolsa los trece talentos. Desde entonces, hombre y cabalgadura se volvieron inseparables. Del emperador romano Calígula se dice que erigió en cónsul a uno de sus caballos, y nuestro buen rey Ricardo III de Inglaterra habría dado todo su reino por uno de estos équidos. Alejandro, no obstante, fue más allá si

cabe, por cuanto amén de encabezar en persona una magnífica procesión funeral en honor de su fiel corcel, tras morir éste llegado a una edad por demás avanzada, dio su nombre a una de las ciudades que fundó.

Niños, hombres y un caballo; pero ¿qué puede decirse del papel que representaron las mujeres en la vida de Alejandro Magno? Lo más seguro es que el sexo –entendiendo por tal el trato carnal con personas del sexo opuesto– no ocupase un lugar muy elevado en su escala de prioridades. «El sexo y el dormir –decía supuestamente– son lo único que me hacen consciente de que soy mortal.» Ya sabemos –o creemos saber– lo que significa. Aun así, sólo nos es dado conjeturar acerca del porqué de esta actitud respecto de las relaciones heterosexuales. Vale la pena, cuando menos, tener en cuenta la hipótesis –que expone de un modo muy gráfico la novelista Mary Renault– según la cual lo disuadió de tales actividades la visión de su padre, ser hirsuto, marcado por las batallas y tuerto, copulando con violencia con su madre. Por otra parte, como ya se ha señalado, pudo haber sufrido un complejo de Edipo reprimido –nada más apropiado en el caso de un hombre que tenía por modelo a los héroes del pasado mítico de Grecia–. Se trata, claro está, de algo imposible de demostrar, si bien las quejas relativas a las importunidades de Olimpia, su buena disposición para ser «adoptado» de manera simbólica por la reina caria Ada y el respeto exagerado que desplegó para con la madre de Darío III, cautiva tras la batalla de Iso, hacen pensar en la existencia de sentimientos ambiguos respecto de su madre verdadera.

Tampoco hay, por otro lado, prueba alguna que pueda demostrar que Alejandro era impotente o prefiriese las relaciones homosexuales. Hemos de tener en cuenta, por ejemplo, sus matrimonios. Del primero de ellos, el que lo unió a Roxana en 327, nació, sin lugar a dudas, un hijo –nacido de forma póstuma y conocido como Alejandro IV–. Más tarde se desposaría también con una hija de Darío y una de Artajerjes III –tal fue su contribución a los casamientos multitudinarios celebrados en Susa en 324–, aunque tal acto bien pudo ser un mero formalismo de Estado. No debió de serlo tanto, de ser cierta, la supuesta relación que mantuvo con Barsine, viuda de su oponente Memnón, de la que se dice que nació un hijo –al que llamaron, curiosamente,

Heracles–. Se ha llegado incluso a hacer ver que tuvo trato carnal con la madre de Darío III, por no hablar del que se le atribuye con una reina de las amazonas.

En consecuencia, lo más ajustado a la realidad es afirmar que, por lo general, Alejandro renunció a las relaciones heterosexuales, a las que recurría sobre todo por motivos políticos o de procreación. E. J. Baynham ha asignado, con no poco tino, a un excelente artículo relativo a este aspecto de su vida y su personalidad el siguiente título: «Why didn't Alexander marry a nice Macedonian girl before leaving home?». Su respuesta, acertada en mi opinión, se basa en las rivalidades políticas existentes en la corte de Macedón entre 336 y 334. Tal como hemos visto, el soberano raras veces permitía que los sentimientos tuviesen prioridad alguna sobre la prudencia.

Si el sexo no llegó a acaparar la atención de Alejandro, no puede decirse lo mismo de la religión. Esta faceta de su carácter bien pudo ser, en proporción nada desdeñable, herencia de su madre, Olimpia. Situado en el contexto de la antigua Hélade, el monarca macedonio debe considerarse una persona de natural enormemente devoto, rayano aun en lo supersticioso. Acaso no sea una simple coincidencia el que la voz griega que designa esto último, *deisidaimonía* (literalmente, «temor a los fenómenos demoníacos o sobrenaturales»), se acuñara precisamente en sus tiempos. También en esa época, Teofrasto, el mejor de los alumnos de Aristóteles, hizo del hombre supersticioso uno de los integrantes de la galería de treinta sagaces caricaturas que conforman sus célebres e imitadísimos *Caracteres*.

A fin de descubrir o analizar la voluntad de los dioses y otras fuerzas sobrenaturales, Alejandro llevaba consigo, en todo momento, a su propio agorero (o *mantis*): Aristandro. Éste procedía de Telmeso, ciudad situada en una escabrosa región de tierras altas del suroeste de Anatolia y muy prolífica en adivinos. El soberano no se embarcaba en empresa alguna de relieve sin consultar primero con él, y no faltaron ocasiones en las que su interpretación de un supuesto presagio o portento afectó de un modo directo a la actuación de su señor. Así, por ejemplo, cuando en 334 o 333 tuvo noticias el rey de la existencia de una conspiración contra su persona, no supo, en un principio, si darles crédito o no. Entonces, un buen día, mientras sesteaba durante el sitio de Halicarnaso, fue a posarse una golondrina en su cabeza y allí quedó sin

intención alguna de moverse. Aristandro sentenció que tal hecho auguraba la traición de un amigo, y Alejandro ordenó matar a este último. Tal vez, como ocurría a menudo en el caso de los vaticinios y los oráculos en la antigua Grecia, el consultor hacía, a la postre, lo que estimaba oportuno personalmente; pero el apoyo brindado por un intérprete de autoridad resultaba vital a la hora de decidirse por una u otra opción.

En otras ocasiones, cabe pensar que Aristandro se limitaba a hacer predicciones reconfortantes no destinadas a influir en el comportamiento de su soberano. Tal ocurrió, por ejemplo, cuando estando su hueste acampada a orillas del río Oxo, en las satrapías superiores del Asia central, durante la primavera de 328, surgieron, a escasa distancia de su tienda, dos surtidores: uno de agua, y otro de aceite (que no era sino un chorro de petróleo). El augur declaró que el segundo –que constituye, dicho sea de paso, la primera referencia cierta al petróleo que encontramos en toda la literatura de la Hélade– era pronóstico de dificultades futuras que se traducirían, a la postre, en una victoria. También hay constancia de diversas ocasiones en las que, haciendo Alejandro caso omiso de sus interpretaciones, se demostró, llegado el momento, que eran correctas. Resulta por demás notable que aun Arriano, escéptico de ordinario, pareciese convencido de que Aristandro tenía algo de especial; algo impreciso e indefinible desde un punto de vista racional.

Tampoco era su natural por demás supersticioso la única característica que destacaba del macedonio en el ámbito de lo religioso. En este sentido, se hace asimismo digno de mención su natural místico. Éste sale a la luz del modo más evidente durante la visita que hizo al oasis de Sīwa en 332 o 331. Después de aquello dejó de considerarse descendiente, sin más, de Zeus para tenerse, en cierto sentido, por hijo mismo del dios. Aun así, es importante hacer hincapié en que fue Amón, divinidad ajena a Grecia, más que Zeus, con quien contrajo lo que podríamos denominar una «relación especial» de filiación. Cuando efectuó el curioso rodeo que lo condujo al santuario del oráculo de aquél, formuló una pregunta al dios y recibió –o al menos eso afirmaba– la respuesta que deseaba oír su corazón. Con todo, jamás hizo pública la naturaleza exacta de ésta. Por desgracia, el aserto de Plutarco, según el cual Alejandro escribió a Olimpia para hacerla partícipe de que, a su regreso, le revelaría en secreto ciertas profecías, debe tratarse con gran

desconfianza. No cabe duda, sin embargo, de que Amón ocupó desde entonces un lugar especial en el alma del soberano, circunstancia que llevó a Clito *el Negro* a acusarlo, en 328, de haber renegado de su padre en favor de dicha deidad. Por ésta y por otras insinuaciones poco afortunadas, aquél no dudó en matar al hombre que le había salvado la vida a orillas del río Gránico.

El modo como informa Arriano de la actitud de Alejandro Magno con respecto a Amón peca de parcial hasta un extremo sorprendente. Aun aceptando que el macedonio llegó a creerse hijo legítimo casi del mismísimo Amón, no incluye a éste entre los dioses ancestrales a los que ofrecía sacrificios con regularidad. En consecuencia, en noviembre de 326, en el río Indo, hizo «una libación por Heracles, ancestro suyo, y por Amón y el resto de dioses a los que tenía por costumbre honrar». Más tarde, en 325, «brindó sacrificios a las divinidades a las que, según gustaba de aseverar, había dicho Amón que debía adorar», lo que quizá constituya una referencia velada a las instrucciones recibidas –a su decir– en persona de él en Sīwa. La prueba más evidente de la afección especial que profesaba a tan exótica deidad se halla en que aceptó la respuesta por la que dictaminaba que Efestión debía venerarse en calidad de héroe y no de dios.

Para sus contemporáneos, Alejandro era, como Efestión, un héroe en el sentido técnico de la palabra, por cuanto, tras su muerte, se le adoró como tal, en privado, en Pella y sin duda en el resto de los que habían sido sus dominios. No obstante, como no ignoramos, también se consideraba –razón por la que era célebre o tristemente célebre– un héroe homérico a la manera de sus supuestos ancestros Aquiles y, mejor aún, Heracles. Y es que este último lo era por partida doble: en cuanto paladín reputado por sus logros y como hijo de un dios (Zeus) y una mortal que alcanzó la condición íntegra de divinidad tras culminar los famosos doce trabajos que se le encomendaron. El hecho de que Alejandro se considerara a sí mismo un héroe ha suscitado reacciones muy variadas entre los historiadores y analistas pasados y presentes. La concepción que tenemos hoy de los héroes es, en cualquier caso, muy diferente de la que poseían él y los de su tiempo. Si queremos una idea mucho más cercana de esta última, lo más probable es que tengamos que recurrir nada menos que al decimonónico *Los héroes: culto a los héroes; lo*

heroico en la historia, de Thomas Carlyle. Con todo, ni siquiera este panegírico victoriano consigue capturar en su totalidad los matices de lo que debía de ser dicha devoción.

La respuesta extremada de Alejandro Magno a la muerte de su mejor amigo hace que abordemos la cuestión del carácter del monarca y su evolución. En la antigua Grecia, el *charaktēr*, que era literalmente la imagen impresa con que se sellaban las monedas, etc., constituía, aplicado a personas, algo innato, y no construido socialmente. A lo sumo, el que poseía un individuo al nacer podía verse restringido o modificado, en cierta medida, por mediación de la educación y la experiencia. Por lo demás, las vivencias no servían sino para revelar el aspecto que aquel carácter grabado a fuego desde los orígenes tenía en realidad bajo la superficie. Las fuentes bibliográficas de la ancianidad que tratan de Alejandro Magno sostienen al unísono que, en la medida en que experimentó cambio alguno, su forma de ser empeoró a lo largo de los once años que duraron su campaña en Asia y su dominio sobre el continente.

De esta opinión se hizo eco en el siglo XVIII el egregio historiador ilustrado William Robertson, quien no pasó por alto en su *History of India* «los salvajes arrebatos de la pasión, los escandalosos excesos intemperados y las ostentosas manifestaciones de vanidad de este hombre extraordinario». Con todo, Robertson también añade, con no poca propiedad, que todos esos rasgos «han degradado a tal punto su carácter, que la prominencia de su mérito, ora como conquistador, ora como político o legislador, raras veces se ha valorado en su justa medida». Si los historiadores de nuestro tiempo adoptamos, en nuestra búsqueda de esa estimación objetiva, una postura menos moralista que él, lo cierto es que no mostramos menor pasión a la hora de posicionarnos a favor o en contra del macedonio.

En el «bando de los detractores» milita Ian Worthington, quien ha argüido que «es necesario cuestionar la grandeza que se le supone a Alejandro, así como separar el personaje histórico del mítico, por más que vaya en prejuicio de la leyenda». A lo cual ha replicado Frank Holt, estudioso estadounidense del soberano: «En nuestros días, corremos el riesgo ... de que

la nueva ortodoxia, que presenta a un Alejandro censurable acosado por la paranoia, la megalomanía, el alcoholismo y la violencia, gane pujanza hasta extremos igual de perjudiciales».

La opinión de un servidor se halla en algún punto intermedio de estas dos, y tiene muy en cuenta aquel adagio de lord Acton según el cual «el poder tiende a corromper, y el poder absoluto, a corromper de un modo absoluto». Tras las exuberantes manifestaciones de duelo que provocó la muerte de Efestión, los siguientes episodios hacen pensar en una mengua progresiva del dominio de sí mismo: la sangrienta campaña contra pueblos nativos de la India como los malos, emprendida en 326, tras el motín del Hipasis; la cruel marcha a través del desierto de Gedrosia en que embarcó a sus hombres sin necesidad; el régimen de terror –si en realidad fue tal– que impuso en 324, a su regreso a Irán, y la reacción severa, despiadada incluso, que ofreció a sus soldados macedonios tras la rebelión de Opis. Sin embargo, en conjunto, y desde un punto de vista histórico más que moral, el Alejandro de quien esto escribe es un ser contradictorio: un pragmatista con inclinación a la crueldad, y también un entusiasta tendiente al romanticismo apasionado.

El juicio, por demás equilibrado, del francés Claude Mossé, uno de los hombres de más ciencia que haya conocido la historiografía de la Grecia antigua, ofrece una conclusión muy apropiada:

> No cabe duda de que no era ni el genio político y militar que han descrito algunos ni el sabio que obtuvo un poder total de autodominio merced a las enseñanzas de Aristóteles; ni el borracho incapaz de dominar su humor, ni el bárbaro «salvaje» que arrasó Tebas y quemó Persépolis: era un hombre de su tiempo, influido sin duda por las contradicciones propias de la educación griega, el alcance de sus conquistas y el servilismo de parte de cuantos lo rodeaban. Sin embargo, al cabo, no es eso lo que más importa. En realidad, ¿no deberíamos juzgarlo más bien por sus logros y por la evolución del Imperio que conquistó en poco más de una década?

Posiblemente, pero ¿podemos permitirnos el lujo de emitir un juicio objetivo y racional, habida cuenta del legado –o los legados– que nos dejó? (Véase, a este respecto, el capítulo 12.)

CAPÍTULO 11

LA DIVINIDAD DE ALEJANDRO



Alejandro Magno fue uno de los primeros griegos –aunque no el primero de todos– que fueron adorados como dioses en vida. Tan sorprendente circunstancia suscita no pocas preguntas. ¿Cómo se originó la idea de deificar a mortales vivos, y cómo encajaba ésta en el contexto general de la religión helena? ¿Se consideraba el macedonio un ser divino de forma real y cabal? ¿Ordenó él mismo su propia divinización? De ser así, ¿por qué lo hizo? La religión era otro ámbito de la vida en el que se hallaban en juego su concepción del mundo y la naturaleza misma de su personalidad. De hecho, podría afirmarse incluso que sus intensas convicciones religiosas constituyeron el motivo principal de sus actividades más importantes –si no de todas, sí de la mayoría–. La naturaleza exacta de las creencias y el comportamiento religiosos de Alejandro Magno, fuera del asunto de su deificación, ya ha quedado, por lo tanto, explorada en detalle por la luz que podía arrojar sobre el hombre que fue. Por paradójico que resulte, la cuestión que nos ocupa –su carácter heroico y divino– bien puede llevarnos a entender aún más el carácter humano de nuestro personaje.

Pocas cosas resultarán más difíciles de entender a quienes hemos crecido en el seno de una tradición religiosa y espiritual monoteísta que el contexto mental del paganismo. Sus dos rasgos más importantes eran los siguientes: en primer lugar, la religión –para la cual no tenían los griegos equivalente alguno capaz de expresarse en una palabra– era una cuestión de actos de devoción más que de dogma, fe o creencias, y en segundo lugar, el mundo se hallaba lleno de dioses. De forma más específica, la adoración de una deidad griega –pagana y anterior al cristianismo– comportaba, cuando no todos, alguno de estos elementos: un templo, una estatua (*ágalma*) y un recinto sagrado (*témenos*); un ritual de sacrificio –el más común y distintivo era el cruento de animales– efectuado sobre un altar; juegos atléticos o musicales, y el canto del *paián* o peán –himno dedicado de ordinario a dioses olímpicos como Apolo o Poseidón–. Una diosa «de base» y ubicua como, por ejemplo, Atenea, hija de Zeus, podía multiplicarse casi hasta el infinito con sólo añadir el epíteto apropiado: Atenea de la Destreza, Atenea de la

Sabiduría, Atenea la Virgen (es decir, Parthenos, de donde procede el nombre del Partenón, sito en la acrópolis ateniense), Atenea la Señora de la Ciudad (como en Esparta), Atenea de Lindos (o de cualquier otro lugar), etc. A despecho de su representación antropomórfica, una deidad no era, con exactitud, una persona en el sentido de individuo humano, sino más bien la encarnación de ciertos poderes y fuerzas.

El antropomorfismo de las divinidades helenas podía conllevar diversas implicaciones. Sus poderes eran inmensamente mayores que los de los simples mortales, y sin embargo, no existía entre éstos y aquéllos una línea divisoria firme e infranqueable. En consecuencia, no era algo innatural para los antiguos griegos el imaginar algo así como una condición intermedia entre dioses y hombres. Era, precisamente, la que atribuían a los héroes semidivinos, que podían ser de varias clases. En un extremo se hallaban los que habían vivido, supuestamente, en el pasado vago y distante, y tenían ascendencia divina por una de las líneas. El caso más clásico es el de Heracles, quien representa un papel nada desdeñable en la historia de Alejandro Magno, tal como hemos podido comprobar. En el otro extremo figuraban los seres del período histórico a los que, siendo humanos por entero, reputaban héroes de forma póstuma a causa de los logros y obras extraordinarios que habían hecho en vida. Ejemplo de esto lo constituye el lacedemonio Brásidas, a quien se otorgó, tras morir en 422, en Anfípolis (Calcídica), ciudad a la que acababa de liberar del yugo ateniense, la condición de héroe fundador junto con la veneración religiosa correspondiente. Su culto fue a sustituir desde entonces al del verdadero responsable de su fundación –nacido en Atenas–, aun cuando esto había ocurrido sólo quince años antes. El caso ilustra con particular claridad la interpretación que se daba a los factores políticos seculares y piadosos en el seno de la religión griega pagana.

Heracles gozaba de no poca ventaja respecto de Brásidas, por cuanto era divino por parte de padre –Zeus– y, por ende, héroe de nacimiento. Por otro lado –y este hecho no carece de relevancia en lo que toca a Alejandro–, había alcanzado la proeza única de superar la categoría heroica y hacerse merecedor de la de dios. Merced a los extraordinarios trabajos de provecho que había llevado a término en la tierra, fue recibido formalmente entre los

inmortales que poblaban la cumbre del monte Olimpo, la mayor elevación de Grecia, sita en el confín meridional de Macedonia. Con todo, también el culto a Brásidas revistió importancia para Alejandro por partida doble. En primer lugar, había alcanzado el más alto honor a que podía aspirar un mortal sin un ápice de parentesco divino, y en segundo lugar, cuando aún no hubiesen transcurrido veinte años se vería superado por un caso sin precedentes: el de Lisandro, otro espartano mortal por completo que, como Alejandro más tarde, podía hacer valer su condición de descendiente directo de Heracles por parte de padre. Con todo, a la sazón no había habido motivo alguno para esperar que, a diferencia de los demás lacedemonios que aseguraban estar emparentados con él –y entre los que se incluían los dos reyes de Esparta–, alcanzase forma alguna de divinidad, y menos aún en vida.

Lisandro era el comandante naval que llevó la guerra del Peloponeso (431-404) a un final glorioso para su ciudad, y la reacción que presentó ésta en aquel momento triunfal no pasó, como cabía esperar, de contenida. No puede decirse lo mismo, empero, de los exiliados oligárquicos –ferozmente antidemocráticos– de la isla de Samos, muy cercana al litoral anatolio, quienes, no viendo razón alguna para refrenarse, quisieron honrar y gratificar a su benefactor erigiendo altares, cantando himnos y dedicando a su persona la más importante de sus fiestas religiosas anuales, que de *Hēraia* pasó a llamarse *Lysandreia* en 404 o en fecha posterior, tal como atestigua una inscripción oficial procedente aquella ciudad y creada en torno a 400 a. C.

La deificación de Lisandro no tenía, ni por asomo, un ápice de blasfemo. No es que los griegos no conociesen tal concepto: el término procede, precisamente, de su lengua. Además, como norma general, trataban de separar la esfera humana de la divina de un modo muy marcado. Así, por ejemplo, una forma muy común de reprender a quien ejercía el poder con arrogancia consistía en recordarle que debía «tener pensamientos de mortal», o lo que es lo mismo: no olvidar que era un ser humano y no un dios. Sin embargo, dado que, en la Hélade, la religión era un hecho político –tal como se ha señalado–, correspondía a cada ciudad decidir qué honores piadosos eran apropiados en cada caso. No existían academias pontificias ni ninguna

otra jerarquía vocacional de expertos que lo regulase como asunto de doctrina o dogma. Y el empleo del epíteto de *divino* para expresar el mayor elogio imaginable se remontaba nada menos que a Homero.

No constituía, por lo tanto, un paso tan ciclópeo considerar a un hombre digno de honores «idénticos a los apropiados para los dioses». Pero, en tal caso, ¿por qué fue Lisandro el primero? Uno de los factores que hemos de tener en cuenta es el vínculo personal y político que lo unía a los exiliados que, gracias a él, recuperaron sus puestos de poder después de un enfrentamiento particularmente sangriento entre facciones. Así y todo, el detalle que debió de inclinar la balanza en favor de un culto divino imperecedero en lugar de la concesión de honores seculares extraordinarios o de la adjudicación póstuma del carácter de héroe fue, tal vez, su actitud y su personalidad, o dicho de otro modo, su poder de atracción.

En 404, Lisandro había mandado erigir un grupo escultórico de bronce de dimensiones ciclópeas en Delfos, sede del oráculo de Apolo y espacio más sagrado de toda la Hélade. Se trataba de un monumento a la victoria final que había obtenido –él más que Esparta– sobre los atenienses, un encargo por demás inteligente con el que estaba sacando el máximo provecho a la peculiar carga sobrenatural que poseían las estatuas en la antigua Grecia. Asimismo, el conjunto se colocó en una posición prominente en alto grado: a la entrada del camino sacro que desembocaba en el templo del dios. En él se incluían representaciones de las doce deidades olímpicas, a las que pretendía honrar más que limitarse a rendirles culto. Más importante aún era la estatua de Poseidón, señor de los mares, en actitud de coronar a Lisandro con una corona triunfal; lo que deja claro que el lacedemonio consideraba que su gesta le daba derecho a gozar de un lugar simbólico entre los dioses. Los oligarcas samios supieron captar la indirecta, y convirtieron la imagen que tenía aquél de sí mismo en una realidad literal.

En el siglo IV, tras la muerte de Lisandro, se dio en todo el mundo griego una marcada tendencia en favor de la monarquía y el pensamiento monárquico. De aquel período se ha atestiguado un número creciente de príncipes soberanos, ya absolutos, ya constitucionales, que respaldaban su gobierno con la teoría que lo justificaba presentándolo como el régimen de un benefactor justo. También existen indicios de un cambio en la concepción del

lugar que ocupaba en el mundo. Piénsese en el caso de Clearco de Heraclea, ciudad situada en el litoral occidental del mar Negro. Había sido, en Atenas, alumno de Platón y de Isócrates, y se identificaba de cara al mundo con Zeus, tanto en sus vestiduras como en su modo de conducirse. Asimismo, llamó a uno de sus hijos Cerauno («rayo») en honor al atributo más célebre de dicho dios (con lo que sentó el precedente antroponímico para uno de los monarcas dinásticos de Egipto del período posterior a Alejandro: Tolomeo Cerauno).

Pese a todo lo expuesto, el macedonio contaba con un ejemplo mucho más inmediato a su persona que Lisandro o Clearco: su propio padre. En Olimpia, lugar sagrado que seguía en importancia a Delfos y acogía los juegos olímpicos panhelénicos, Filipo había encomendado la erección de un edificio que, con muy poca modestia, denominó Filipeo. Se trataba de una construcción redonda de las que los griegos llamaban *tholos* («bóveda»). Esta forma se asociaba a las estructuras sagradas más que a las seglares, tal como pone de relieve, de un modo por demás obvio, el de Marmaria, en Delfos, a escasa distancia del grupo principal de edificios sagrados que coronan la montaña. En su interior, además, mandó colocar una serie de esculturas criselefantinas (de marfil y oro) de sí mismo y de varios de sus familiares, incluido su hijo Alejandro. También los materiales empleados estaban, por lo común, reservados a estatuas de culto divino, como la más célebre y relevante de todas –no en vano considerada una de las Siete Maravillas del mundo antiguo–: la colosal representación de Zeus que podía verse en Olimpia y que había creado en la década de 430 el artista ateniense Fidias.

Aún llama más la atención la escultura de sí mismo que, a la manera de Lisandro y es de suponer –si bien no cabe asegurarlo fuera de toda duda– que con fines más honoríficos que de culto, hizo llevar en procesión en Egas, en 336, junto con las de los doce dioses olímpicos. Ocurrió en ocasión del casamiento de su hija Cleopatra –y de su propio asesinato–. A los indicios literarios y arqueológicos que hacen pensar que Filipo reclamaba para sí condición más elevada que la del simple mortal podemos añadir una prueba epigráfica irrebatible proveniente de Filipos, la ciudad de la Calcídica tracia a la que había cambiado el nombre para convertirse en epónimo suyo. De su contenido se colige que sus súbditos macedonios estaban dispuestos a tenerlo por un dios viviente. Llegados a este punto, hemos de hablar de otro ámbito

en el que Alejandro tuvo en su padre un modelo que emular y –dentro de lo humanamente (o sobrehumanamente) posible– superar, y que confiere a la deificación en vida del personaje una perspectiva totalmente nueva al situarla en un contexto de continuidad y cambio, de tradición piadosa e innovación hostil.

Aún quedan dos fuentes escritas de la época que tienen una relación directa con el cambio que estaban experimentando las ideas acerca de la deificación en la época en que vivió Alejandro Magno. En primer lugar, cabe destacar la *Tercera epístola a Filipo*, compuesta –y quizá «remitida» de uno u otro modo– por Isócrates. Este pedagogo, orador y panfletario ateniense de ideas ultraconservadoras aseveró en dicha carta abierta que, si el monarca macedonio culminaba con éxito su preciado proyecto de dominar Asia, sólo le quedaría una meta más elevada que alcanzar: la de obtener la categoría de dios. La siguiente podría ser una paráfrasis cabal de tan obsequiosa obra retórica: «Si conquistas Asia, habrás llegado al límite de lo que puede aspirar a hacer un ser humano». Con independencia de si Filipo llegó a leer tal documento, por no hablar ya de si actuó en consecuencia, su hijo bien pudo optar por tomar la propuesta más a la letra.

Hay un segundo autor heleno, vinculado de manera íntima al soberano, del que se ha dado a entender que podía haber incitado a Alejandro a reclamar la condición de ser divino. Se trata nada menos que de Aristóteles, quien escribió en su *Política*, elaborada entre la década de 330 y la de 320, que quien es rey en el sentido pleno de la palabra (rey por entero, literalmente) es «como un dios entre hombres», y que tratar de gobernar por encima de él sería tan errado como intentar dominar a Zeus. Verdad es que el filósofo no identifica a un monarca así con un dios, sino que lo compara con uno en relación con el resto de los hombres; y no lo es menos que ese rey de Aristóteles no pasa de ser una invención teórica, inconcebible en la realidad. Pero también es cierto que a sus aseveraciones pudo asignárseles un sentido más literal de lo que él pretendía expresar. También es muy posible que Alejandro lo oyese plantear ideas similares durante una edad tan impresionable como la que tenía a finales de la década de 340, cuando fue alumno del filósofo en Mieza.

A la hora de analizar la cuestión de la divinidad de Alejandro Magno, hay tres episodios que revisten una relevancia fundamental, y ninguno de ellos ha estado, en absoluto, libre de controversia, ni en la antigüedad ni en nuestros días. El primero de ellos es la visita que hizo al oasis de Sīwa, sito en Libia, durante el invierno de 332 y 331; el segundo, su intento de imponer a la totalidad de sus súbditos la costumbre persa de prosternarse ante él en Bactra, en 327; y el tercero, la supuesta orden de deificarlo que expidió a los griegos desde Susa en 324.

En lo concerniente al viaje a Sīwa, topamos con tres dificultades de cierta entidad. En primer lugar, cabe preguntarse qué interés podía tener el macedonio en consultar allí el oráculo de Amón en aquel preciso instante; en segundo lugar, no sabemos qué ocurrió con exactitud una vez allí; y en tercer lugar, tampoco está claro qué efecto tuvo la visita en su posterior proceder, en lo que respecta al modo como se veía a sí mismo y también al modo como se presentaba ante los demás. Por desgracia, las fuentes de que disponemos plantean tales problemas, más, acaso, que en lo que respecta a cualquier otro aspecto de su vida, que nos es imposible determinar lo que sucedió con un mínimo de certeza.[1]

Alejandro debió de tener motivos por demás poderosos para embarcarse en un trayecto tan largo y peligroso como aquél, dado que una acción así suponía, por fuerza, ceder la iniciativa estratégica a Darío y sus comandantes occidentales. Sus razones pudieron ser más o menos prácticas y racionales, o más o menos románticas y simbólicas. Una de ellas quizá fuera su afán de igualar y aun superar al mejor de sus predecesores. En este caso, el oponente en cuestión debía de ser no otro que Heracles, antepasado último –a excepción sólo de Zeus– de la casa real macedonia. Cierta moneda de oro por valor de un cuarto de estatera puesta en curso en torno a 330 por la casa de moneda de Anfípolis y hallada, en la tumba de un hombre acaudalado, en la ciudad macedonia de Dervenio parece confirmar este hecho. En el anverso se lee la inscripción *Aléxandrou*, «de Alejandro», acompañada por tres símbolos divinos: un rayo (atributo de Zeus), un arco (de Apolo) y una clava (de Heracles). Éstos son los dioses que, al decir de las diversas fuentes, más significaron para nuestro personaje a esas alturas de su campaña y de su odisea espiritual.

También debió de moverlo a hacer aquel viaje el deseo de saber más de su parentela, es decir –si es lícito interpretar el pasado en virtud de lo que estaba por suceder–, de obtener una exposición satisfactoria de la naturaleza de sus orígenes sobrehumanos, y tal vez divinos. Aun así, los testimonios relativos a la historia exacta que oyó Alejandro Magno sobre el particular no están exentos de contradicciones. Sea como fuere, lo que está fuera de toda duda es que, tras la visita al oasis de Sīwa, el soberano aseguró estar estrechamente vinculado, quizás incluso por filiación física, a Amón, deidad ajena a Grecia, y no a un Zeus-Amón sincrético ni híbrido. Cierta moneda de plata acuñada en tiempos de Alejandro lo presenta coronado por los cuernos de aquél (figura 24). Tras su muerte, Tolomeo I fue más allá al poner en circulación una moneda con la efigie de su predecesor ornada también con un tocado de piel de elefante a modo de evocación de la gran victoria obtenida sobre las huestes de Poro en el río Hidaspes, en 326 (figura 31). Como era de esperar, Alejandro volvió a recurrir al oráculo de Sīwa en 324, cuando necesitó saber qué respuesta dar a la cuestión más delicada del momento: si debía venerarse al recién fallecido Efestión en calidad de dios o de héroe.

Para helenos y macedonios, asegurar ser hijo de un dios, fuera éste Amón o Zeus, no era lo mismo, ni mucho menos, que tenerse por un dios de verdad. Con todo, las bromas que corrían entre los de Macedonia acerca de Alejandro y su «supuesto padre» (con lo que se referían a Filipo) hacen pensar que su campaña de propaganda distó mucho de ser provechosa, por cuanto se interpretó como un desaire cometido contra su difunto procreador verdadero. Por el contrario, los egipcios, a quien pertenecía, al cabo, el dios Amón, parecieron no inmutarse, ni tampoco debieron de hacerlo los llamados *helenomenfitas* (integrantes de matrimonios mixtos de gentes de Grecia y Egipto residentes en Menfis), como la dama cuyo nombre figura en cierto papiro de la época procedente de Saqqāra como «Artemisia [antropónimo griego], hija de Amasis [forma helenizada de un nombre egipcio]». Todos ellos dieron por sentado que, puesto que Alejandro Magno se había convertido en su faraón –hubiese o no pasado por la formalidad de ser coronado oficialmente en Menfis–, correspondía adorarlo como a una deidad viviente. Sin duda, en una de aquellas manifestaciones locales regias debió de

ser venerado como hijo de Amón-Ra. Esto explica, por ejemplo, el bajorrelieve del templo de Luxor que lo representa como faraón en el acto de rendir homenaje, como era tradición, al dios Min (figura 25).

Esta muestra de reverencia por su parte fue, en el contexto egipcio en que se produjo, indiscutible e inequívoca; pero no puede decirse lo mismo, ni por asomo, de sus empeños en hacer que sus súbditos se postrasen ante él en Bactra (Balj), en 327. Tal como vimos en el capítulo 8, lo que los griegos llamaban *proskýnēsis* era, para los persas, una costumbre social, un signo público obligatorio de acatamiento o respeto con que se honraba a quien pertenecía a una categoría superior, y que brindaban, por ende, todos los iranios, con independencia de lo elevado de su posición, al gran rey. A su entender, no constituía una manifestación religiosa. Y el monarca supremo, aun siendo vicario de Ahura Mazda en la tierra, no se consideraba, en sí, un ser sagrado como lo era el faraón de Egipto. Para los helenos, por otra parte, y acaso también para los macedonios, la prosternación era precisamente esto último: un acto religioso en exclusiva, un acto de adoración dirigido solamente a los dioses.

La situación en que se vio Alejandro Magno no era, por tanto, sencilla: si quería mantener las formas de reverencia que, al ver de sus cortesanos persas, merecía en cuanto equivalente del gran rey, no tenía más que mantener la fórmula de la *proskýnēsis*; pero si exigía o imponía su cumplimiento a los palaciegos macedonios y griegos, se exponía a que lo acusasen de estar confundiendo lo divino con lo secular, y traspasando los límites de lo humano. Asimismo, corría el riesgo de despertar la ira de los celosos habitantes del Olimpo. Aun así, decidió que deseaba que todos sus cortesanos se postrasen ante él, circunstancia que formaría parte, tal como se ha dicho en el capítulo 8, de su estrategia de orientalización, en virtud de la cual pensaba crear una nueva minoría selecta de persas, macedonios y griegos destinada a gobernar conjuntamente el Imperio.

Puede ser, sin embargo, que sus intenciones fuesen más allá de las de engrasar los ejes de la administración imperial. Como quiera que, para ellos, el gesto no comportaba implicación alguna de divinidad, la posición de los persas no se veía afectada; pero quizá se trataba, en realidad, de un modo solapado de hacer que así griegos y macedonios como egipcios reconociesen

de forma tácita su condición de dios. Es muy posible que así fuese, tal como se ha dicho antes, si bien en 327 Alejandro no se había visto, estrictamente, en la necesidad de afrontar la dificultad política de establecer una base teocrática para reinar por igual sobre helenos, macedonios y persas.

Sea como fuere, todo apunta a que Calístenes encabezó el movimiento de objeción a la defensa que hizo Efestión de la *proskýnēsis* por considerar que, como griego, someterse a semejante práctica habría sido igual que reconocer por deidad viviente a su soberano. La verdadera razón, claro está, bien pudo haber sido que no pensaba consentir el igualamiento que supondría tal adopción entre los cortesanos helenos y macedonios, por un lado, y los persas, por el otro –lo que redundaría en menoscabo de la posición de aquéllos y en beneficio de estos últimos–. En cualquier caso, no podemos considerar aquel episodio una prueba irrefutable de ningún cambio significativo en el concepto que tenía formado Alejandro de sí mismo o de un posible deseo de convertirse en divinidad viviente y ser adorado como tal por macedonios y griegos.

Es precisamente esto último lo que se ha inferido de ordinario, de un modo bastante razonable, acerca de la orden que, según se supone, expidió en Susa en 324 para decretar su propia deificación. Sin embargo, hay que reconocer que los testimonios de que disponemos no son de lo más fiable. Sólo lo mencionan de forma explícita dos fuentes antiguas, y ambas pecan de poco rigurosas. Asimismo, en la Grecia y la Roma antiguas, las pretensiones divinas se consideraban, con frecuencia, oportunidades llovidas del cielo de elaborar ingeniosos epigramas. A decir de Plutarco, cierto espartano desconocido, por nombre Damis (acaso una mala transcripción de *Eudamidas*, es decir, el rey Eudamidas I), señaló: «Dejaremos que Alejandro, si así lo desea, sea tenido por un dios». La humorada que encierra el apotegma hace necesario el envío a Esparta de una instrucción como la citada; pero si aquél no pasa de ser una invención, ésta no tiene por qué ser más real. El otro autor que habla de ello es Eliano, quien compiló en el siglo II d. C. una *Varia historia* de verosimilitud tan diversa como el asunto de que trata. En resumidas cuentas, no existe una sola prueba positiva intachable que demuestre que Alejandro exigiera a nadie su deificación.

Aun así, ¿cabe deducir que sí lo hizo, bien de forma indirecta, a través de otros indicios, bien por mediación de otras consideraciones generales relacionadas con su posición general de gobernante supremo? Existe un pasaje que hace pensar que pudo ser así. Procede del libro VII de la *Anábasis* de Arriano, y se refiere a lo que ocurrió a Alejandro Magno tras regresar a Babilonia en verano de 323:

> También se presentaron ante él sucesivas delegaciones oficiales llegadas de Grecia, y quienes las conformaban, tocados con coronas ceremoniales, se acercaron a su persona con solemnidad y colocaron guirnaldas doradas sobre su cabeza, como se haría en un ritual dedicado a un dios.

El tono de Arriano se vuelve aquí mordaz: al escribir «como se haría», puede estar dando a entender que él, al menos, no estaba convencido de que el soberano se hubiera trocado de veras en una divinidad. A renglón seguido, hace hincapié en semejante implicación añadiendo: «Sin embargo, pese a todo, su fin no estaba lejos». Los dioses –los verdaderos– no expiran: son, por definición, inmortales (*a-thánatos*, «exentos de muerte»). Aun así, Arriano, fiel transmisor de sus fuentes, no niega que los delegados lo adorasen como a un ser divino.

No obstante, en rigor, este hecho no constituye demostración alguna de que el soberano decretara su propia deificación: sólo pone de relieve que aquellos griegos estaban dispuestos a otorgarle tamaño honor. Tampoco eran, en absoluto, los únicos: casi con certeza, los helenos de Asia –a los que aseguraba haber ido a liberar del yugo persa– también lo veneraban como a un dios vivo, y acaso llevasen haciéndolo varios años, desde 323. En su caso, el motivo era idéntico al que había originado la divinización de Lisandro en Samos y, con consideraciones nacionalistas añadidas, la de Filipo en Filipos: el reconocimiento de su poder supremo, unido a la súplica para seguir gozando de su protección.

Aun así, no todos los griegos de la vieja Hélade compartían las razones positivas de los de Asia. Algunos de ellos, como los atenienses y los espartanos, tenían motivos de sobra para no considerarlo su benefactor. Se habían visto integrados a la fuerza, en mayor o menor grado, en la Liga de Corinto, ya por Filipo en 338, ya siendo rey su hijo, algunos años más tarde,

y la autonomía que, supuestamente, se les había garantizado bajo juramento había quedado vulnerada por este último. Esta circunstancia es, a la postre, la que hace que un servidor se incline a pensar que quizá sí se creyó obligado a hacerse deificar por los habitantes de la vieja Hélade. Tal cosa los habría puesto, asimismo, en armonía con la mayor parte del resto de su nuevo Imperio, cuyo centro de gravedad había que buscarlo, a esas alturas, mucho más al este de Egeo. En cualquier caso, empero, su divinización constituía, en esencia, una manifestación y un reconocimiento de naturaleza política más que espiritual.

Si reconocemos, por ende, que Alejandro Magno ordenó de verdad su propia deificación, sólo nos queda preguntarnos por qué lo hizo, fuera de consideraciones de armonización imperial. ¿Abrigaba más motivos y objetivos que los políticos? Llegado el año de 324, el macedonio se había erigido en señor del antiguo Imperio persa y de más territorio aún, amén de en monarca protector de Grecia y las islas del Egeo. Había empezado, sin lugar a dudas, a actuar de un modo más autocrático y aun despótico, y también había evolucionado –cambiado, en cualquier caso– en lo espiritual; pero ¿en qué dirección? Conformemente a una intrigante sugerencia del difunto erudito austríaco Fritz Schachermeyr –quien, en general, presenta a Alejandro como una figura titánica, semejante a un führer–, esta última progresión puede medirse en virtud de los héroes ancestrales y los dioses que decidió emular o superar en los distintos estadios de su trayectoria vital. En primer lugar figura Aquiles, cuyo ejemplo lo acompañó hasta la primera fase de la conquista asiática, en la que se incluye la visita simbólica que hizo a Troya con Efestión. Entonces, durante el período que comprende a la batalla de Gaugamela, puso la mira en Heracles, hasta que llegó la hora de invadir las tierras de la India que se extendían allende la frontera de los Aqueménidas, momento en que, al fin, entró en escena Dioniso. Tras afrontar con éxito todos estos desafíos, y aun aventajar a tan poderosas deidades, no quedó nadie entre hombres, héroes y dioses con quien pudiera competir. Por consiguiente, al decir de Schachermeyr, tenía el paso expedito para trocarse él mismo en divinidad y hacerse adorar como tal.

Quizá sea cierto. No cabe duda de que el camino estaba allanado. La visita a Amón, la filiación divina y las aduladoras representaciones de su persona que figuraban en monedas, medallones y pinturas en los que aparecía con los atributos propios de Zeus, Heracles, Amón, etc. debieron de llevarlo a creerse algo más que un simple mortal. Dada su condición de guerrero casi invencible, semejante convicción no podía ser, en sí misma, un mero signo de megalomanía. Por último, puede defenderse un motivo menos idealista y muy personal: el deseo de superar los logros de su padre y demostrar su propia valía al fantasma de Filipo.

Conforme a esta interpretación, la adoración que se le tributó en vida hubo de ser una feliz coincidencia de oferta y demanda. Por extraño que pueda parecernos, también debe considerarse uno de sus triunfos más destacados y duraderos. El culto póstumo que se le manifestó ha resultado ser por demás flexible y perdurable. A diferencia del de Lenin o Mao, quienes fueron elevados a una categoría análoga a la de un dios tanto antes como, durante un tiempo, después de su muerte en el seno de una ideología estatal atea, el culto a Alejandro Magno ha tenido una historia sumamente prolongada, y de hecho, en cierto sentido llega a nuestros días. En la Pella helenística, capital de Macedón, pudo ser representado en mármol, con intención un tanto traviesa, asimilado al gran dios Pan –mitad hombre, mitad bestia y todo él enérgica sexualidad (figura 26)–. Mucho más tarde, se vio incluido, investido de santo, en el calendario cristiano del Egipto copto, y más tarde aún, de profeta, en el Corán. Sin embargo, una de las imágenes más edificantes que existen de él ha de buscarse mucho más al noroeste: en un capitel románico de la catedral de Basilea se muestra su ascensión a los cielos. Se trata de una adaptación cristiana de una representación pagana anterior aparecida en la fabulosa *Novela de Alejandro*, al que volveremos, a continuación, en el capítulo final.

CAPÍTULO 12

LEYENDAS Y LEGADOS DE ALEJANDRO



> La antorcha alejandrina pasó un largo tiempo ardiendo sin llama, y puede que hoy siga sólo así; pero jamás se ha apagado, y de hecho, jamás podrá apagarse.
>
> W. W. TARN, *Alexander the Great*

Walt Whitman, en la originalísima secuencia poética que titula *Canto a mí mismo*, decía ser «el colmo de las cosas consumadas», un «recipiente de cosas por venir», y aseguraba «contener multitudes». Lo mismo podría decirse de la trayectoria vital de Alejandro Magno. Tal como lo expresa, con gran tino, el actor Colin Farrell, quien interpreta al macedonio en el largometraje de Oliver Stone:

> Lo tiene todo: hay codicia, celos, amor, dolor, esperanza, desesperación, orgullo, amistad, traición... Es una historia extraordinaria; extraordinaria. Tiene tantas cosas... Es tan intensa que casi parece una mala invención literaria.

No hay duda de que Alejandro alcanzó una cantidad asombrosa de logros a lo largo de su vida; pero también transmitió una colosal herencia póstuma que aún sigue resonando, y no todo es literatura barata. No nos referimos al Alejandro real –fuese hombre o dios–, sino al héroe inmortal propio de la leyenda y la tradición popular.

Pocas obras podrán ofrecernos una muestra más cabal de su heterogéneo legado que el libro de Diana Spencer *The Roman Alexander: Reading a Cultural Myth*. La camisa está ilustrada con una imagen de la colección sobre el personaje que elaboró Andy Warhol en serie, del mismo modo que la que dedicó a Marilyn Monroe. De todos es conocida la afirmación del artista

según la cual en el mundo moderno todos podríamos ser famosos durante quince minutos. La entrada del índice del libro citado correspondiente al epígrafe «Alexander –III of Macedon– the Great» confirma que Alejandro disfrutó muchísimos más. En ella aparece, entre otras muchas cosas, como «emblema cristiano», «modelo del imperialismo británico», «dechado para los imperialistas romanos», «humanista del Renacimiento», «modelo de helenismo para la Segunda Sofística», «aleccionador relato estoico», «flor de la caballería», «ejemplo para la presidencia de Kennedy» y «dechado para Lawrence de Arabia». Sin embargo, ni siquiera en el minucioso índice de Spencer damos con un lugar dedicado a Andrew Ducrow, el más célebre de todos los artistas circenses de la Inglaterra victoriana, cuya especialidad consistía en reconstruir una escena tan «hipodramática» como la de la doma de Bucéfalo.

Pese a lo ubicuo de su presencia póstuma, podemos delimitar cinco áreas de particular influencia y controversia. En su propio tiempo, se dio un debate entre lo étnico y lo político a fin de determinar si podía o no considerarse, por entero o en parte, griego en toda regla. Este aspecto de su legado volvió a estallar hace no mucho, a principios de la década de 1990, con la disolución de la vieja Yugoslavia y la creación de un nuevo estado sobre parte de sus ruinas: la Antigua República Yugoslava de Macedonia, conocida de forma no oficial –por su gobierno– como Macedonia sin más. Se da, por lo tanto, homonimia con respecto a la provincia de Macedonia, que forma parte de la República Helénica de nuestros días y perteneció, en otro tiempo, a la Macedonia de la Antigüedad. Los nuevos macedonios, o «macedonios putativos», hicieron más atroz aún su ofensa –al decir, oficial y no oficial, de los griegos– al apropiarse de símbolos fundamentales de su tocaya. Así, por ejemplo, emplearon como imagen emblemática la Torre Blanca –de origen veneciano o turco– que constituye el símbolo de Tesalónica, ciudad fundada poco después de la muerte de Alejandro, y también la estrella de dieciséis puntas que figura de forma notoria en el cofre de oro hallado en la «tumba de Filipo», sita en Vergina (figura 18).

Los griegos, por su parte, les pagaron con la misma moneda –nunca mejor dicho–: en el anverso de una de las piezas monetarias de los antiguos dracmas –desbancados por el euro–, hicieron figurar la efigie de Alejandro.

Igual que en las monedas de su tiempo (figura 24), llevaba en la cabeza los cuernos sagrados de Amón, y alrededor podía leerse: *Megas Aléxandros* («Alejandro Magno») y *Basileus Makedon-n* («rey de los macedonios»). En el reverso estaba representado el sol –o la estrella– de dieciséis puntas, acompañado por otras dos inscripciones no poco elocuentes: *Hellēnikē Dēmokratía* o *Ellinikí Dimokratía* (República Helénica) y Vergina.

Se trata de una variación moderna de un tema muy antiguo: el uso de monedas como medio de propaganda política. Sin embargo, si antaño se acuñaban, de ordinario, sobre metales preciosos de gran valor, las de hoy están fabricadas con materiales baratos, devaluados y compuestos, y alcanzan una circulación mucho más amplia. Los dracmas, además, no eran más que uno de los medios de que se servían las agencias gubernamentales griegas para promover su mensaje helenista. Y es que, tal como ha observado con acierto el antropólogo estadounidense Loring Danforth: «Desde el punto de vista de los helenos, Alejandro es uno de los símbolos más poderosos de la pertenencia de Macedonia, tanto la antigua como la moderna, al mundo griego». Y se cree que este género de representaciones, relativamente sencillas, posee un atractivo mucho más amplio e inmediato que cualquier otra imagen a la que haya podido añadir sus matices la historia; es el caso de la que nos presenta al personaje como –por citar de nuevo a Danforth– «fundador de un Imperio multiétnico inspirado por los sueños de diferentes grupos humanos habitantes en pacífica convivencia».

Entre otras facetas –no menos enérgicas en lo políticode la herencia de Alejandro se incluye el ejemplo que ofreció a un grupo por demás variopinto de reyes, aspirantes al trono y caudillos imperiales de la Antigüedad. Todos ellos tomaron prestados, en parte o en su totalidad, poderes y atributos simbólicos del macedonio a fin de hacer más alcanzables la devoción y sumisión que exigían a sus súbditos. Tolomeo I (figura 36) y quienes, como él, sucedieron a Alejandro Magno y gobernaron, en calidad de monarcas dinásticos, en Egipto y otros estados de no poca extensión del Oriente Próximo postalejandrino conformaban, de manera indiscutible, uno de los colectivos de emuladores del macedonio. Tolomeo, claro está, contaba con las ventajas –o los inconvenientes– que le suponía el hecho de haber conocido muy de cerca a su dechado. Fue él quien inauguró la tan imitada

práctica de emitir *Alejandros*, monedas conmemorativas en las que figuraba su antecesor con uno u otro de los atributos que lo distinguían, como, por ejemplo, los cuernos de carnero de Amón –apropiados en particular por ser su corona la de Egipto– o un tocado de piel de elefante con el que simbolizar la célebre victoria que obtuvo frente al rajá índico Poro (figura 31).

Dos siglos más tarde –a finales de la década de 80 d. C.–, en las circunstancias, muy diferentes, de la agonía de la República romana, a Cneo Pompeyo se le otorgó el galardón de un triunfo por la función que había desempeñado a la hora de reprimir a los supuestos enemigos de aquélla –una facción, en realidad, que aspiraba al poder supremo–. Desde entonces, añadió el de *Magno* a los dos componentes de su nombre, a guisa de cognomen o apodo distintivo oficial. La alusión a Alejandro es incuestionable. Pompeyo era aún muy joven, pues no pasaba de los veinte años, y albergaba la esperanza de poder servirse del prestigio de aquel gallardo conquistador macedonio para impulsar su afán de supremacía en el mundo imperial en que vivía. Lo cierto es que le faltó muy poco para alcanzar su objetivo; pero hubo de topar con otro adorador de Alejandro, un tal Cayo Julio César (cuya vida consideró Plutarco paralela a la del hijo de Filipo).

Era de esperar que, más tarde o más temprano, los romanos acabarían representando a aquel adalid belicoso y deificado a la manera del mismísimo Marte, su dios de la guerra (figura 32). Aun así, tal como hacen patentes las biografías de Alejandro que han llegado a nosotros desde aquel período (las de Trogo/Justino, Diodoro, Curcio, Arriano...), la figura de nuestro personaje no estaba exenta de ambigüedad ni de controversia en la Roma republicana ni en la imperial (la posterior a Augusto). Una de las preguntas que acostumbraban emplearse en las escuelas de retórica rezaba: «¿Debería surcar Alejandro Magno el Océano?». Tal cosa no tenía, en sí, significación candente alguna en lo político o lo militar; pero aludía de forma implícita a la ambición desmesurada de los tiranos, y podía ser, por ende, tan actual como cualquier otra.

En épocas muy posteriores, tanto en la Edad Media como en tiempos modernos, los autócratas poderosos –tiranos en mayor o menor grado– no dudarían en rendirse ante el encanto de Alejandro, ni tampoco en tratar de sacar de él el mayor provecho posible. El propio Carlomagno, coronado

emperador del Sacro Imperio Romano en Aquisgrán durante el día de Navidad de 800 d. C., hace patente la deuda que contrajo con él desde su nombre mismo. Sin embargo, en lo que toca a la adoración del macedonio después de la Antigüedad, nadie pudo ir más lejos que Napoleón Bonaparte. JacquesLouis David, pintor oficial de su corte, bien instruido en la tradición clásica, no ignoraba que aquél constituía la referencia última para todo aspirante a conquistar el orbe y reformarlo a su imagen. La imagen de su señor caballero en un corcel encabritado no puede sino transmitir asociaciones subliminales inmediatas con Alejandro y su Bucéfalo. Contrástese con el célebre –y oficioso– retrato de Leónidas, el rey espartano que combatió en las Termópilas, que se conserva en el Louvre: Napoleón fue incapaz de entender por qué había malgastado una porción tal de su precioso tiempo en elaborar aquel colosal óleo para representar tamaño fracaso.

En la Antigüedad, las imágenes de Alejandro Magno alcanzaron una amplísima difusión. Al parecer, él sólo «autorizó» a un escultor, el griego Lisipo, del mismo modo que tuvo un único historiador oficial, Calístenes, y un solo pintor, Apeles. Todas las versiones subsiguientes del rostro del macedonio, así como las representaciones «alejandrizadas» de otros reyes y comandantes, se hallan, por ende, en deuda en mayor o menor grado con las obras del prolífico Lisipo (figura 30). El cabello leonino, la cabeza inclinada y la mirada alta: tal era la «firma» de Alejandro, o mejor dicho, de Lisipo. Las copias se multiplicaron con profusión a fin de crear retratos de los diversos reyes y generales que deseaban disfrutar de la gloria ajena y de la fascinación que producía la efigie del macedonio.

Una de las estatuas de Alejandro Magno más deslumbrantes del período helenístico era la que se había erigido en una de las colinas de Rodas, mirando hacia la ciudad. El *Coloso de Rodas*, de más de treinta metros de altura, estaba hecho de bronce, conforme al diseño de Cares, escultor de Lindos, población de la misma isla, y había sido financiada con los fondos públicos obtenidos de la venta de los pertrechos que había dejado atrás Demetrio I Poliorcetes («sitiador de plazas fuertes») tras el asedio que había puesto, sin éxito alguno, en 305. La estatua representaba a Helios, dios del sol, quien también ornaba las monedas de oro y plata de belleza excepcional que acuñaba la ciudad. Algunas de ellas han llegado a nuestro tiempo, y dado

que la cara elegida guarda un parecido asombroso con la de Alejandro, se piensa que lo mismo debe de ser aplicable al semblante de Helios que coronaba el *Coloso* –que, por desgracia fue destruido–. Al haber sido Cares discípulo de Lisipo, cabe suponer que sea cierto, y de serlo, hemos de concluir que los relucientes rasgos faciales de Alejandro ornaron una de las Siete Maravillas canónicas del mundo antiguo.

En época medieval proliferaron las representaciones de Alejandro Magno y sus hazañas, en las miniaturas de los manuscritos, en relieves en piedra y en otros medios. Entre estos últimos, puesto en la ingrata posición de destacar uno, quien esto escribe debe decantarse por un notable mosaico del siglo XII que adorna el suelo de la catedral de Otranto, en el tacón de Italia. Está elaborado con teselas polícromas de caliza de los alrededores, y semeja, en cierta medida, una gigantesca alfombra para las plegarias de ricos bordados que ocupase toda la nave central y las laterales hasta llegar casi al ábside. Tiene por tema el bíblico del Árbol de la Vida, aunque la representación de ésta responde a una interpretación cristiana muy libre. Y es que, si bien comienza, como cabía esperar, con Adán y Eva, sacados del Génesis, se desarrolla a continuación de un modo por demás fantástico hasta incluir no sólo al rey judío Salomón, sino también al héroe no bíblico y, de hecho, pagano que fue Alejandro Magno.

No todo el mundo, sin embargo, ha profesado el mismo amor a la imagen del macedonio. Ian Worthington, sobrio historiador de nuestros tiempos, se muestra tan insensible a sus encantos que, fundándose sobre todo en Plutarco, ha descrito su apariencia en términos tan poco halagüeños como los que siguen:

> No poseía el atractivo de un modelo: tenía el cuello inclinado a la izquierda de tal modo que daba la impresión de tener el rostro ladeado, y los ojos llorosos ... barbilla redondeada, nariz larga y delgada y la frente protuberante de cejas para arriba ... Su piel se veía salpicada de manchas rojas en la cara y en el pecho ... debidas sin duda al consumo excesivo de alcohol.

Sobre gustos, claro está, no hay nada escrito; y sin embargo, Worthington también albergaba, por lo común, una opinión más bien poco aduladora de la grandeza general de Alejandro, tal como hemos tenido

oportunidad de ver en el capítulo 10.

Otra de sus imágenes visuales de antigüedad que ha gozado de una vida póstuma notablemente larga y pintoresca es la pintura original del período helenístico que sirvió de modelo al llamado *Mosaico de Alejandro* de la Casa del Fauno de Pompeya. En él se representa, con no poca imaginación, el encuentro cara a cara habido entre Alejandro y Darío III, montados ambos, durante la batalla de Iso. El artista quiso retratar a los dos rivales en el instante mismo en que el persa se disponía a cubrirse de ignominia al huir del campo de batalla (véase la camisa del presente volumen). Existe una representación pictórica muy posterior del mismo combate que nos traslada casi diecinueve siglos hacia el presente, de 333 a. C. a 1529, año en que el maestro de la pintura renacentista alemana Albrecht Altdorfer le dedicó un lienzo de dimensiones considerables (figura 35). Cuatro siglos y medio después, en 1988, otro genio germano –el difunto W. G. Sebald, novelista y poeta– describió de forma muy gráfica la obra de Altdorfer en su extenso poema autobiográfico *Del natural*. En ella, el autor «soñaba que por ver la batalla de Alejandro / iba volando hasta / Múnich» (sede de la Alte Pinakothek, en la que se conserva el óleo de Altdorfer).

En otra tradición literaria, de más antigüedad, el macedonio se vio convertido en encantador, en hombre ducho en asuntos de magia. Y éste es sólo uno de los muchos modos como se representa, a guisa de indagador incansable, en la *Novela de Alejandro*. Los orígenes de este texto, que ofrece una visión literaria exageradísima y por demás romántica, han de buscarse acaso en una fecha tan temprana como la del siglo III a. C., tal vez en Alejandría, si bien sólo adquirió forma literaria consolidada a finales del milenio que siguió al nacimiento de Jesucristo. De allí, el original griego se difundió a lo largo del Oriente Próximo y obtuvo el arraigo y la popularidad suficientes para ser traducida, mucho más tarde, al armenio. De igual modo, se vertió al latín para poder distribuirla en lo que a la sazón constituía la mitad occidental del Imperio romano.

Hoy contamos con traslaciones modernas de las tres tradiciones principales del *Roman*: la griega, la armenia y la latina. Lo que sigue es un fragmento traducido de la excelente versión que hizo al inglés Richard

Stoneman a partir del original griego. Pertenece al capítulo 14, y contiene alguna que otra sorpresa histórica de consideración:

> Alejandro, entre tanto, iba creciendo, y cuando alcanzó la edad de doce años acompañó a su padre a pasar revista a sus huestes. Vestido de armadura, marchando con la tropa y saltando sobre las cabalgaduras, llevó a su padre a decir:
>
> –Alejandro, hijo mío, aprecio tu carácter y nobleza; mas no así tu aspecto, por cuanto no te me semejas.
>
> Todo esto produjo un gran fastidio a Olimpia, quien haciendo llamar a su lado a Nectanebo, le pidió lo siguiente:
>
> –Averigua qué intenciones alberga Filipo para conmigo.
>
> Alejandro se hallaba sentado cerca de ellos, y cuando Nectanebo tomó sus tablas y estudió el firmamento, le preguntó:
>
> –Cuando hablas de *estrellas*, padre, ¿te refieres a las del cielo?
>
> –Desde luego, hijo mío –repuso el mago.
>
> –¿Y puedo yo aprender sus secretos? –quiso saber el otro.
>
> –Claro hijo –fue su respuesta–: tan pronto caiga la tarde.
>
> Aquella noche, Nectanebo lo llevó a un lugar desierto extramuros de la ciudad, y allí, mirando a lo alto, mostró a Alejandro los astros celestes. Pero éste, tomándolo de la mano, lo llevó hasta un foso profundo y lo empujó al interior. Nectanebo se golpeó el cuello al caer, y herido de gravedad, gritó:
>
> –Pero ¿se puede saber, Alejandro, criatura, qué te ha llevado a hacer una cosa así?
>
> –La culpa es tuya, matemático –respondió él.
>
> –¿Por qué, hijo?
>
> –Porque, sin entender los asuntos terrenales, te entregas a investigar los de los cielos.
>
> A lo que Nectanebo señaló:
>
> –Hijo, la herida es seria; pero al cabo, no hay ser mortal que pueda burlar a su destino.
>
> –¿Qué quieres decir? –preguntó el muchacho.
>
> –Yo –contestó el otro– ya he leído mi suerte, y sabía que estaba condenado a morir a manos de mi propio hijo. Y no he escapado a mi destino, pues tú me has matado.
>
> –¿Soy, entonces, hijo tuyo? –quiso saber Alejandro.
>
> Nectanebo le refirió toda la historia del reino que tenía en Egipto y de la huida que hubo de emprender; de su llegada a Pella y de la visita que hizo a Olimpia para hacer su horóscopo. Y le habló de cómo se llegó a ella disfrazado del dios Amón y copuló con ella, y con estas palabras, exhaló su último aliento.

Ya estamos más que familiarizados con las teorías que dan a entender que Alejandro Magno tuvo más de un padre –o más de una clase de padre–.

Sin embargo, ninguno de los relatos que podemos considerar seriamente históricos había llegado a insinuar siquiera nada parecido a lo que presenta este episodio del *Roman* como un hecho real: que el macedonio era hijo de Nectanebo (o Nectanebis), el último faraón del Egipto libre. Parece descabellado aun para ser ficción, y sin embargo, el propósito de esta invención es de una claridad meridiana: pretende otorgar a los oriundos de Egipto y a los egipcios de ascendencia helena o macedonia cierta continuidad política directa entre el Egipto anterior a la conquista, el nativo de los faraones, y el del greco-macedonio Alejandro Magno y sus sucesores tolemaicos, y eliminar así todo el período de la ocupación aqueménida. Cabe la posibilidad de que esta confusión –o esta fábula– tuviese su origen en la tentadora teoría de que el cadáver de nuestro personaje pudo pasar parte del tiempo que estuvo en Alejandría en el sarcófago de Nectanebo. Con todo, tal cosa sería dignificarla demasiado.

Fue también la *Novela de Alejandro* el que permitió que el macedonio efectuase hazañosos viajes ficticios con los que ni siquiera un *pothos* desarrollado en extremo y mejor acreditado como el suyo pudo haber llegado a soñar. En sus páginas, en efecto, sube a los cielos metido dentro de una suerte de cesta (figura 34) y baja al fondo mismo de los mares merced a algo semejante a un batiscafo de cristal (figura 33). Semejantes episodios sí tienen, sin embargo, rival en una historia que, sin pertenecer a la *Novela*, sí responde al mismo género de invención fabulosa que las de éste. En ella, Alejandro se embarca en un viaje al Paraíso, destino por lo demás muy adecuado, siendo así que *paraíso* es palabra de origen persa. Richard Stoneman incluye este último relato en una colección maravillosa –no podía ser menos– titulada *Legends of Alexander the Great*, junto con otros textos tan heterogéneos y heteróclitos como una supuesta carta del soberano a Aristóteles en la que trata de la India, así como otra de Farasmanes a Adriano (emperador de Roma de 117 a 138 d. C.) en torno a las maravillas de Oriente.

Los equivalentes modernos de la *Novela de Alejandro* y las antiguas representaciones visuales del monarca son, respectivamente, las novelas históricas y los largometrajes basados en su vida. Las primeras son innumerables, y sus temas y tono, variadísimos: desde la de Klaus Mann (hijo de Thomas), que lo presenta, con gran seriedad, como homosexual no

declarado, hasta la de Tom Holt, autor de formación clásica que opta por un enfoque festivo tendiente al absurdo. Holt inventa como protagonista a un nieto de Eupolis, poeta cómico ateniense real, y le atribuye –a él, y no a Lisímaco o a Aristóteles– el haber sugerido a Alejandro la idea de emular las hazañas de Aquiles y las de Agamenón. El giro que ofrece su narración consiste en que, a la postre, esta supuesta figura inspiradora acaba convirtiéndose en el misérrimo fundador de la más apartada de las diversas ciudades de las que fue epónimo el macedonio: Alejandría Escate.

La trilogía de Mary Renault constituye una buena muestra de literatura imaginativa en el sentido pleno de la expresión. A su lado, la de Valerio Massimo Manfredi resulta demasiado rigurosa y poco creativa. La diferencia de concepción que se da entre las dos puede resumirse en un solo punto: en tanto que la novela central de la de Renault está dedicada por entero a las relaciones, también de índole sexual, que mantiene Alejandro con un muchacho persa que llega a convertirse en un hombre por demás poderoso a despecho de su condición de eunuco, Manfredi se las ingenia, de un modo u otro, para eludir toda referencia al hecho –indiscutible– de que el soberano tuvo trato carnal con personas que no respondían al perfil de la mujer sexualmente madura.

También resulta de interés el que la propia Renault firmase también una biografía «seria» del personaje a la que dio el revelador título de *The Nature of Alexander* [traducida al español como *Alejandro Magno*]. La concibió para exonerar a su héroe de algunas de las acusaciones más dañinas en apariencia que se le han hecho tanto en lo antiguo como en época moderna –su presunta complicidad en el asesinato de su padre, por ejemplo–. Cuando menos, hay algo que parece cierto en particular:

> Su imagen ha llegado hasta nosotros filtrada y refractada por todas estas capas de fábula, historia, tradición y emoción (algo inseparable de su persona, tanto en vida como tras su muerte).

El legado que dejó al mundo del pensamiento y la filosofía es extraordinario. La conjunción de Aristóteles y Alejandro en calidad de maestro y discípulo anunció un torrente de explotación filosófica de éste. Tal hecho comenzó ya a hacerse realidad estando él en el mundo –o poco después

de haberlo dejado–, entre integrantes de su entorno más inmediato como Onesicrito, cuya obra, que no ha llegado a nosotros, presentaba a su rey como un filósofo cínico con espada.[1] Y se prolongó durante toda la Antigüedad hasta llegar a Juliano (emperador de Roma entre 361 y 363), quien trató de invertir el proceso de cristianización emprendido por Constantino y empleó a Alejandro Magno para promover su causa de predicación pagana. El que los cínicos, primero, y después Juliano se apropiasen de su figura resultó, a su manera, favorable al monarca y a su imagen. Sin embargo, al hacerlo, echaban por tierra la tendencia filosófica que, como era de esperar, lo presentaba como un ejemplar clásico de la corrupción absoluta propiciada por el poder absoluto. En general se daba por hecho que tal proceso ocurriría casi con total seguridad, y que sería por demás dañino, al quedar contaminado por insinuaciones de despotismo oriental. Este parecer se hace, en particular, evidente en la narración de Arriano que ha llegado a tiempos presentes. Él también había recibido una formación filosófica, por cuanto, siendo joven, se había sentado a los pies del antiguo esclavo de convicciones estoicas Epicteto, quien vivió de 55 d. C., más o menos, a 135 y ofreció sus enseñanzas en la población epirota de Nicópolis.

Por último, y a fin de resumir, debemos tratar de contestar una de las mayores preguntas que se hayan formulado los historiadores: ¿qué transformaciones propició Alejandro Magno en su propio mundo –o mundos–, de forma más o menos inmediata, y para los mundos subsiguientes, incluido –aun o en especial– el nuestro? Cuesta pensar en una respuesta directa. La de un servidor, de hecho, tiene doble filo. Lo que, por medio de la conquista, se convirtió en la mitad oriental del poderoso Imperio romano coincide, en esencia, con el Oriente Próximo helenizado que surgió tras las ocupaciones por él protagonizadas. Y fue, precisamente, dentro de los confines de aquélla en donde nació y se difundió el cristianismo. Aun así, de ser, en sus orígenes, una religión oriental, acabó por devenir occidental, cuando menos en algunas de las formas de más peso desde el punto de vista político. De hecho, se tornó en uno de los pilares de la civilización de Occidente.

Ha sido precisamente una imagen –un espejismo, tal vez– de esa cultura cristiana, asociada de un modo fatal con la contraimagen –sin duda distorsionada– del islam en cuanto «el otro», lo que ha desembocado, sin rodeos, en numerosos conflictos entre Oriente y Occidente, cuya manifestación más reciente la constituye la llamada guerra de Iraq de 2003. Esta contienda se empeñó, tanto de un modo literal como de otro metafórico, sobre el territorio en el que ganó Alejandro Magno su batalla terrestre decisiva (la de Gaugamela), y en el que perdió la vida poco menos de ocho años después (en Babilonia). Las implicaciones y consecuencias de aquel enfrentamiento y de la «guerra contra el terrorismo» a ella asociada van a acompañarnos durante mucho tiempo. En consecuencia, vale la pena recordar, antes de acabar, que en su dimensión puramente religiosa el islam es, como el cristianismo, una doctrina espiritual monoteísta descendiente del judaísmo.

Los antiguos hebreos también reclamaron su parte de la herencia de Alejandro; tanto, de hecho, que no dudaron en inventar una visita suya a Jerusalén hecha con la intención de presentar sus respetos al Dios único y verdadero. A esta ficción piadosa se alude, de un modo memorable, en el siguiente fragmento de diálogo procedente del *Viaje a Oxiana*, libro de vivencias publicado por Robert Byron en 1932:

> –Aquí –siguió diciendo [el guía]– tenemos una pintura de Alejandro Magno durante su visita a Jerusalén, en el momento en que lo recibe uno de los profetas... No recuerdo cuál.
>
> –Pero ¿llegó a viajar de verdad Alejandro a Jerusalén?
>
> –Claro que sí. Yo no les miento.
>
> –Perdone; había pensado que podía ser una leyenda.

Sin embargo, los musulmanes llegaron aún más lejos que el judaísmo, por cuanto dieron con un lugar sagrado para él en el seno de su visión espiritual del mundo. Tal vez sea hora, por lo tanto, de que todos –con independencia de nuestra fe religiosa, si es que tenemos alguna– recuperemos a un Alejandro capaz de simbolizar la coexistencia pacífica de los pueblos.

Apéndice: fuentes de paradoja

La voz *fuente* lleva en sí, lexicalizado ya, el significado de «manantial», y hay que reconocer que, en ocasiones, aquellos de los que brotan los testimonios relativos a Alejandro Magno no sólo llevan agua salobre, sino que han sido contaminados en su origen mismo. Es natural que la vertiginosa trayectoria vital del personaje provocara, ya en vida de él, una avalancha de lo que podría denominarse, en un sentido lato, textos «históricos» sobre su persona. Y desde entonces ha tenido ocupados los sesos, las plumas y los teclados de todo el que ha sentido interés por el mundo antiguo. El mismísimo monarca tomó medidas –poco comunes, aunque en absoluto exentas de precedentes en Oriente Próximo– para tratar de garantizar que la versión de los hechos difundida con mayor difusión y autoridad fuese una aprobada por él. Y sin embargo, la relación continua más temprana de cuantas han llegado a nuestros días, sobre pecar de insípida e incompleta, fue escrita muchos siglos después de su muerte. Además, se elaboró en un contexto cultural e histórico bien diferente del que había visto vivir y morir a Alejandro. En consecuencia, cabe decir lo siguiente:

> No deja de ser una paradoja de la historia (y la historiografía) que este rey, que hizo diligencias poco comunes en aquel tiempo a fin de que quedara constancia de su gesta, y cuya vida fue lo bastante extraordinaria para ganarse la atención de autores que no sólo eran contemporáneos suyos, sino que, en algunos casos, también mantenían un vínculo estrecho con su persona, por no hablar ya de muchos otros posteriores que, capaces por demás de distinguir una buena historia, no pudieron resistirse a la suya, acabase por pasar a la posteridad convertido en un enigma.[1]

Son precisamente las implicaciones de esta paradoja y de este enigma –así en la Antigüedad como en época contemporánea y aun futura– la presa que ha pretendido rastrear el presente libro. En este Apéndice, los lectores

que estén interesados en ello hallarán una exposición más minuciosa de las fuentes –escritas o no, documentales y literarias, arqueológicas y artísticas– en que se ha fundado mi búsqueda.

Los materiales con que contamos tienen, sobre todo, forma textual, y consisten en relatos literarios –historias o biografías– de los hechos de Alejandro elaborados mucho después de su muerte y en fuentes documentales contemporáneas del macedonio, como decretos estatales oficiales o dones religiosos de índole privada. Con todo, también hay disponible una gran abundancia de testimonios materiales diseminados por todo el vasto mundo que abarcó su conquista, desde Epiro, sita en el noroeste de Grecia, hasta el delta del Indo, y del Danubio al Nilo, tanto de su tiempo como posteriores. Una porción considerable de éstos está compuesta por las numerosas imágenes de Alejandro que pueden hallarse en pinturas, estatuas y monedas, y que ofrecían diversas variantes de sus rasgos, en especial los de la cabeza, a muchos de sus súbditos, que bien eran analfabetos, bien no sabían leer en griego. No constituían, por lo tanto, ni mucho menos, el medio más irrelevante de cuantos empleó para llevar a término su misión.

Se ha dicho, con propiedad, que la búsqueda del Alejandro histórico es, en cierto sentido, análoga a la del Jesucristo histórico: por más que muchos de sus coetáneos se preocuparan por preservar una versión de lo que hizo y dijo, ninguna de sus palabras se ha conservado tal cual; y todos los autores cuyos escritos han llegado a nosotros tenían interés en registrar –o crear– una imagen particular de su héroe –o su demonio– para edificación de sus contemporáneos o de la posteridad, de tal modo que las investigaciones relativas a uno o a otro tienden a ser polémicas hasta el extremo. Si queremos hacernos una idea de cómo hubo de ser semejante controversia, podemos recordar, a modo de ejemplo, la pasión ineludible que llevó al actor y director de Hollywood Mel Gibson a llevar a la pantalla los Evangelios. Este hecho ha provocado profundas escisiones en las comunidades, religiosas o no, que poseen un interés personal en la representación del Jesús histórico.

Dicho de otro modo: si bien los testimonios de que disponemos en el presente son bastante amplios en cantidad, dejan mucho que desear en lo tocante a la calidad, por contradictorios, tendenciosos y, en su mayoría, anacrónicos. En este sentido, podemos desechar de inmediato la validez de la

Novela de Alejandro, al que también se conoce como Pseudo Calístenes –por motivos que no tardaremos en descubrir–. Es cierto que contiene algún que otro material que puede considerarse basado en datos reales, aunque sólo por accidente, por cuanto es, en su mayor parte y por su propia concepción, un relato fabuloso que guarda con el Alejandro histórico tan poca relación como la *Chanson de Roland* con el Carlomagno verdadero. Constituye, en cambio, tal como hemos visto en el capítulo 12, una parte ineludible del legado del macedonio, así como uno de los elementos que más contribuyó a engrosarlo.

La situación a la que nos enfrentamos puede resumirse, en líneas generales, como sigue: inspirada por el ejemplo de Teopompo de Quío y sus innovadores *Philippiká*, una historia de la Hélade escrita en torno a la vida de Filipo II de Macedón, surgió una veintena larga de escritores contemporáneos autores de obras similares con respecto a su hijo Alejandro. No ha llegado a nuestros días ninguno de los originales. Por otra parte, de las numerosas cartas atribuidas al conquistador sólo hay un fragmento de una que tenga una probabilidad más o menos alta de ser auténtico. La relación más antigua de que disponemos en relación con sus campañas fue compuesta en el siglo I a. C., cuando habían transcurrido unos trescientos años desde los hechos de que da cuenta, y sólo se conserva de forma fragmentaria. En consecuencia, el único relato vinculado a su historia que ha conservado su integridad hasta hoy es un compendio, elaborado en el siglo III a. C., de una obra del siglo I escrita en latín por un galo romanizado. Por último, la que hoy se considera, en general, la mejor de las historias que han llegado a nosotros de un modo más o menos completo es obra de un filósofo y estadista griego del siglo II d. C., escrita tal vez durante el reinado del emperador helenófilo Adriano. En pocas palabras, «es como si sólo pudiésemos conocer la historia de la Inglaterra de los Tudor a través de los ensayos de Macaulay o de las historias de Hume, el filósofo» (Robin Lane Fox).

Aun así, no falta algún que otro rayo de luz en este panorama por lo común sombrío. Acaso la mayor contribución del enfoque filológico decimonónico que se aplicó al terreno de la historia antigua de Grecia y Roma fue su refinamiento del concepto y las técnicas de la *Quellenforschung* y la *Quellenkritik* (la investigación relativa a las fuentes y su estudio crítico). Éstos se desarrollaron por vez primera hacia finales del siglo XVIII, sobre

todo en la ciudad alemana de Gotinga, y cabe pensar que, para nuestra suerte, dieron sus frutos más importantes, durante el XIX, merced a la ingente labor que se aplicó a resolver el problema que supone la organización de las fuentes escritas referentes a Alejandro Magno. Lo que se ha descrito como la tesis clásica de la erudición alemana decimonónica es la idea de clasificar la mayoría de los principales escritos conservados sobre el particular dentro de una familia de textos conocida como *vulgata*.

Conforme a esta ordenación, es posible rastrear la tradición de las narraciones de Diodoro, Trogo –el galo romanizado al que hemos aludido poco más arriba, y que nos ha sido transmitido por Justino– y Curcio, a partir de sus líneas fundamentales, hasta llegar a una fuente común a las tres: el relato de Clitarco de Alejandría, historiógrafo contemporáneo de Alejandro, aunque no testigo de vista de sus hechos. Si bien esta tesis ha recibido varias objeciones en tiempos más recientes, lo cierto es que no se ha sufrido menoscabo alguno de seriedad (véase más abajo). Arriano, por su parte, es el principal representante de la otra tradición en lo que respecta al soberano macedonio. El filósofo y estadista al que tantas veces hemos mencionado en el presente volumen prefirió fundar su relación en las de tres testigos privilegiados: Tolomeo, Aristóbulo y Nearco. Dado que todos pertenecían al séquito del conquistador, y que le fueron fieles hasta el final, esta tradición recibe, por comodidad, el nombre de «oficial».

Apartado de una y otra tradición encontramos a Plutarco (h. 46-120 d. C.), quien en su *Vida de Alejandro* hace un uso ecléctico de ambas y de otras fuentes adicionales. Su ingeniosa biografía también sirve de ejemplo de una lección que no se ha aprendido plenamente hasta las postrimerías del siglo XX y los albores del XXI: que los hechos jamás nos llegan de forma directa, sino envueltos o modelados de conformidad con los propósitos y las ideas preconcebidas de cada escritor individual. El propio Plutarco, por ejemplo, escribió sus biografías con un objetivo moralizador que jamás hemos de perder de vista cuando empleamos sus textos con la intención de reconstruir la historia. Por último, todas las narraciones –sean o no de primera mano o contemporáneas a los sucesos que describen, y con independencia de que pertenezcan a la tradición *vulgata*, a la oficial o a ninguna de las dos–, se

sirven de la original del historiador autorizado de Alejandro Magno, Calístenes, cuando menos en lo que toca a lo acaecido hasta 331 o quizás hasta 329.

Aún quedan por resolver problemas de enorme envergadura, y la situación no es, huelga decirlo, tan ordenada como la acabo de presentar. Sin embargo, el consenso existente entre los estudiosos es, tal como veremos, en resumen, a continuación, resulta, en cualquier caso, mucho más matizado y refinado que el que existía en el siglo XIX, lo que se debe, por encima de todo, a la atención y el respeto que se concede a las licencias literarias y maniobras retóricas de cada uno de los autores antiguos. Al final del presente Apéndice, se expondrán, con un detalle tal vez demasiado difícil de digerir, dos dificultades particularmente áridas acerca de las fuentes documentales, escogidas por la estrecha relación que, también ellas, comparten con nuestro objetivo principal: el de comprender mejor a Alejandro y los tiempos en que vivió.

Cualquier vista general habrá de comenzar, por motivos lógicos y cronológicos, por Calístenes, autor nacido en la ciudad helena de Olinto. Su cuna griega y el que hubiese nacido en la población citada son datos de no poca importancia, toda vez que, como hemos tenido oportunidad de ver, en 348, Filipo, el padre de Alejandro, consumó la destrucción ejemplar de ésta, por ser la ciudad más representativa de la federación griega de Calcídica, cuya situación, a las puertas de su reino, resultaba por demás amenazadora. El lugar seguía siendo un cúmulo de ruinas inhabitables cuando Alejandro contrató a Calístenes en calidad de historiador oficial a mediados de la década de 330. El que lo eligiera a él, y no a otro, se debió, en parte, a la pericia que había demostrado en cuanto historiógrafo. Había publicado ya una historia de la Hélade de 387-386 a 357-356, y en colaboración con Aristóteles, pariente suyo (tío abuelo o tío), había compilado una lista de los vencedores de los Juegos Pitios, que se celebraban en Delfos cada cuatro años en honor a Apolo y en los que participaban todos los griegos. Con todo, tampoco tuvieron poco peso su nacionalidad griega y, claro está, el vínculo familiar que lo unía al filósofo. El padre de éste había sido médico de la corte de Amintas III, abuelo

paterno de Alejandro, y tal como ya sabemos, él había sido maestro de este último cuando se hallaba en la impresionable edad de la primera adolescencia.

Al elegir a Calístenes, por lo tanto, Alejandro honraba la conexión familiar existente con su educador, amén de devolverle, acaso, algún favor personal. Al mismo tiempo, estaba adquiriendo lo que debió de considerar los servicios de un griego leal, algo de gran valía en los comienzos de su expedición panhelénica de venganza contra el «bárbaro» oriental. Por otro lado, el historiador también hubo de tener más motivos que los personales para aceptar la invitación. Dicen que alardeaba de que Alejandro debería sólo a su persona el hecho de ser recordado por la posteridad. Creamos o no esto último, sí parece cierta la historia que afirma que albergaba la esperanza de persuadir a su señor a construir su ciudad natal de Olinto. Todo esto, sin embargo, se tradujo en llanto –por no decir más– cuando fue ejecutado por traición, por orden de Alejandro, en 327 (véanse las pp. 85-86 y 309-312). Cabe pensar que su ajusticiamiento influyó en la imagen que ha llegado a nosotros del conquistador macedonio en mayor grado que cualquier otro episodio de su vida, pues venía a significar que, en la medida en que la tradición dependía más de fuentes griegas que de fuentes macedonias, debía de considerarse hostil por lo general.

Lo más probable es que los *Praxeis Aléxandrou* («Gesta de Alejandro») de Calístenes se enviasen a la Hélade por entregas. Todo lo que queda de la obra es una docena aproximada de «fragmentos» –citas de otros autores, de cuya literalidad no hay garantía alguna en ningún caso–, y lo cierto es que su contenido no está pensado para provocar la admiración incondicional del historiador crítico moderno. El objetivo principal que se había fijado el de Olinto debió de ser, casi con certeza, ofrecer cierta imagen de su soberano a una población griega escéptica cuando no hostil (véase el capítulo 5). No sorprende, por lo tanto, en absoluto que su obra constituya, en cierto grado al menos, un encomio retórico. Está claro que Calístenes pretendía presentarlo como un héroe, si bien no es posible precisar en qué grado fue idea suya o del macedonio atribuirle la condición de héroe homérico: un nuevo Agamenón o, mejor aún, un Aquiles.

La tilde de adulador que se le aplicó en lo antiguo a Calístenes –entre otros– resulta, sin duda, apropiada. La consecuencia lógica de tal representación fue cierta dosis de ostentación divina y cierta dosis de hagiografía, como ocurre, por ejemplo, cuando hace que el mar del suroeste de Anatolia lo venerase –mucho antes de que el propio Alejandro tratara de hacer valer cualquier aspiración divina–. También es evidente que fue el historiógrafo quien, tras la visita al oráculo de Sīwa (véanse las pp. 245-246) difundió el dato de que su señor era hijo de Zeus. Hoy es imposible determinar en qué medida se sirvió de los diarios oficiales de la expedición a guisa de fuente documental; pero lo cierto es que no se trata de una cuestión candente: mucho más lo son las circunstancias en que se produjo su muerte en 327. Los últimos sucesos de que dio cuenta antes de que lo obligasen a poner fin a su menester tuvieron lugar, acaso, en 329.

Calístenes es, por una diferencia de, cuando menos, cinco años, el más temprano de cuantos escribieron biografías de Alejandro que se han conservado, por lo menos, en forma de «fragmentos». La cronología relativa y absoluta de los demás autores contemporáneos del personaje no puede precisarse con certidumbre en nuestros días. En opinión de un servidor, Clitarco –quien, como hemos visto, pertenece a la tradición *vulgata*– comenzó a dar al público sus obras antes que Tolomeo y Aristóbulo, autores adscritos a la tradición oficial que divulgaron sus escritos por este orden. Aun así, en beneficio de la exposición, en adelante se usará otro método de diferenciación distinto del cronológico. A la manera de Heródoto, deslindaremos las fuentes según fueran o no sus autores testigos directos de los hechos que en ellas se narran; de manera que, por un lado, figurarán los historiadores contemporáneos de Alejandro que lo acompañaron a la expedición asiática, y por el otro, los que no lo hicieron, como ocurrió, casi con toda certeza, con Clitarco.

El segundo de los testimonios que hay que considerar de cuantos se adscriben al primer grupo es el del noble macedonio Tolomeo, hijo de Lago (figura 31). Aparte de por su obra escrita, destaca sobre todo en calidad de fundador (con el nombre de Tolomeo I Sóter, «Salvador») de una de las dinastías greco-macedonias posteriores a Alejandro, cuyos integrantes gobernaron Egipto desde finales del siglo IV hasta 30 a. C., año en que se

suicidó el último –y más célebre– de sus representantes: Cleopatra –oficialmente, Cleopatra VII–. Tolomeo se contaba entre los amigos más allegados a Alejandro Magno desde la adolescencia, y en 330, cuando la expedición persa llevaba cuatro años en marcha, accedió al estado mayor general de su señor. Por consiguiente, gozaba de una posición privilegiada para conocer desde dentro los detalles de la campaña y de su protagonista. Esto comportaba, sin embargo, una dificultad nada baladí, y es que tan íntimo conocimiento podía resultar embarazoso, en especial al hombre que arrebataría, en 321, en la ciudad siria de Damasco, el cadáver de Alejandro mientras volvía a Macedonia para recibir las últimas honras. Después de esto, lo hizo enterrar, con gran pompa, en lo que habría de convertirse en su propia capital real de Alejandría (fundada por su epónimo en 332). A continuación, trató de reivindicar este vínculo peculiar como marca de legitimidad en cuanto sucesor –si no *el* sucesor– regio de Alejandro.

Arriano eligió a Tolomeo como una de sus tres fuentes principales por el hecho de que «a nadie más que a un rey resulta vergonzoso mentir». Esta afirmación, ridícula a primera vista, ha llevado a algunos estudiosos a descartar su testimonio sin más por considerarlo ingenuo por naturaleza, y juzgar que no vale la pena dedicarle, en consecuencia, más atención. No obstante, lo que debió de querer decir es que, al ser –o haberse proclamado a sí mismo, por mejor decirmonarca, Tolomeo podía permitir menos que nadie que lo cogiesen en un renuncio. Por otra parte, sin embargo, Arriano parece haber pasado por alto la circunstancia de que, llegado el momento, un gobernante soberano podía sentirse más tentado que cualquier otra persona a decir embustes cuya veracidad nadie iba a poder poner en duda.

Rara vez es posible, en realidad, condenar a Tolomeo por mentir de manera manifiesta. Uno de los ejemplos más patentes de esto es el de las dos serpientes parlantes que, a su decir, guiaron a Alejandro al oasis de Sīwa (véase más abajo). Con todo, está claro que no hablaba, «en realidad, en perjuicio de su propia gloria», según la sucinta expresión de Curcio, y sí podemos acusarlo tanto de *suppressio veri* («omisión de la verdad») como de *suggestio falsi* («insinuación de hechos falsos»), por emplear la jerga de los retóricos romanos, consumados expertos en artes tan útiles. En general, no obstante, es posible dejar cierto margen para el carácter tendencioso de su

narración y obtener provecho, a través, sobre todo, de la relación de Arriano, de las sólidas ventajas que ofrece su competencia en el ámbito militar y el terminológico. Con todo, por desgracia, los historiadores deben abstenerse de emplear el ardid literario de que se sirve el novelista y académico Valerio Massimo Manfredi, cuya trilogía, más bien anodina, dedicada a Alejandro (véase el capítulo 12) pretende ser el relato mismo de Tolomeo.

El tercero de los escritores que estuvieron presentes durante los sucesos es Aristóbulo. Como Calístenes, y a diferencia de Tolomeo, era de origen heleno, por más que acabase convertido en ciudadano de Casandrea, población de Calcídica, situada a escasa distancia de Olinto y fundada después de la muerte de Alejandro Magno. Sufre la doble desventaja de haber cumplido los ochenta y cuatro años cuando comenzó a escribir («Los viejos olvidan», que diría Hamlet) y de haber sido tachado, él también, de adulador. Donde Tolomeo pone en juego una reserva selectiva e intencionada, Aristóbulo tiende a incurrir en el defecto contrario de actuar como un sicofanta gárrulo. En consecuencia, no duda en hacer hincapié en la caballerosidad desplegada por el soberano en relación con las mujeres de la familia real persa que cayeron en sus manos tras la batalla de Iso, en el año 333; justifica los asesinatos y ejecuciones, por demás controvertidos, de diversos próceres macedonios; ofrece una versión favorable de la muerte de Calístenes (véase más abajo), y mantiene que Alejandro desató con sutilidad y muy de propósito el nudo gordiano (véase el Glosario) en lugar de cortarlo de una cuchillada llevado de la desesperación. Tal vez la ilustración más clásica del modo como mitigaba la crudeza de los hechos menos agradables sea su aserto de que, lejos de ser un rey vinolento –por no hablar ya del dipsomaníaco declarado que nos presenta, cuando menos, un historiador moderno (J. M. O’ Brien)–, sólo bebía en ocasiones sociales que lo requerían.

La explicación de tan absurdos eufemismos hay que buscarla en su condición de griego –no macedonio– defensor de Macedón, así como en la mayor susceptibilidad de que daba muestras, en relación con Tolomeo, con respecto a las acerbas críticas que dirigían algunos helenos a su antiguo señor. Este hecho no disuadió a Arriano de emplearlo como segunda fuente en importancia de su propia exposición, lo que acaso se debió a que, dada su condición de ingeniero o arquitecto interesado en la geografía y la historia

natural, podía proporcionarle un punto de vista muy diferente de la campaña. Uno de los encargos más interesantes que recibió Aristóbulo fue el de restaurar, en 324, la tumba de Ciro, fundador del Imperio de los Aqueménidas, sita en Pasargadas (figura 37). En opinión de quien esto escribe, Aristóbulo debió de escribir su obra después de 290 a. C., quizá nada menos que veinte años después que Tolomeo.

Onesicrito y Nearco, los dos testigos oculares que consideraremos a continuación, conviene estudiarlos juntamente. Ambos sirvieron en la flota que envió Alejandro Magno del moderno Paquistán a Irán durante el invierno de 325 y 324, el primero en calidad de piloto mayor, y el segundo como almirante. Este último escribió su narración, cuando menos en parte, con la intención de «corregir» la de aquél. Los dos procedían de la Hélade insular: Onesicrito, de la diminuta isla egea de Astipalea, y Nearco, de Creta. Y aquí acaba el parecido entre ambos.

Onesicrito era adepto de determinada variante de la filosofía cínica que tenía, en tiempos de Alejandro, a Diógenes por su más célebre practicante. (El encuentro que protagonizaron estos dos personajes en Corinto a mediados de la década de 330 ha adquirido carácter de mito. El rey macedonio fue a visitar al pensador, quien llevaba la vida tan austera que lo ha hecho célebre, para tratar de entablar con él una conversación seria. Cuando preguntó al reservado filósofo si podía hacer algo por él, éste le pidió con brusquedad que dejase de taparle el sol. Los tejedores de la leyenda del soberano no tardaron en afirmar que éste había declarado que, de no haber sido Alejandro, la persona que más le hubiese gustado ser era Diógenes.) Onesicrito imitó de forma consciente la *Ciropedia* de Jenofonte (obra de ficción que versa, en apariencia, sobre la educación de Ciro el Grande) y trató de convertir a su Alejandro en un filósofo armado de espada. Sin embargo, todo apunta a que se condujo con notable mendacidad, aun en comparación con el grado de falsedad a que nos tienen acostumbrados quienes han escrito de él en la Antigüedad. Además, fue otro de los que se granjearon, en el sentido más pleno imaginable, el poco loable título de adulador.

Nearco, como Tolomeo, había compartido amistad con su soberano desde sus tiempos de formación en Mieza. Sin embargo, a diferencia del segundo, se había visto despojado de toda influencia y posición a la muerte

de Alejandro, y desahogó su ambición frustrada mediante la composición de unas memorias por demás interesadas. La relación que ofrece de la empresa bélica acometida por su señor en «la India» resultó, no obstante, lo bastante enigmática y vívida para que la emplease Arriano a modo de cimiento sobre el que erigir la segunda mitad de sus *Indica*, obra independiente de su biografía principal de Alejandro Magno. Más en serio aún trató a Nearco la mayoría de los autores modernos hasta la aparición de los escritos de Ernst Badian, el más crítico y minimalista de cuantos han estudiado la vida de Alejandro en nuestros días. Persuadido de la necesidad de llevar a la práctica una poda considerable, despojó a Nearco de buena parte de la significación que se le atribuía recalcando sus pretensiones literarias, la predilección por lo maravilloso de que daba muestras y la imagen distorsionada que ofrecía de sí mismo; rasgos que, en combinación, trocaban su obra en una *Tendenzschrift* –un escrito guiado por intereses ideológicos– más que en la narración objetiva de un episodio de importancia descomunal de la vida de Alejandro.

De los autores que presenciaron los hechos narrados, el sexto y último de cuantos se han presentado en estas líneas es Cares, oriundo también de la Grecia insular. Procedía de Mitilene, sita en la isla de Lesbos, y medró en el seno de la corte alejandrina hasta convertirse en camarlengo cuando su señor comenzó a adoptar el ceremonial palaciego de Persia tras asumir la condición de rey de Asia. Sus vívidas *Historias de Alejandro*, publicadas en al menos diez libros, fueron leídas por Aristóbulo y citadas por Plutarco, entre otros. Nada se conoce, empero, de ellas que indique que se trataba de otra cosa que un rosario de recuerdos anecdóticos de la vida áulica, del género de los que figuran, por entregas, en los diarios dominicales en nuestros días. Aun así, claro está, no carece de utilidad en cuanto fuente de episodios salpicados por el escándalo, como el que desembocó en la muerte de Calístenes.

Aun cuando careciésemos de toda referencia explícita a fuentes documentales, habría sido posible conjeturar su existencia a partir de los numerosos detalles militares y administrativos que tomó Arriano de Tolomeo y quizá también de Aristóbulo, pero que no recogen Diodoro, Curcio ni Plutarco, autores todos pertenecientes a la tradición *vulgata*. La primera de ellas son las *Ephemerides*, diarios (o diarios de cuentas) reales. Ateneo, compilador griego que escribió en Alejandría en torno al año 200 d. C.,

asevera que se hallaban al cargo de dos helenos: Eumenes, hijo de la ciudad helespóntica de Cardia, y Diodoto, de la Eritrea jonia –en la costa occidental de Asia Menor–. Eumenes fue secretario personal de Alejandro, y más tarde representó un papel tan importante en los enfrentamientos provocados por su sucesión que se convirtió en el protagonista de una de las *Vidas paralelas* de Plutarco. Los estudiosos otorgaban no poco crédito toda referencia a esta fuente, y algunos llegaron a asegurar que contenía un registro diario de todas las decisiones relevantes adoptadas por el macedonio, así como de todos los hechos notables que llegaban a su conocimiento. Erraban de medio a medio, sin embargo, al depositar en él su fe, siendo así que, si no eran más que datos inventados, o cuando menos manipulados, por Eumenes o por otro autor con fines propagandísticos, constituían, a lo sumo, una crónica elaborada por los sacerdotes babilonios en la que se daba cuenta sólo de lo ocurrido cuando el rey se hallaba en Babilonia, tal como sucedió en junio de 323, fecha de su muerte.

Por otro lado, hemos de hacer referencia a los *Hypomnēmata*, anotaciones personales que, según se presume, pertenecían al mismísimo soberano macedonio. Como poco, su supuesto contenido –los llamados «últimos planes», la relación de los proyectos que pensaba llevar a término a corto y largo plazo antes de que le sobreviniera la muerte que leyó Perdicas a sus huestes poco después de ocurrida ésta (véase el capítulo 10)– debió de resultar plausible a los soldados de Alejandro. No podemos confirmar ni negar su autenticidad; pero sí parece más probable la falsedad de la serie de cartas que se atribuye de forma directa a la pluma del conquistador. La mayoría ha llegado a nosotros a través de Plutarco, quien tuvo acceso, sin duda, a una o más colecciones de ellas. Las estimaciones más generosas hacen pensar que, a lo sumo, hay un total de catorce, diez de las cuales figuran en la *Vida de Alejandro* de Plutarco, a las que puede concederse un mínimo de crédito. Su autenticidad se vuelve de especial relevancia cuando, por ejemplo, se dice que el propio macedonio escribió personalmente a Darío en 334, tras la batalla del Gránico, para presentarse como legítimo rey de Persia en su lugar y tildarlo de mero usurpador. Tamaña cara dura debió de suponerse característica del joven Alejandro, aunque lo cierto es que sería muy positivo poder documentarla con certidumbre.

A la hora de hablar de autores que no presenciaron en persona los hechos, hemos de comenzar con Clitarco, hijo de Dinón, respetado historiador de Persia. Pese a que Clitarco era demasiado joven para haber acompañado a Alejandro Magno durante su expedición, esta falta de experiencia personal queda compensada, en gran medida, por el hecho de no estar sometido el autor a la presión de tener que escribir una historia más o menos oficial. Además, al hallarse afincado en Atenas tras 322, tuvo la posibilidad de consultar a satisfacción a todos los griegos –políticos, embajadores, artistas, técnicos, soldados rasos...– que habían tenido conexión alguna con Alejandro o con el bando persa. Asimismo, pudo completar las lecturas de Calístenes y de otros testigos con una abundante tradición oral a la que no tuvo acceso Arriano. Por otro lado, al vivir en Atenas –en la Atenas ocupada–, debía de sentirse más afín a la tendencia favorable a Macedón que a los círculos que apoyaban la posición intransigente del difunto Demóstenes (muerto en 322).

La hipótesis que lo presenta como progenitor último de la corriente *vulgata* (representada en las obras que se han conservado de Diodoro, Curcio y Justino) ha sido impugnada por estudiosos como, por ejemplo y sobre todo, el difunto Nicholas Hammond, y defendida, sin embargo, de un modo convincente por otros como Pierre Goukowski. Éste ha sostenido que Clitarco escribió sus libros –en número de doce o más– durante la última década del siglo IV –es decir, lo bastante temprano para que se sirviera de ellos Aristóbulo y quizá también Tolomeo–. Al decir de una teoría moderna tan ingeniosa como atractiva, éste, que no tardaría en ascender a rey de Egipto, invitó a Clitarco a viajar a Alejandría en 308 con el fin de crear una etopeya de Alejandro Magno que resultara interesante a los griegos en una época en la que Tolomeo estaba tratando de resucitar la Liga de Corinto, disgregada mucho tiempo atrás (véase el capítulo 5).

La obra de Clitarco constituye, para el público del período helenístico y romano, una lectura mucho más emocionante que la de Tolomeo, que adolece de una terrible aridez. Este hecho lo convirtió, durante la Antigüedad, en el autor más popular hasta la amplísima divulgación de la *Novela de Alejandro* a principios del período imperial romano. Aquélla presentaba a Alejandro como un rey heroico, hijo predestinado del dios libio Amón, rival de

Heracles, ancestro suyo, y de Dionisos y conquistador de las tierras más distantes de la *oikoumene*, el mundo habitado conocido. Lo que más atrajo a la posteridad fueron sus vívidas descripciones y lo sensacional de los incidentes que recoge. Así, por ejemplo, presenta la quema del complejo palaciego de Persépolis que perpetró el soberano en 330 como algo más que un simple acto simbólico de índole política del que más tarde se arrepentiría –que es como se recoge en la obra de Arriano, quien sigue en ello a Tolomeo–: según Clitarco, Alejandro ordenó la destrucción del edificio hallándose bajo los efectos del alcohol y a instancia de Tais, la prostituta ateniense de categoría que resultó ser compañera, en el momento de escribir él la historia, de Tolomeo. Cabe suponer que su descripción posee, en este caso, no poca veracidad histórica, pues nada habría sido más comprensible que la supresión interesada de la presunta participación de Tais por parte de Tolomeo. Sin embargo, en general, los escritores más serios de lo antiguo consideraban que Clitarco, aunque inteligente, pecaba de mendaz, y este parecer ha encontrado no poca aceptación en tiempos modernos.

Los escritos de Clitarco han desaparecido como tales, y lo que se conserva de ellos hay que buscarlo en la obra de Diodoro, Curcio y Justino. El primero, griego del siglo I a. C., originario de la sícula Caleacte, compiló en Roma una obra a la que asignó el curioso título de *Biblioteca histórica*. Quizá se refiera con él a que contenía toda la historia del mundo que, en su opinión, podía desear conocer cualquier lector culto de la época. El décimo séptimo de los numerosos libros que componían el texto estaba consagrado a Alejandro, aunque no ha llegado completo a nuestros días. Quinto Curcio Rufo, por su parte, escribió su *Historia de Alejandro Magno* en diez de ellos, de los que se conservan los ocho últimos, escritos en un latín retórico en alto grado. Marco Junio Justino se encargó de epitomar, en el siglo III d. C., la obra latina, hoy perdida, de Trogo (I a. C.). La vida del macedonio se trata en los libros undécimo y duodécimo de su compendio.

La cronología precisa de las tres fuentes de la tradición *vulgata* de que disponemos no está libre de controversia. Lo más probable es que Diodoro publicase su obra algo antes que Trogo, a finales del siglo I a. C., en tanto que Curcio debió de escribir la suya siendo emperador bien Claudio –opción

preferida por el último de sus comentaristas–, bien Vespasiano. Con todo, no está de más repetir que sólo ha llegado completo a nuestros días el epítome de Trogo debido a Justino. Da que pensar.

Lo dicho no significa que los tres dependan en exclusiva de Clitarco, o que lo hagan en igual medida y en el mismo sentido. Nada de eso: en consonancia con su habitual proceder económico, Diodoro lo sigue en cuanto fuente principal en lo tocante a la época de Alejandro; pero Curcio se muestra más independiente tanto en la elección como en el uso de sus fuentes (entre las que, como veremos, se encuentra también, entre otros, el texto de Tolomeo), así como en su interpretación. Por poner un ejemplo, aborrece el culto al macedonio que promovieron sus sucesores durante el período helenístico y adoptaron, por imitación, Julio César y los emperadores romanos. Diodoro, por el contrario, asume por entero el mito legitimador helenístico del buen rey y lo aplica a Alejandro Magno con la devoción propia de un hagiógrafo. Junto con los frecuentes puntos de coincidencia que se dan entre Diodoro y Trogo-Justino, también hay que destacar serias discrepancias. Trogo, por ejemplo, se muestra contrario al enérgico imperialismo del macedonio, al que presentaba como un tirano con las manos manchadas de sangre y pervertido por sus conquistas, en tanto que Diodoro admiraba sobre todo su moderación en la victoria y su resistencia ante las muchas tentaciones que lo incitaban a abandonarse al lujo y el despotismo.

Nuestras dos últimas fuentes literarias proceden de la Hélade, y constituyen, cada una a su manera, ejemplos excelentes del período de la erudición griega que se asocia, sobre todo, al reinado del emperador helenófilo Adriano. Se trata de la época –o el movimiento– que se ha conocido tradicionalmente como Segunda Sofística porque constituye una regresión consciente al tiempo de los primeros sofistas, maestros de técnicas retóricas en particular, que desarrollaron su actividad entre los siglos V y IV a. C. Plutarco (h. 46-120 d. C.) era originario de Queronea, pequeña ciudad de Beocia célebre por la victoria obtenida por Filipo en 338. Recibió una excelente formación retórica y literaria, y escribió dos tratados breves sobre la «fortuna» de Alejandro que forman parte de las manifestaciones más

tempranas de su extensa obra. En ellos, trataba de rebatir los argumentos de quienes lo acusaban de deber sus triunfos a la buena suerte más que a cualquier virtud innata o adquirida.

Plutarco cuenta con una fama mucho mayor, y también nos es de más utilidad, en cuanto autor de las Vidas paralelas de cincuenta personajes insignes de Grecia y Roma pertenecientes a un pasado más o menos distante. Alejandro Magno era candidato inevitable a figurar entre ellos, y Julio César, quien trató conscientemente de emularlo, había de ser, casi por fuerza, el estadista con quien lo parangonase. El autor, tal como subraya en la introducción a la de Alejandro, pretendía escribir «no historias, sino vidas». Más concretamente, se trataba de biografías moralizadoras y edificantes, en las que el autor centraba su atención en el carácter y los principios del personaje, al tiempo que invitaba al lector ideal a contemplar ejemplos éticos que debía seguir o evitar. El valor histórico de su Vida de Alejandro depende, pues, de las fuentes empleadas y del uso que hiciera de ellas. De cualquier modo, lo cierto es que desplegó igual prodigalidad en el número de éstas como en el de las citas, hasta el punto de nominar a un total de 24 autores anteriores.

El fragmento que sigue –perteneciente al capítulo 46– pone de relieve cuál es su interpretación. Ha de reconocerse que gira en torno a un hecho –o mejor, a una invención descarada– al que muchos de nosotros no prestaríamos gran atención hoy, y que, sin embargo, resulta esencial para el mito de Alejandro y el modo como se presentó a sus súbditos:

> La reina de las amazonas fue a visitarlo, según señalan los más de los autores, incluidos Clitarco, Policrito, Onesicrito, Antígenes e Istro; pero Aristóbulo, Cares el chambelán, Tolomeo, Anticlides, Filón de Tebas y Filipo el teageleo, amén de Hecateo de Eretria, Filipo de Calcis y Duris de Samos aseguran que se trata de un dato fingido. Y lo cierto es que da la impresión de que el testimonio del propio Alejandro confirma la opinión de estos últimos cuando, en una misiva muy precisa y detallada a Antípatro, afirma que el rey escita le había ofrecido a su hija en matrimonio, sin hacer mención alguna de las amazonas.

Son notables los empeños de Plutarco en analizar las fuentes consultadas con un espíritu crítico. Aun así, hay que recordar que, habida cuenta del objetivo moralizador que lo movía, no estaba obligado a ofrecer una relación minuciosa de toda la trayectoria vital de Alejandro Magno, siquiera de forma sumaria. Además, los episodios que optó por mencionar se presentan de un modo anacrónico, y responden más a los criterios morales del propio Plutarco que a la norma común que regía en tiempos del personaje. El autor se muestra crítico –esta vez, en el sentido de censurador– con él, y en la exposición que presenta de su personalidad hay tanto sombras como luces. Sin embargo, en general, la Vida de Alejandro tiene un tono apologético. El principal valor que puede tener para el historiador moderno radica en el hecho de ser el único que da cuenta de los primeros años de su vida, y en particular de los que van de 338 a 336. Los seis primeros capítulos, aproximadamente, de dicha obra constituyen la única base sobre la que se funda lo que un servidor considera la mejor novela histórica de nuestra época sobre Alejandro: Fuego del paraíso, el primer volumen de la trilogía de Mary Renault (véase el capítulo 12).

El nombre completo de Arriano –tal como lo conocemos por abreviar– era Lucio –o quizás Aulo– Flavio Arriano Jenofonte. Nació en Nicomedia, ciudad griega de Bitinia sita en la costa meridional del mar Negro, en las postrimerías de la década de 80 d. C. Cuando sólo contaba veinte años, pudo sacar provecho de la riqueza de su familia para completar su educación formal estudiando, tal como era habitual a la sazón entre la clase alta, bajo la tutela de un filósofo heleno. Sin embargo, su elección distó mucho de ser convencional, toda vez que lo llevó a convertirse en ávido estudiante y seguidor del estoico Epicteto, esclavo emancipado, en las tierras salvajes del noroeste de la Hélade. Tal vez no fuese ninguna casualidad la cercanía de aquel lugar con la cuna de Olimpia, la madre de Alejandro. Con todo, si bien no cabe duda de que fue su maestro quien le inculcó los elevados principios morales que emplearía para juzgar al macedonio, no es menos cierto que Epicteto no fue su único modelo: Jenofonte, historiador y panfletario ateniense discípulo de Sócrates, fue influyente en igual grado, aunque en ámbitos distintos. La *Anábasis* de éste constituye el modelo literario en que fundó su propia relación de la campaña de Alejandro, hasta el punto de

emplear el mismo título y la misma división en sólo siete libros. Asimismo, igual que Jenofonte, escribió, entre otras obras, un tratado de cinegética, elemento que no es, ni mucho menos, irrelevante en lo que respecta a la concepción del presente volumen. Llegó aun a incluir su nombre en el suyo oficial propio a modo de elocuente homenaje a su mentor virtual.

Como Plutarco, Arriano desarrolló su labor entre dos mundos, si bien situado en una categoría política mucho más elevada, por cuanto ocupó las principales magistraturas de Roma y Atenas, amén de ejercer el alto mando militar en Asia Menor. No podemos determinar con certeza cuándo compuso su *Anábasis*. De siempre se ha creído que debió de escribirla una vez retirado, igual que hizo, al parecer, Jenofonte con los más de sus textos. Sin embargo, en fechas más recientes, los expertos han defendido la tesis de que quizá fue, más bien, creación de juventud, lo que, al decir de algunos, explicaría o excusaría los defectos en cuanto texto explicativo y analítico. Los errores de hecho u omisión resultan, por supuesto, más difíciles de paliar o justificar sea cual fuere la datación que se le atribuya. Así, por ejemplo, a los aspectos de la expedición menos admirables en lo moral, materialistas o codiciosos apenas se les presta la atención que merecen.

Con independencia de la fecha de composición, hoy se considera, de forma casi universal, el mejor texto antiguo que se conserva sobre el macedonio. Lo que hace en especial recomendable su obra para el cazador moderno del Alejandro histórico es la meticulosa atención que presta a todo detalle, lo cual se revela, por encima de todo, en el uso, preciso por lo común, de vocabulario técnico y en el tratamiento relativamente pleno de asuntos administrativos como el nombramiento de sátrapas (véase el Glosario). Fue tal vez este gusto, innato o adquirido, por la minuciosidad en lo tocante a los hechos lo que lo llevó a elegir a Tolomeo, en primer lugar, y a Aristóbulo, a continuación, en calidad de fuentes principales.

También es muy probable que Arriano impresione gratamente al historiador moderno al desvincularse del culto de héroe profesado a Alejandro (véase el capítulo 11). Tal no quiere decir que fuese imparcial: la obra estaba concebida, en general, para mayor gloria y fama del soberano, y de hecho, el autor trata de disculpar algunas de sus acciones y rasgos menos admirables recurriendo a la conveniencia del personaje. Sin embargo, no

permite que esta finalidad honorífica interfiera con la crítica de lo que entiende por una actitud orientalista cada vez más marcada, los excesos del conquistador con el alcohol y su incapacidad para dominar sus emociones, y en particular su ira, su ambición y su orgullo. Quizá la observación más perspicaz de cuantas presenta sea la de que, para Alejandro, resultaba «irresistible, como sucede a otros hombres con otros placeres, el deleite mismo del combate» (6.13.4).

Una última curiosidad literaria: cierto opúsculo difamatorio atribuido a una escritora. Las autoras de la antigua Grecia cuyo nombre nos es conocido abundan tanto como los dientes en el pico de las gallinas, y se trata, casi sin excepción, de poetas. No es el caso de Nicobula, mujer del período helenístico que demostró que podía ofrecer una relación que hurgase en los escándalos de la vida de Alejandro tan buena –o tan mala– como la de autores varones como Cares el chambelán.

Muy diferentes de estos escritores literarios se presentan las fuentes documentales contemporáneas a los hechos, tanto de dentro como de fuera de la Hélade. Huelga decir que los textos oficiales pueden mentir de igual modo en el sentido de ocultar parte de la verdad. Sin embargo, en tanto no estén falsificados –y en determinadas circunstancias, también cuando lo están–, poseen el don de la inmediatez, algo de lo que carecen los escritos narrativos. Por desgracia, el número de documentos oficiales que se conservan de cuantos se produjeron tanto en las ciudades macedonias como en las griegas o en otras comunidades de habla helena durante el reinado de Alejandro es relativamente reducido. Sin embargo, los que existen se han estudiado con profundidad, y el presente libro ha sacado de ellos el máximo provecho posible (sobre todo en el capítulo 5).

Los documentos oficiales escritos en otras lenguas en el Imperio persa que han llegado a nuestros días son aún más escasos. Las Tablillas del Tesoro y las de la Fortificación, textos procedentes de los archivos burocráticos de Persépolis escritos sobre arcilla cocida en lengua elamita sobre todo, proporcionaron, hace no mucho, un buen cúmulo de datos inéditos. Así y todo, éstos iluminan, en especial, el período que va de finales del siglo VI a

mediados del V, y no el de Alejandro. En este caso, además, no existe compensación alguna por parte de ninguna narración histórica, por cuanto la historiografía al estilo griego no era algo que practicasen los orientales o los persas. Dos de los llamados Libros Históricos de la Biblia, el de Esdras y el de Nehemías, proporcionan un punto de vista judío del Imperio de los Aqueménidas, si bien ambos –como el de Ester, tan rodeado de mitos– tratan de reinados anteriores al de Darío III, oponente de Alejandro Magno.

Dicen que la pala no miente, y si es así, se debe sólo a que no puede hablar: la voz que habla por ella es la del estudioso que interpreta los datos arqueológicos mudos. Algunos de éstos son más fáciles de descifrar que otros. Ninguno de los visitantes de las extraordinarias tumbas reales de Vergina, procedentes del siglo IV a. C., o de los museos arqueológicos de Tesalónica y Pella pasará por alto la excepcional acumulación de oro llevada a cabo por los principales nobles macedonios, ni su voluntad de «destruir» aquel metal precioso al hacer que lo colocasen en el interior de sus tumbas en forma de copas y otras piezas de la vajilla propia del simposio, así como de joyas personales. De igual manera, los restos hallados hablan de un modo inequívoco de la suerte que corrió Olinto, población que, tras ser destruida en 348 por Filipo, jamás volvió a erigirse en el mismo lugar. Por paradójico que resulte, aquella ciudad muerta nos proporciona los mejores indicios de que disponemos acerca de lo que debía de ser la vida cotidiana en una *polis* griega del siglo IV poseedora de una prosperidad y un poderío superiores a la media. En el otro extremo –tanto en lo geográfico como en lo histórico– figuran los abundantes vestigios arqueológicos excavados en Ay-Janum, a orillas del Oxo, en lo que fue el Asia central soviética. Pertenecen a una ciudad helena nueva fundada en el citado siglo, casi con toda seguridad una Alejandría, que ofrece un sólido testimonio del grado que alcanzó la transformación cultural del paisaje de Oriente Próximo a causa de las conquistas de Alejandro Magno.

A caballo entre los textos escritos y las pruebas arqueológicas se hallan los restos numismáticos; las monedas que, amén de su valor económico intrínseco, presentan imágenes y, a menudo, inscripciones que garantizaban

su autenticidad y su valor en cuanto instrumento de pago e intercambio y medio de almacenar el caudal. Las monedas son, por ende, testigos no sólo de la historia económica, sino también de la del arte, la política y la cultura –en especial la ideológica–. Merced a la práctica antigua de acumularlas, se conservan en número por demás generoso tanto en los lugares que pertenecieron al ámbito persa como en los que estuvieron adscritos al griego. De hecho, Filipo, en cierta ocasión en que se apoderó de una cantidad extraordinaria de las materias primas necesarias, no dudó en acuñar monedas de plata y, en medida mucho menor, de oro. Alejandro, amén de seguir con ahínco el ejemplo de su padre en este particular, «liberó» asimismo las ciclópeas montañas de lingotes de uno y otro metal que habían atesorado los grandes reyes de Persia en sus cuatro capitales principales: Susa, Persépolis y Ecbatana, en Irán, y Babilonia, en Iraq. Su puesta en circulación tuvo consecuencias económicas incalculables durante su reinado y también tras su muerte, y aun así, no resulta menos interesante ni revelador, a su manera, la evolución del repertorio de atributos simbólicos con que quiso aparecer representado en persona en el anverso de las piezas por él troqueladas. En realidad, el que, después de hacer figurar en ellas imágenes de dioses, hiciese estampar la suya propia nos lleva a preguntarnos, de modo inevitable, si no se consideraba él mismo un ser divino (véase el capítulo 11).

No existen indicios explícitos de que Alejandro Magno contratase a un argentario a fin de garantizar el empleo de imágenes «autorizadas» de sí mismo en sus monedas. Sí que los hay, aunque no son contemporáneos ni del todo fidedignos, de que se hizo con los servicios de un orfebre oficial de la corte –Policleto–, un pintor –Apeles– y un escultor –Lisipo–, todos ellos de origen griego, a los que encargó la producción de imágenes susceptibles de ser distribuidas y reproducidas por unos dominios que no dejaban de dilatarse (véase el capítulo 12). Los textos que hablan de un «edicto» firmado por él a fin de prescribir el uso exclusivo de las representaciones firmadas por alguno de los tres citados son, sin lugar a dudas, anacrónicos, por cuanto se refieren a una práctica común en la Roma imperial, y no entre la realeza macedonia. Sin embargo, cabe hacer una interpretación más sutil que equipare los posibles empeños del soberano en regular el lenguaje metafórico del ámbito de lo visual, por un lado, con el empleo incuestionable de Calístenes, por el otro, al

objeto de hacer lo mismo con la propaganda escrita y asegurarse de dar al público la versión autorizada de su gesta heroica. Al cabo, los súbditos de Alejandro que sabían ver superaban colmadamente en número a los que sabían leer, y también eran muchos más los que podían topar con una escultura o un relieve suyos, o tener en la mano una moneda con su efigie, que los que iban a oír, por no hablar ya de leer por sí mismos, el último rollo remitido a la Hélade por Calístenes. Si bien la de *propaganda* o la de *interpretación tendenciosa* no son expresiones que deban usarse a la ligera, todo apunta a que no hay otra más correcta que pueda aplicarse a este género de fanatismo dominador.

Analicemos ahora, a modo de conclusión, dos casos paradigmáticos con cierto detalle a fin de ilustrar los problemas que comportan los testimonios que han llegado a nosotros y lo azaroso de la búsqueda que nos hemos propuesto en pos de la persona de Alejandro. Los episodios elegidos revisten una importancia fundamental en lo que respecta a los objetivos del presente volumen, y atañen a asuntos vitales para la extraordinaria empresa en que se embarcó el macedonio, el modo como la concibió y la presentó, y la recepción que se le otorgó tanto dentro como fuera del círculo más íntimo de sus adeptos.

Muerte de Calístenes (327 a. C.)

Las fuertes que conservamos recogen no menos de cinco métodos y circunstancias, incoherentes o incompatibles entre sí, en lo referente a la ejecución de Calístenes. Tal como ha señalado Robin Lane Fox: «Nada pone de relieve con más puntualidad las contingencias que se plantean a quien trate de rastrear la trayectoria vital de Alejandro como el hecho de que los contemporáneos mejor informados aseguren que murió de cinco maneras distintas». Y razón no le falta. Cuando sólo habían transcurrido siete años desde el día que el soberano macedonio había hollado el suelo de Asia, y menos de cuatro desde la victoria final de Gaugamela, su historiador fue

condenado a muerte por alta traición. El motivo constituye, por lo tanto, un asunto de la mayor trascendencia histórica que, además, se ha explorado con minuciosidad en páginas anteriores (sobre todo en el capítulo 5). Aquí se pretende circunscribir el análisis a la cuestión, más técnica, de *cómo* fue ajusticiado; es decir: por qué medios legales –o ajenos a derecho– y físicos.

De Arriano, por emplear un orden cronológico inverso –siendo él la última fuente–, es la siguiente observación general, de carácter por demás revelador (4.14.3):

> Aun los autores más dignos de confianza, hombres que estuvieron, de hecho, al lado de Alejandro a la sazón, han ofrecido relaciones contradictorias de acontecimientos no poco célebres de los que debían de estar perfectamente informados.

Aquellos «autores más dignos de confianza» eran, sin duda alguna, sus dos autoridades favoritas: Tolomeo y Aristóbulo. Al decir de este último, a Calístenes lo metieron en grillos y lo obligaron a seguir la marcha de las huestes alejandrinas, tras lo cual cayó enfermo y murió, y según Tolomeo, lo torturaron antes de ahorcarlo. Plutarco, tras recoger estas dos variantes, añade el testimonio de un tercer testigo de vista, Cares el chambelán, quien asevera que el historiador no tuvo una ejecución inmediata, sino que pasó siete meses engrillado antes de morir, doliente e infestado de piojos, en una fecha cercana a la de la herida que recibió Alejandro de los guerreros del pueblo índico de los malos (*Malli*) y que a punto estuvo de acabar con su vida (véase el capítulo 9). De las historias adscritas a la tradición *vulgata*, la de Diodoro se ha perdido en una laguna del manuscrito, aunque sabemos, merced al índice que se ha conservado, que sí describía el final de Calístenes. Curcio, por su parte, asegura que fue torturado antes de morir ajusticiado, y Trogo, por último, recoge, a través de Justino, una escena en la que se expone con detalle cómo le cercenaron nariz y orejas, de conformidad con los usos persas, para enjaularlo después con un perro y llevarlo de un lado a otro junto con el Ejército hasta que uno de los siete integrantes de la guardia personal de Alejandro lo envenenó para liberarlo de su sufrimiento.

¿A cuál de las cinco versiones hemos de prestar crédito? Entre la de Aristóbulo y la de Tolomeo, parece preferible la segunda, por cuanto el primero no ofrece sino un claro ejemplo de su condición de «adulador». Para

muchos griegos, el que se ejecutara a Calístenes sin que hubiese en su contra nada más que sospechas y sin mediar proceso alguno debió de constituir un claro atropello contra la justicia natural, motivado sin duda por razones políticas. En consecuencia, también hay que rechazar, por lo mismo, el relato de Cares, que no hace sino desarrollar la misma línea argumental que Aristóbulo. El de Trogo y Justino destaca por ser el único que habla de mutilación al estilo oriental; pero este detalle constituye, a la vez, la clave de su natural ficticio. No resulta, en absoluto, extraño que Alejandro quisiese aplicar un castigo así a Beso, pretendiente al trono de Persia, en 329 (véase el capítulo 8); pero semejante pena carece de todo sentido en el caso del griego Calístenes, y debe rechazarse en cuanto ejemplo fácil de detectar de la denigración gratuita del carácter de Alejandro Magno a que tanto propende Trogo. Por su parte, la variante de Curcio, el único autor que nos resta de la tradición *vulgata*, se presenta, aunque breve y sin adornos, como mucho más interesante. El autor se limita a dar por válida y difundir la de Tolomeo, lo que constituye un ejemplo excelente de la relativa independencia de que goza dentro del marco de la tradición *vulgata* y del empleo ocasional que hace de la citada fuente, adscrita a la oficial.

Así y todo, cabe preguntarse si hemos de creer, como Curcio, las palabras de Tolomeo y aceptar que Calístenes fue torturado y ahorcado de inmediato. La respuesta debe ser positiva, y por la razón que expuso, hace ya mucho, George Grote, uno de los mejores historiadores decimonónicos de la antigua Hélade: «Al ser parte interesada, [Tolomeo] puede permitirse omitir o suavizar cuanto pudiese desacreditar a Alejandro; de modo que debemos creer su palabra, sin temor alguno a andar errados, cuando describe un acto de crueldad». En este caso, además, la brutalidad desplegada por el soberano fue gratuita e ilegítima, por cuanto, en lugar de hacer que juzgasen al historiógrafo, como bien podía –y acaso debía– haber hecho, bien ante Ejército macedonio, bien ante el consejo de los integrantes de la Liga de Corinto, colectivo que, verdad es, habría resultado mucho más difícil de congregar y dirigir.

¿QUÉ OCURRIÓ REALMENTE EN SÙWA EN 332 Y 331 A. C.?

En el caso que acabamos de analizar parecía más o menos sencillo decidir entre las cinco variantes distintas del episodio con sólo aplicar criterios estrictos de credibilidad. Asimismo, el modo como se produjo la muerte de Calístenes, pese a ser importante, lo es en menor grado que los motivos que llevaron a su ejecución. Este segundo ejemplo concierne al extraordinario rodeo que dio a través del desierto occidental de Egipto para llegar al santuario del oráculo de Amón sito en el oasis de Sīwa, lo que lo obligó a recorrer unos cuatrocientos ochenta kilómetros en dirección a la remota frontera oeste de Egipto y Libia durante la primavera de 331. Desde el punto de vista historiográfico, presenta una complejidad mucho mayor, y resulta, desde el histórico, más trascendental aún. Tiene implicaciones directas para al menos dos de los capítulos que conforman esta obra: el 11, dedicado a la divinidad de Alejandro, y el 10, que se ocupa de Alejandro en cuanto ser humano; aunque reviste, en uno u otro sentido, no poca relevancia con respecto al resto del volumen.

Como era de esperar, las fuentes narrativas de la época no han llegado a nosotros como tales; pero existen informes más o menos fidedignos acerca, cuando menos, de las más importantes. Aun así, cada una participa una historia diferente, y esta circunstancia no carece de significación, no ya porque todo historiador desea siempre conocer lo que ocurrió en realidad en cada caso particular, sino porque, en esta ocasión concreta, el propio Alejandro Magno dio sobrado bombo a lo que él o sus portavoces aseguraban que había ocurrido durante el encuentro que había mantenido en privado con el sacerdote representante de Amón. A partir de entonces, se presentó ante el mundo de una guisa muy diferente, como distinto fue, al parecer, el modo como empezó a percibir ese mismo mundo y a relacionarse con él. Salta a la vista, sobre todo, que incluyera al dios egipcio en el panteón que reunía a cuantas divinidades invocaba con regularidad para que lo guiaran en ocasiones singulares, por hallarse ligado a ellas, a su decir, con lazos particulares.

A continuación, nos centraremos en dos de las facetas más importantes del episodio: en primer lugar, los motivos que llevaron al macedonio a hacer tal visita en persona, a despecho de lo arriesgado de aquel viaje a través del desierto y de que, en aquel mismo instante, el gran rey persa estaba

desencadenando una contraofensiva en su retaguardia; y en segundo lugar, lo que sucedió realmente con el oráculo. La tercera, no más baladí que éstas –a saber: el proceder que adoptó Alejandro como consecuencia del encuentro–, se ha tratado en el capítulo 11.

Las relaciones que se han conservado se derivan, a la postre, de tres fuentes fundamentales: Calístenes, en el compendio que de su obra hizo Estrabón –geógrafo griego que escribió, como Trogo, en las postrimerías del siglo I a. C.–; Tolomeo-Aristóbulo, a través de los textos de Arriano; y Clitarco, reproducido por Diodoro, Trogo-Justino y Curcio. Plutarco, como de costumbre, tomó un poco de cada uno de los tres. La verdad íntegra de aquella visita se había perdido, sin duda, desde el principio mismo. Estrabón recoge, en el prefacio al resumen de Calístenes, la afirmación de que los historiadores de Alejandro adolecían de prodigar halagos en exceso. Y Tolomeo, tan sobrio y racional de ordinario, tiene el descaro de afirmar que, tras errar el rumbo en el desierto, Alejandro llegó a su destino guiado por dos serpientes parlantes. En términos generales, sin embargo, las fuentes coinciden en la historia de la marcha a través de las arenas que lo separaban del oasis: las discrepancias comienzan llegada la hora de determinar los motivos que lo llevaron a emprender aquel viaje.

Al decir de los escritos de Arriano, la fuente más completa con que contamos, lo movieron tres razones: la primera era el deseo de formular una pregunta al oráculo, siendo así que lo reputaban de infalible; la segunda, el de emular a Perseo y Heracles, toda vez que descendía de ambos; y la tercera, que había seguido, o pretendía seguir –la lengua griega se hace ambigua en este punto–, el rastro de su ascendencia o del modo de su concepción –una vez más, el griego se vuelve equívoco– hasta llegar a Amón, tal como hacían las leyendas con Heracles y Perseo en relación con Zeus. Arriano tenía por norma seguir a Tolomeo y Aristóbulo cuando coincidían, y tal cosa hace suponer que sus versiones eran análogas a este respecto, por cuanto no menciona divergencia alguna. Cabe preguntar, por ende, de dónde recogen ambos los motivos que albergaba el soberano macedonio. Lo más lógico parece ser pensar que éstos provienen de la narración más temprana y oficial de todas: la de Calístenes.

Por consiguiente, quizá sea significativo que el único punto en que concurren Arriano (o lo que es igual, Tolomeo y Aristóbulo) y Calístenes (según la versión de Estrabón) sea el segundo de los tres objetivos expuestos –el afán de imitar a Heracles y Perseo–. Tal como pone de relieve el resto del epítome de Estrabón, Calístenes describió el viaje a Sīwa después de que Alejandro sumase, en 330, la dignidad de rey de los persas a la de monarca de Macedón y plenipotenciario general de la Liga de Corinto, y cabe pensar que dicha circunstancia es la que explica la aparición única de Perseo, a quien tenían los griegos por antepasado último de los persas. El historiógrafo, dicho de otro modo, empleó la visita de un modo anacrónico, por propia iniciativa o siguiendo las indicaciones de su señor, como parte del mito por el que se legitimaba el dominio de Alejandro, y Tolomeo y Aristóbulo lo siguieron. La mención de Heracles resulta menos problemática, dado que la casa real macedonia de los Argéadas se consideraba ya descendiente del héroe, quien, además, aparece en otros episodios alejandrinos.

¿Cómo hemos de interpretar, entonces, el silencio de Calístenes respecto de los otros dos motivos que señala Arriano? El que no figure en su descripción el primero –la intención de formular al oráculo una pregunta sin especificar– no tiene la menor importancia, toda vez que ninguno de los dos historiadores revela cuál fue, de hecho, la consulta ni tampoco qué respuesta recibió. El tercero, sin embargo, el de hacer de Amón parte de su ascendencia o del modo como fue concebido, posee una relevancia mucho mayor, pues no sólo se recoge en el texto de Arriano, sino también, de forma indirecta, en el de Curcio, es decir, en una fuente de la tradición *vulgata*. En consecuencia, queda aún pendiente la cuestión de por qué se halla ausente en Calístenes el motivo de saber más acerca de su paternidad supuestamente divina.

Dejemos esto a un lado por el momento para centrarnos en los relatos divergentes de lo que ocurrió una vez que hubo llegado el macedonio adonde el oráculo. Alcanzado este punto, Arriano guarda silencio, de un modo repentino y por demás sospechoso, debido quizás a la reserva religiosa o al escepticismo. Después de ofrecer datos relativamente minuciosos acerca de los motivos que subyacían tras el *pothos*, o violento afán, que abrigaba nuestro personaje de consultar al representante de Amón, lo único que obtenemos es lo siguiente: «Planteó la pregunta al oráculo y recibió –o al

menos eso aseveraría– la respuesta que ansiaba su alma». Pasemos ahora a los autores de la corriente *vulgata*, quienes se muestran demasiado locuaces para aplacar los recelos del estudioso.

Al decir de Trogo y Justino –si bien no hay otra fuente que tal afirme–, Alejandro Magno había sobornado al sacerdote de Amón por anticipado con objeto de recibir de él las respuestas que quería oír. Las tres fuentes aseveran que el religioso se dirigió a él como al hijo de un dios –ya de Amón, ya de Zeus identificado con él de forma sintética–, y que el soberano formuló dos preguntas, contestadas por la divinidad con sendas confirmaciones: el asesinato de Filipo había quedado vengado, y él, Alejandro, se erigiría en rey de todo el mundo. Curcio y Trogo-Justino añaden que sus amigos recibieron entonces del oráculo la noticia de que habían de profesar a su rey la reverencia debida a un dios. ¿Qué criterio hemos de seguir, por ende, para elegir entre las fuentes de la tradición *vulgata*, que se remontan, a la postre, a Clitarco, y Arriano, quien reproduce, en parte o por entero, la versión oficial de Tolomeo y Aristóbulo?

Si volvemos la vista atrás, a Calístenes, y comparamos lo que conocemos de su narración con lo que sabemos de las variantes oficial y *vulgata*, veremos aparecer tanto semejanzas como diferencias. El punto primero y más importante es que aquél asevera, tal como podíamos haber inferido de Arriano, que Alejandro no divulgó el contenido de su pregunta, o sus preguntas, en aquel tiempo. El sacerdote reveló al macedonio en público –en presencia de su séquito, y tal vez también del propio Calístenes– que era hijo de Zeus. Este hecho puede conciliarse, en caso de necesidad, con los diversos modos como, según los textos adscritos a la corriente *vulgata*, se dirigió al soberano el religioso de Amón en calidad de hijo de éste, toda vez que los helenos identificaban, en ocasiones, al libio Amón o Amún con el Zeus griego (si bien otras veces tendían a considerarlos deidades diferentes).

Por otra parte, no hay en Calístenes –tal como ha llegado al presente– el menor indicio de las dos preguntas de Alejandro de que da cuenta la tradición *vulgata*. Lo más probable es que deban rechazarse por espurias, sea por improcedentes, sea por anacrónicas, y atribuirse, acaso, a la imaginación siempre fértil de Clitarco. ¿Qué decir, pues, del silencio que guardan Tolomeo y Aristóbulo del supuesto hecho de que el sacerdote se dirigiera a

Alejandro en cuanto hijo de Zeus? ¿Puede deberse a la censura, siendo así que a ninguno de los dos le resultó grato el uso innegable que haría más tarde el soberano de su filiación divina con fines que ambos desaprobaban, por motivos diferentes? Sea como fuere, su silencio no debería tomarse como elemento suficiente en sí para rebatir la presentación que ofrece la corriente *vulgata* del modo como se refirió el sacerdote a Alejandro Magno.

Plutarco, tal como cabe esperar, prefirió la locuacidad de esta última a la reserva, impuesta o no por sus autores, de la tradición oficial. No obstante, en la sección 5 del capítulo 27 de su *Vida de Alejandro*, añade dos presuntos testimonios al respecto. El primero es una carta, escrita supuestamente por el soberano a su madre Olimpia, en la que afirma haber recibido de Amón ciertas respuestas secretas que tiene intención de comunicarle a ella, en exclusiva, a su regreso a Macedonia, y el segundo, un relato que puede hallarse en una minoría de los autores cuya obra se conserva en nuestros días, según el cual el sacerdote de Amón no pretendía, en realidad, tratar a Alejandro como descendiente de Zeus, sino que trabucó la expresión griega, extraña para él, que significaba «hijo mío» hasta tal punto que la hizo sonar como «¡Oh hijo de Zeus!». De los dos elementos expuestos, la misiva puede considerarse falsa sin temor a errar, aun cuando se trate de una ficción fundada, al cabo, en el informe que ofrece Calístenes del estudiado silencio que guardó su señor en torno a las respuestas recibidas en secreto. La anécdota del tropiezo lingüístico del religioso resulta más difícil de evaluar. De ser auténtica, puede que cualquiera de los oyentes griegos o macedonios la interpretase como un inspirado presagio de la posición futura de Alejandro. Aun así, cabe, por otro lado, la posibilidad de analizarla con ojo crítico y considerarla una ficción ingeniosa destinada a rebatir el aserto de que su filiación divina había recibido el sello de la aprobación oficial del sacerdote de Amón.

Aún podrían decirse muchas, muchísimas, cosas. Con todo, un servidor abriga la esperanza de haber logrado de manera cumplida su modesto objetivo de ilustrar el género de dificultades con que puede topar el cazador del Alejandro «real» en lo tocante a las fuentes. Estudiarlas es nadar en aguas

turbias de no poco braceaje que, sin embargo, deben dragarse, tal como se ha hecho, en silencio en gran medida, a lo largo del texto principal del presente libro.

Relación de los reyes aqueménidas*

(*Las fechas referentes al reinado de los monarcas anteriores a Ciro II son aproximativas*.)

650-620 a. C. Teispes
620-590 Ciro I
590-559 Cambises I
559-530 Ciro II
530-522 Cambises II (hijo)
522 Bardia (hermano)
522-486 Darío I (pariente lejano de Cambises)
486-465 Jerjes I (hijo)
465-424 Artajerjes I (hijo)
424 (45 días sólo) Jerjes II (hijo)
424-404 Darío II Oco (hermano bastardo)
404-359 Artajerjes II Arsaces (hijo)
359-338 Artajerjes III Oco (hijo)
338-336 Artajerjes IV Arsés (hijo)
336-330 Darío III Artajata (pariente)

Índice de personajes

Las remisiones a entradas presentes en esta misma lista se marcan con letra negrita, y las que se refieren a términos recogidos en el Glosario, con versalita.

Abdalónimo Príncipe de Sidón, ciudad de Fenicia –país que corresponde, más o menos, al Líbano moderno–, nombrado, en 332 a. C., gobernante de aquélla por Alejandro, quien supuestamente seguía el consejo de **Efestión**. Por lo común, se ha dado por hecho que es el ocupante del llamado *Sarcófago de Alejandro* (figuras 2 y 8).

Ada Hija de Hecatomno, primer subsátrapa de HALICARNASO, ciudad de población mixta helena y caria –amén de cuna de Heródoto– perteneciente a la SATRAPÍA de LIDIA. Hermana y esposa de Idrieo, hermana menor de Mausolo –célebre por haber dado origen al término *mausoleo*– y Artemisia, quienes también contrajeron matrimonio entre ellos. Pese a la dificultad extrema con que topó para capturar la ciudad en 334 –o quizá debido precisamente a tal circunstancia–, Alejandro Magno la mantuvo en su puesto y le concedió, asimismo, el título honorífico de reina. Ella, a cambio, lo adoptó como hijo de modo casi formal.

Agis III Rey espartano (338-331?) de la casa de los Euripóntidas. Trató, de forma poco concluyente, de colaborar con los comandantes de la flota persa de Creta y el Egeo (333) y consiguió hacer que, en 331, se alzaran en armas contra MACEDÓN algunos estados del Peloponeso, que acabaron siendo derrotados y aniquilados en el campo de batalla por **Antípatro** en la ciudad arcadia de Megalópolis en 331 o 330, durante lo que Alejandro denominó, con no poca crueldad, un «combate de ratones».

Ahura Mazda Deidad cuyo nombre significa «señor de la sabiduría» en lengua persa. Los griegos lo helenizaron como Oromasdes u Oromazes, y lo equipararon con Zeus. Su culto fue promovido, sobre todo, por **Zoroastro**. Dios supremo de la luz para los iranios, ocupó un lugar prominente en numerosas inscripciones persas antiguas y figuró en forma de ser alado, tal como puede contemplarse en el monumento de Darío I conservado en BEHISTÚN (figura 12).

Alejandro IV Hijo de Alejandro Magno y **Roxana**, nacido tras la muerte de su padre. En 322, **Perdicas** lo elevó a la dignidad de rey junto con **Filipo III Arrideo**, aunque jamás dejó de ser una marioneta de su abuela **Olimpia**, con la que fue hecho preso, en 316, por **Casandro**. Fue asesinado en 311, cuando apenas contaba once o doce años de edad, después de sufrir confinamiento en ANFÍPOLIS. No falta quien le haya atribuido, de forma muy poco convincente, la Tumba III de EGAS.

Alejandro de Molosia Hermano de **Olimpia** y rey y caudillo de la federación molosa del sur de Epiro (h. 342-330 o 329). La casa real de aquella región aseguraba descender de Neoptólemo, hijo de Aquiles. Cliente de **Filipo II**, en cuya corte lo prepararon para que contrajese matrimonio con **Cleopatra**, hija del soberano macedonio y Olimpia. Murió luchando en el sur de Italia, en 330.

Amón Forma helenizada del dios del cielo de libios y egipcios, Amún, al que, en ocasiones, los griegos identificaban con Zeus. La consulta que hizo Alejandro al santuario del oasis de SĪWA a fin de conocer su oráculo, para lo cual hubo de emprender, durante el invierno de 332 y 331, una marcha peligrosa en extremo y cuestionable desde el punto de vista estratégico, constituye un episodio fundamental de su vida personal y su trayectoria política. En las MONEDAS acuñadas a raíz de su muerte, Alejandro Magno aparece ornado con los cuernos de carnero propios de esta divinidad (figura 24).

Anaxarco de Abdera Filósofo de gran relevancia de la ciudad de Abdera, sita en la región septentrional de la Hélade, adepto de la escuela empirista-materialista de Demócrito (470?-385; también abderitano) y maestro de Pirrón, fundador del escepticismo. Acompañó a Alejandro a Asia, y permaneció a su lado hasta que éste acabó sus días en Babilonia. Escribió un tratado –perdido– sobre el arte de reinar, y trató de ejercer una influencia activa sobre la imagen ideológica ofrecida por su señor (haciéndole ver, por ejemplo, que los logros sobrehumanos conferían divinidad).

Antígono Monoftalmos Noble macedonio, nacido en torno a 382 y, por ende, casi coetáneo de **Filipo II**, durante cuyo reinado prosperó de forma considerable. Nombrado por Alejandro SÁTRAPA de Frigia Mayor, le salvó el pellejo en tres ocasiones en 332, durante otras tantas batallas posteriores a la de ISO. Tras la muerte de su señor, se enconó con el regente Perdicas y representó un papel de consideración en las guerras de la sucesión alejandrina hasta caer en la batalla de Ipso –Frigia Central– en 301. Padre de Demetrio Poliorcetes («asediador de ciudades»), a quien desposó a la temprana edad de quince años con una hija de **Antípatro**.

Antípatro Noble macedonio que debió de nacer en los albores de la década de 390. Desempeñó diversas funciones a las órdenes de **Filipo II**, como la de mediador diplomático con Atenas, entre 346 y 338. Alejandro lo nombró regente de MACEDÓN en 225, y desde 334 ejerció en calidad de virrey suyo de hecho en Europa. Sofocó la sublevación de **Agis III**, aunque las relaciones con Alejandro habrían de deteriorarse en el futuro –hasta el punto de que cabe pensar que **Crátero** regresó de Asia en 324 por orden de su señor para sustituirlo–. Tras la muerte de Alejandro Magno, fue de gran relevancia para la victoria obtenida en la GUERRA LAMÍACA (323-322) y se puso del lado de Crátero durante su enfrentamiento con **Perdicas**. Murió en 319.

Apeles Griego de Jonia nacido en Colofón –ciudad cercana a Éfeso–. Pintor de extremo verismo, contratado por **Filipo II** y convertido, más tarde, en retratista oficial de la corte de Alejandro Magno, célebre por la controvertida representación que hizo de su señor a caballo y con el rayo de Zeus. También

lo pintó llevando preso al dios de la guerra, así como en compañía de los Dioscuros (Cástor y Pólux, divinidades gemelas, hermanas de Helena de Troya) y de Niké, la diosa de la victoria.

Aqueménidas Casa real de Persia, originada en PASARGADAS. Toma el nombre del epónimo Aquémenes (forma procedente de la transcripción griega del original persa), aunque el primer monarca «aqueménida» del que tenemos noticia fue Teispes (650-620). Véase la Relación de los reyes aqueménidas.

Aristandro *Mantis* (adivino) griego procedente de Telmeso (hoy Fethiye), en Licia (sureste de Anatolia), cuyas interpretaciones de indicios y augurios adquirieron una autoridad extraordinaria en la opinión de Alejandro Magno. Uno de los secretos de su éxito fue su habilidad para emitir juicios poco comprometedores.

Aristóbulo Prestó a Alejandro sus servicios de arquitecto durante la expedición persa –a la hora de restaurar, por ejemplo, en PASARGADAS, la tumba profanada de **Ciro II**–, y en 316 se afincó en Casandrea, ciudad recién fundada por **Casandro**. Después de la batalla de Ipso (301), cuando contaba ya más de ochenta y cuatro años de edad, escribió una biografía apologética del macedonio a modo de reacción ante las obras más críticas que se habían compuesto sobre él. **Arriano** lo emplea, junto con **Tolomeo**, como fuente principal de su relación (véase el Apéndice).

Aristóteles El intelectual más egregio de sus días (384-322). Vio la luz en Estagira, ciudad de Calcídica; pero pasó en Atenas la mayor parte de su adultez, y fundó en ella el Liceo de estudios superiores en la década de 330. Hijo del médico personal de Amintas III, el padre de **Filipo II**, recibió de este último el encargo de educar a Alejandro en MIEZA en 343, y no perdió el contacto con su antiguo alumno hasta la muerte de éste. Se le atribuye la autoría de cierta correspondencia inventada que ha llegado a nuestros días, y lo cierto es que solicitó a Alejandro, y recibió de él de Asia, especímenes botánicos y otros relacionados con la historia natural. Sus teorías relativas al

monarca ideal se vieron, cuando menos, influidas por la experiencia directa de Alejandro, por más que no compartiese la amplitud de miras de éste acerca de la naturaleza de los bárbaros –es decir, los pueblos ajenos a Grecia– y del modo como había que gobernarlos (figuras 7, 16 y 37).

Arriano Lucio –o Aulo– Flavio Arriano Jenofonte –por dar su nombre romano completo–. Político e intelectual griego de Nicomedia (Asia Menor). Estudió en su juventud con el filósofo Epicteto, estoico heleno manumitido, y floreció, siendo ya adulto, durante el reinado del emperador helenófilo Adriano (117-138 d. C.). Su *Anábasis* [«expedición hacia el interior»] *de Alejandro Magno* y sus *Indica* son dos de las fuentes narrativas más importantes que han llegado a nosotros en lo tocante a la vida de nuestro personaje (véase el Apéndice).

Arrideo Véase **Filipo III Arrideo**.

Arsites Noble persa, SÁTRAPA, en tiempos de **Darío III**, de Frigia Helespontíaca (capital, Dascilio) y comandante general, al parecer, en calidad de *primus inter pares*, de las fuerzas persas durante la batalla del río GRÁNICO (334). Huyó, tras la derrota, a Frigia Mayor, en donde se suicidó. Alejandro asignó su satrapía a **Calas**.

Artabazo Noble persa (nacido hacia mediados de la década de 380 y muerto en torno a 325), hijo de Farnabazo I –personaje destacado en las obras de Tucídides y Jenofonte– y miembro de la dinastía de SÁTRAPAS que gobernó la provincia helespontíaca de Frigia desde finales del siglo V hasta mediados del siglo IV. Nieto del gran rey Artajerjes II (rey de 404 a 359) –padre de su madre, Apame–, contra el que se sublevó a finales de la década de 350, tras lo cual huyó a la corte de **Filipo II** de MACEDÓN. Regresó a Persia en 343, en donde se mantuvo fiel a **Darío III** hasta que éste murió asesinado en 330. Después entabló relación con Alejandro Magno, quien le asignó la satrapía de BACTRIANA. Renunció a tal dignidad en 327, poco antes de su muerte.

Artajerjes III Cambió su nombre de Oco por el de Artajerjes (Artajšayašra en persa antiguo) al suceder a su padre, Artajerjes II, en 359. Ocupó el trono hasta 338, acabó con la rebelión de los SÁTRAPAS de Asia Menor (véase **Artabazo**) y, tras sofocar la de los fenicios de 345, reconquistó Egipto (sublevada desde 404) en 343. Asesinado en 338 por las maquinaciones del gran visir Bagoas (eunuco al que no debemos confundir con el **Bagoas** de Alejandro). En 324, durante los casamientos de Susa, Alejandro Magno contrajo matrimonio con una hija suya.

Artajerjes IV El hijo más joven de **Artajerjes III**. Nacido Arsés, adoptó el nombre de su padre tras subir al trono, en 338, merced a una serie de asesinatos múltiples organizada por el gran visir emasculado Bagoas. Asesinado, por orden de éste, en 336.

Atalo Noble macedonio, yerno de **Parmenión** y padre de Cleopatra, con quien había contraído matrimonio **Filipo II** en 337. Se concilió el antagonismo de Alejandro al expresar sus deseos de que del matrimonio naciese el heredero «legítimo» del trono de MACEDÓN.

Bagoas El más joven de los dos eunucos persas homónimos de relieve. Conoció a Alejandro Magno en 330, siendo aún adolescente, en Zadracarta, por mediación de Nabarzanes, gran visir de **Darío III**. Destacaba por su hermosura, y cabe pensar que también descolló en los ámbitos del canto y de la danza. Fue, casi con toda certeza, amante de Alejandro, como lo había sido de Darío. Capaz de granjearse por igual el afecto y el odio de los próceres macedonios y persas, gozó de un ascendiente indudable en lo que respecta al conquistador. A él se refiere el título *El muchacho persa* de la novela histórica de Mary Renault.

Barsine Noble persa, hija de **Artabazo** y esposa de **Memnón**. Corrían rumores de que, tras la muerte de este último (333), tuvo con Alejandro una aventura amorosa de la que nació un varón llamado Heracles. De ser cierto, el dato resultaría de lo más interesante.

Batís Eunuco árabe, gobernador de Gaza al servicio de Persia. La feroz resistencia con que respondió al sitio puesto por Alejandro Magno en 334 le valió una muerte atroz, arrastrado en torno a los muros de la ciudad por un carro al que iba atado de los tobillos.

Bel Marduk «Señor becerro del sol», tal vez. Deidad agrícola, principal de cuantas conformaban el panteón de los babilonios, quienes le rendían culto en el templo de Esagila. Alejandro puso no poco empeño en venerarlo con ostentación, sobre todo entre 324 y 323, durante su segunda entrada a Babilonia y su estadía definitiva en la ciudad.

Beso SÁTRAPA de BACTRIANA y pariente de **Darío III**. Tras asesinarlo, asumió brevemente el nombre aqueménida de Artajerjes (V) antes de ser capturado por **Tolomeo** y mutilado y ejecutado por Alejandro en 329.

Bucéfalo Semental tesalio carísimo, dotado de una marca blanca distintiva –bien una mancha natural en el hocico, bien una señal genérica con forma de cabeza de buey, que no otra cosa quiere decir su nombre–, que Filipo acabó por comprar a su pesar. Sirvió a su dueño con lealtad y no poca eficacia hasta su muerte, ocurrida en el Paquistán en 326, cuando frisaba la treintena, si no la tenía ya cumplida. Alejandro lo recompensó ofreciéndole un suntuoso funeral y poniendo su nombre a Bucéfala, ciudad fundada a orillas del HIDASPES (figura 6).

Calano Alejandro Magno se hizo acompañar por sabios tanto bárbaros como griegos (véase **Anaxarco de Abdera**), y entre los más célebres de aquéllos figuraba el brahmán asceta índico Calano, nacido en la punyabí Taxila. Nada hizo tan extraordinario en vida como el modo de dejarla: considerando que había llegado el momento, se suicidó en la hoguera durante una espectacular ceremonia pírica en la que no faltaron competiciones gimnásticas y musicales, así como libaciones prodigiosas que, en algún caso, resultaron mortales.

Calas Macedonio de relieve, comandante de la fuerza expedicionaria de 336 en sustitución de **Atalo**, muerto por asesinato. En 334 sucedió a **Arsites** en el puesto de SÁTRAPA de Frigia Helespontíaca. Luchó con éxito contra los paflagonios.

Calístenes Ciudadano de OLINTO y pariente –sobrino o sobrino nieto– de **Aristóteles**, con quien elaboró una nómina de vencedores de los Juegos Pitios panhelénicos –celebrados en Delfos cada cuatro años desde 582–. Fue nombrado historiador oficial de Alejandro, acaso por recomendación del filósofo. De poco le sirvieron, sin embargo, sus generosos halagos cuando, en 327 se indispuso con su señor sobre la cuestión de la *PROSKÝNĒSIS* y fue ejecutado por supuesta traición (véase el Apéndice).

Cares Cortesano griego, oriundo de la lesbia Mitilene, que llegó a obtener el puesto de chambelán de Alejandro Magno. Escribió unas *Historias de Alejandro* por demás idealizadas que, si bien se han perdido, sirvieron a **Plutarco** y a Ateneo – compilador de anécdotas nacido en el Egipto griego– (véase el Apéndice).

Casandro Hijo de **Antípatro**, quien lo envió para que lo representase ante Alejandro en Babilonia, en 323. El soberano, no obstante, lo trató con desdén manifiesto. Fue uno de los protagonistas de las guerras de la sucesión alejandrina, después de proclamarse «rey» de Macedón en 305. Fundador epónimo de Casandrea (316), murió en 297.

casitas Pueblo tribual montaraz de Irán, habitante de la región situada al suroeste de ECBATANA, a cuyos integrantes habían pagado de siempre los reyes aqueménidas un tributo anual a modo de portazgo para pasar por su territorio. Alejandro rechazó tal acuerdo y arremetió contra ellos con violencia en el invierno de 324 y 323, durante la que sería su última campaña.

Ceno Prócer macedonio, yerno de **Parmenión**. En 334 fue enviado a Grecia para reclutar refuerzos. Apoyó a Alejandro contra su cuñado **Filotas** en 330 y desempeñó un papel relevante en calidad de adalid durante la campaña de

guerrillas emprendida en el Asia central (véase **Espitamenes**) y la batalla del HIDASPES (326). Cometió el error de defender a los macedonios amotinados en este río, y murió poco después.

Ciro II el Grande Fundador del Imperio de los Aqueménidas, reinó de 559 aproximadamente a 530. Logró la notable proeza de granjearse una buena reputación aun entre sus súbditos o los de sus sucesores (judíos, griegos...). Hijo de madre meda y padre persa, invirtió la relación entre los dos pueblos y amplió sus dominios mediante las conquistas efectuadas al este, al oeste y al norte. Murió luchando contra los masagetas que habitaban el este del Cáucaso (figura 37).

Cleomenes Griego oriundo de Naucratis, ciudad del delta del Nilo. Alejandro lo puso al cargo del sector oriental de Egipto entre 332 y 331. Todo apunta a que se sirvió de la supuesta responsabilidad fiscal de su puesto para convertirse en SÁTRAPA de hecho de Egipto, con sede en la recién fundada ALEJANDRÍA. En 323, tras la muerte de Alejandro, **Tolomeo** consideró que la ciudad era demasiado pequeña para los dos, e hizo que lo ajusticiaran por presunta afinidad con **Perdicas**.

Cleopatra Hija de **Filipo II** y **Olimpia** y hermana carnal de Alejandro, unida en matrimonio dinástico a **Alejandro de Molosia**, hermano de su madre. Actuó de regente estando su esposo en Italia.

Cleopatra También llamada Eurídice. Séptima –y última– esposa de **Filipo II**, así como sobrina y pupila de **Atalo**, quien negoció su matrimonio con Filipo en 337, época por demás delicada. Dio, como se esperaba de ella, un hijo varón al que pusieron el evocador nombre de Carano (como el mítico fundador de la casa real de los Argéadas). Sin embargo, a esas alturas, Filipo ya había sido asesinado, y Alejandro se hallaba en el trono. La madre de éste se ocupó de que Cleopatra se suicidara y Carano fuese asesinado.

Clitarco Hijo de Dinón –experto griego en historia de Persia– y autor de una biografía de Alejandro en doce libros, si no más, depredados por los autores adscritos a la TRADICIÓN *VULGATA* de la historiografía alejandrina, corriente que en ocasiones enmienda y otras completa la TRADICIÓN OFICIAL, representada por **Arriano** (véase el Apéndice).

Clito *el Negro* Noble macedonio influyente, apodado así para distinguirlo de Clito *el Blanco*. Hermano del ama de cría de Alejandro, salvó la vida de su señor en el GRÁNICO; pero el proceder y las medidas políticas que adoptó éste tras derrotar a Darío lo llevaron a desaprobarlo con acometividad y enfrentarse a él sin reservas durante una celebración, habida en MARACANDA, en 328, en la que no faltó el alcohol. El propio Alejandro, borracho, acabó con su vida.

Crátero Yerno de **Antípatro**. Nombrado comandante en 334 por Alejandro, a la postre alcanzó la dignidad de mariscal de su Imperio. Su participación fue de suma importancia a la hora de desembarazarse de **Filotas** y **Parmenión** en 330. Asimismo, quedó al mando de unidades de relieve en Sogdiana y la India. Después de lo ocurrido en OPIS en 324, se le encomendó la tarea de escoltar a su tierra a diez mil macedonios licenciados, y cabe la posibilidad de que Alejandro pensara en él como sustituto de **Antípatro**. Sus huestes influyeron de manera fundamental en la victoria obtenida en la GUERRA LAMÍACA. Murió combatiendo contra **Eumenes** en Asia Menor en 321 (figura 3).

Curcio Rufo, Quinto Autor romano (siglo I d. C.) de una *Historia de Alejandro* en diez libros, de los cuales han llegado a nuestros días los ocho primeros (véase el Apéndice).

Darío III Artajata (y no Codomano, como se ha supuesto durante un tiempo) adoptó el nombre de Darío III en 336, tras el asesinato de Artajerjes IV. Pese a haber sido subestimado y ridiculizado en virtud del principio habitual de que la historia la escriben los vencedores, no está claro que adoleciese de una incompetencia fuera de lo común ni que estuviera poco preparado para

enfrentarse y derrotar a Alejandro. Después de huir del campo de batalla de GAUGAMELA en 331, tal como había hecho en 333 en la de ISO, fue depuesto por un golpe de **Beso** (Artajerjes V), quien lo abandonó, dándolo por muerto, poco antes de que Alejandro pudiese alcanzarlo en 330.

Demóstenes Político ateniense (384-322), el más destacado de los demócratas de su ciudad que se opusieron de forma implacable a Filipo de Macedón y a su hijo, y aunque aquella postura política apenas dio frutos positivos en lo militar, lo cierto es que, a diferencia de Tebas, Atenas no perdió su carácter democrático ni recibió una guarnición macedonia a pesar de las rebeliones habidas en 336 y 335. Por su parte, Demóstenes siguió gozando de una gran popularidad entre sus paisanos hasta 324, año en que se vio envuelto en el asunto de **Hárpalo**. Se suicidó en la isla de Calauria (Poros), en la que se hallaba en calidad de fugitivo.

Diodoro de Sicilia Floreció en las postrimerías del siglo I a. C. Autor de la monumental *Biblioteca histórica*, obra que versa sobre la historia de Grecia desde el regreso de los descendientes de Heracles (siglo XII a. C., en teoría) en adelante (véase el Apéndice).

Dioniso Miembro del panteón olímpico, dios del vino, el disfraz y la metamorfosis, muy ligado a la Hélade septentrional. Alejandro Magno, influido en un principio por su madre, fue siempre un gran devoto suyo, tanto en el sentido espiritual como en el físico, y le rindió honor sincero al tratar no ya de imitarlo, sino de superarlo, en especial durante la campaña que acometió en la India.

Efestión Amigo de infancia de Alejandro, como **Hárpalo**. La relación entre ambos, sin embargo, revistió una intimidad fuera de lo común que bien pudo ser de índole sexual. Adquirió una gran prominencia en cuanto comandante de caballería en 330, tras la muerte de **Filotas**. Asimismo, se le confió el establecimiento de una cabeza de puente en el Indo en 327, así como la seguridad personal de su soberano, quien lo nombraría gran visir. Contrajo, como él, matrimonio con una hija de **Darío III** durante el casamiento

multitudinario celebrado en Susa en 324. La muerte le sobrevino en Ecbatana, durante el otoño de aquel mismo año, y Alejandro Magno le ofreció un magnífico funeral y le tributó, de forma póstuma y en conformidad con el oráculo de **Amón**, honores de héroe (figura 29).

Espitamenes Prohombre de Sogdiana, igual que el padre de **Roxana**. Tras la muerte de Beso (329), se convirtió en una dolorosa espina para Alejandro, por causa de la campaña de guerrillas que dirigió durante tres años en la montaña contra la resistencia nacionalista, desde Afganistán hasta Bujara, y desde el lago Seistán hasta el HINDÎKÎŠ. Fue ejecutado y decapitado por los masagetas en 327, después de la terrible derrota que hubo de sufrir frente a las huestes de **Ceno**. Sin embargo, **Curcio** ofrece la fábula de que fue su propia esposa quien lo ajustició.

Estatira Esposa de **Darío III**, capturada con su suegra, **Sisigambis**, y sus hijos tras la batalla de ISO (333). Murió en cautividad en 331. Alejandro contrajo matrimonio con una de sus hijas en 324, durante la ceremonia multitudinaria de Susa (véase la figura 27).

Eumenes Griego de Cardia, ciudad del Helesponto (hoy los Dardanelos), que revistió la importancia suficiente para hacerse merecedor de una de las *Vidas paralelas* que se conservan de **Plutarco**. Burócrata por excelencia, ejerció de secretario mayor tanto con **Filipo II** como siendo rey Alejandro, quien, además, lo puso al frente de la caballería durante su último año de vida. Hasta su muerte, ocurrida en 316, representó un papel destacado en la guerras de sucesión alejandrina.

Filipo de Acarnania Médico que conformaba, junto con el vidente **Aristandro**, la cúpula del equipo de apoyo técnico de Alejandro Magno. Procedía, como **Lisímaco**, de la región helena de Acarnania. Su oficio fue de especial utilidad a finales de 333, antes de la batalla de ISO, cuando purgó a su señor, aquejado de una bronquitis contraída tras cometer la imprudencia de bañarse en las aguas gélidas del Cidno, río que fluía a través de la ciudad de Tarso.

Filipo II Hijo de Amintas III (rey de 393 a 369), actuó, en teoría, como regente en lugar de su sobrino en 359, si bien en la práctica ejercía los poderes propios de un rey. Fue él quien hizo de MACEDÓN una primera potencia en el mundo griego del Egeo llegado 338 (año de la batalla de QUERONEA) y el responsable de la fundación de la LIGA DE CORINTO. En calidad de *HĒGĒMON* de ésta, albergaba esperanzas de hacerse con el mando de los persas; pero fue asesinado en EGAS en 336.

Filipo III Arrideo Nacido en torno a 357, hijo de **Filipo II** y de una de sus siete esposas, Filina, natural de la ciudad tesalia de Larisa. Si bien no tuvo notoriedad durante el reinado de su padre ni en el de Alejandro, logró abrirse camino, de un modo u otro, hasta BABILONIA en 323, y pese a su discapacidad mental, fue declarado formalmente rey junto con el infante Alejandro IV (hijo de Alejandro Magno y **Roxana**). No fue más que un peón del tablero en que se jugó la guerra de sucesión, y en 317 se convirtió en una víctima más de **Olimpia**.

Filotas Noble de la Alta Macedonia, primogénito de **Parmenión** y comandante único de los *hetairoi* de a caballo hasta su muerte, acaecida en 330. La condena por traición que se forjó contra su persona estaba concebida, sobre todo, para quitar de en medio a su padre.

Hárpalo Noble de la Alta Macedonia procedente de ELIMEA, amigo de niñez de Alejandro, con quien se educó en MIEZA. Ambos compartieron también exilio en 337 y 336. Lo abandonó poco antes de la batalla de ISO, y aun así, Alejandro lo puso a cargo del gran erario imperial en 331 y lo nombró, asimismo, supervisor de las tesorerías centrales de BABILONIA. En 324 cometió una segunda y última deserción antes de que Alejandro pudiese llegar a la ciudad. Huyó a Cilicia, y de ésta, a Atenas, llevándose consigo cinco mil talentos. Las acusaciones mutuas de peculado de setecientos talentos hicieron caer en desgracia a **Demóstenes**. Hárpalo volvió a huir, en esta ocasión a Creta, con una hueste mercenaria; pero murió asesinado por uno de los tenientes.

Heracles Héroe y dios griego universal, antepasado de la casa real macedonia (la de los Argéadas) y recipiente principal de la devoción de Alejandro Magno, quien hizo por seguir sus pasos.

Hermolao Uno de los PAJES REALES de Alejandro, cabecilla de la supuesta conspiración contra su vida que tuvo lugar en 327 y propició, asimismo, la perdición de **Calístenes** por presunta implicación.

Homero Fuente de toda la literatura griega y buena parte de la memoria popular panhelénica. Se le atribuyen numerosas obras, entre las que destacan dos epopeyas de gran relevancia: la *Ilíada* y la *Odisea*. **Aristóteles** apostilló un ejemplar de la primera para Alejandro Magno, quien se hizo, en muchos sentidos, a imagen del egregio Aquiles y de Agamenón, comandante suyo durante la guerra de Troya. El macedonio guardó aquel obsequio en un cofre dorado arrebatado a **Darío III** tras la batalla de ISO. **Lisímaco**, uno de los maestros de infancia de Alejandro, se comparó con un nuevo Homero, en tanto que asignó a su alumno el papel de Aquiles.

Isócrates Retórico ateniense de gran longevidad (436-338) quien instó a Filipo de Macedón a conquistar, cuando menos, la porción occidental del Imperio persa en nombre de todos los griegos y la cultura helena (véase PANHELENISMO).

Justino Marco Juniano Justino –que tal era su nombre latino completo– escribió, en tiempos del alto Imperio romano (h. siglo III d. C.), un epítome de las *Historias filípicas*, obra perdida de Pompeyo Trogo, galo de gran cultura que adquirió la ciudadanía romana poco después de que Julio César llevase a cabo, en el siglo I a. C., la conquista y anexión de su pueblo. La narración de Trogo-Justino pertenece, junto con las de **Curcio** y **Diodoro**, a la tradición *VULGATA* de la historiografía alejandrina (véase el Apéndice).

Leonato Personaje vinculado a la familia real macedonia a través de la madre de **Filipo II**. Formó parte de la guardia personal de éste y la de Alejandro Magno. Asimismo, ayudó a matar a **Pausanias** en 336, y participó en las

esferas militares y diplomáticas más elevadas durante las campañas de Alejandro, lo que lo hizo merecedor del puesto de SÁTRAPA de Frigia Helespontíaca en 323. Muerto durante la GUERRA LAMÍACA mientras trataba de librar a **Antípatro** del asedio a que se hallaba sometido.

Leónidas Familiar de la madre de Alejandro Magno y, junto con **Lisímaco**, uno de los dos maestros principales que tuvo el futuro soberano durante su niñez. Como no podía ser de otro modo en un tocayo del célebre rey espartano, gustaba de insistir en las bondades de un régimen físico severo y de la abstinencia practicada con serenidad. En cierta ocasión, mientras sacrificaban a una víctima propiciatoria, reprendió a su alumno por mostrarse demasiado torpe con determinado incienso árabe de precio elevado, y él, que no era dado a olvidar, le pagó el reproche enviándole 18 toneladas de dicha sustancia y de mirra tras conquistar Gaza (véase **Batís**).

Leóstenes General ateniense que ejerció tanto de comandante mercenario como de oficial ateniense electo. Desempeñó una función determinante en la movilización de los mercenarios que, licenciados tras servir a Alejandro, se congregaron en el Ténaro (en tierras de Esparta) para sublevarse contra Macedonia en 323 (véase GUERRA LAMÍACA). Para retribuirlos, se sirvió del dinero que había afanado **Hárpalo**. Aunque murió, y su causa acabó por frustrarse, se le otorgó un funeral de Estado con honores de héroe.

Licurgo Principal estadista ateniense durante el período que siguió a la batalla de QUERONEA (338). Supervisó la revitalización de la economía y la cultura de Atenas y mantuvo una postura firme contra MACEDÓN.

Lisímaco Griego de Acarnania. Se contó, junto con **Leónidas**, entre los maestros más influyentes que tuvo Alejandro durante la infancia. Supo sacar gran provecho de la obra de **Homero**. Insistió en visitar a su antiguo alumno durante el sitio de TIRO (332), y habría muerto de frío de no ser por el soberano.

Lisipo Escultor de Sición que trabajó en exclusiva el bronce entre 370, más o menos, y 315. Fue, como **Apeles**, aunque en menor medida, uno de los artistas oficiales de la corte de Alejandro Magno. A él se debe un buen número de representaciones del macedonio, incluido el original de la herma de Azara (véanse las figuras 7 y 30).

Mazeo Noble persa (h. 385-328), SÁTRAPA de Cilicia y Siria en tiempos de **Artajerjes III** y **Darío III**. En GAUGAMELA, recibió el mando del ala derecha de este último, y tras la batalla, pasó a ponerse al servicio de Alejandro con tal plenitud que muchos sospecharon que la entrega de Babilonia había formado parte de una conspiración. Recibió como recompensa el gobierno de la provincia homónima, lo que lo convirtió en el primer iranio al que nombró sátrapa el macedonio. Su esposa era babilonia, y todo apunta a que él era devoto de **Bel Marduk**.

Memnón Comandante militar griego de Rodas al servicio de **Artabazo**, con cuya hija **Barsine** contrajo matrimonio. Pese a rebelarse, junto con el citado, ante **Artajerjes III**, supo ganarse de nuevo el favor de su señor y sirvió, más tarde, con no poca efectividad a las órdenes de **Darío III**, tanto por tierra como, sobre todo, por mar, en donde se hizo con el mando general de la flota persa. En 334 defendió con éxito HALICARNASO durante el asedio puesto por Alejandro; pero murió al año siguiente en la lesbia Mitilene.

Nearco Amigo de infancia de Alejandro Magno de origen cretense. Compartió sus tribulaciones durante el reinado de **Filipo II**, y vio recompensada su lealtad con la SATRAPÍA de Licia y Panfilia (334-329) y con el mando de las flotas alejandrinas, primero en el río HIDASPES, y después, entre 325 y 324, durante el viaje que lo llevó de la India al Tigris e Irán. Representó un papel de relieve en BABILONIA en 323, y tras la muerte de Alejandro sirvió a las órdenes de **Antígono Monoftalmos**. Sus memorias apologéticas –hoy perdidas– fueron empleadas por el geógrafo griego Estrabón (siglos I a. C. y I d. C.) y, en especial, por **Arriano** (véase el Apéndice).

Nicanor Natural de Estagira, cuna de **Aristóteles**, quien lo nombró, en su testamento, futuro esposo de su hija. Alejandro le encargó la promulgación del DECRETO DE LOS EXILIADOS durante la celebración de los juegos olímpicos de 324, amén de confiarle otras misiones diplomáticas.

Olimpia Hermana de **Alejandro de Molosia**, esposa de **Filipo II** –con quien se casó, supuestamente, por amor– y madre de Alejandro Magno, quien, llegado al trono, se quejó del alquiler abusivo que le había cobrado por los nueve meses que lo había albergado en el útero. Mujer de colosal energía y recursos inagotables, y con cierta propensión a la crueldad y la venganza, sobrevivió al rechazo de Filipo tratando de granjearse la eterna devoción de su hijo. No faltó quien sospechase de que había tenido algo que ver con el asesinato de su esposo, perpetrado en 336, y lo cierto es que se aseguró de que Alejandro no hubiese de preocuparse por el fruto del séptimo –y último– matrimonio de Filipo (contraído con **Cleopatra**). Tampoco tuvo buena relación con **Antípatro**, y optó por permanecer en la Epiro que la vio nacer de 331 a 317. Se vio envuelta, asimismo, en las guerras de sucesión que estallaron tras la muerte de su hijo, y murió a manos de los familiares de sus víctimas macedonias en 316. Ha dado su nombre a la reconstrucción de una trirreme helena adscrita oficialmente a la Armada griega y fondeada, por lo común, en dique seco (figura 5).

Onesicrito Griego procedente de la diminuta isla de Astipalea, sita en el Egeo. Sirvió en calidad de piloto en la India a las órdenes de Alejandro, y más tarde, a las de **Nearco**, con quien compartió una amarga desavenencia. Tomó de su mentor, Diógenes, elementos de la filosofía cínica que trató de atribuir a Alejandro en sus memorias, hoy perdidas (véase el Apéndice).

Parmenión Noble de la Alta Macedonia, caudillo principal de **Filipo II**. Alejandro lo heredó y lo mantuvo en el cargo de subordinado inmediato suyo hasta 330, año en que fue asesinado tras la ejecución de su primogénito, **Filotas**. Parmenión triplicaba en edad a su señor, y lo centuplicaba en cautela, circunstancia que dio lugar, al parecer, a frecuentes desacuerdos en lo relativo a asuntos tácticos y estratégicos. Su lealtad fue, pese a todo, inquebrantable.

Pausanias Jamás sabremos con certeza quién movía los hilos de Pausanias, si es que había, de verdad, alguien tras él; y otro tanto cabe decir de sus razones. La historia sólo tiene constancia de que, siendo miembro del estrecho círculo de la guardia personal del rey, asesinó a Filipo en EGAS en 336, y de que no sobrevivió mucho tiempo a su víctima.

Perdicas Noble de Orestis, región de la Alta Macedonia, que alcanzó la dignidad de integrante de la guardia personal de Alejandro Magno, en 330, y la de mariscal del Imperio. En 324, sucedió a **Efestión** en calidad de comandante de caballería y gran visir. Tutor de **Filipo III** y del hijo aún no nacido de Alejandro y **Roxana**, pasó a ser regente de hecho tras la muerte de Alejandro. Murió en Egipto, en 321, a causa de las guerras de sucesión.

Perseo A causa de una confusión etimológica, este héroe de la mitología (hijo de Dánae y Zeus que logró decapitar a Medusa, una de las tres Gorgonas), se consideró epónimo del pueblo persa, por lo que acabó contándose entre el repertorio de los dioses y héroes a los que debía rendir culto público Alejandro Magno.

Peucestas Macedonio que salvó la vida de Alejandro durante el combate entablado con los MALOS de la región meridional del Punyab en 326. Fue ascendido y entró a formar parte de la guardia personal selecta de su soberano, amén de recibir la SATRAPÍA de Persis (325-324), una verdadera bicoca. Fue el único prócer de Macedonia que asumió el programa de orientalización de Alejandro hasta el punto de aprender la lengua de Persia y vestir como sus habitantes. Sobrevivió, por muchos años, a la muerte de su señor, aunque relegado a un segundo plano.

Plutarco Biógrafo y filósofo griego (h. 46-120 d. C.), proveniente de la ciudad beocia de QUERONEA. Escribió un buen número de *Vidas paralelas*, la mayoría de las cuales han llegado hasta nuestros días, incluidas las que parangonan a Alejandro Magno y Julio César. La *Vida de Alejandro* comienza con una exposición del plan de la obra en la que el autor asegura estar escribiendo «no historias, sino vidas». Aun así, el género de biografía

moral que practica también tenía mucho de historia, y lo cierto es que, sea como fuere, la suya es la única fuente que se conserva en relación con los veinte primeros años de la vida del macedonio (véase el Apéndice).

Poliperconte Ciudadano de la Alta Macedonia nacido en Tinfea. Tras la batalla de ISO, adquirió el mando del batallón de la falange de *hetairoi* de su tierra. Regresó a Macedonia después de la desmovilización que tuvo lugar en OPIS en 324. Desempeñó un papel fundamental en las guerras de sucesión que siguieron a la muerte de Alejandro Magno, en un principio en calidad de subordinado inmediato de **Crátero**, antes de morir, retirado, en el Peloponeso en 309.

Poro Forma helenizada del nombre del gran rajá de Paura, entre los ríos punyabíes Hidaspes y Acesino (Chenāb). Las huestes de este guerrero audaz de altura imponente, reforzadas con elefantes, pusieron a Alejandro Magno en calzas prietas antes de que la batalla del HIDASPES (326) se trocara en una victoria absoluta del macedonio. Éste recompensó su coraje manteniéndolo en el puesto de rajá y añadiendo a su territorio la región que se extendía al este del río, incluida tal vez el área de Sind. En 318 fue asesinado por el comandante macedonio de Taxila –antigua sede del rey índico Taxiles, quien cooperó con Alejandro de manera activa– (véase la figura 21).

Roxana Hija de Oxiartes, prócer de Sogdiana cuya sede se hallaba en medio del camino que pensaba seguir Alejandro en dirección este en 327. Casada con el macedonio como parte de los acuerdos políticos alcanzados acerca de aquella región (Alejandro Magno hizo, como Filipo, «sus guerras a golpe de casamientos»). Los relatos más románticos aseguran que era una mujer de belleza deslumbrante, y que ambos contrajeron matrimonio por amor; aunque todo apunta a que lo hacen en menoscabo de la verdad. Cumplió con su deber al proporcionar un hijo y heredero a su esposo, si bien nació después de morir su padre. Ella y el pequeño (**Alejandro IV**) murieron víctimas de las guerras de sucesión, asesinados por orden de **Casandro** en 311.

Seleuco I Nicátor Hijo de Antíoco, uno de los generales de Filipo, y casi coetáneo de Alejandro. Luchó como comandante a sus órdenes, se desposó con la princesa Apame durante la ceremonia multitudinaria celebrada en Susa (324), y fue el único que no renegó de tal vínculo en el futuro. Se hizo con la SATRAPÍA de BABILONIA en 321, y más tarde (305) se coronó rey de un Imperio que abarcaba la mayor parte de los dominios asiáticos de Alejandro Magno.

Sisigambis Madre de **Darío III**, capturada por Alejandro tras la batalla de ISO. Es célebre la anécdota que asegura que la notable altura de **Efestión** hizo que lo confundiera con su captor, quien respondió: «Él también es Alejandro». Se dice que el soberano se condujo con ella y con su nuera **Estatira** con estudiada cortesía, motivada en parte, cuando menos, por razones de política dinástica (véase la figura 27).

Tolomeo Noble macedonio, más conocido por el nombre de Tolomeo I Sóter («Salvador») con que se coronó primer rey del Egipto tolemaico (305). Amigo de infancia y compañero de estudios de Alejandro (como **Hárpalo**, **Efestión** y **Nearco**), lo siguió al oasis de Sīwa durante el invierno de 332 y 331. Una de las versiones de la quema del palacio de PERSÉPOLIS (330) atribuye la idea a la cortesana ateniense Tais, a la sazón entretenida suya. Capturó a **Beso**, pretendiente al trono, en 329, y llegó a convertirse en mariscal del Imperio. Durante los casamientos celebrados en Susa (324), contrajo matrimonio con una hija de **Artabazo**, si bien la que dio origen a la línea de su dinastía fue la macedonia Berenice (*pherēniké* significa en griego «dadora de victoria»). Tras morir Alejandro, demostró no poco ingenio al apoderarse de su cadáver, que viajaba de BABILONIA a Macedonia, y hacer que lo enterrasen en Menfis (la vieja capital nativa), en primer lugar, y después, en Alejandría (la nueva capital de Alejandro). Tolomeo gobernó Egipto desde ésta, primero en calidad de SÁTRAPA –en sustitución de **Cleomenes**– y luego, de rey (305-285). Sus memorias, hoy perdidas, ahondaban con profusión en el pasado –como respuesta a las de **Clitarco**– y conformaban una de las dos fuentes principales de la TRADICIÓN OFICIAL, representada por **Arriano** (véase el Apéndice). La trilogía de novelas

históricas acerca de Alejandro Magno firmada por Valerio Massimo Manfredi emplea el recurso literario de hacer ver que el texto consiste, en realidad, en el diario –recobrado (!)– de Tolomeo (véanse las figuras 31 y 36).

tribalios Pueblo cuyo reino se hallaba en el valle del Danubio, cerca de su paso por Oescus. Sinónimo de brutalidad bárbara en la refinada Atenas, las gentes tribalias, guiadas por su rey Sirmio, fueron derrotadas en 335 durante la milagrosa campaña inaugural que entabló Alejandro Magno en calidad de rey de las regiones situadas al norte de la Hélade. Los falsos rumores de la muerte del macedonio provocaron una segunda rebelión griega contra su persona en el sur. Los tribalios contribuyeron con tropas a la fuerza expedicionaria de 334.

Trogo Véase **Justino**.

Zoroastro Nacido –con el nombre iranio de Zaratustra– en Zariaspa, capital de BACTRIANA, entre el año 1000 y el 500 a. C. Como profeta «poseedor de las fórmulas sagradas», tuvo una importancia fundamental en la difusión del culto a **Ahura Mazda**, deidad suprema de la luz y la verdad, cuya adoración fue promovida en calidad de herramienta política por Darío I, sobre todo (véase BEHISTÚN).

Glosario

Las remisiones a vocablos presentes en esta misma lista se dan en negrita, y las que se refieren a nombres recogidos en el Índice de personajes que la precede, en versalita.

Alejandría (Egipto) Mejor fuera, acaso, hablar de «Alejandría cabe Egipto», por cuanto jamás llegó a integrarse del todo en el antiguo régimen egipcio. Fundada en el delta del Nilo, cerca de la desembocadura de Canope, en 331 (el 7 de abril, oficialmente) por el mismísimo soberano macedonio. Creció hasta convertirse en una de las tres ciudades mayores del mundo antiguo, dotada de una población de más de un millón de almas. TOLOMEO I Sóter la hizo evolucionar hasta convertirla tanto en centro práctico de su poder como en escaparate cultural internacional. Célebre por su faro, el Serapeo (santuario de Serapis, amalgama del culto a Osiris y al toro sagrado Apis), su gimnasio, su museo y su biblioteca. De la ubicación de la tumba que erigió TOLOMEO para colocar el cadáver de Alejandro no se tiene noticia desde el siglo III d. C.

Alejandría de Aracosia Ciudad fundada por Alejandro Magno en 329 sobre el emplazamiento de la antigua Qandahār (Afganistán), anterior capital de la **satrapía** aqueménida de Aracosia. Más tarde se haría célebre por el descubrimiento del edicto grecoarameo de Aśoka, emperador budista de la dinastía Maurya (h. 268-232 a. C.).

Alejandría de Aria Ciudad fundada por Alejandro cerca de Herāt (la antigua Artacoana), importante lugar de detención de la ruta a Qandahār (véase **Alejandría de Aracosia**).

Alejandría Escate Fundada cerca de la moderna Jodzhent (antes Leninabad), en el Asia central que perteneció en otro tiempo a la Unión Soviética, a orillas del antiguo río Iaxartēs. La mayor de las siete plazas fuertes que ocupó y guarneció Alejandro Magno.

Anfípolis Ciudad ceñida por tres de sus lados por el río Estrimón (de ahí su nombre: *amphípolis*, «que circunda la ciudad»). Su importancia se debió, en parte, a su ubicación estratégica –al estar situada en la principal ruta costera del Egeo septentrional–, aunque también a la cercanía de las instalaciones portuarias de Eyón, sitas a sólo cinco kilómetros de distancia, que facilitaban la exportación de madera con la que construir embarcaciones. Fue en un principio tracia, si bien en 437 la ocuparon los atenienses hasta que, en 424, le devolvieron la libertad los espartanos. En 357 rindió su independencia a FILIPO II. Alejandro la empleó como principal casa de moneda de la Hélade.

Aornis, peñasco de Roca imponente (hoy Barsar ib Pīrsar) situada al lado de un meandro del curso alto del Indo, en la frontera con Swāt. Superando, presuntamente, al mismísimo HERACLES, Alejandro Magno la tomó por asalto durante la primavera de 326, con lo que dejó de ser refugio de la feroz resistencia de las ciudades aledañas.

Arabia, árabes Pueblo tributario de la Persia aqueménida. Alejandro Magno comenzó la conquista y colonización del área septentrional de la moderna península Arábiga; pero murió antes de poder culminar sus planes. Las misiones preliminares de exploración alcanzaron tanto el golfo Pérsico como el mar Rojo. Del interior precedían especias e incienso de gran valor. BATÍS, gobernador persa de Gaza, era de origen árabe.

Ay-Janum De las «mil ciudades» de **Bactriana** de las que hablan las leyendas, sólo se ha podido localizar ésta (cuyo nombre significa, en uzbeko, «señora Luna»), merced a las excavaciones ejecutadas por un equipo francés dirigido por P. Bernard entre 1965 y 1978. Goza de una excelente situación en la margen izquierda del río **Oxo**, desde donde se dominan las entradas orientales a la región, y desarrolló un verdadero centro urbano con gimnasio

y santuario dedicado a Cineas, fundador de la ciudad. Este último edificio posee inscripciones de máximas apolíneas obtenidas de la ciudad griega de Delfos por Clearco de Solos (Chipre), discípulo de ARISTÓTELES. Se ha supuesto –y parece verosímil– que la fundó el propio Alejandro Magno, y quizá quepa identificarla con Alejandría de Oxiana.

Babilonia Cuando Alejandro la convirtió en capital de su nuevo reino de Asia, hacía mucho que había pasado su auge en calidad de ciudad principal del Imperio neobabilonio (605-539 a. C.). El área comprendida en el interior del doble recinto de sus muros sumaba poco menos de cuatrocientas hectáreas. El macedonio entró en la ciudad en 330 y en 324, por una de las ocho puertas, la de Ištar, decorada con prodigalidad con coloridos relieves de ladrillo vidriado y cercana al antiguo palacio de Nabucodonosor. La Puerta de Ištar desembocaba directamente en el camino procesional que llevaba al templo de Esagila (consagrado a BEL MARDUK). Alejandro murió en la ciudad el 10 de junio de 323.

Bactra (Hoy Balj.) Lugar en que trató Alejandro, sin éxito, en 327, de instituir la *proskýnēsis*.

Bactriana Vasta región del sur del Afganistán de nuestros días, sita entre las montañas de Hindūkūš, del lado meridional, y el río **Oxo**, del septentrional. Lindante al norte se encuentra la antigua Sogdiana, cuna de ROXANA. Alejandro Magno emprendió allí feroces campañas de guerrillas, y no le resultó fácil dominar la región. Bajo la dinastía de los Seléucidas se creó un reino independiente greco-bactriano que produjo monedas de un verismo espléndido.

Behistún Ciudad de la antigua Media, sita a unos treinta kilómetros al este de Kermānšāh. En el despeñadero contiguo a cierta ruta de relevancia puede verse una colosal inscripción trilingüe –en elamita, babilonio y persa antiguo– de Darío I, coronada por un relieve que representa al gran rey bajo la protección de Ahura Mazda (figura 12).

brahmanes Ascetas y sabios el valle del Indo con los que topó Alejandro en Taxila y en muchos otros lugares. El más célebre fue CALANO.

Bucéfala Ciudad fundada a orillas del **Hidaspes** en el lugar mismo en que murió, en 326, Bucéfalo, el corcel favorito de Alejandro, o en las cercanías. No se ha logrado dar con indicio alguno de la ciudad, que tal vez no pasaba de ser un fuerte provisional.

conspiraciones Está dentro de lo posible escribir una historia de las relaciones que mantuvo Alejandro Magno con sus cortesanos, oficiales y demás funcionarios, tanto de dentro como de fuera de Macedonia, a través de la exposición de sus confabulaciones, reales o supuestas. De hecho, él accedió al trono en 336 en medio de un mar de sospechas al respecto. En 330 mandó ejecutar a FILOTAS y a PARMENIÓN, y en 327, a CALÍSTENES, acusados todos de conjurar para cometer traición; y entre 325 y 324 efectuó lo que puede considerarse una purga de **sátrapas**. Aun así, deben tenerse en cuenta el carácter parcial de las fuentes y la naturaleza única de las posiciones de poder de Alejandro, siempre en evolución.

Corinto, Liga de Designación que se ha aplicado en nuestros días a la organización –mitad alianza militar pragmática, mitad foro simbólico en pro de la paz y la unidad de todos los pueblos helenos– fundada en Corinto entre 338 y 337 por FILIPO II. Formalmente, fueron los delegados de los aliados griegos que conformaban el consejo de la Liga quienes nombraron, por votación, a Filipo comandante de una expedición panhelénica (véase **panhelenismo**) de venganza, desagravio y conquista contra el Imperio persa. También correspondió a este órgano ordenar la aniquilación de Tebas en 335. El **decreto de los exiliados** puso de relieve que la Liga no pasaba de ser una farsa.

Dascilio Ciudad situada a 32 kilómetros al sur de la griega Cícico, capital de la **satrapía** de Frigia Helespontíaca, célebre por su reserva de caza.

decreto de los exiliados En 324, coincidiendo con los juegos olímpicos, Alejandro Magno envió a NICANOR a la Hélade con una orden dirigida a los súbditos griegos congregados en torno a la **Liga de Corinto** al objeto de que volviesen a admitir a sus habitantes expatriados. Aquella disposición constituía una transgresión descarada de la supuesta garantía de autonomía que había otorgado el macedonio a las distintas ciudades, y tal como demuestran los documentos oficiales de la época que se conservan, su administración práctica fue una verdadera pesadilla en la que no faltaron procesos judiciales y altercados de índole menos legal.

Ecbatana Ciudad meda. Hoy se halla sobre ella la actual Hamadán, que impide que se lleven a cabo excavaciones. El gran rey Artajerjes II (404-359) la hizo florecer en cuanto residencia real. Domina, merced a su ubicación, la ruta que une la región occidental de Irán y el Asia central a través de Jorasán.

Egas Emplazamiento original de la capital del reino macedonio, trasladada más tarde a **Pella**. Se encuentra en la región septentrional de Pieria, en la moderna Vergina, y tiene una ubicación excelente para el aprovechamiento del extremo de poniente de la planicie costera de tierras bajas. Destaca por albergar notables tumbas reales (figuras 9, 18 y 19). Se ha logrado dar con el lugar en que se perpetró el asesinato de Filipo, padre de Alejandro.

Elimea Uno de los cuatro «cantones» de la Alta Macedonia, o Macedonia occidental (los otros son la **Lincéstida**, Orestis y Tinfea). La región, ocupada e integrada por FILIPO II, fue cuna de figuras del entorno alejandrino tan eminentes como CENO o HÁRPALO.

Ephemerides Literalmente, «diarios» (de hecho, es el término que se emplea en griego moderno para designar a los periódicos). Se trata de los diarios reales oficiales, compilados o supervisados por EUMENES. Citados por cuatro de las fuentes que nos han llegado, y empleados quizá por TOLOMEO para elaborar su obra perdida, tienen, pese a todo, un interés relativamente

restringido, por cuanto se centran en los últimos días que pasó Alejandro en **Babilonia** con el objetivo principal, al parecer, de refutar las teorías de envenenamiento.

Esparta Una de las dos grandes potencias de la vieja Grecia, se vio reducida a la impotencia en tiempos de Filipo y Alejandro (véase AGIS III), quienes fomentaron, asimismo, la hostilidad de otras ciudades helenas contra ella.

Gaugamela Ubicación del norte de Iraq, cercana a la actual Mosul, en que tuvo lugar la victoria decisiva de Alejandro el 1 de octubre de 331.

Gedrosia Denominación breve con que se conocía la región del Makrān de nuestros días (región del sur de Irán y Afganistán que incluye también Beluchistán), que Alejandro dio en atravesar en otoño de 325, cuando regresaba del Punyab al área central de Irán. En aquel lugar, árido casi por entero durante la citada estación, murieron, tras padecer lo indecible, numerosos soldados y un buen número de las gentes que los seguían.

Gránico, río Corriente de agua relativamente menor del noroeste de Anatolia, en cuyas márgenes tuvo lugar, en 334, la primera de las batallas campales de relieve que empeñó Alejandro Magno y en la que derrotó a la hueste persa que acaudillaba ARSITES.

guardia personal Tanto en Macedonia como cuando se hallaba combatiendo en Asia, Alejandro Magno disponía de la protección de una guardia cuyos integrantes gozaban de distintos grados de cercanía a su persona y de diversos privilegios según su posición. Entrar a formar parte del grupo más selecto, lo que comportaba recibir el título de *sōmatophýlax* (véanse LEONATO, PERDICAS y TOLOMEO), equivalía a ser admitido en el círculo más reducido de los ***hetairoi*** más íntimos del soberano.

guerra lamíaca Conocida así por la ciudad tesalia de Lamía, en la que quedó sitiado ANTÍPATRO durante la revuelta, secundada por buena parte de Grecia y dirigida por Atenas (véase LEÓSTENES), que tuvo lugar entre 323 y 322 tras la

muerte de Alejandro. Macedonia obtuvo una victoria decisiva tanto por mar como por tierra.

Halicarnaso Asentamiento mixto de carios y griegos, cuna de Heródoto y sede de la dinastía de los Hecatómnidas –a la que pertenecía la reina ADA–, amén de ubicación del célebre *Mausoleo*. Alejandro topó allí con la feroz resistencia de MEMNÓN en 334.

hēgemōn Término griego con que se designaba a dirigentes como el de la **Liga de Corinto** o al estado que presidía una alianza.

hetairoi Dentro del cuerpo de los «compañeros» existían distintas graduaciones y condiciones –los originales eran amigos íntimos del rey macedonio–. FILIPO II amplió el título a los *hetairoi* de a caballo y a los *pezhétairoi*.

Hidaspes, río Corriente fluvial del Punyab (correspondiente al moderno Jhelum) en la que derrotó Alejandro Magno a PORO en 326.

Hindūkūš Cadena montañosa que marcaba el confín oriental del Imperio de los Aqueménidas antes de la conquista de Alejandro. Los griegos, al considerarla una estribación de la cordillera del Cáucaso, le asignaron la denominación de Cáucaso Índico.

Hipasis, río Corriente de agua del Punyab, correspondiente al moderno Beas. A sus orillas plantó cara la tropa macedonia, desmoralizada y exhausta, a Alejandro al negarse a dar un solo paso más en dirección este.

hypaspistái «Portadores de escudo», infantería selecta del Ejército macedonio, apostada, en el orden de batalla, entre los *pezhétairoi* y los ***hetairoi*** de a caballo, en el ala derecha. Alejandro Magno se sirvió también de ellos para operaciones especiales en las que fuese fundamental moverse con rapidez y coger desprevenido al enemigo.

Hypomnemata Estas «memorias de expedición» salieron a la luz de forma espectacular a raíz de morir Alejandro en **Babilonia**. Las puso en conocimiento del público PERDICAS, regente de hecho. Contenían, supuestamente, los «últimos planes» del soberano; es decir: los que había elaborado cuando le llegó la muerte. Perdicas tenía la intención de hacer que se rechazaran, por considerarlos, con razón, impracticables. (Véase el Apéndice.)

Iaxartēs**, río** Cabe pensar que Alejandro Magno y sus huestes fueron los primeros griegos que llegaron a lo que es hoy el río Syr Daryá, frontera de las **satrapías** altas del Imperio persa. El macedonio fundó en sus márgenes **Alejandría Escate**.

Iliria Territorio de los ilirios, gentes de habla indoeuropea que habitaban el lado occidental de los montes Balcanes, que se extendía, hacia el sur, desde el Adriático hasta Epiro. Bardilis, monarca antañón, cuya capital se hallaba al norte del lago Lychnitis y que dominaba un buen número de tribus ilirias, así como a sus propios dardanios, sufrió una derrota tremenda en 358 a manos de PARMENIÓN. Alejandro reafirmaría en persona el poderío macedonio sobre Clito, hijo de Bardilis, entre 336 y 335.

India Denominación más bien ostentosa del territorio que, en realidad, se circunscribía sobre todo al Punyab, al menos, en lo que respecta a la invasión y conquista de «la India» que emprendió Alejandro Magno entre 326 y 325. El Imperio persa se había extendido en otro tiempo hasta el Indo; pero el soberano macedonio quiso internarse en tierras gobernadas por poderosos rajás independientes como PORO.

Iso Ciudad de Cilicia cercana al campo de batalla en que trabaron combate Alejandro Magno y DARÍO III en 333. El persa huyó y dejó a una de sus esposas y a otros integrantes de su familia más inmediata en manos del macedonio, quien los retuvo en calidad de rehenes (figuras 8, 20, 27 y 35).

Lidia Este antiguo reino, convertido, igual que Frigia (véase **nudo gordiano**) en **satrapía** aqueménida, mantuvo la misma categoría tras la conquista de Alejandro. Su capital, la vieja Sardes, hacía mucho que se hallaba helenizada –desde el reinado de Creso, en el siglo VI–. Esta última constituía el extremo occidental de la **ruta real**.

Lincéstida «Cantón» de la Alta Macedonia (véase **Elimea**), llamada así por ser tierra de linces. Alejandro Magno echó mano de los hijos de Aeropo, integrantes de su casa real, en las turbias circunstancias en que se produjo, en 336, su llegada al trono.

Macedón En el presente volumen se emplea con el significado de «estado macedonio», en tanto que se reserva el término Macedonia para designar el territorio que une los Balcanes y la península meridional de Grecia. En tiempos de Alejandro no cesó la controversia acerca de si los macedonios debían o no considerarse helenos, o si lo eran plenamente. De cualquier modo, sólo su soberano podía competir en los Juegos Olímpicos, celebración concebida para todos los griegos y sólo para los griegos. La lengua macedonia pertenecía, sin lugar a dudas, a la familia del indoeuropeo, y de hecho, constituía tal vez una forma dialectal vinculada al griego hablado en el noroeste. Sin embargo, podía resultar ininteligible a los más de quienes compartían la lengua de Grecia. Los nombres eran helenos por entero, aunque en ocasiones la pronunciación fuera idiosincrásica (el de Filipo, por ejemplo, se articulaba con *b* en lugar de *f*).

magos Clase sacerdotal originaria de Media. Ejercieron de religiosos oficiales en tiempos del Imperio persa junto con los acólitos de **Ahura Mazda**.

malos Objetivo principal de Alejandro en 325, después del motín del HIPASIS. Los malos (de Malavas) eran un pueblo índico que habitaba las márgenes del río punyabí Hidraotes (Rāvi). El macedonio estuvo a punto de perder la vida durante el asalto a su ciudad principal.

Maracanda Ciudad principal de la antigua Sogdiana (hoy Samarcanda, población uzbeka que forma parte de la antigua Ruta de la Seda), que Alejandro empleó como base principal durante las campañas de guerrillas de entre 329 y 327. En 328 tuvo lugar allí la riña entre él y CLITO *EL NEGRO* que se tradujo en la muerte de éste.

Mieza Lugar –correspondiente quizás a la moderna Lefkadia, sita al oeste de **Pella**– en el que recibieron Alejandro y un conjunto selecto de amigos clases de ARISTÓTELES entre 343, aproximadamente, y 340.

monedas Recurso de gran importancia a la hora de estudiar a Alejandro Magno, quien las emitió tanto por motivos económicos prácticos como con fines simbólicos y de propaganda. Adoptó la normativa griega en lo tocante a pesos para acuñar piezas de oro y plata, y llegó a batir ejemplares con el mismo diseño en más de una casa de moneda, de las cuales las más importantes se hallaban en **Anfípolis** (Grecia) y **Babilonia** (Asia) (véanse las figuras 21, 24, 31 y 36).

motines Alejandro Magno hubo de hacer frente a dos plantes serios protagonizados por sus soldados. El primero tuvo lugar en 326 en el **Hipasis**, y el segundo, en 324 en **Opis**. Su naturaleza extraordinaria dice mucho del apoyo general de los macedonios de a pie con que contó de ordinario el soberano a las duras –con más frecuencia– y a las maduras (véase también **conspiraciones**).

Novela de Alejandro Conocida también como Pseudo Calístenes, por haberse atribuido, erradamente, al historiador oficial del soberano macedonio (véase CALÍSTENES). Se trata del título genérico de una obra de ficción histórica que tuvo sus orígenes en la Alejandría helenística y se difundió hasta llegar al período romano. Conocida, con numerosas variantes, en griego, siríaco, armenio, latín y otras lenguas vernáculas, contiene información poco verosímil, como, por ejemplo, la seducción de OLIMPIA por parte de Nectanebo II, el último faraón de Egipto, lo que convertiría a Alejandro en ciudadano a medias de dicha nación.

nudo gordiano Gordio, la capital de Frigia, prosperó en grado sumo durante el reinado de Midas (siglo VIII a. C.); pero fue destruida en los albores del siglo VII y gozó de una importancia menor bajo el Imperio de los AQUEMÉNIDAS. El yugo del carro funeral de Gordio, fundador mítico de la dinastía frigia, se hallaba atado a la lanza mediante un nudo excepcionalmente intrincado que Alejandro logró soltar en 333, bien desatándolo, bien cortándolo, según las distintas variantes de la leyenda.

Océano Los griegos pensaban que la tierra estaba rodeada por un ancho mar circundante al que alimentaban todos los ríos conocidos y al que llamaban Océano. De Alejandro Magno bien pudo suponerse que ansiaba (véase ***pothos***) seguir avanzando hacia el este hasta dar con sus orillas, y semejante apreciación contribuyó quizás a promover el **motín** del **Hipasis**.

Olinto Ciudad principal de la federación de Calcídica hasta que Filipo la destruyó por entero en 348. En ella nació CALÍSTENES.

Opis Lugar en que se produjo, en 324, el segundo de los dos **motines** de consideración a que hubo de responder Alejandro. Corresponde, aproximadamente, al emplazamiento del Bagdad de nuestros días.

Oxo, río Sito en Asia central, el río conocido hoy como Amú Daryá conformaba el confín meridional de **Bactriana** y corría en dirección noroeste hasta desembocar en el mar de Aral –del que poco queda en nuestros días–. No debe confundirse, como hizo al parecer Heródoto, con el armenio Araxes (hoy Araks). En el Oxus o sus aledaños se descubrió, en 1877, un colosal tesoro de objetos de oro y plata de origen aqueménida procedentes de los siglos V o IV que hoy se conservan en el Museo Británico.

pajes reales Institución –de inspiración persa– que concibió Filipo y mantuvo con gran empeño su hijo Alejandro, en virtud de la cual, los hijos de los nobles macedonios servían en la corte en calidad de guardias personales menores del soberano y acompañantes suyos durante las ceremonias. Al tiempo que se preparaban para ocupar, en el futuro, cargos elevados en los

círculos más allegados a la Corona, estos adolescentes hacían las veces de rehenes garantes del buen comportamiento de sus padres, levantiscos en potencia. De cuando en cuando, la situación se tensaba en demasía, tal como sucedió durante la supuesta conspiración que encabezó en 327, y en la que se vio envuelto CALÍSTENES con consecuencias funestas.

Pangeo Nombre genérico de determinada región montañosa de Tracia, de unos veinticinco kilómetros de extensión –y con un pico de 1.956 metros de altura–, que contenía generosas vetas de oro y plata. FILIPO II fue el primer rey macedonio que se benefició de su proximidad y empleó sus ganancias para contratar mercenarios y sobornar a políticos extranjeros. Alejandro la usó como fuente importante de plata con la que acuñar **monedas** griegas en **Anfípolis**.

panhelenismo Desarrollado en cuanto ideal político después, sobre todo, de las invasiones persas de principios del siglo V, defendía la solidaridad helénica frente a los «bárbaros», tal como se puso de relieve en la declaración de guerra que presentó Filipo al Imperio persa y puso por obra su hijo hasta conquistarlo por entero. Debió de ser, sin embargo, una espada de doble filo para Alejandro, quien gobernó su nuevo Imperio conforme a una ideología que admitía elementos diversos, y no sólo griegos.

Pasargadas Ciudad situada al noreste de **Persépolis**, capital original del Imperio persa de los Aqueménidas, fundado por CIRO II EL GRANDE hacia 550 (figura 37).

Pella Nueva capital del reino de **Macedón**, fundada en las postrimerías del siglo V por el rey Arquelao (413-399). Filipo la hizo evolucionar de un modo muy notable junto con **Egas**, que siguió ejerciendo de capital ceremonial.

Peonia Región equivalente, más o menos, a la Serbia moderna. Su conquista y contención fue de gran importancia para el mantenimiento de la hegemonía macedonia en el norte de los Balcanes. Alejandro Magno confió a los

soldados peonios funciones de relieve, tal como demuestra la caballería que luchó en **Gaugamela**.

Persépolis Capital ceremonial del Imperio persa de los Aqueménidas, fundada por Darío I. El palacio que construyó éste y ampliaron Jerjes y otros sucesores posee relieves en los que figuran representantes de los pueblos sometidos obligados a pagar tributo (figura 13). Alejandro lo redujo a cenizas en 330, lo cual no dejó de ser un acto controvertido, toda vez que, a la sazón, era rey de los persas tanto como de los macedonios y los griegos.

pothos «Anhelo vehemente», vocablo que algunas fuentes asocian a alguno de los proyectos más grandiosos o excéntricos de Alejandro Magno, como su visita al oasis de Sīwa.

proskýnēsis Prosternación o reverencia, gesto de respeto y devoción que los griegos consideraban apropiado sólo en señal de sumisión a los dioses y los persas exhibían, como un simple trámite, en presencia del gran rey, a quien –pese a lo que pudieran pensar griegos y macedonios– sus súbditos no tenían por un dios vivo. La mala interpretación –deliberada o no– del intento que emprendió Alejandro en **Bactra**, en el año 328, de que sus cortesanos ajenos al mundo persa adoptasen tal costumbre desembocó en la ejecución de CALÍSTENES y en el fracaso de sus empeños.

Queronea Emplazamiento del célebre monumento conmemorativo coronado por un león que señala el lugar en que murieron, derrotadas por un hombre, las 150 parejas de amantes que conformaban el Batallón Sagrado de Tebas durante el combate que libraron en vano contra FILIPO II en 338 (figura 17).

ruta real Carretera que iba, de este a oeste, desde la ciudad persa de Susa hasta la lidia Sardes, tras salvar más de tres mil kilómetros. Heródoto asegura que había 111 casas de posta para que los mensajeros pudiesen renovar la montura, así como que era posible para una persona sola recorrerla por entero en diez días, en tanto que un ejército que caminase a pie podía hacer el trayecto en unos tres meses.

sárisa Pica dotada de una punta de hierro de forma alargada y una asta de más de cinco metros de largo dividida en dos secciones unidas por una pieza metálica. Era el arma característica de los *pezhétairoi*, que habían de asirla con las dos manos –a diferencia de la lanza, mucho más corta, de los hoplitas griegos– (véase la figura 23).

sátrapa Voz de origen medo adoptado por los persas y, después, por Alejandro para designar a los virreyes o gobernadores de las provincias tributarias conocidas como *satrapías* –de las cuales había un total de más de veinte–. En tiempos de los Aqueménidas, solían ocupar el cargo miembros de la dinastía persa reinante; pero el macedonio nombró a varios personajes relativamente humildes de entre sus compatriotas, amén de mantener en el puesto a nobles persas como MAZEO.

sexualidad La orientación y el comportamiento sexuales de Alejandro Magno siguen siendo en nuestros días asuntos delicados en grado sumo. Dada su posición única de poder, se mostraba más bien moderado a la hora de satisfacer sus apetitos carnales con uno y otro sexo. Las fuentes destacan la relación que mantuvo con EFESTIÓN, BAGOAS y ROXANA.

Sīwa Oasis de grandes dimensiones del desierto occidental de Egipto, situado dentro del área cultural de Libia. El oráculo del dios libio-egipcio AMÓN tenía ya fama en tiempos de Heródoto. A él acudieron, entre otras figuras poderosas, Lisandro de Esparta (muerto en 395) antes de que Alejandro hiciera su visita histórica en 332 o 331. Fuera lo que fuere lo que le reveló el sacerdote, lo cierto es que él se condujo desde entonces como si lo uniese a Amón una relación especial, y aun como si ésta fuera de filiación (a expensas de su padre biológico, Filipo).

sucesores Título de los monarcas que se repartieron el Imperio desmembrado de Alejandro Magno (ANTÍGONO MONOFTALMOS, TOLOMEO I, SELEUCO INICÁTOR...).

Susa Si hubiese que atribuir una capital administrativa permanente al Imperio persa –cuyos reyes se trasladaban de una capital a otra de Irán según un ciclo estacional regular–, ésa sería la «ciudad de las azucenas». Sita en la región llamada Elam, cuya lengua fue una de las tres que se emplearon en la inscripción de **Behistún** (figura 12), y la principal de los documentos administrativos consignados en caligrafía cuneiforme sobre arcilla secada al sol que se conservan en Persépolis (conocidos como las Tablillas del Tesoro y las de la Fortificación). En ella tuvo lugar el casamiento multitudinario organizado por Alejandro en 324.

Tiro Ciudad fenicia de gran importancia durante muchos siglos. Alejandro, conquistada la antigua Tiro en suelo continental, se apoderó de la Nueva Tiro –sita en una isla cercana al litoraldespués de completar, en 332, un sitio prodigioso por lo difícil y lo prolongado.

tradición oficial Se incluyen en ella CALÍSTENES, TOLOMEO, ARISTÓBULO y NEARCO, integrantes todos del séquito más inmediato con que contaba Alejandro Magno durante sus campañas.

tradición *vulgata* Corriente de fuentes alejandrinas opuesta a la «oficial», que procede, a la postre, de CALÍSTENES y pasa a ARRIANO a través de TOLOMEO y ARISTÓBULO. La *vulgata* parte de la obra de CLITARCO, de quien pasa a DIODORO, CURCIO y JUSTINO (véase el Apéndice).

Bibliografía

ABREVIACIONES

Badian 1976 E. Badian, ed., *Alexandre le Grand: image et réalité*, Foundation Hardt, Ginebra, 1976.
Bosworth y Baynham 2000 A. B. Bosworth y E. Baynham, eds., *Alexander the Great in fact and fiction*, 2000.
Griffith 1966 G. T. Griffith, ed., *Alexander the Great: the main problems*, 1966.
Muir y Sewter, 1965 J. V. Muir y E. R. A. Sewter, eds., *Alexander the Great*, número especial de *Greece and Rome*, XII, 2, 1965.
Roisman 2003 J. Roisman, ed., *Brill's companion to Alexander the Great*, 2003.
Worthington 2003 I. Worthington, ed., *Alexander the Great: a reader*, 2003.

LECTURAS GENERALES

(Obras de relevancia para la totalidad o la mayoría de los capítulos)

1. Monografías

A. B. Bosworth, *Conquest and empire: the reign of Alexander the Great* (1988 y reed.). (Hay trad. esp.: *Alejandro Magno*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.)
P. Briant, *Alexander the Great: the heroic ideal*, 1996 (original francés: 1987).
P. Green, *Alexander of Macedon, 356-323 BC: A historical biography*, 1974 (ed. rev.: 1991).
J. R. Hamilton, *Alexander the Great*, 1973.
N. G. L. Hammond, *Alexander the Great: King, commander and statesman*, 2.ª ed., 1989.
—, *The Genius of Alexander the Great*, 1997.
R. Lane Fox, *Alexander the Great*, 1973.
—, *The search for Alexander*, 1980.
R. D. Milns, *Alexander the Great*, 1968.
C. Mossé, *Alexander: the destiny of a myth*, 2004 (original francés: 2001).

J. M. O’Brien, *Alexander the Great: the invisible enemy, a biography*, 1992.
E. Rice, *Alexander the Great*, 1997.
F. Schachermeyr, *Alexander der Grosse: das Problem seines Persönlichkeit und seines Wirkens*, 1973. Véase también A. B. Bosworth, «Ingenium und Macht: Fritz Schachermeyr and Alexander the Great», *American Journal of Ancient History*, XIII (1988 [publicado en 1996]), pp. 56-78.
R. Stoneman, *Alexander the Great*, 1997.
W. W. Tarn, *Alexander the Great* (2 vols.: *I. Narrative*, y *II. Sources and studies*), 1948 (reed. en rústica vol. II: 1979).
U. Wilcken, *Alexander the Great*, ed. de E. N. Borza, 1932 (traducción inglesa; 2.ª ed.: 1967); incluye Borza, «An introduction to Alexander studies», pp. IX-XXVIII.
I. Worthington, *Alexander the Great: man and god*, 2003.

Por lo común, se considera a Bosworth el estudioso más autorizado de cuantos se dedican, en nuestros días, a la investigación sobre Alejandro. Tal hecho se debe en parte a su comentario histórico definitivo de la mejor de las fuentes narrativas antiguas que se conservan: la obra de Arriano (véase el Apéndice). Sus notas ofrecen citas completas de los textos de la Antigüedad, pero el cuerpo principal del libro es lo bastante ameno para que la Cambridge University Press lo haya publicado en la serie Canto, conformada por volúmenes económicos editados en rústica. Bosworth es uno de los principales representantes de la escuela «realista» –se diría que *brutalista*– de la historiografía alejandrina (véase el capítulo 10). Después de él, Green es quien presenta la obra de erudición más completa y aguda, pródiga en referencias comparativas. Tarn dominó, en otro tiempo, el ámbito que nos ocupa, y sus apéndices siguen siendo de no poca utilidad; pero la concepción que presenta de un Alejandro Magno razonable y caballeroso ha quedado refutada por toda una serie de artículos firmados por Badian (1958, 1964, 1971, etc.; véase más abajo). También Hammond peca de hagiográfico. Schachermeyr aborda el problema de la exaltación germánica moderna de Alejandro en cuanto hombre de destino y poder. El librito de Briant está dividido en dos partes: una exposición de gran brevedad y una sección documental; está ilustrado con brillantez de principio a fin y tiene un precio por demás justo. Milns, Rice y Stoneman también son muy sucintos. La presentación de Alejandro Magno como el nuevo Aquiles que hizo Lane Fox en 1973 lo hizo merecedor de galardones literarios, pero en lo tocante al

estilo expositivo, hay que reconocer que se inclina en grado embarazoso hacia el género de la novela histórica. El volumen de 1980 está concebido a modo de complemento de una exposición itinerante de objetos alejandrinos que organizó Grecia de manera oficial tras los descubrimientos efectuados en Vergina (antigua Egas) por Manolis Andrónikos. Está, por lo tanto, muy bien ilustrado. Mossé, siempre dado a estudiar las fuentes con ojo crítico, se centra en imágenes de todo género y cualquier período, y en especial en las de origen francés, medieval o moderno, así como en la posible realidad de la época que analiza. O'Brien, por su parte, ofrece un retrato poco ecuánime del macedonio, al que considera un alcohólico, devoto en demasía del dios del vino («Dioniso eligió el vino como vehículo con el que desvelar y hacer mayores los defectos de un hombre brillante de enorme ceguera espiritual»). Las dos introducciones más fidedignas y sobrias, bien que un tanto anticuadas, son las de Wilcken y Hamilton (la del último es, de hecho, la favorita de quien esto escribe). El trabajo de Worthington es más reciente y no deja de hacer hincapié en la deuda que había contraído Alejandro con su padre y la rivalidad que le tenía.

2. Artículos y capítulos

E. Badian, «Alexander the Great and the creation of an empire», *History Today* (1958), pp. 369-376 y 494-502.

A. B. Bosworth, «Alexander the Great», en *Cambridge Ancient History*, vol. VI: *The Fourth Century BC*, 2.ª ed., 1994, caps. 16 y 17 (el cap. 17 se reproduce en Roisman, 2003).

S. Hornblower, *The Greek world 479-323 BC*, 3.ª ed., 2002, cap. 19. (Hay trad. esp.: *El mundo griego (479-323 a. C.)*, Crítica, Barcelona, 1985.)

C. B. Welles, «Alexander's historical achievement», en Muir y Sewter 1965, pp. 216-228.

Los textos de Bosworth y el de Hornblower están concebidos para expertos y estudiantes universitarios; el de Badian, publicado en una eminente revista de historia general, y el de Welles son más accesibles al público general.

3. Colecciones de artículos

W. L. Adams y E. N. Borza, eds., *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian heritage*, 1982.

E. Badian, *Studies in Greek and Roman history*, 1964.

—, ed., 1976.
E. N. Borza, ed., *The impact of Alexander the Great: civilizer or destroyer*?, 1974.
Bosworth y Baynham 2000.
J. Carlsen y otros, eds., *Alexander the Great: reality and myth*, 1993 (reed. en 1997).
Griffith 1966.
K. B. Leyton-Brown y R. L. Cleveland, eds., *Alexander the Great: an exercise in the study of history*, 1992.
Muir y Sewter 1965.
T. Quirico, ed., *Alessandro Magno: storia e mito*, 1995-1996.
J. Roisman, ed., *Alexander the Great: ancient and modern perspectives*, 1995.
—, ed., 2003.
M. Sordi, ed., *Alessandro Magno tra storia e mito*, 1984.
Worthington 2003.

De todos estos volúmenes, escritos o compilados para eruditos y universitarios, el de Muir y Sewter es quizás el más llano. El de Worthington contiene textos de gran utilidad y reproduce tanto obras modernas como fuentes antiguas. Éste y el de Roisman se citan con profusión en las páginas siguientes.

4. Estudios de obras modernas

E. Badian, *Classical World*, LXV (octubre-noviembre 1971), pp. 3756 y 77-83.
—, 1976, cap. 7.
P. Goukowsky, *Revue des Etudes Grecques*, XCVI (1983), pp. 225-241.
J. Seibert, *Alexander der Grosse*, 1972.

Sólo para especialistas y estudiantes de títulos universitarios superiores.

5. Sitios web

<wso.williams.edu:8000/~junterek/>
<www.isidore-of-seville.com/ImagesofAlexander/>
<www.pothos.co.uk>

En lo tocante a las fuentes, véase el Apéndice.

LECTURAS ESPECÍFICAS

Prefacio

1. Sobre la caza y Alejandro cazador

J. K. Anderson, *Hunting in the ancient world*, 1985.

P. Briant, «Chasses royales macédoniennes et chasses royales perses: le thème de la chasse au lion sur la chasse de Vergine», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, XVII, 1991, pp. 211-255.

—, «Les chasses d'Alexandre», *Ancient Macedonia*, V, 1993, pp. 267277.

M. B. Hatzopoulos, *Cultes et rites de passage en Macédoine*, 1994, pp. 92-111.

O. Palagia, «Hephaestion's pyre and the royal hunt of Alexander», en Bosworth y Baynham, 2000, pp. 167-206.

2. Alcoholismo de Alejandro

J. M. O'Brien, *Alexander the Great: the invisible enemy. A biography*, 1992.

Capítulo uno: La fama de Alejandro

E. Badian, «Alexander the Great and the creation of an empire», *History Today* (1958), pp. 369-376 y 494-502.

Partha Bose, *Alexander the Great's art of strategy: lessons from the great empire builder*, 2002.

G. Cary, *The Medieval Alexander*, 1956.

P. Green, «Caesar and Alexander: aemulatio, imitatio, comparatio», *American Journal of Ancient History*, III (1978), pp. 1-26.

F. L. Holt, *Alexander the Great and the mystery of the elephant medallions*, 2003, cap. 1 («Man of mystery»).

M. A. Jackson, *Life lessons from history's heroes*, 2003.

D. Spencer, *The Roman Alexander: readings in a cultural myth*, 2002.

R. Stoneman, ed., *Legends of Alexander the Great*, 1994.

—, «The legacy of Alexander in ancient philosophy», en Roisman 2003, pp. 325-346.

C. B. Welles, «Alexander's historical achievement», en Muir y Sewter 1965, pp. 216-228.

Se incluyen aquí Badian y Welles para quienes busquen una orientación fidedigna y crítica. Holt abre su obra con una excelente selección de los aspectos de la fama póstuma de Alejandro, aunque ni siquiera él se acerca con tanto detalle como Bose y Jackson a su faceta de maestro de planificación estratégica y dechado para el mundo moderno de los negocios.

La antigua Roma (Green y Spencer) y la Europa medieval (Cary) también rinde homenaje a Alejandro según unas maneras que a menudo sorprenden por su carácter incongruente. El artículo de Stoneman constituye un acercamiento filosófico poco común. Algunas de las claves que se ofrecen en este capítulo vuelven a recogerse en el 12, dedicado a los muchos legados del macedonio.

Capítulo 2: El mundo de Alejandro

J. K. Anderson, *Military theory and practice in the age of Xenophon*, 1970.
J. Buckler, *The Theban hegemony, 371-362 BC*, 1980.
—, *Aegean Greece in the Fourth Century BC*, 2003.
P. Cartledge, *Agesilaos and the crisis of Sparta*, 1987.
J. M. Cook, *The Persian Empire*, 1983.
J. Dillery, *Xenophon and the history of his times*, 1995.
V. Hammond y G. T. Griffith, *A History of macedonia*, vol. II: *550-336 BC*, 1979.
L. Tritle, ed., *The Greek world in the Fourth Century: from the fall of the Athenian Empire to the successors of Alexander*, 1997.

El volumen editado por Tritle constituye una colección de gran utilidad que devuelve al siglo IV, tan calumniado, la posición de importancia que le corresponde y que a menudo ha usurpado el V. Buckler abarca buena parte del mismo período, comenzando por la guerra del Peloponeso y acabando con la muerte de Filipo II. El análisis de Buckler sigue siendo indispensable en lo relativo a la contribución aportada por Tebas. Por lo que respecta a cuestiones militares, resulta fundamental el estudio de Anderson. Cartledge indaga en la historia de Esparta durante los cien años aproximados que culminan con el de 360, y se centra para ello en la trayectoria vital del rey Agesilao II, uno de los dos griegos más poderosos de su tiempo. El espléndido libro de Dillery gira en torno a la mayor autoridad literaria de que disponemos acerca de la historia de la Grecia egea durante el período de 411 a 362: Jenofonte, quien además, tenía por protector a Agesilao, al que dedicó un encomio póstumo. Griffith presenta, en la obra escrita con Hammond, un

análisis espléndido de Filipo II. La de Cook sigue siendo una investigación muy útil (para una información mucho más detallada del Imperio persa, véase el capítulo 8).

Capítulo 3: El joven Alejandro (356-334 a. C.)

A. R. Anderson, «Bucephalas and his legend», *American Journal of Philology*, LI, 1930, pp. 1-21.
E. Badian, «Harpalus», *Journal of Hellenic Studies*, LXXXI (1961), pp. 16-43.
—, «The death of Philip II», *Phoenix*, XVII (1963), pp. 244-250.
E. D. Carney, «Olympias», *Ancient Society*, XVIII (1987), pp. 35-62.
J. R. Hamilton, «Alexander's early life», en Muir y Sewter, 1965, pp. 117-124.
I. Worthington, «Alexander, Philip, and the Macedonian background», Roisman 2003, pp. 69-98.

Hamilton y Worthington describen el contexto familiar de Alejandro Magno, su educación y su juventud. Los artículos de Badian (1963), Carney y Anderson tratan de tres de los seres que más importancia tuvieron en su vida: su padre, su madre y su montura favorita. En el de 1961, Badian estudia un amigo importantísimo de su infancia que, con el tiempo lo traicionaría no una, sino dos veces. Buena parte de las lecturas que se recomiendan para el capítulo siguiente revisten una gran importancia también para éste (véase asimismo el apartado de monografías generales).

Capítulo 4: Alejandro y los macedonios

(Algunas de las lecturas propuestas para el capítulo 12 resultan también de relevancia para éste.)

M. Andronikos, *Vergina: the royal tombs*, 1984.
E. Badian, «The death of Parmenio», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, XCI (1960), pp. 324-338.
—, «Conspiracies», en Bosworth y Baynham 2000, pp. 50-95; reproducido de forma parcial en Roisman 2003, pp. 277-295.

E. Borza, *In the shadow of Olympus: the emergence of Macedon*, 1990.
—, *Before Alexander: constructing early Macedonia*, 1999.
E. Carney, «Macedonians and mutiny: discipline and indiscipline in the army of Philip and Alexander», *Classical Philology*, XCI (1996), pp. 19-44.
—, *Women and monarchy in Macedonia*, 2000.
J. R. Ellis, *Philip II and Macedonian imperialism*, 1976.
—, «Macedon and north-west Greece» y «Macedonian hegemony created», *Cambridge Ancient History*, vol. VI, 2.ª ed., 1994, pp. 791-875.
R. M. Errington, *A History of Macedonia*, 1990.
R. Ginouvès y M. Hatzopoulos, eds., *Macedonia from Philip II to the Roman conquest*, 1994.
G. T. Griffith, «The Macedonian background», en Muir y Sewter 1965, pp. 125-139.
N. G. L. Hammond, *The Macedonian state: origins, institutions, and history*, 1989.
—, y G. T. Griffith, *A history of Macedonia*, vol. II: *550-336 BC*, 1979 (véanse, en especial, los caps. XI [Griffith] y XX [Hammond].)
M. B. Hatzopoulos, *Cultes et rites de passage en Macédoine*, 1994.
—, *Macedonian institutions under the kings*, 2 vols., 1996.
—, y L. Loukopoulos, eds., *Philip of Macedon*, 1980.
W. Heckel, «The conspiracy *against* Philotas», *Phoenix*, XXXI (1977), pp. 9-21.

Las excavaciones efectuadas en Vergina por Manolis Andrónikos transformaron el concepto que teníamos de la monarquía macedonia. Hatzopoulos es el mayor experto vivo en instituciones macedonias, y lo siguen muy de cerca Hammond, de origen británico, y Ellis, australiano. En lo tocante a la historia general de Macedonia, véanse Borza, Errington y el volumen editado por Ginouvès y Hatzopoulos. Griffith presenta una magnífica investigación de gran brevedad sobre el contexto macedonio. El capítulo citado de Griffith en Hammond y Griffith presenta un estudio formidable de la persona de Filipo II, figura que también se trata con excelencia en Hatzopoulos y Loukopoulos. Badian (2000) investiga los problemas generales relativos a las conspiraciones, reales y supuestas, contra Alejandro, asunto al que dedica Worthington 2003 todo un capítulo («Alexander and conspiracies»). Carney (1996), por su parte, examina la (in)disciplina de los soldados macedonios. Badian (1960) trata de desentrañar el misterio de la muerte de Parmenión, y Heckel, el de la de Filotas. En lo tocante a las mujeres, véase Carney (2000).

Capítulo 5: Alejandro y los griegos

E. Badian, «Alexander the Great and the Greeks of Asia», en Badian, ed., *Ancient Society and Institutions. Fest. V. Ehrenberg*, 1966, pp. 37-62.

—, «Agis III», *Hermes*, XCV (1967), pp. 170-192.

—, «Greeks and Macedonians», en B. Barr-Sharrar y E. N. Borza, eds., *Macedonia and Greece in late Classical and early Hellenistic times* (Studies in the History of Art, 10), 1982, pp. 33-51.

—, «Agis III: revisions and reflections», en I. Worthington, ed., *Ventures into Greek history. Fest. N. G. L. Hammond*, 1994, pp. 258292.

V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, 1938 (véase en especial el capítulo 1).

M. Faraguna «Alexander and the Greeks», en Roisman 2003, pp. 99-130.

M. A. Flower, «Alexander the Great and panhellenism», en y Baynham 2000, pp. 96-135.

P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great*, 1996.

J. M. Hall, *Hellenicity*, 2002.

F. Hartog, *Memories of Odysseus: frontier tales from ancient Greece*, 2001.

A. J. Heisserer, *Alexander the Great and the Greeks: the epigraphic evidence*, 1980.

P. Vasunia, *The gift of the Nile: hellenizing Egypt from Aeschylus to* Alexander, 2001.

F. Walbank, «The problem of Greek nationality», *Phoenix*, V (1951), pp. 41-60; reproducido en Walbank, *Selected papers*, 1985, pp. 1-19.

I. Worthington, «The Harpalus affair and the Greek response to the Macedonian hegemony», en Worthington, ed., *Ventures into Greek history*, 1994, pp. 307-330.

Flower, Hall, Hartog, Vasunia y Walbank abordan de modos diferentes el tema de la identidad griega, y el de en qué grado la desarrolló –o la puso en peligro– Alejandro Magno. Badian (1966), Ehrenberg, Faraguna y Worthington examinan los problemas, de índole más práctica, de las relaciones que mantenían los griegos con Alejandro en calidad de súbditos suyos. El trabajo de Heisserer constituye una colección útil de los indicios documentales más relevantes. Fraser, por su parte, reduce al mínimo el número de ciudades que fundó en persona el macedonio, y resta, por lo tanto, una importancia considerable a su significación cultural inmediata en favor de la estratégica. Las opiniones varían en gran medida en lo tocante a la consideración del peligro que supuso el levantamiento del rey espartano Agis III. Badian (1967 y 1994), por ejemplo, sostiene con firmeza que representó una amenaza de primer orden.

Capítulo 6: Alejandro conquistador de Persia (334-327 a. C.)

Véanse, más arriba, el apartado de las lecturas generales dedicado a los monográficos y la bibliografía relativa a los capítulos 7 y 8.

Capítulo 7: El caudillaje de Alejandro

M. Austin, «Hellenistic kings, war, and the economy», *Classical Quarterly*, XXXVI (1986), pp. 450-466.

—, «Alexander and the Macedonian invasion of Asia: aspects of the historiography of war and empire in antiquity», en J. Rich y G. Shipley, eds., *War and Society in the Greek World*, 1993, pp. 197-223; reproducido en Worthington, 2003, pp. 118-135.

E. F. Bloedow, «The siege of Tyre in 332 BC: Alexander at the crossroads in his career», *La Parola del Passato*, CI (1998), pp. 255-293.

A. B. Bosworth, «The Indian campaigns, 327-325 BC», en Roisman, 2003, pp. 159-168.

P. Briant, «The Achaemenid empire», en K. Raaflaub y N. Rosenstein, eds., *War and society in the Ancient and Medieval Worlds: Asia, the Mediterran, Europe and Mesoamerica*, 1999, pp. 105-128.

P. A. Brunt, ed. y trad., *Arrian, History of Alexander*, Loeb Classical Library, vol. I, 1976, pp. LXIX-LXXXII, apéndice II [sobre la guerra naval] y apéndice XIII [sobre la reorganización de la caballería].

A. R. Burn, «Notes on Alexander’s campaigns 332-330», *Journal of Hellenistic Studies*, LXXII (1952), pp. 81-91.

—, «The generalship of Alexander», en Muir y Sewter 1965, pp. 140-152.

A. M. Devine, «Grand tactics at the Battle of Issus», *Ancient World*, XII (1985), pp. 39-59.

—, «The Battle of Gaugamela: a tactical and source-critical study», *Ancient World*, XIII (1986), pp. 87-116.

—, «The Battle of the Hydaspes: a tactical and source-crirical study», *Ancient World*, XVI (1987), pp. 91-113.

—, «Alexander the Great», en J. Hackett, ed., *Warfare in the ancient world*, 1989, pp. 104-129.

D. W. Engels, *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian army*, 1978.

J. F. C. Fuller, *The generalship of Alexander the Great*, 1958.

P. Grabsky, *The great commanders*, 1994.

G. T. Griffith, «Alexander’s generalship at Gaugamela», *Journal of Hellenic Studies*, LXVII (1947), pp. 77-89.

N. Hammond, *Alexander the Great: king, commander, statesman*, 1996.

W. Heckel, *The marshals of Alexander’s empire*, 1993.

—, *The wars of Alexander the Great*, 2002.
J. Keegan, *The mask of command*, 1987.
J. Lucas, ed., *Command: from Alexander the Great to Zhukov: the greatest commanders of world history*, 1988.
A. Mayor, *Greek fire, poison arrows and scorpion bombs: biological and chemical warfare in the ancient world*, 2003.
R. D. Milns, «The army of Alexander the Great», en E. Badian, ed., *Entretiens Hardt*, 1976, pp. 87-130 (debate en pp. 131-136).
N. Sekunda y J. Warty, *Alexander the Great: his armies and campaigns 334-323* BC, 1998.
B. Strauss, «Alexander: the military campaign», en Roisman, 2003, pp. 133-158.

El caudillaje de Alejandro se evalúa de manera diversa en las obras mencionadas de Burn (1965), Devine (1989), Fuller (comandante moderno más que estudioso académico), Grabsky (que presenta una exposición muy popular), Hammond, Heckel (2002), Keegan (experto en historia militar del período moderno), Lucas, Sekunda y Warty, y Strauss. Briant examina la oposición aqueménida, y Bloedow, Bosworth, Brunt, Burn (1952), Devine (1985-1987) y Griffith, campañas particulares. Heckel (1993) centra su estudio en el alto mando; Milns, en el conjunto del Ejército y los cambios experimentados a través del tiempo, y Brunt se circunscribe a la caballería. Engels fue el primero en cuantificar el valor de suprimir las caravanas de pertrechos. Austin hace hincapié en los fundamentos y objetivos materiales de la guerra en tiempos de Alejandro. Además de la excelente exposición del sitio de Tiro (citada en el capítulo 7), Mayor recoge un capítulo llamado «Alexander the Great and the arrows of doom» que versa sobre el uso de flechas envenenadas que hicieron escitas e indios contra Alejandro.

Capítulo 8: Alejandro y los persas

E. Badian, «Harpalus», *Journal of Hellenic Studies*, LXXXI (1961), pp. 16-43.
—, «The administration of the empire», en Muir y Sewter, 1965, pp. 166-182.
—, «Darius III», *Harvard Studies in Classical Philology*, CII (2000), pp. 241-268.
H. Bengtson y otros, *The Greeks and the Persians*, 1969, caps. 16-20.
H. Berve, *Das Alexanderreich auf prosopographische Grundlage*, 2 vols., 1926.
A. B. Bosworth, «Alexander and the Iranians», *Journal of Hellenic Studies*, C, 1980, pp. 1-21.

—, *Alexander and the East: the tragedy* of *triumph*, 1996.
P. Briant, *Histoire de l'empire perse de Cyrus à Alexandre*, 1996.
—, «The Achaemenid Empire», en K. Raaflaub y N. Rosenstein, eds., *War and society in the Ancient and Medieval Worlds: Asia, the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, 1999, pp. 105-128.
M. Brosius, *Women in Ancient Persia (559-331 BC)*, 1996.
—, ed., *The Persian empire from Cyrus to Artaxerxes I*, LACTOR (London Association of Classical Teachers. Original Records, 16), 2000.
—, «Alexander and the Persians», en Roisman 2003, pp. 169-193.
P. A. Brunt, ed. y trad., *Arrian, History of Alexander*, Loeb Classical Library, vol. I, 1976, pp. LXIII-LXIX.
J. M. Cook, *The Persian empire*, 1983.
J.-Y. Empereur, *Alexandria: past, present and future*, 2002 (orig. francés: 2001).
P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great*, 1996.
E. A. Fredricksmeyer, «Alexander the Great and the kingship of Asia», en Bosworth y Baynham 2000, pp. 136-166.
R. N. Frye, *The Heritage of Persia*, 1966 (reed.: 1976), caps. 3 y 4.
—, *A history of ancient Iran*, vol. I, 1984.
R. Ghirshman, V. Minorsky y R. Sanghvi, *Persia: the immortal kingdom*, 1971.
P. Green, «Alexander's Alexandria», en *Alexandria and Alexandrianism* (Getty Museum/Center Symposium 1993, publ. en 1996), pp. 3-25.
W. Heckel, *The marshals of Alexander's empire*, 1993.
F. L. Holt, *Alexander the Great and Bactria: the formation of a Greek frontier in Central Asia*, 1988.
S. Hornblower *Mausolus*, 1982.
—, «Persia», *Cambridge ancient history*, vol. VI, 2.ª ed., 1994, pp. 45-96.
A. Kuhrt, *The ancient Near East, c. 3000-330 BC*, 2 vols., 1997; véanse, en especial, las pp. 647-701 («The Achaemenid empire»).
R. Lane Fox, *The search for Alexander*, 1980, cap. 27.
D. M. Lewis, *Sparta and Persia*, 1977, cap. 1.
A. K. Narain, «Alexander and India», en Muir y Sewter 1965, pp. 155-165; reproducido de forma parcial en Worthington 2003, pp. 161-169.
H. Sancisi-Weerdeburg y A. Kuhrt, eds., *Achaemenid history*, varios volúmenes, aún en publicación, 1987-.
Shapur Shabaz, «Iranian interpretations of Alexander», *American Journal of Ancient History*, II (1977), pp. 5-38.
W. Vogelsang, *The rise and organisation of the Achaemenid empire: the Eastern Iranian evidence*, 1992.
J. Wiesehöfer, *Ancient Persia from 550 BC to 650 AD*, 1996.

Los volúmenes de Narain y Shabaz constituyen casos por demás insólitos de estudios firmados por académicos ajenos al mundo occidental acerca del papel desempeñado por Alejandro Magno en la historia antigua de sus países. Bengtson y otros, Briant, Brunt, Cook, Frye, Hornblower (1994), Vogelsang y Wiesehöfer ofrecen sendas visiones de conjunto del Imperio persa de los Aqueménidas. Véase Badian (2000) en lo relativo al oponente de Alejandro, Darío III. Brosius centra su atención en la importancia de la mujer, y Kuhrt sitúa, con la maestría propia de un experto, el citado Imperio en el vasto contexto cronológico y geográfico de la historia del Oriente Próximo. La obra de Ghirshman y otros no es sin más un panegírico dedicado al régimen del sah del momento, aunque tiene mucho de ello; las fotografías (de William MacQuitty) son excelentes. Hornblower (1982) proporciona un microestudio esclarecedor de Caria, uno de los rincones del Imperio, situado casi en sus confines. Brosius (2000), Lewis y Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt prestan una atención especial a la documentación primaria persa que ha ido surgiendo a lo largo del último medio siglo. Fredricksmeyer propone una imagen convincente de Alejandro en cuanto rey de Asia. Badian analiza con minuciosidad la administración –y la mala administración– del nuevo Imperio de Alejandro. Berve sigue siendo indispensable para la investigación relativa a cualquiera de los personajes conocidos de relieve, y Heckel se centra en la clase dirigente del Ejército. Fraser, Holt y Lane Fox resultan de utilidad en lo tocante al estudio de las diversas ciudades que recibieron su nombre de Alejandro, así como, de forma más general, a la dimensión cultural de sus conquistas. Por lo que respecta a la Alejandría de Egipto, véanse Empereur –responsable de la recuperación de un buen número de objetos merced a expediciones de arqueología submarina emprendidas en el puerto antiguo– y Green.

Capítulo 9: Las postrimerías de Alejandro (327-323 a. C.)

A. B. Bosworth, «The death of Alexander the Great: rumour and propaganda», *Classical Quarterly*, XXI (1971), pp. 112-136.

A. W. Erskine, «Life after death: Alexandria and the body of Alexander», *Greece and Rome*, XLIX (2002), pp. 163-179.

F. L. Holt, *Alexander the Great and the mystery of the elephant medallions*, 2003.
J. Reames-Zimmermann, «The mourning of Alexander the Great», *Syllecta Classica*, XII (2001), pp. 98-145.

Holt se cuenta entre los estudiosos recientes que han aportado una contribución más original en lo que toca a los análisis de Alejandro Magno. Bosworth, Erskine y Reames-Zimmermann enfocan desde diversos puntos de vista las circunstancias de la muerte de Alejandro, su proceso y el período que la siguió.

Véanse también las obras mencionadas en el apartado de monografías de las lecturas generales.

Capítulo 10: El hombre que fue Alejandro

A. R. Anderson, «Bucephalas and his legend», *American Journal of Philology*, LI (1930), pp. 1-21.
E. Badian, «Alexander the Great and the unity of mankind», *Historia*, VII (1958[*a*]), pp. 425-444 (también en Griffith 1966, pp. 287-306).
—, «The eunuch Bagoas», *Classical Quarterly*, VIII (1958[*b*]), pp. 144-157.
—, «Alexander the Great and the loneliness of power», *Studies in Greek and Roman History* (1964), pp. 192-205.
E. J. Baynham, «Why didn't Alexander marry a nice Macedonian girl before leaving home? Observations on factional politics at Alexander's court in 336-334 BC», en T. W. Hillard y otros, eds., *Ancient history in a modern University (Macquarie University, NSW, Australia)*, vol. I: *The ancient Near East, Greece, and Rome*, 1998, pp. 148-155.
P. A. Brunt, «The aims of Alexander», en Muir y Sewter 1965, pp. 205-215; reproducido de forma parcial en Worthington, 2003, pp. 45-53.
E. D. Carney, *Women and monarchy in Macedonia*, 2000.
—, «Women in Alexander's court», en Roisman 2003, pp. 227-252.
L. Edmunds, «The religiosity of Alexander», *Greek, Roman, and Byzantine studies*, XII (1971), pp. 363-391.
E. A. Fredricksmeyer, «Alexander and Philip: emulation and resentment», *Classical Journal*, LXXXV, 1990, pp. 300-315.
—, «Alexander's religion and divinity», en Roisman 2003, pp. 253278.
W. Heckel, *The last days and testament of Alexander the Great: a prosopographic study*, 1988.

F. L. Holt, «Alexander the Great today: in the interests of historical accuracy?», *Ancient History Bulletin*, XIII, 3 (1999), pp. 111-117.
L. Llewellyn-Jones en S. Tougher, ed., *Eunuchs in Antiquity and beyond*, 2002.
O. Palagia, «Hephaestion's pyre and the royal hunt of Alexander», en Bosworth y Baynham 2000, pp. 167-206.
C. A. Robinson, «The extraordinary ideas of Alexander the Great», *American Historical Review*, 1957, pp. 326-344.
J. Roisman, «Honor in Alexander's campaign», en Roisman, 2003, pp. 279-321.
W. W. Tarn, «Alexander the Great and the unity of mankind», *Proceedings of the British Academy*, XIX (1933), pp. 123-166 (también en Griffith, 1966, pp. 243-286).
I. Worthington, «How "great" was Alexander?», *Ancient History Bulletin,* XIII, 2 (1999), pp. 39-55.

Badian 1958*a* trata con no poco cinismo a Tarn por el ingenuo punto de vista que adopta al tener a Alejandro por un soñador convencido en la unidad del género humano. Sin embargo, no deja de ser sorprendente el afán con que pretendía que Alejandro –y un número muy reducido de quienes lo seguían– estuviera deseoso de extender la colaboración entre griegos y orientales –de forma permanente y relativamente igualitaria– al ámbito del hogar y aun del lecho. Y ésta fue sólo una de sus «ideas extraordinarias» (Robinson). En lo que respecta a los «últimos planes», véase Heckel. La sexualidad de Alejandro Magno, es decir, su orientación y su comportamiento sexuales, parece haber sido la normal que se daba en sus tiempos entre griegos y macedonios. Cabe pensar que debió de mantener relaciones homosexuales con Efestión, mayor que él, durante la adolescencia y tal vez en períodos posteriores de su vida. Tenía buenas razones políticas para no desposarse con ninguna muchacha macedonia antes de partir en dirección a Asia en 334 (a la edad de sólo veintidós años, cuando la edad a la que acostumbraban casarse los jóvenes macedonios estaba más cercana a la treintena). Asimismo, yació con la esposa irania (Barsine) de uno de sus mayores enemigos (Memnón) antes de contraer nupcias, por motivos políticos y estratégicos (Carney), con una muchacha oriental que se hallaba a mitad de la veintena. Cuando sí actuó de un modo excéntrico fue al unirse en matrimonio varias veces con mujeres iranias, al entablar una relación por demás íntima con alguien perteneciente a un colectivo –el de los eunucosal que los griegos profesaban gran desprecio (Badian [1958*b*] y Lewwellyn-Jones), al llorar con extravagancia la muerte

de un antiguo amante (Palagia) y al asignar a una ciudad el nombre de un caballo (Anderson). La religión era una constante causa motriz para Alejandro, por más que su devoción rayara, en ocasiones, en superstición (Edmunds y Fredricksmeyer [2003]). Sus objetivos siguen siendo, a la postre, insondables (Brunt). Holt y Worthington analizan en qué grado era cierta su grandeza, y la afirman –en el caso del primero– o la niegan –en el del segundo–. Roisman aporta, con acierto, una nota de cordura al exponer el código moral de honor conforme al que actuó el macedonio.

Capítulo 11: La divinidad de Alejandro

E. Badian, «The deification of Alexander the Great», *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson* (1981), pp. 27-71.

J. P. V. D. Balsdon, «The “divinity” of Alexander», *Historia*, I (1950), pp. 363-388 (también en Griffith, 1966, pp. 179-204).

L. Bruit Zaidman y P. Schmitt Pantel, *Religion in the ancient Greek city*, ed. y trad. de P. Cartledge, 1992 (y reed.).

P. A. Brunt, ed. y trad., *Arrian, History of Alexander*, Loeb Classical Library, vol. I, 1976, Apéndice XI (sobre la *proskýnēsis*).

P. Cartledge, *Agesilaos and the crisis of Sparta*, 1987.

G. L. Cawkwell, «The deification of Alexander the Great: a note», en I. Worthington, ed., *Ventures into Greek history. Fest. N. G. L. Hammond*, 1994, pp. 293-306.

A. Chaniotis, «The divinity of Hellenistic rulers», en A. W. Erskine, ed., *A companion to the Hellenistic world*, 2003, pp. 431-445.

L. Edmunds, «The religiosity of Alexander», *Greek, Roman, and Byzantine studies*, XII (1971), pp. 363-391.

E. A. Fredricksmeyer, «Alexander’s religion and divinity», en Roisman, 2003, pp. 253-278.

P. Goukowsky, *Essai sur les origines du mythe d’Alexandre*, vol. II: *Alexandre et Dionysos*, 1981.

C. Habicht, *Gottmenschentum und griechische Städte*, 2.ª ed., 1970.

J. R. Hamilton, «Alexander and his “so-called” father», *Classical Review*, III (1953), 151-157 (también en Griffith 1966, pp. 235241).

S. Price, *The religions of the ancient Greeks*, 1999.

G. de Ste. Croix, *The class struggle in the ancient Greek world*, 1981 y 1983.

Tanto Bruit y Schmitt como Price, que traducen por extenso textos y documentos de la Antigüedad, proporcionan excelentes introducciones a la religión precristiana (o pagana) de la Grecia de la época. El de Habicht es un estudio indispensable de la deificación de hombres mortales. Por su parte, la tesis de Badia que sostiene que Alejandro Magno fue el primer griego divinizado en vida ha quedado ya superada. La de Cawkwell, quien asevera, con no menos firmeza, que Alejandro no ordenó ser tratado como un dios, ha sido refutada, de un modo tan sorprendente como sencillo, por Chaniotis. La visión de conjunto que ofrece Balsdon no ha perdido su carácter equilibrado después de más de medio siglo. En lo tocante a la *proskýnēsis*, puede consultarse la obra de Brunt, y acerca de la relación de rivalidad del macedonio con Dioniso, la de Goukowsky. Ste. Croix expone el contexto de *stasis* –guerra civil o lucha de clases en el plano de lo político– que propició la deificación de Lisandro en Samos, y Cartledge la pone en relación con la postura de Esparta ante lo divino, y en especial con la conversión de reyes muertos en héroes –piénsese en Agesilao–. Hamilton ofrece un relato sólido, como de costumbre, del trato que profesó Alejandro a Filipo (el «supuesto padre» de su título). Las exposiciones que brindan Edmund y Fredricksmeyer acerca de la religiosidad de Alejandro también son aplicables al capítulo 10 del presente volumen.

Capítulo 12: Leyendas y legados de Alejandro

1. El mito antiguo de Alejandro Magno

Badian 1976.
Bosworth y Baynham 2000.
J. Carlsen y otros, eds., *Alexander the Great: reality and myth*, 1993 (reed.: 1997).
P. Goukowsky, *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*; vol. I: *Les origines*, y vol. II: *Alexandre et Dionysos*, 1978 y 1981.
D. Spencer, *The Roman Alexander: reading cultural myth*, 2002.

Muchos de los artículos recogidos en los volúmenes de Badian, Bosworth y Baynham, y Carlsen y otros, se han citado ya de manera individual. Goukowsky centra su atención en los albores del mito (mitos, por mejor

decir) de Alejandro, y Spencer, en las versiones del período romano (véase también más arriba, el capítulo 1).

2. El mundo helenístico

A. B. Bosworth, «Ptolemy and the will of Alexander», en Bosworth y Baynham, 2000, pp. 207-241.

—, *The Legacy of Alexander: politics, warfare, and propaganda under the successors*, 2002.

B. Brown, *Royal portraits in sculpture and coins: Pyrrhos and the successors of Alexander the Great*, 1995.

P. Cartledge, P. Garnsey y E. Gruen, eds., *Hellenistic constructs*, 1997.

A. Cohen, *The Alexander mosaic: stories of victory and defeat*, 1997.

A. Erskine, ed., *A companion to the Hellenistic world*, 2003.

P. Green, *Alexander to Actium*, 1990 (ed. correg.: 1993).

C. Habicht, *Athens from Alexander to Antony*, 1997.

D. Ogden, *Polygamy, prostitutes and death: the Hellenistic dynasties*, 1999.

N. Powers, «Onesicritus, naked wise men, and the Cynics' Alexander», *Syllecta Classica*, IX (1998), pp. 70-85.

M. I. Rostovtzeff, *Social and economic history of the Hellenistic world*, 3 vols., ed. correg., 1953.

G. Shipley, *The Greek world after Alexander*, 2000.

A. F. Stewart, *Faces of power: Alexander's image and Hellenistic politics*, 1993.

—, «Alexander in Greek and Roman Art», en Roisman 2003, pp. 31-66.

M. True y K. Hamma, eds., *Alexandria and Alexandrianism*, 1996.

C. B. Welles, *Alexander and the Hellenistic world*, 1970.

M. Wheeler, *Flames over Persepolis*, 1968.

La de Erskine es una investigación actualizada, en tanto que la de Cartledge y otros no ha dejado de ser de utilidad, pese a ser más antigua. Los volúmenes de Green y de Shipley constituyen las mejores exposiciones firmadas por un solo autor en inglés acerca del período en conjunto; pero el de Welles no ha perdido interés, y Habicht resulta excelente, en particular, en lo que se refiere a la Atenas helenística. La monografía de Rostovtzeff sigue siendo inestimable por cuanto tiene de erudita armonización de los testimonios escritos y arqueológicos de que se disponía a la sazón. Las imágenes reales helenísticas se tratan en la obra de Brown y en la de Stewart. Bosworth (2002) se centra en los sucesores de forma general, y Bosworth (2000), en uno en particular –quien constituye, a su vez, una de las fuentes biográficas

principales; véase el Apéndice–. Powers analiza una tradición filosófica postalejandrina distintiva –cuyo creador, Onesicrito, también es una de las fuentes literarias en lo relativo a la vida del soberano macedonio–. Ogden presenta una descripción fascinante de política matrimonial. Cohen examina con detalle una representación visual celebérrima del conquistador, excavada en una villa privada pompeyana, aunque basado en un original perdido que bien pudo haber sido una pintura destinada a exponer la historia al público. La colección editada por True y Hamma se centra en una de las herencias materiales y espirituales más relevantes de Alejandro, y Wheeler describe con elocuencia fenómenos culturales postalejandrinos como la fusión artística presente en Gandhara.

3. La «Novela de Alejandro»

E. J. Baynham, «Who put the romance in the Alexander Romance?: the Alexander Romance within Alexander historiography», *Ancient History Bulletin*, IX (1995), pp. 1-13.

R. Stoneman, ed. y trad., *The Greek Alexander Romance*, 1991.

Huelgan más comentarios.

4. Más allá de la Antigüedad

Partha Bose, *Alexander the Great's art of strategy: lessons from the great empire builder*, 2002.

G. Cary, *The Medieval Alexander*, 1956.

L. M. Danforth, *The Macedonian conflict: ethnic nationalism in a transnational world*, 1995.

—, «Alexander the Great and the Macedonian conflict», en Roisman 2003, pp. 347-364.

E. M. Goodwin, *Encyclopedia of mosaic*, 2003.

C. Greif y C. Michel, *L'École des princes ou Alexandre disgracié*, 1988; incluye el prólogo «Les Alexandres», de P. Vidal-Naquet, reproducido en su obra *Les Grecs, les historiens, les démocraties*, 2000, pp. 111-134.

L. Gunderson, *Alexander's letter to Aristotle about India*, 1980.

M. A. Jackson, *Life lessons from history's heroes*, 2003.

I. J. Kazis, *The gests of Alexander of Macedon*, 1962.

M. Lascelles, «Alexander and the Earthly Paradise in medieval English writings», *Medium Aevum*, V (1936), pp. 31-47, 79-104 y 173-188.

S. McKendrick, ed., *The history of Alexander the Great: an illuminated ms. of Vasco da Lucena's trans. of the ancient text of Quintus Curtius Rufus*, 1996.

F. de Polignac, «Alexandre dans la littérature arabe: l'Orient face à 1'hellenisme», *Arabica*, CCXXIX, 3 (1982), pp. 296-306.
—, «L'homme aux deux cornes: une image d'Alexandre du symbolisme grec à 1'apocalypse musulmane», *Mélanges de l'École française de Rome*, XCVI (1984), pp. 29-51.
C. Reynaud, *Alexandre le Grand dans les littératures occidentales et procheorientales,* 1999.
D. J. A. Ross, *Alexander Historiatus: a guide to Medieval illustrated Alexander literature*, 2.ª ed., 1988.
R. Stoneman, ed., *Legends of Alexander the Great*, 1994.
—, «The legacy of Alexander in ancient philosophy», en Roisman 2003, pp. 325-346.
M. Wood, *In the footsteps of Alexander the Great*, 1997.

Gunderson examina con detalle la carta que, supuestamente, remitió Alejandro Magno desde la India a su antiguo maestro, quien la recibió en Atenas. El estudio general de Reynaud sobre la presencia del macedonio en la literatura europea y de Oriente Próximo puede ampliarse de un modo más especializado consultando los volúmenes de Cary (sobre la Europa medieval), Lascelles (la Inglaterra medieval), Kazis (literatura épica), Grell y Michel (la Francia dieciochesca) o Stoneman (filosofía antigua y medieval). Resulta interesante en particular De Polignac, quien centra la atención en la recepción literaria y visual que se dio en el entorno árabe y musulmán. Las fuentes ilustradas se abordan en Ross y en McKendrick, y el mosaico de Otranto –un detalle, más bien– se recoge en Goodwin. En cuanto a enfoques modernos muy diferentes, véanse Danforth (explotación contemporánea de Alejandro por motivos de política étnica), Bose y Jackson (supuestas lecciones para gentes de negocios de nuestros días), y Wood (supuesto rastreo de los pasos de Alejandro, con ayuda, claro está, de la tecnología moderna).

5. Novelas históricas

Mary Butts, *The Macedonian*, 1931 (reed. en Estados Unidos: 1994).
Tom Holt, *Alexander at the World's End*, 1999.
V. M. Manfredi, *Alexander*, vol. I: *Child of a dream*; vol. II: *The sands of Ammon*; vol. III: *The ends of the Earth*, 2001 (originales en italiano: 1998). (Hay trad. esp.: *Aléxandros*, vol. I: *El hijo del sueño*; vol. II: *Las arenas de Amón*; vol. III: *El confín del mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2000.)

Klaus Mann, *Alexander: Roman der Utopie*, 1929. (Hay trad. esp.: *Alejandro: novela utópica*, Juventud, Barcelona, 1994.)
Mary Renault, *Fire from Heaven*, 1970. (Hay trad. esp.: *Fuego del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 1990.)
—, *The Persian boy*, 1972. (Hay trad. esp.: *El muchacho persa*, Grijalbo, Barcelona, 1989.)
—, *Funeral games*, 1981. (Hay trad. esp.: *Juegos funerarios*, Edhasa, Barcelona, 1983.)

La novela de Holt es la más divertida e ingeniosa de todas, y también la que más desmitifica y aun trivializa al personaje. El autor inventa a un nieto ficticio del poeta cómico ateniense Eupolis –literato de carne y hueso que floreció, en competencia con Aristófanes, a finales del siglo V a. C.–. Este tal Euxeno educa a Alejandro Magno, le inspira la idea de emprender la conquista de la ecumene como un nuevo Aquiles... y acaba en el extremo oriental del mundo que ha creado su discípulo, en Alejandría Escate (hoy Jodzhent, a orillas del Syr Daryá, en el Asia central; véase ilustración en Heckel [1988], cap. 10). Manfredi recurre para su trilogía a la arrogante idea de presentarla, por arte de birlibirloque, como la narración perdida de Tolomeo. Este hecho explica quizás, aun cuando no lo excusa, su carácter aburrido y la censura que impone a lo carnal. Mary Renault, autora de tendencias lésbicas, trata con naturalidad la condición bisexual de Alejandro: el muchacho persa que da título a la segunda novela de su trilogía no es otro que Bagoas, el eunuco que arrebató el macedonio a Darío III y por el que sintió tanta atracción (véase Badian [1958*b*], en la bibliografía relativa al capítulo 10). Klaus Mann, hijo de Thomas Mann, va más allá: su Alejandro es lo que hoy calificaríamos de *gay*. Butts, a quien se ha descrito como «una bohemia británica expatriada» (escribía en París), concibió su obra con la esperanza de poder «dar una idea de la naturaleza final del hombre», y ella misma confiesa no haberlo logrado.

6. ¿Y si...?

J. Ober, «Conquest denied: the premature death of Alexander the Great», en R. Cowley, ed., *What if? The world's foremost historians imagine what might have been*, 2001, pp. 37-56.
Arnold Toynbee, «If Alexander had lived on», en *id.*, *The Greeks and their heritages*, 1981. (Hay trad. esp.: *Los griegos: herencias y raíces*, FCE, México, 1995.)

Resulta fascinante comparar y contrastar escenarios contrafácticos tan opuestos como éstos. Toynbee, quien comparte la visión cercana al romanticismo que tiene W. W. Tarn de Alejandro, supone que podía haber seguido conquistando hasta llegar a China y enviar su flota a circunnavegar África (tal como habían hecho ya los fenicios en calidad de súbditos del rey persa Darío I). En tal caso, habría estado en situación de alcanzar el sueño de hacer del mundo uno solo, como «un político benevolente que hiciese campaña en favor de las Naciones Unidas, aunque a la antigua» (Robert Cowley). La sobriedad realista de Ober, situada en el otro extremo, imagina a Alejandro Magno muerto en la batalla del Gránico a la edad de veintidós años, de modo que «el brillante período helenístico, ese semillero cultural de Occidente, se habría malogrado sin remedio» (Cowley, de nuevo).

Apéndice: Fuentes de paradoja

1. General

W. Heckel y J. C. Yardley, eds., *Alexander the Great: historical sources in translation*, 2003.

C. A. Robinson, *Historians of Alexander the Great*, vol. I, 1953.

I. Worthington, *Alexander the Great: a reader*, 2002.

2. De quienes estuvieron presentes (obras fragmentarias o perdidas)

Aristóbulo, 139 J[acoby] (*Die Fragmente der griechischen Historiker*, ed. de F. Jacoby, n.os de serie: 117-153; Jacoby, vols. IIBi [texto] y IID [con comentario en alemán]).

Calístenes, 124 J.

Cares, 125 J.

Nearco, 133 J.

Onesicrito, 134 J.

Tolomeo, 138 J.

Los más de los fragmentos mayores (muchos recogidos en Estrabón, *Geografía*, libros XI y XV) se traducen al inglés en C. A. Robinson, *Historians of Alexander the Great*, vol. I, 1953.

Véanse también:

L. Pearson, *The lost histories of Alexander the Great,* 1960; revisado en E. Badian, *Studies in Greek and Roman history,* 1964, pp. 250-261.

P. Pédech, *Historiens compagnons d'Alexandre: Callisthène-OnésicriteNéarque-Ptolémée-Aristobule,* París, 1984.

3. De quienes no estuvieron presentes

Clitarco, 137 J (precursor de la tradición *vulgata*: Diodoro, TrogoJustino y Curcio).

4. Documentos de la época (reales o presuntos)

Cartas y otros documentos de Alejandro Magno: J. R. Hamilton, *Commentary on Plutarch's «Life of Alexander»,* 1969 (reed.: 1998), LIX-LXX.

Ephemerides (117 J): A. B. Bosworth, «The death of Alexander the Great: rumour and propaganda», *Classical Quarterly,* XXI (1971), pp. 112-136, e *id*., en Badian, 1976, pp. 1-34.

Hypomnemata (Diodoro, 18.4): E. Badian, «A king's notebooks», *Harvard Studies in Classical Philology*, LXXII (1968), pp. 183-204.

«Fuentes de mercenarios»: P. A. Brunt, «Persian accounts of Alexander's campaigns», *Classical Quarterly*, XII (1962), pp. 141-155.

5. Testimonios epigráficos, numismáticos y arqueológicos

A. R. Bellinger, *Essays on the coinage of Alexander the Great*, 1963.

P. Briant, *Alexander the Great*, 1996 (original francés: 1987).

M. Brosius, ed., *The Persian empire from Cyrus to Artaxerxes I*, LACTOR (London Association of Classical Teachers. Original Records, 16), 2000.

J. M. Camp, *The Archaeology of Athens*, 2001, pp. 142-160.

A. J. Heisserer, *Alexander the Great and the Greeks: the epigraphic evidence*, 1980.

R. Lane Fox, *The search for Alexander*, 1980.

—, «Text and image: Alexander the Great, coins and elephants», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, XLI (1996), pp. 87-108.

K. Liambi, «The numismatic politics of Alexander the Great», *Istorika* (20 marzo 2003), pp. 26-37 (en griego).

A. N. Oikonomides, *The coins of Alexander the Great*, 1981.

M. J. Price, *The coinage in the name of Alexander the Great and Philip Arrhidaeus*, 2 vols., 1991.

M. Stamatopoulou y M. Yeroulanou, eds., *Excavating classical culture: recent archaeological discoveries in Greece*, 2002 (incluye A. Kottaridi, «Discovering Aegae»; A. Lilimpaki-Akamati, «Recent discoveries in Pella»; M. Tsibidou-Avloniti, «Excavating a painted Macedonian tomb near Thessaloniki», y D. Pandermalis, «New discoveries at Dion»).

A. F. Stewart, *Faces of power: Alexander's image and hellenistic politics*, 1993.

—, «Alexander in Greek and Roman art», en Roisman 2003, pp. 31-66.
E. von Schwarzenberg, «The portraiture of Alexander», en Badian 1976, pp. 223-278.

6. Fuentes literarias de relevancia conservadas (ninguna pertenece a tiempos de Alejandro Magno; se dan en orden cronológico)

a) Textos y traducciones

Diodoro, *Biblioteca histórica*, libro XVII: C. T. Fischer (ed., Teubner), C. Bradford Welles (ed., Loeb Classical Library) y P. Goukowski (ed., Budé).
Q. Curcio Rufo, *Historia de Alejandro*: T. Vogel (ed., Teubner), J. C. Rolfe (ed., Loeb Classical Library), W. Heckel y J. Yardley (trad., Penguin), y E. Baynham, *Alexander the Great: the unique history of Quintus Curtius Rufus*, 1998.
Plutarco, *Vida de Alejandro*: K. Ziegler (ed., Teubner), B. Perrin (ed., Loeb Classical Library [vol. VII]), I. Scott-Kilvert (trad., Penguin Classics) y R. Waterfield, *The age of Alexander*, Oxford World Classics.
Arriano, *Anábasis*: A. G. Roos (ed. rev. de G. Wirth; Teubner), P. A. Brunt (ed., Loeb Classical Library, 2 vols, 1976-1983) y A. de Sélincourt (trad. rev. de J. R. Hamilton; Penguin Classics, 1971). A. B. Bosworth, *Alexander and the East: The tragedy of triumph*, 1996, pp. 31-65, se basa en el Tolomeo «oficial»y en Aristóbulo.
Trogo-Justino, *Historias filípicas*: O. Seel (ed., Teubner) y M. Galdi (ed., Corpus Paravicinum).

b) Comentarios

Diodoro: P. Goukowsky (trad. de los libros XVII-XVIII), Belles Lettres, 1976-1978.
Curcio: J. E. Atkinson *A commentary on Q. Curtius Rufus «Historiae Alexandri Magni»*, 1980 (libros III y IV) y 1994 (libros V-VII, 2).
Plutarco: J. R. Hamilton (1969; 2.ª ed., 1999).
Arriano: A. B. Bosworth, 2 vols. (libros I-V), 1980 y 1995, y P. Brunt, 2 vols., Loeb Classical Library, 1976 y 1983.

7. El Roman d'Alexandre

W. Kroll, ed., *Historia Alexandri Magni*, 1926.
R. Stoneman, trad., *The Greek Alexander Romance*, Penguin Classics, 1991.
A. B. Wolohijan, trad., 1969 (versión en armenio).

8. Libros y artículos historiográficos

J. E. Atkinson, «Q. Curtius Rufus' *Historia Alexandri Magni*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 34, 4 (1998), pp. 3.4473.483.
E. Badian, «Nearchus the Cretan», *Yale Classical Studies*, XXIV (1975), pp. 147-170.
Baynham, *Alexander the Great: the unique history of Quintus Curtius Rufus*, 1998.
—, «The ancient evidence for Alexander the Great», en Roisman 2003, pp. 3-29.

A. B. Bosworth, *From Arrian to Alexander: studies in historical interpretation*, 1988.
—, y Baynham, 2000.
T. S. Brown, «Clitarchus», *American Journal of Philology*, LXXI (1950), pp. 134-155.
P. A. Brunt, ed. y trad., *Arrian, History of Alexander*, Loeb Classical Library, 2 vols., 1976 y 1983.
—, «On historical fragments and epitomes», *Classical Quarterly*, XXX (1980), pp. 477-494.
J. Carlsen y otros, *Alexander the Great: reality and myth*, Danish Institute, Roma, 1993 (reed.: 1997).
T. Duff, *Plutarch's Lives: exploring virtue and vice*, 1999.
N. Hammond, *Three historians of Alexander the Great: the so-called Vulgate authors: Diodorus, Justin and Trogus*, 1983.
—, *Sources for Alexander the Great: an analysis of Plutarch's «Life» and Arrian's «Anabasis»*, 1993.
J. Mossman, «Tragedy and epic in Plutarch's *Life of Alexander*», *Journal of Hellenic Studies*, CVIII (1988), pp. 83-93; reproducido en B. Scardigli, ed., *Essays on Plutarch's «Lives»*, 1995.
P. Pédech, *Historiens compagnons d'Alexandre*, 1984.
K. S. Sacks, *Diodorus Siculus and the First Century*, 1990.
D. Spencer, *The Roman Alexander*, 2002.
P. Stadter, *Arrian of Nicomedia*, 1980.
P. Vidal-Naquet, «Flavius Arrien entre deux mondes», epílogo a Arrien [Arriano], *Histoire d'Alexandre. L'Anabase d'Alexandre le Grand*, trad. P. Savinel, 1984.

9. Dificultades particulares

a) Muerte de Calístenes

D. Golan, «The fate of a court historian: Callisthenes», *Athenaeum*, LXVI, 1988, pp. 99-120.

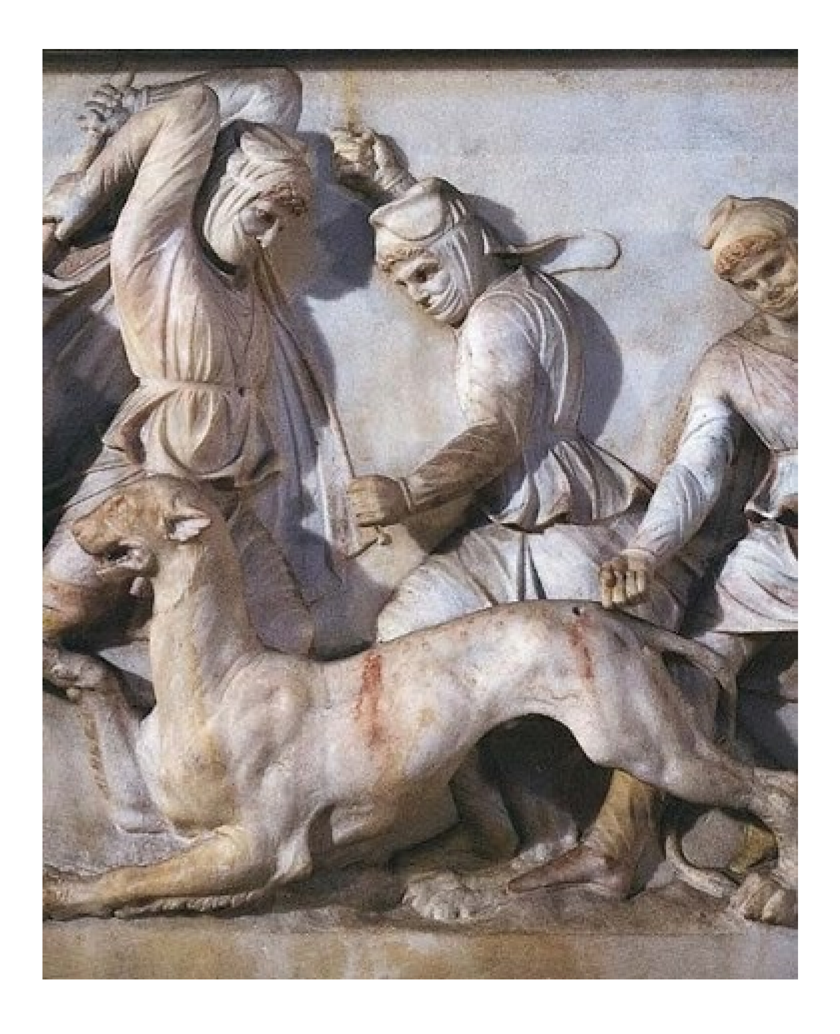
b) Visita de Alejandro a Sīwa

W. W. Tarn, «Alexander's deification», en *Alexander the Great*, 1948, vol. II, pp. 347-359 (también en Griffith 1966, pp. 151-163).
P. Langer, *The ancient world*, vol. IV, 1981, pp. 109-127.



1. Supuesto enterramiento de Filipo (Museo Arqueológico de Vergina)

Hay muchas probabilidades de que la Tumba II, segundo de los tres sepulcros reales de mayor entidad incluidos en el gran túmulo de Vergina (antigua Egas), corresponda a la de Filipo, tal como reza su denominación convencional. Véanse también las figuras 9, 18 y 19. El fresco que adorna el friso representa una escena venatoria en la que los cazadores, a caballo, persiguen panteras, jabalíes y ciervos en terreno boscoso. Se cree que la figura central, pintada en enérgico escorzo, representa a Alejandro junto a su padre, Filipo.



2. *Sarcófago de Alejandro*, hallado en la ciudad libanesa de Sidón (Museo Arqueológico de Estambul)

El sepulcro al que pertenece este detalle recibe su nombre de la representación de Alejandro Magno que, luchando caballero contra un soldado de Persia, puede verse en uno de sus laterales (fig. 8). La tradición ha atribuido la propiedad del féretro a Abdalónimo, rey de Sidón, por haberse encontrado allí. Sin embargo, no falta quien sostenga que perteneció a Mazeo, noble persa de importancia mucho mayor, al que confió el soberano macedonio el gobierno de Babilonia. Los lados frontales recogen escenas de la caza del león y, como aquí, de la pantera.



3. Mosaico de la caza del león hallado en Pella, en la Casa de Dioniso (Museo Arqueológico)

Esta obra, elaborada con guijarros, adornaba en su origen el suelo de una lujosa vivienda de Pella durante el período helenístico. Cabe pensar que representa a Crátero (*derecha*) ayudando a Alejandro Magno (*izquierda*) en una reserva venatoria de Siria, a imagen de los grupos escultóricos broncíneos de bulto redondo que firmaron Lisipo y Leocares. No hace mucho, se halló, en una antigua tumba faraónica de Menfis, un león momificado del período tolemaico (helenístico) que hace pensar que el interés que mostraban los macedonios en el rey de las bestias no decayó en ningún momento.



4. Relieve de piedra de Mesene (Museo del Louvre de París, inv. n.º 858)

Este relieve labrado sirvió de revestimiento para una basa o un altar de grandes dimensiones del período helenístico hallado en Mesene, ciudad del suroeste del Peloponeso. En él, un jinete vestido a la macedonia (con túnica, manto y sombrero de ala ancha) ataca a un león hostigado por perros de caza de suave pelaje adiestrados para tal menester. El personaje de la derecha lleva puesta una piel de león, lo que hace pensar en Heracles y lo convierte, por ende, en una posible alusión a Alejandro.



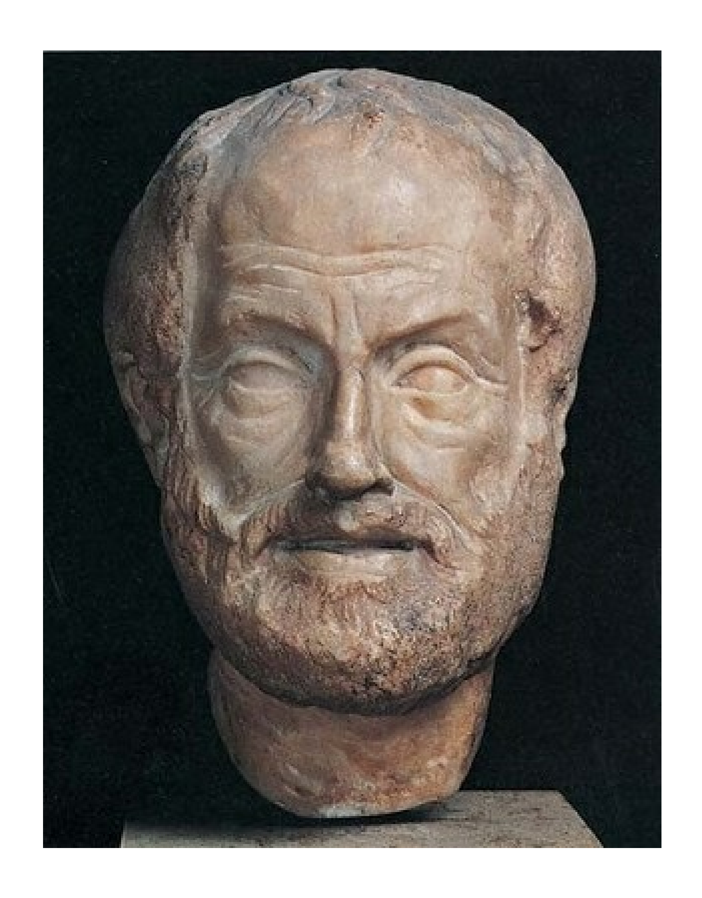
5. Medallón de oro de Olimpia en forma de moneda hallado en la ciudad egipcia de Abukir (Museo Arqueológico de Tesalónica)

Acuñada para celebrar los «juegos olímpicos de Alejandro», celebrados en Berea h. 250 d. C., esta pieza de excelente ejecución representa a Olimpia con el recatado velo propio de una matrona griega, imagen que se aleja mucho de la que se desprende de las fuentes historiográficas –por lo común hostiles a su persona–, que la presentan, más bien, como una mujer indómita.



6. Estatuilla de bronce (Museo Arqueológico de Florencia)

Nadie salvo Alejandro fue capaz de domar a *Bucéfalo* («cabeza de buey»), semental tesalio que le guardó fidelidad durante una veintena de años hasta su muerte, ocurrida en 326, y quedó inmortalizado tras ésta en la ciudad punyabí de Bucéfala. Esta representación es del período Helenístico, aunque no de tiempos de Alejandro Magno.



7. Busto de Aristóteles (Museo del Louvre, París)

Se dice que este retrato del período Helenístico procede de un original creado por Lisipo, escultor sicionio de la corte de Alejandro Magno.



8. *Sarcófago de Alejandro*, hallado en la ciudad libanesa de Sidón (Museo Arqueológico de Estambul)

Alejandro combate contra un enemigo persa (véase figura 2).



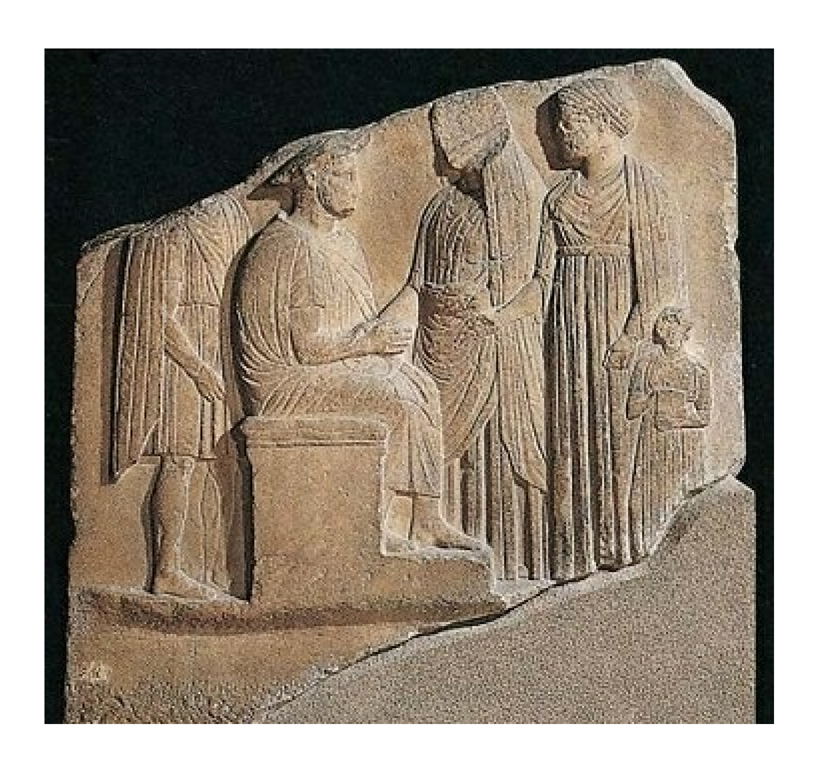
9. Fragmentos de retratos de marfil hallados en la «tumba de Filipo» (Museo Arqueológico de Vergina)

De las catorce figurillas ebúrneas que se encontraron en la llamada Tumba II, y que ornaban en su origen una arca, estas dos representan, según se da por sentado, a Filipo (con barba) y a Alejandro Magno.



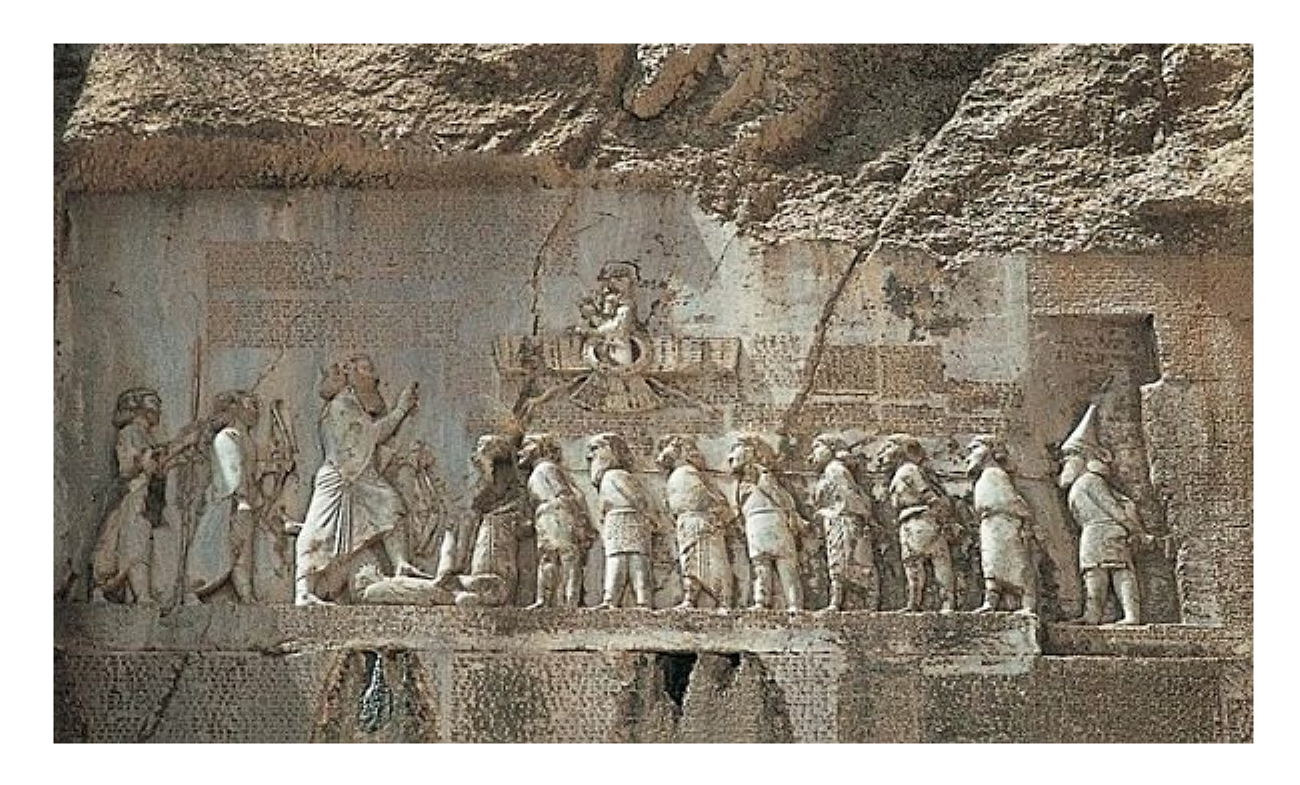
10. Estela de Kalindoia (Museo Arqueológico de Tesalónica)

Kalindoia fue una ciudad fundada por Alejandro en la Macedonia oriental. Esta inscripción oficial nomina a los sacerdotes de Esculapio (héroe o dios de la curación) y Apolo.



11. Estela funeraria de Aiane (Museo del Louvre de París)

El varón fallecido se representa sentado y rodeado por los dolientes en este relieve mortuorio del siglo IV a. C. procedente de Aiane, población del suroeste de Macedonia.



12. Relieve e inscripción de Behistún, esculpidos en la piedra viva

En aquella ciudad meda de ubicación estratégica, se hizo representar Darío I (quien reinó entre 520, aproximadamente, y 486) coronado bajo la protección divina de Ahura Mazda, gran dios de la Luz del zoroastrismo. El texto, inscrito en tres lenguas –elamita, babilónico y persa antiguo–, ofrece su versión de cómo salvó a Persia del usurpador y restableció la dominación que ejercía el Imperio sobre los pueblos sometidos a él. La imagen lo muestra hollando a su principal rival, en tanto que los otros rebeldes esperan su turno con las manos atadas y una soga al cuello.



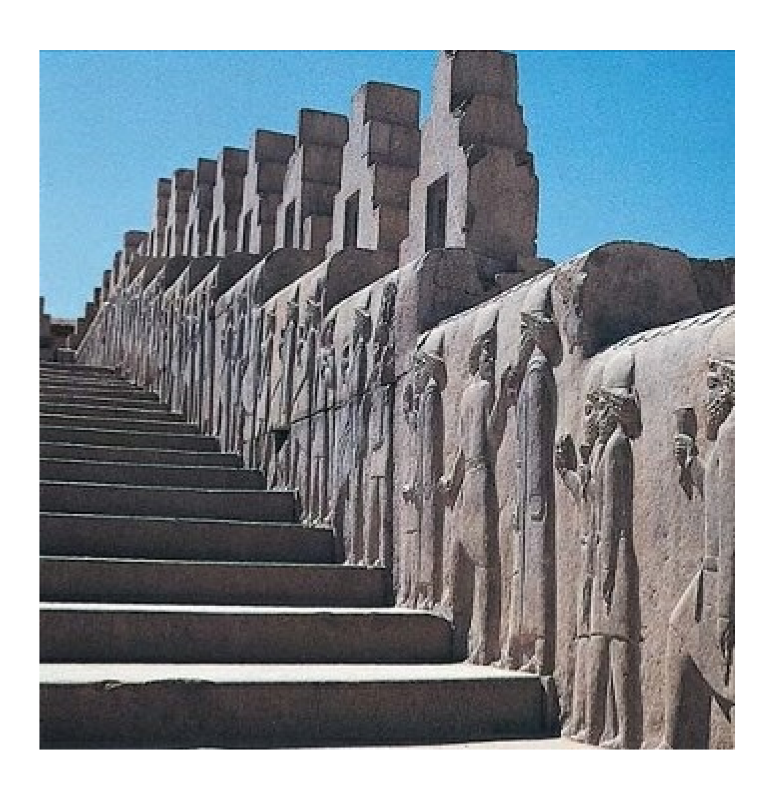
13. Relieve del palacio de Persépolis

La gran escalera que desemboca en la sala de audiencias (o Apadana) del gran palacio persepolitano, en la que recibía el gran rey los obsequios que, en señal de sumisión, le tributaban sus súbditos durante la ceremonia anual de primavera. En total se representan 23 parejas de delegados de diferentes partes del Imperio, cada una con su vestido nacional. El motivo del león y el toro simboliza acaso la llegada del año nuevo. El palacio, obra de Darío I, fue embellecido por sus sucesores.



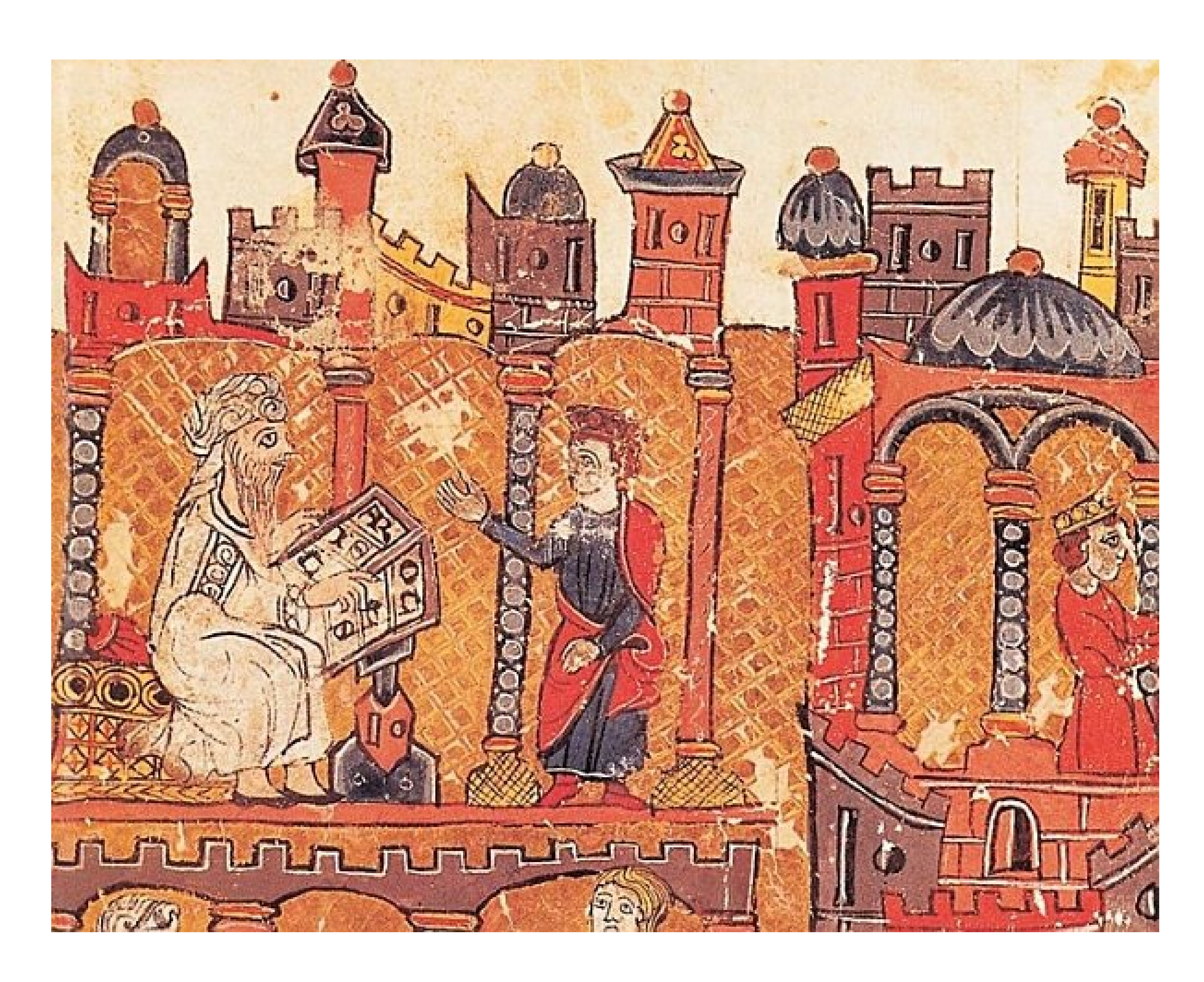
14. Moneda de oro por el anverso (Museo del Dinero de Teherán)

El gran rey Darío I hizo de ésta la moneda del reino de los Aqueménidas y la denominó *darico* en honor a su propia persona. Si para los griegos, los cuerpos de arqueros eran inferiores a los más selectos, quienes ejercían tal actividad en Persia se hallaban entre los funcionarios y militares más venerados. En el relieve de Behistún (figura 12), el arco de Darío se halla sostenido por uno de los seis nobles con que colaboró a fin de hacerse de nuevo con el timón del Imperio.



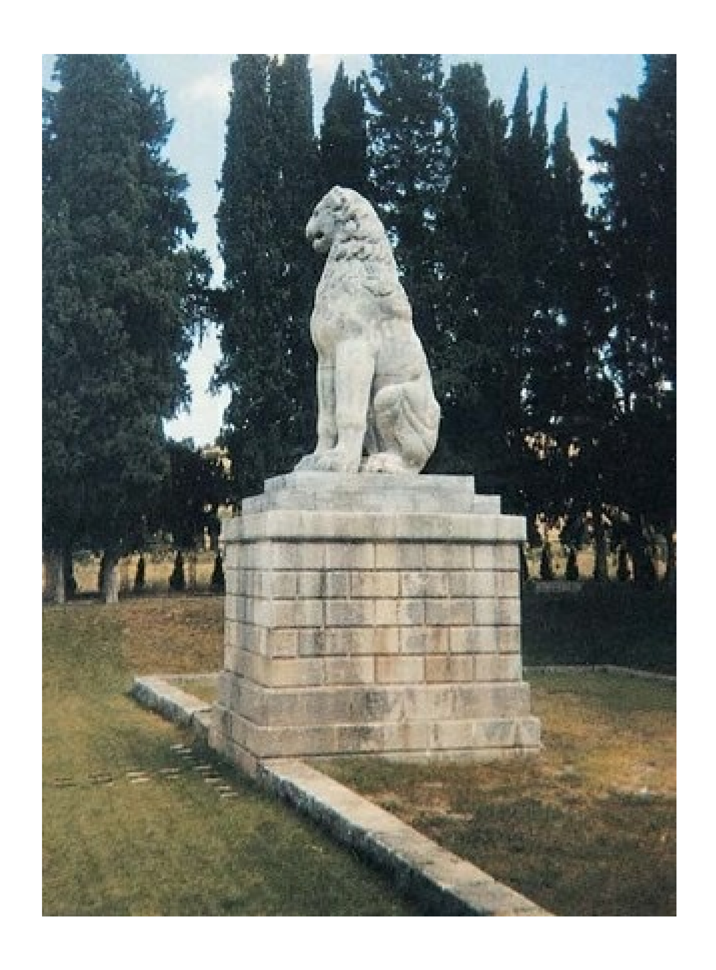
15. Gran escalera de la Apadana de Persépolis

Otra vista del edificio de la figura 13. En ella puede observarse la marcha de la guardia real y los oficiales de la corte.



16. Miniatura de *Le livre du Trésor*, de Brunetto Latini (1220-1294) (ms. 269, folio 108, Bibliothèque Inguimbertine de Carpentras)

Excelente ilustración del modo como penetró la leyenda de Alejandro Magno a todos los confines de la cristiandad del Medievo (en este caso, la ciudad provenzal de Carpentras). El tema es uno de los más repetidos: Alejandro aprendiendo de Aristóteles.



17. León de Queronea

El lugar de la derrota determinante que infligió Filipo II a los griegos en la beocia Queronea en 338 a. C. ha quedado marcado por este colosal monumento reconstruido: la representación de un león que se alza, según se cree, en donde murieron, abatidos por un hombre, los trescientos integrantes del Batallón Sagrado de Tebas, conformado por 150 parejas de amantes.



18. Cofre funerario de oro de la «tumba de Filipo» (Museo Arqueológico de Vergina)

El hallazgo estelar –literalmente– del supuesto enterramiento de Filipo está adornado con el sol de dieciséis puntas que simboliza el trono macedonio, y contenía huesos carbonizados y el tejido precioso de color púrpura en que habían estado envueltos. Ésta podría haber sido la verdadera urna fúnebre de Filipo II.



19. *Gÿrytós* («aljaba») escita de oro de la «tumba de Filipo» (Museo Arqueológico de Vergina)

Este magnífico carcaj constituye bien un obsequio, bien una pieza de encargo, o simplemente parte de un botín. Nos recuerda que una de las siete esposas de Filipo era natural de Escitia, ya que fue labrado por artesanos escitas, habitantes de la región situada al norte del mar Negro.



20. *Mosaico de Alejandro*, Casa del Fauno, Pompeya (Museo Arqueológico de Nápoles)

Mosaico del período helenístico recuperado de debajo de la ceniza volcánica de Pompeya en muy buen estado de conservación. El artista original –pintor– ha representado a Darío mirando directamente a Alejandro durante la batalla de Iso muy poco antes de huir del campo de batalla y darse así por vencido.



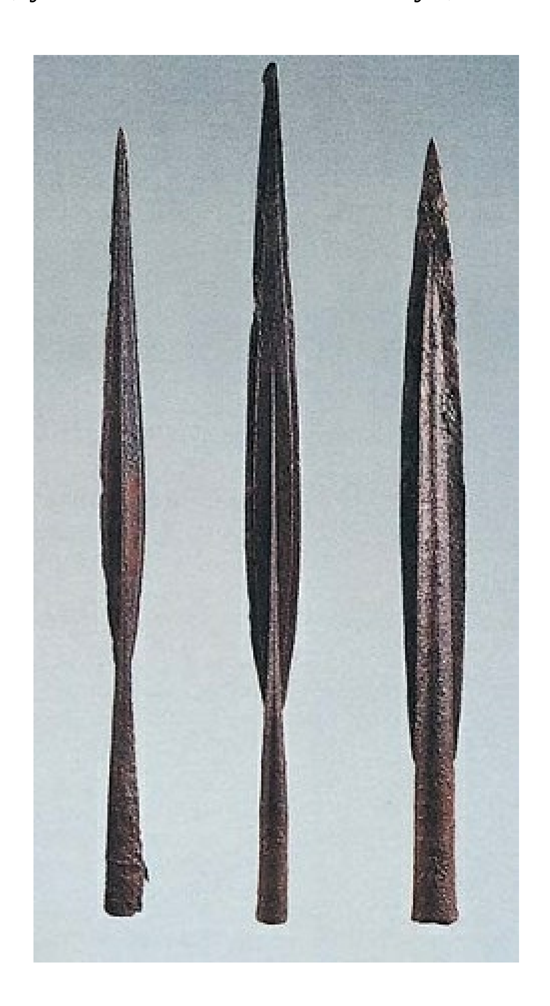
21. Reverso de un medallón de plata de diez dracmas (Museo Británico de Londres)

Alejandro, con la cabeza protegida por un casco con penacho y montado sobre Bucéfalo, cae sobre el rajá de Paura, cabe presumir que durante la batalla del río Hidaspes (326). Las últimas investigaciones hacen pensar que pertenece a una de las series limitadas de monedas que se troquelaron poco después de aquella gran victoria a fin de conmemorarla y recompensar a sus huestes por enfrentarse a tan temibles bestias de guerra.



22. Anverso de un medallón de plata de diez dracmas (Museo Británico de Londres)

Alejandro se representa en un decadracma de la serie mencionada en la figura 21 a guisa de «rey de Asia». Está recibiendo la corona de Niké, lo que constituye una clara alusión a la batalla del Hidaspes, y sostiene en la diestra un rayo, atributo habitual de Zeus.



23. Puntas de hierro de *sárisai* procedentes de la «tumba de Filipo» (Museo Arqueológico de Vergina)

Los *pezhétairoi* amenazaban o ensartaban a los enemigos de Macedonia con piezas como éstas, fijas al extremo de la vara de la *sárisa*, lanza de cinco metros que habían de sostener con las dos manos.



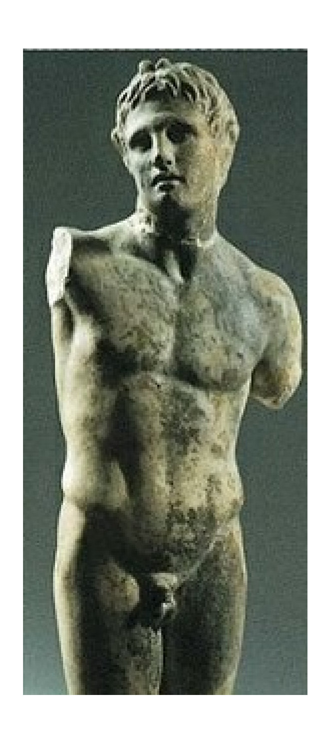
24. Moneda de plata (Museo Británico de Londres)

En esta pieza, emitida en vida de Alejandro, se representa al monarca con los cuernos de Amón, lo que la convierte en una muestra brillante y muy gráfica de la identificación que estableció entre su persona y aquel símbolo cultural de Egipto.



25. Bajorrelieve del templo de Luxor

Alejandro Magno aparece aquí en calidad de faraón, rindiendo culto al dios nativo Min. Aunque no es seguro que llegase a coronarse faraón en Menfis, imágenes como ésta demuestran que aspiraba a ser adorado como tal.



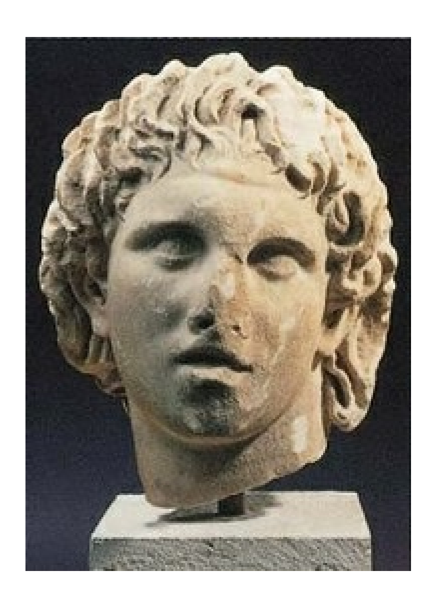
26. Estatua de mármol hallada en Pella (Museo de Pella)

Alejandro aparece representado, de un modo un tanto satírico o travieso, como el dios cabruno Pan en esta obra de arte del período helenístico. De dicha divinidad proviene el vocablo *pánico*, trastorno muy poco conveniente en el campo de batalla.



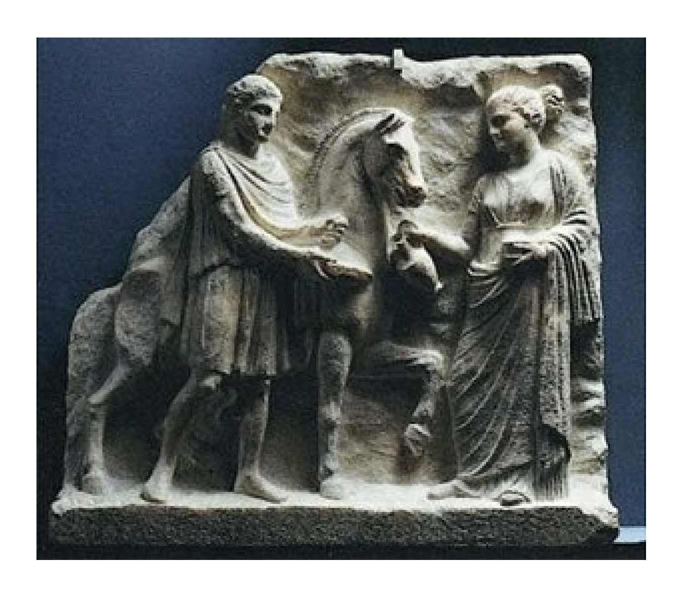
27. Paolo Veronese, *La familia de Darío ante Alejandro* (National Gallery de Londres)

Famosa representación de Sisigambis, la reina madre de Persia, quien, cautiva tras la Batalla de Iso, se arrodilla ante Efestión, la figura más alta, tras confundirlo con Alejandro. Éste, sin embargo, la saca de su error con ademán cortés.



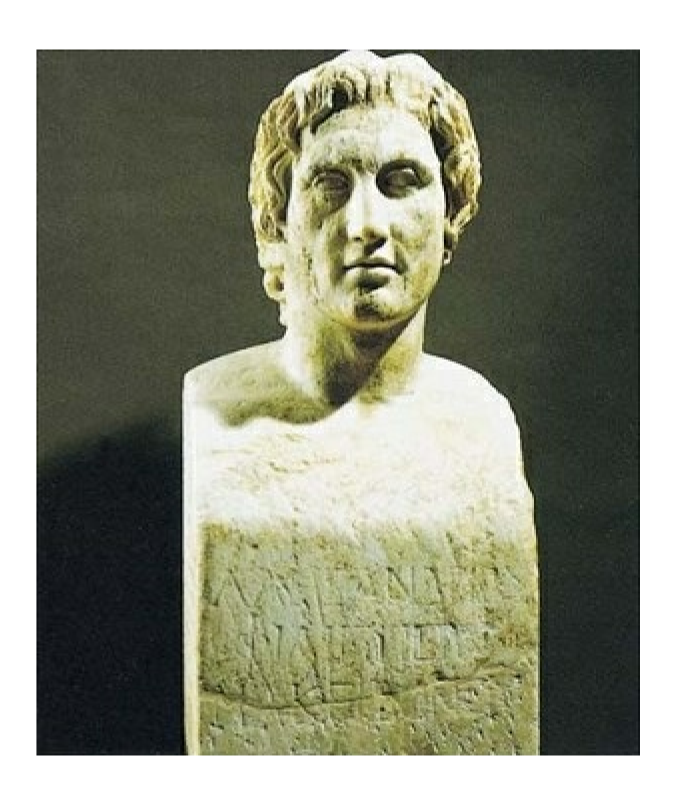
28. Cabeza de mármol de Alejandro procedente de Giannitsá (Museo de Pella)

Obra de un artista del lugar, casi contemporáneo del soberano macedonio (finales del siglo IV), hallada por casualidad cerca de Pella, capital de Macedón.



29. Relieve votivo (Museo Arqueológico de Tesalónica)

Ofrenda escultórica dedicada «a Efestión, el héroe», por un tal Diógenes. Al parecer, Alejandro Magno quiso que a su amigo se le reconociera la condición de divinidad tras su muerte; pero Amón sólo aprobó que se le otorgase la categoría, menor, de héroe. La inscripción de este relieve demuestra que mantuvo tal consideración tanto en el ámbito local como en el imperial.



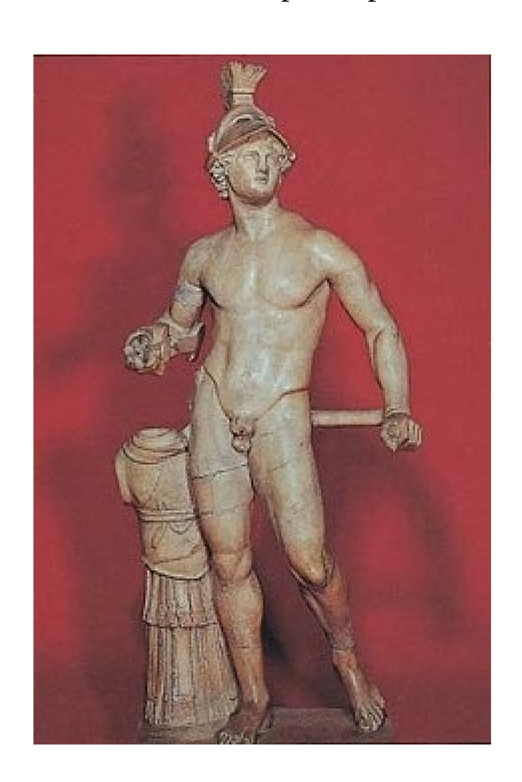
30. Herma de mármol de Alejandro Magno, procedente de la Villa Adriana de Tívoli (Museo del Louvre de París)

Es el llamado «busto de Azara», pues fue adquirido por el embajador español dieciochesco José Nicolás de Azara, quien obsequió con él a Napoleón. El busto se basa en un original de Lisipo y lleva la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, macedonio».



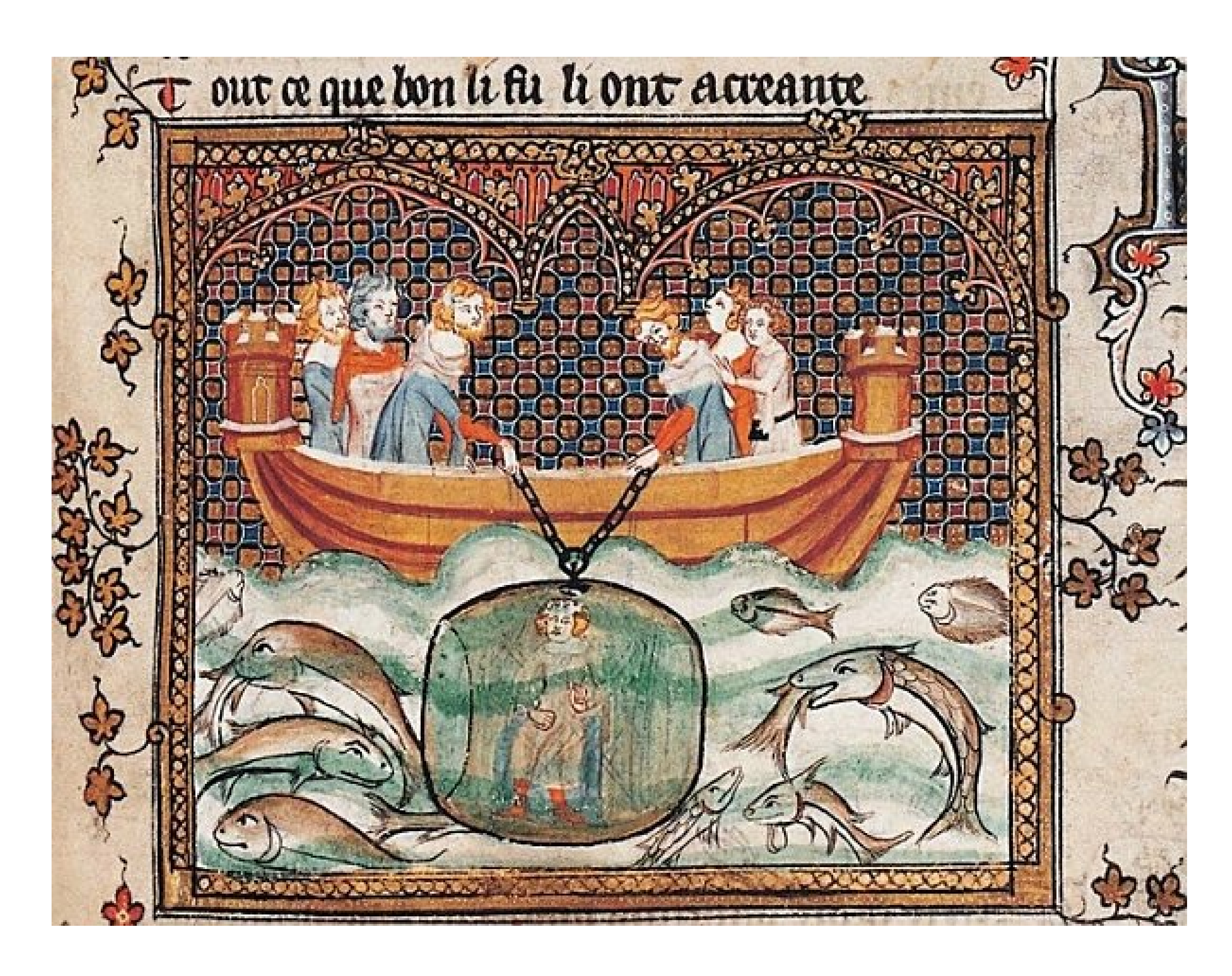
31. Anverso de moneda de plata de Tolomeo I (Museo Fitzwilliam de Cambridge)

En esta pieza acuñada por su sucesor Tolomeo I de Egipto, Alejandro se representa con la cabeza cubierta por un tocado de piel de elefante que recuerda la arriesgada campaña índica de 326-325, en la cual participaron ambos.



32. Estatua de mármol (Museo del Louvre de París)

Si a Alejandro llegaron a hacerlo aparecer como el dios Pan (figura 26), no es de extrañar que personifique aquí al dios romano de la guerra, Marte.



33. Miniatura del *Roman d’Alexandre* (ms. Bodl. 264, fol. 50*r*, Bodleian Library, Oxford)

Esta obra literaria del período helenístico lleva a Alejandro a todos los lugares que acaso hubiese deseado visitar pese a los impedimentos del tiempo y los límites tecnológicos de la época. Aquí se representa, en un manuscrito francés iluminado del siglo XIV, descendiendo al fondo del mar en un batiscafo de vidrio.



34. Miniatura del *Roman d'Alexandre* (ms. 651/1486, Musée Condé, Chantilly)

Todo lo que baja acaba por subir: en esta ilustración del siglo XV, Alejandro se halla a bordo de un ingenio volador (una cesta transportada por míticos grifos).



35. Albrecht Altdorfer, *La batalla de Alejandro Magno* (Alte Pinakothek de Múnich)

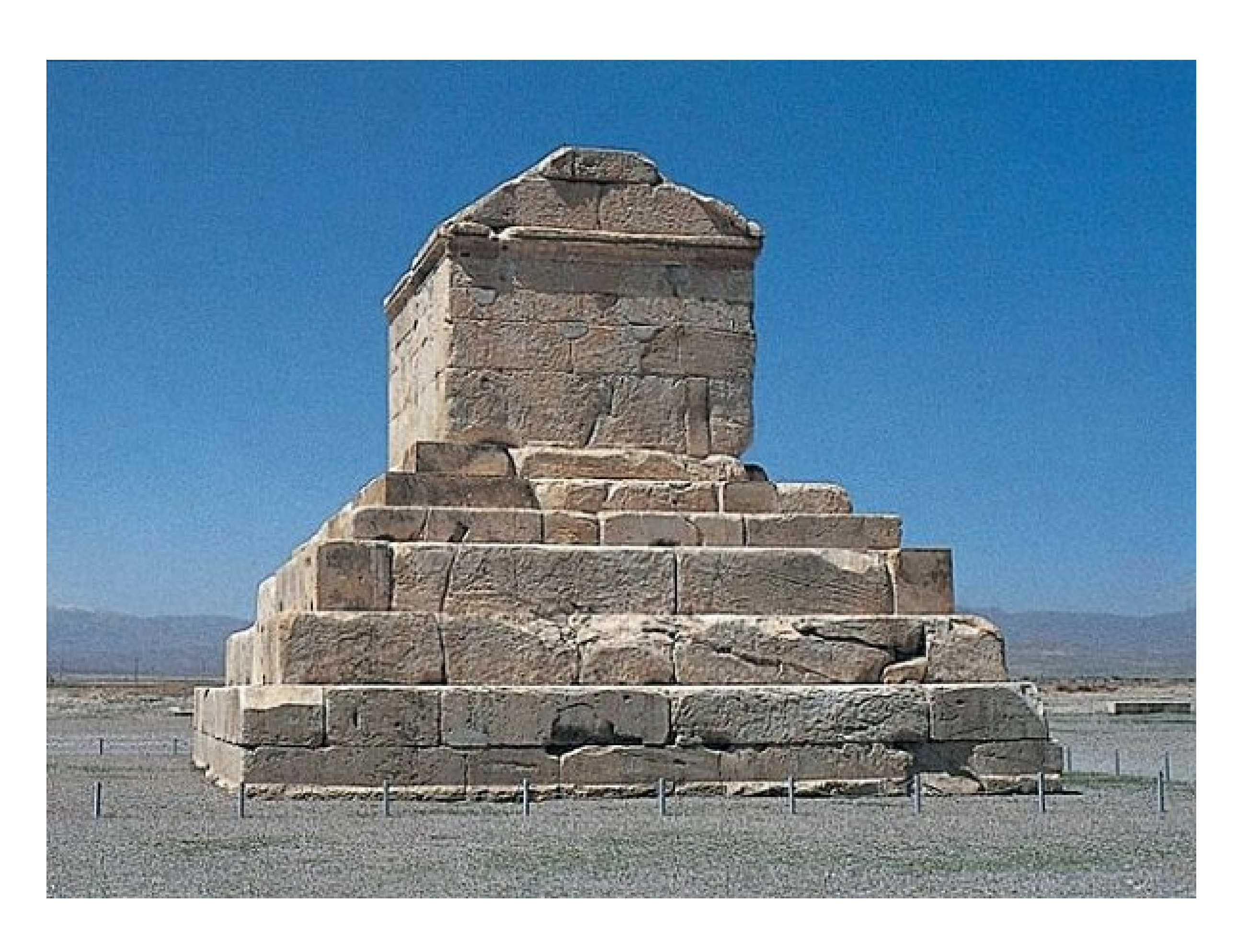
Obra de 1529 de uno de los artistas más importantes del Renacimiento alemán. La «cartela» que se incluye como flotando en el cielo hace saber al espectador –entre otras cosas– que representa la victoria tras la cual capturó el macedonio a la madre, la esposa y

los hijos de Darío, lo que hace que la escena se identifique sin lugar a dudas con la batalla de Iso. W. G. Sebald, novelista y poeta alemán contemporáneo, se sintió lo bastante impresionado por este óleo para mencionarlo en *Del natural: poema rudimentario*.



36. Moneda de plata de ocho dracmas de Tolomeo I (colección de Jan Vinchon)

El fundador de la dinastía Tolemaica (rey de 305 a 285) se hizo representar en octodracmas de gran tamaño como los que se acuñaban en su capital, Alejandría, que poco tenían que ver, sin embargo, con las imágenes conmemorativas y propagandísticas de Alejandro Magno que también puso en curso (figura 31).



37. Tumba de Ciro el Grande (Pasargadas)

El fundador del Imperio persa de los Aqueménidas, Ciro II el Grande, estableció su capital en Pasargadas y fue enterrado en sus confines, en esta tumba escalonada de factura relativamente modesta. En 324, Alejandro supo que habían robado cuanto poseía a excepción del sarcófago y el lecho, y ordenó a Aristóbulo deshacer tan irreverente agravio.

Notas

[*] *Vida y hazañas de Alejandro Magno de Macedonia*, según la traducción al español de Carlos García Gual (Gredos, Madrid, 1977). (*N. del t.*)

1. Véase Apéndice, pp. 299-300.

2. Véase Apéndice, pp. 299-302.

3. Véase Apéndice, pp. 309-312.

1. Ester 2:12-14.

1. Véase Apéndice, pp. 294-295.

2. No deben confundirse estos medos (*Maedi*, en latín) con los de Media (latín *Medi*). (*N. del t.*)

1. Véase Apéndice, pp. 300-301.

2. Véase Apéndice, pp. 300-301.

3. Véase, en lo referente a la corriente *vulgata*, Apéndice, pp. 287-288.

1. Véase Apéndice, pp. 299-300.

2. En Apéndice, pp. 292-295, se trata con más detalle de la candente cuestión de las fuentes de Arriano.

3. Véase Apéndice, pp. 285-317, en donde se describen con detalle.

4. Batalla empeñada en el siglo XI, tras la que se coronó Guillermo I el Conquistador después de vencer al rey anglosajón Haroldo II. (*N. del t.*)

5. Véase Apéndice, pp. 309-312.

1. Nicholas Sekunda y John Warry, *Alexander the Great: His Armies and Campaigns 334-323 BC*, Osprey, Oxford, 2004, p. 79.

2. Véase Apéndice, pp. 312-317.

1. Casta militar nepalesa de la que se nutrió el Ejército británico. (*N. del t.*)

2. Adrienne Mayor, *Greek Fire, Poison Arrows, and Scorpion Bombs: Biological and Chemical Warfare in the Ancient World*, Duckworth, Londres, 2003.

1. Véase la exposición, más detallada, que se recoge en la Bibliografía.

1. Véase Apéndice, pp. 312-317.

1. Véase Apéndice, pp. 295-296.

1. G. T. Griffith, ed., *Alexander the Great: the Main Problems.*

* Basado en M. Brosius, *The Persian Empire from Cyrus to Artaxerxes I*, si bien se han introducido modificaciones.

Alejandro Magno
Paul Cartledge

Título original: *Alexander the Great. The Hunt for New Past*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2012

ISBN: 978-84-344-70-19-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com